

PIERRE SOUVESTRE & MARCEL AÉLAIN

FANTÔMAS



de

Lectulandia

Recortado sobre los cielos de París, un hombre enmascarado y vestido de etiqueta, daga en mano, rumia espantosas fechorías de las que ningún ciudadano esta a salvo... ¡Es Fantomas! “Desde el momento de su publicación en febrero de 1911, *Fantomas* (y las treinta y una novelas en torno al personaje que rápidamente la siguieron) fue un fenómeno: una obra de ficción cuya popularidad trascendió todos los estratos sociales y culturales”, explica John Ashberry. Las películas de Louis Feuillade acabaron de encumbrar las hazañas del “rey de la noche” y de sus implacables enemigos, el inspector Juve y el periodista Jérôme Fandor.

Fantomas fue presentado unos años después que Arsenio Lupin, otro famoso ladrón. Pero mientras Lupin no traspasa la línea del asesinato, Fantomas no muestra piedad y es mostrado como un sociópata que disfruta matando de una forma sádica.

Es totalmente despiadado, y no es leal a nadie. Fantomas es un maestro del disfraz que aparece siempre bajo una falsa identidad, a menudo la de una persona que él mismo ha asesinado. Además hace uso de increíbles y extravagantes técnicas en sus crímenes, como plagas de ratas infectadas, serpientes gigantes y cuartos que se llenan de arena.

Lectulandia

Marcel Allain & Pierre Souvestre

Fantomas

ePub r1.0

Titivillus 26.03.17

Título original: *Fantômas*
Marcel Allain y Pierre Souvestre, 1911
Traducción: José Ros Lavin, Inés Navarro y Antonio Gómez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

En los primeros años del siglo actual apareció en los escaparates de las librerías francesas una obra de título misterioso que pronto atrajo la atención del público parisiense: ¡Fantomas!

La firmaban dos escritores casi desconocidos en aquella época, pero que pronto gozarían de una popularidad como pocas veces se había visto en Francia, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de dos jóvenes que apenas habían hecho algunos pinitos literario-deportivos, y no siempre con éxito.

Pierre Souvestre y Marcel Allain, que así se llamaban los afortunados autores de Fantomas, se plantaron, de la noche a la mañana, a la cabeza de esa pléyade de escritores que tenían su sede en París y que trataban de abrirse paso, por todos los medios posibles, incluyendo la extravagancia y el snobismo, por el árido camino de la fama, que, como ha sucedido en todas las épocas, lo tenían cercado un número determinado de autores que no dejaban paso a nadie.

Pero la presencia de Fantomas en los escaparates de las librerías del boulevard Saint-Michel con su sugestiva portada: un hombre enfundado de los pies a la cabeza en una malla negra que delineaba perfectamente su musculoso y juvenil cuerpo, dándole un atractivo alucinante, hizo caer para aquellos dos novelistas desconocidos hasta entonces las murallas de Jericó del cercado literario, como al son de nuevos trompetazos.

Pierre Souvestre había nacido en París el año 1874.

Cultivó preferentemente la novela policíaca, para la que poseía algunas cualidades de primer orden, como la inventiva y el interés de la narración.

Aunque murió joven, el 24 de febrero de 1914, en la misma capital francesa, cuando apenas contaba cuarenta años, escribió bastante. Solamente con Marcel Allain publicó treinta y dos volúmenes de la serie Fantomas, escritos en treinta y dos meses exactamente, lo que da un record difícil de superar.

Aparte de Fantomas, que, en realidad, fue lo más importante que escribió, también salieron de su pluma las siguientes obras, todas de carácter deportivo: Histoire de l'automobile, Le Rour, La traversée de la Manche en aéroplane, De Blanchard a Blériot...

También fue asiduo colaborador de la Prensa deportiva de París.

Marcel Allain nació el año 1885.

Después de la muerte de su colaborador y amigo, continuó él solo la serie de Fantomas, que alcanzó bastantes volúmenes.

Marcel Allain fue uno de los primeros automovilistas franceses.

En la actualidad lleva publicadas más de seiscientas obras.

Vive en Andrésy, departamento de Sena y Oise; pero a pesar de sus muchos años, ochenta, se conserva fuerte como un roble y dispuesto a continuar escribiendo sin desmayo.

*

Fantomas es una especie de summa o de historia universal en la cual sus autores relatan las hazañas de uno de los más célebres personajes del folletín francés, tan de moda durante la primera y segunda décadas del siglo XX.

Fantomas, personaje inalcanzable, escurridizo, en lucha constante con la Justicia, representada por el célebre policía Juve, ayudado por el no menos simpático periodista Jérôme Fandor, es el prototipo del ladrón audaz, del criminal sin sentimientos, sin corazón, que se ha marcado un camino y lo sigue, por encima de todo, para llevar a cabo la consecución de su perverso fin.

Como un fantasma, de ahí su apelativo, surge y desaparece con la misma facilidad que una sombra, consiguiendo despistar a sus perseguidores y escapar de sus manos cuando ya están seguros de tenerlo.

Adoptando tipos diferentes, en lo cual es maestro consumado, Fantomas aparece a lo largo de la serie folletinesca bajo las personalidades más diversas. Tan pronto es actor como banquero, mendigo como millonario, sacerdote como seglar, portera como conde...

La realidad es que nadie sabe quién es ni cuál es su verdadero rostro.

La juventud, la fuerza y la agilidad son las bases en las que se asienta su popularidad, popularidad que le hizo saltar a la pantalla, privilegio reservado en los años que van de 1910 a 1920 a contados personajes.

Un productor francés con mucha vista hizo con Fantomas una serie de muchos episodios, interesantes, dinámicos, misteriosos, que durante bastante tiempo atrajo la atención de los públicos, más inocentes e ingenuos que los actuales, de la llamada la belle époque.

Cuando en el cine francés triunfaba Max Linder con sus despampanantes y graciosas películas, hasta el presente no igualadas, y que sirvieron de modelo a ese otro genial actor que se llama Chariot; cuando las pantallas se llenaban con las series sentimentales del mago Louis Feuillade, verdadero precursor de nuestro cine actual, con películas como Judex y La nueva misión de Judex —protagonizadas por el inolvidable René Cresté y toda una compañía de primerísimos actores franceses—, Las dos niñas de París, La huerfanita y Parisette, con la dulce y rubia Sandra Milowanoff la exquisita Blanche Montel, la gran Alice Tissot y el magnífico galán Aimé-Simon Gérard, inolvidable D'Artagnan de la primera versión de Los tres mosqueteros; cuando las pantallas se inundaban con las series americanas que tenían como héroes fabulosos a Lucille Love, a Eddie Polo, al Conde Hugo, a Pearl White, a Antonio Moreno, a Harry Carey (Cayena); cuando Italia nos proporcionaba Cabina, Quo Vadis?, Ursus y Los últimos días de Pompeya, junto con las películas de Maciste, de Francesca Bertini, de Pina Menicchelli y Amleto Novelli, surge en el lienzo de plata Fantomas, distinto a todos, misterioso, audaz, temerario,

sobrecogedor, simpático y malvado a la vez, que aterroriza, admira y embebece al público con sus inconcebibles hazañas, sus robos inexplicables, sus desapariciones fantasmales a través de paredes, suelos y techos...

Y Fantomas es, durante muchos años, el héroe de una juventud fácil de contentar, que acude a los cines para verle y admirarle, y lee los cuadernillos en donde se publican sus maravillosas aventuras, para extasiarse con sus actuaciones más o menos ingenuas.

Después de muchos años de silencio, cerca de cincuenta, Fantomas se abre paso de nuevo en los escaparates de las librerías. Un prestigioso editor francés, Robert Laffont, desempolva los viejos volúmenes y hace una edición primorosa de las siempre nuevas aventuras de Fantomas, y el público se lanza a comprarlos, ávido de conocer un género literario que, aunque algo pasado de moda, conserva todo su encanto, toda su originalidad, todo su interés, para las nuevas generaciones, deseosas de conocer cómo se escribía, cómo se hacía una novela policíaca en los años diez.

Y también la pantalla vuelve a proyectar las peripecias de Fantomas, esta vez en color y cinemascopio, protagonizadas por un gran actor francés: Jean Marais.

Traducidas inmediatamente a todos los idiomas, España no podía quedarse a la zaga. Y en estos dos volúmenes damos una muestra muy exacta de la calidad de la serie Fantomas, publicando seis de sus episodios más característicos.

Fantomas, Fantomas contra Juve, Fantomas se venga, Un ardid de Fantomas, Un rey prisionero de Fantomas y El policía apache son las novelas que darán al lector una experiencia desconocida hasta ahora: gustar en toda su exquisitez las aventuras de un delincuente que, durante muchísimos años, hicieron la delicia de nuestros mayores y que es de esperar hagan también la de las generaciones actuales.

SALVADOR BORDOY LUQUE.

EL GENIO DEL CRIMEN

—¡Fantomas!

—¿Qué dice usted?

—Digo... Fantomas.

—¿Qué significa eso?

—¡Nada... y todo!

—Pero ¿quién es?

—¡Nadie... y, sin embargo, alguien!

—En fin, ¿qué hace ese alguien?

—¡Miedo!

La comida acababa de terminarse, y los comensales pasaron al salón. Desde siempre, durante la larga estancia que hacía cada año en su castillo de Beaulieu, al norte del departamento de Lot, en el límite de la Correze, en esa pintoresca región que bordea la Dordogne, la marquesa de Langrune, para acompañar su soledad y conservar sus relaciones, recibía regularmente a comer, cada miércoles, a algunos de sus íntimos de la vecindad: El presidente Bonnet, antiguo magistrado retirado en los alrededores de Brive, en una pequeña propiedad situada en el límite de la Villa de Saint-Jaury; el abate Sicot, cura del municipio, que era igualmente uno de los asiduos del castillo. Asistía también, aunque menos frecuentemente, su amiga la baronesa de Vibray, joven viuda, independiente y rica, que adoraba los viajes y pasaba la mayor parte del tiempo por las carreteras, en su automóvil.

En fin, la juventud estaba representada por el joven Charles Rambert, que había llegado al castillo hacía cuarenta y ocho horas, apuesto muchacho de unos dieciocho años, al que trataba afectuosamente la marquesa, y por Thérèse Auvernois, la nieta de madame de Langrune, de la que, desde la muerte de sus padres, la marquesa hacía de madre.

La conversación extraña y misteriosa que acababa de sostener el presidente Bonnet al levantarse de la mesa, y la personalidad de ese Fantomas, que no había precisado el magistrado, intrigaban a sus acompañantes, y mientras la pequeña Thérèse servía amablemente el café, las preguntas se hicieron más apremiantes.

El presidente Bonnet empezó:

—Si consultamos, señoras, las estadísticas, veremos que, en el número de muertos que se registran diariamente, se encuentra al menos una buena tercera parte que son debidos a crímenes. Ustedes saben, lo mismo que yo, que la Policía descubre alrededor de la mitad de los crímenes que se cometen y que apenas si la justicia castiga la mitad.

—¿Adónde va usted a parar? —interrogó curiosa la marquesa de Langrune.

—A esto —respondió el magistrado, que continuó—: Si muchos atentados permanecen insospechados, no por eso han dejado de ser cometidos; ahora bien: si algunos tienen por autores vulgares criminales, otros son debidos a seres enigmáticos, difíciles de descubrir, demasiado hábiles o demasiado inteligentes para dejarse coger. Los anales históricos rebosan anécdotas de personajes misteriosos: la Máscara de Hierro, Cagliostro... ¿Luego por qué no hemos de creer que en nuestra época haya émulos de esos poderosos malhechores?

El abate Sicot levantó suavemente la voz para decir:

—La Policía es mucho mejor en nuestros días que antiguamente...

—¡Sin duda —reconoció el presidente—; pero su papel es más difícil también que nunca! Los bandidos de renombre tienen, para ejecutar sus crímenes, muchos medios a su disposición; la ciencia, tan favorable a los progresos modernos, puede en alguna ocasión, ¡ay!, convertirse en verdadera colaboradora de los criminales. Por consiguiente, las probabilidades son iguales para ambas partes.

El joven Charles Rambert, que escuchaba atentamente las manifestaciones del presidente, instó con una voz suave, ligeramente alterada:

—Entonces, señor, ¿va a hablarnos de Fantomas, en seguida?...

—A eso voy, en efecto, pues ustedes me han entendido, ¿no es así, señoras? En lo sucesivo, es preciso que nuestra época registre en su activo la existencia de un ser misterioso y temible, al que las autoridades acorralan y el rumor público ha dado ya desde hace mucho tiempo el nombre de Fantomas. ¡Fantomas! Es imposible decir exactamente, con precisión, quién es... Fantomas. Encarna bien la personalidad de un individuo determinado, hasta incluso conocido, o bien afecta la forma de dos seres humanos a la vez... ¡Fantomas! ¡No está en ninguna parte y está en todas! Su sombra se cierne sobre los misterios más extraños; su huella se encuentra alrededor de los crímenes más inexplicables y, sin embargo...

—Pequeños —dijo la baronesa de Vibray a los muchachos—, os debéis de aburrir entre las personas mayores; recobrad, pues, vuestra libertad. Thérèse —continuó sonriendo a su nieta, que, muy obediente, se había levantado ya—, hay un magnífico juego de puzzle en la biblioteca; deberías ensayar a hacerlo con tu amigo Charles...

La baronesa de Vibray volvió a entablar la conversación sobre Fantomas:

—Pero al hecho, presidente. ¿Por qué habla usted de este siniestro personaje en el caso de la desaparición de lord Beltham? ¡Ay! Nosotras, las mujeres, conocemos a los hombres, y sabemos que son capaces de todas las calaveradas. Puede ser que no se trate más que de una fuga vulgar.

—Perdón, baronesa, perdón... Si la desaparición de lord Beltham no hubiera estado rodeada de ninguna circunstancia misteriosa, es evidente que yo participaría de su manera de pensar; pero hay un hecho que debe llamar nuestra atención; el periódico *La Capitale*, del que les he leído un resumen hace un momento, lo señala además. Se dice, en efecto, que lady Beltham se preocupó por la ausencia de su marido; es decir, la mañana siguiente a su desaparición, se acordó de haber visto a

lord Beltham leer, en el momento en que iba a salir, una carta cuya forma particular, forma cuadrada, había extrañado a lady Beltham. Lady Beltham, además, había notado que, en la carta, los renglones estaban escritos con una gruesa letra negra. Luego, había rebuscado en el escritorio de su marido la carta en cuestión; pero el texto escrito había desaparecido. Apenas se descubrieron, después de un examen minucioso, algunas huellas imperceptibles que indicaban haber estado allí el documento que había tenido su esposo entre las manos. Lady Beltham no habría reparado en este hecho si el periódico *La Capitale* no hubiera tenido la idea de ir con este motivo a entrevistar al policía Juve, el famoso inspector de la Sûreté, que, en muchas ocasiones, había procedido a la detención de criminales famosos. Ahora bien: Juve se mostró muy emocionado por el descubrimiento y la naturaleza de este documento. No ocultó a su interlocutor que creía encontrarse ante una manifestación de Fantomas, teniendo en cuenta el carácter extraño de la extraordinaria epístola.

El presidente Bonnet había convencido ya a su auditorio y sus últimas palabras produjeron frío en la concurrencia.

La marquesa de Langrune creyó que debía desviar la conversación, preguntando:

—Pero ¿quiénes son entonces esas personas, lord y lady Beltham?

Fue la baronesa de Vibray quien respondió:

—¡Ah, mi querida amiga! Bien se ve que no está muy al tanto de los ecos mundanos de París. Lord y lady Beltham son de lo más conocido. Lord Beltham fue, en otro tiempo, agregado a la Embajada de Inglaterra; dejó París para ir a luchar en el Transvaal, y su mujer, que le acompañó, reveló en el transcurso de la guerra hermosas cualidades de valor y piedad, dirigiendo las ambulancias y el cuidado de los heridos. Lord y lady Beltham volvieron luego a Londres, y después se establecieron definitivamente de nuevo en París. Vivían y viven todavía en el bulevar Inkermann, en Neuilly-sur-Seine, en un encantador hotel donde reciben muy a menudo y de la manera más deliciosa. En muchas ocasiones he sido huésped de lady Beltham; es una mujer seductora como la que más; distinguida, alta, rubia, animada con ese encanto particular de las mujeres del Norte...

Sonaron las diez.

—Thérèse —llamó madame Langrune, a quien sus deberes de dueña de la casa no hacían olvidar su papel de abuela—, Thérèse, niña, es hora de acostarte... Se hace tarde, bonita...

La jovencita dejó el juego, dócilmente, y dio las buenas noches a la baronesa de Vibray, al presidente Bonnet y, por último, al anciano cura, quien, paternalmente, le preguntó:

—¿Te veré, Thérèse, en la misa de siete?

La muchachita se volvió hacia la marquesa.

—Abuela —le dijo—, quisiera que me permitieses acompañar a Charles a la estación mañana por la mañana; iré a misa de ocho, al volver...

La marquesa de Langrune se volvió hacia Charles Rambert:

—Entonces, ¿es en el tren de las seis cincuenta y cinco en el que su padre llega a Verrieres, mi pequeño Charles?

—Sí, señora...

Madame de Langrune vaciló un instante; después, dirigiéndose a Thérèse, añadió:

—Me parece, niña, que será mejor dejar a nuestro amigo que vaya a buscar solo a su padre.

Pero Charles Rambert protestó:

—¡Oh señora! Estoy seguro de que mi padre se pondrá muy contento si ve conmigo a mademoiselle Thérèse cuando él baje del tren.

—En ese caso, hijos míos —concluyó la excelente mujer—, arregladlo como os parezca... Thérèse —continuó ella—, antes de subir a acostarte, avisa a nuestro buen mayordomo Dollon que dé las órdenes necesarias para que enganchen el coche, mañana por la mañana a las seis... La estación está lejos...

—Bien, abuela.

Los dos jóvenes abandonaron el salón.

—Pero —interrogó el cura—, ¿quién es entonces este joven Charles Rambert? Lo he encontrado cabalmente anteayer con su viejo mayordomo Dollon y le confieso que me he devanado los sesos para reconocerle...

—No me extraña —respondió riendo la marquesa— que no haya logrado averiguarlo, mi querido cura, porque usted no le conoce. Sin embargo, puede ser que ya me haya oído hablar de un tal M. Etienne Rambert, un viejo amigo. Había perdido completamente de vista a Etienne Rambert cuando lo volví a ver hace dos años en París, en una fiesta de caridad; este pobre hombre había tenido una vida accidentada, se casó, hace veinte años, con una encantadora persona; pero, según oí decir, estaba muy enferma. Creo que padecía una cruel enfermedad. No sé si estaba loca... Etienne Rambert tuvo que recluirla recientemente en una casa de salud...

—Esto no nos dice cómo su hijo ha venido a ser su huésped —dijo el presidente Bonnet.

—¡Pues bien! Figúrense ustedes que, hace poco, el joven Charles Rambert dejó el pensionado en el cual se encontraba en Hamburgo para perfeccionar el alemán; yo sabía por las cartas de su padre que madame Rambert había sido internada. Etienne Rambert, por otra parte, tenía necesidad de ausentarse; yo me ofrecí a recibir a Charles aquí, en Beaulieu, hasta que su padre volviese a París; Charles está aquí desde anteayer..., y eso es todo.

—Y Etienne Rambert, ¿viene a reunírsele mañana?

—Precisamente, pues...

La marquesa de Langrune iba a seguir dando otros detalles sobre su joven protegido, pero éste volvió a entrar en el salón.

Los invitados se callaron, mientras que Charles Rambert se acercó al grupo con un juvenil desmaño. El joven, instintivamente, se colocó junto al presidente Bonnet y, cobrando ánimos de repente, interrogó a media voz:

—¿Entonces, señor?

—¿Entonces, qué, mi joven amigo? —preguntó el magistrado.

—¡Oh! —dijo Charles Rambert—. ¿No habla entonces más de Fantomas? ¡Es tan divertido!

Bastante secamente, el presidente advirtió:

—La verdad, yo no encuentro que estas historias de criminales sean «divertidas», como usted dice...

Pero el joven, sin darse cuenta del matiz del reproche, continuó:

—Sin embargo, es muy curioso, muy extraordinario, que pueda haber en nuestra época personajes tan misteriosos como Fantomas; ¿es verdaderamente posible que un solo hombre cometa tantos crímenes, que un ser humano sea capaz, como se pretende que es Fantomas, de escapar a todas las pesquisas y de frustrar los ardides más sutiles de la Policía? Yo encuentro que esto...

Cada vez más frío, el presidente le interrumpió:

—¡Joven, no comprendo su actitud! Parece seducido, electrizado.

Y volviéndose hacia el abate Sicot, el presidente Bonnet añadió:

—¡Aquí tiene usted, señor cura, el resultado de esta educación moderna, del estado de opinión creado por la Prensa!

Pero Charles Rambert insistía:

—¡Señor presidente, es la vida, es la historia, la actividad, la realidad!

Aun la misma marquesa de Langrune, tan indulgente, dejó de sonreír.

Charles Rambert comprendió que había ido demasiado lejos y se paró en seco.

—Les pido perdón; he hablado sin reflexionar.

Charles Rambert tenía un semblante tan desolado, que el magistrado le consoló:

—Tiene usted mucha imaginación, joven; demasiada... Pero esto pasará... Vamos, está todavía en la edad en que se habla sin saber.

La velada se había prolongado hasta muy tarde, y algunos instantes después de este pequeño incidente, los huéspedes de la marquesa se retiraron.

Charles Rambert acompañó a la marquesa de Langrune hasta la puerta de su habitación y respetuosamente iba a saludarla, para irse en seguida a su alcoba, que estaba al lado, cuando la marquesa le invitó a entrar:

—Venga, Charles, coja ese libro que le he prometido; debe de estar encima de mi escritorio.

Desde el momento en que entró en la pieza, la marquesa de Langrune lanzó una rápida ojeada en la dirección del mueble y se corrigió al momento:

¡O al menos dentro de mi escritorio! ¡Puede ser que lo haya cerrado con llave!

El joven se excusó:

—No quiero molestarla, señora...

—Sí..., sí... —insistió la bondadosa marquesa—. Tengo, por otra parte, que abrir mi mesita, pues quiero ver el billete de lotería que he regalado a Thérèse, hace algunas semanas... ¡Eh, Charles —prosiguió madame de Langrune levantando los

ojos hacia el joven, mientras que doblaba el cilindro de su mesita Imperio—, sería una suerte que a mi pequeña Thérèse le hubiera tocado el premio gordo!

—Efectivamente, señora —sonrió Charles Rambert.

La marquesa había encontrado el libro.

Se lo dio al muchacho con una mano, y con la otra desplegó unos papeles multicolores.

—¡Aquí están los billetes! —exclamó.

Pero interrumpiéndose, exclamó:

—¡Dios mío, qué tonta soy! No me acuerdo del número del billete premiado que traía *La Capitale*...

Charles Rambert se ofreció al momento:

—¿Quiere, señora, que vaya a buscar el periódico?

La marquesa movió negativamente la cabeza:

—Es inútil, no está, mi querido niño; el cura, todos los miércoles por la tarde, se lleva la colección de la semana... ¡Bah! Mañana será otro día.

En su alcoba, con la luz apagada y las cortinas echadas, Charles Rambert, extrañamente agitado, no dormía.

El joven no hacía más que dar vueltas en la cama nerviosamente.

Si se adormilaba algún momento, la imagen de Fantomas se le aparecía en el pensamiento, variando, no obstante, sin cesar: unas veces veía un coloso con rostro bestial y espaldas musculosas; otras, un ser pálido, delgado, con ojos extraños y brillantes; otras, como una forma indecisa, un fantasma... ¡Fantomas!

ALBA TRÁGICA

Cuando el coche de alquiler daba la vuelta al final del puente Royal, hacia el muelle, en dirección de la estación de Orsay, monsieur Etienne Rambert sacó su reloj y comprobó que, según sus previsiones, le quedaba un cuarto de hora largo antes de la salida del tren. Saltó del coche y, llamando a un mozo de estación, le entregó la pesada maleta y el paquete de mantas que constituía su equipaje.

—Dígame, amigo mío —le preguntó—: ¿el tren de Luchon?

El hombre emitió un vago gruñido e hizo un gesto incomprensible. Murmuró el número de una vía; pero este informe no fue bastante para el viajero.

—Pase delante —dijo este—. Va usted a guiarme...

Eran en este momento las ocho y media y la estación de Orsay tenía esa animación especial que lleva consigo la salida de los trenes en las grandes líneas.

Precedido del factor que llevaba su equipaje, monsieur Etienne Rambert apretó el paso él también.

Llegado al andén, al lugar donde empiezan las vías, el mozo que le guiaba se volvió.

—¿Va a tomar el expreso, señor?

—El ómnibus, amigo mío...

El factor no hizo ningún comentario.

—¿Quiere ir en la cabeza o en la cola del tren?

—Prefiero la cola del tren.

—Primera clase, ¿no es así?

—Sí, primera clase.

El factor, que se había parado un instante en el borde de la acera, volvió a coger la pesada maleta, advirtiéndole:

—Entonces, no hay donde elegir... En el ómnibus, no hay más que dos vagones de primera clase, y están enganchados en mitad del convoy...

—Son vagones con pasillo, ¿supongo?

—Sí, señor; en los trenes de las grandes líneas son muy pocos los que no lo llevan, sobre todo en primera clase...

Etienne Rambert seguía con dificultad, en la barahúnda que aumentaba, al factor al cual había confiado su maleta. La estación de Orsay no tiene el sistema de otras estaciones. No hay en ella una clara separación entre las líneas de grandes recorridos y las simples vías de los arrabales.

Tan es así que, en el mismo andén, colocado a la derecha se encontraba el tren que debía llevar a Etienne Rambert más allá de Brives, hasta Verrieres, mientras que a la izquierda estaba parado otro convoy que conducía a Juvisy.

Poca gente subió al tren de Luchon; en cambio, una gran muchedumbre se apretujaba en los departamentos del convoy de los arrabales.

El factor que guiaba a monsieur Etienne Rambert puso sobre el estribo de un vagón de primera clase el equipaje que llevaba.

—No hay nadie todavía para el ómnibus, señor —le advirtió—; si quiere subir el primero, podrá elegir usted mismo su departamento...

Etienne Rambert siguió el consejo; pero apenas había penetrado en el pasillo, cuando el jefe del tren, olfateando una buena propina, se puso a su disposición.

—¿El señor quiere tomar el tren de las ocho cincuenta?... ¿No se habrá equivocado, señor?...

—No —replicó Etienne Rambert—. ¿Por qué?

—Porque —continuó el hombre— hay muchos viajeros de primera clase que se equivocan y que confunden este tren, el tren de las ocho cincuenta, con el de las ocho cuarenta y cinco...

—El tren de las ocho cuarenta y cinco —preguntó monsieur Rambert— es el expreso, ¿no es así?

—Sí —respondió el empleado—, es directo y no para, como este, en todas las pequeñas estaciones..., le precede y llega con más de tres horas de adelanto a Luchon... Es el convoy que usted ve al lado...

El hombre continuó:

—Por otra parte, si el señor quiere tomarlo, hay tiempo todavía; el señor tiene derecho a elegir entre los dos trenes, puesto que tiene billete de primera clase.

Pero Etienne Rambert declinó el ofrecimiento:

—¡No!... Prefiero tomar el ómnibus... Con el expreso, tendría que bajar en Brives y me quedarían veinte kilómetros para hacer hasta llegar a Saint-Jaury, la villa adónde voy...

Dio algunos pasos por el pasillo, se aseguró de que los diferentes departamentos del vagón estaban aún completamente vacíos y, volviéndose hacia el empleado, le preguntó:

—Escuche, amigo: estoy muy cansado y tengo intención de dormir esta noche... Por tanto, quisiera estar solo, ¿dónde estaría más tranquilo?

El hombre, con media palabra, comprendió...

Al pedirle consejo sobre el sitio que debía elegir para estar tranquilo, Etienne Rambert prometía, implícitamente, una buena propina si nadie venía a molestarle.

—Si el señor quiere instalarse aquí —respondió el empleado—, baje las cortinas en seguida y yo creo que podré buscar un sitio en otra parte a los demás viajeros...

—¡Perfectamente! —aprobó Rambert, dirigiéndose al departamento indicado—. Voy a fumar un cigarro hasta que el tren salga e inmediatamente después me dispondré a dormir... ¡Ah, amigo mío, puesto que es usted tan amable, encárguese entonces de llamarme mañana por la mañana con tiempo suficiente para que pueda bajar en Verrieres!... Tengo el sueño pesado y sería capaz de no despertarme...

*

En el castillo de Beaulieu, el joven Charles Rambert estaba terminando de arreglarse, cuando llamaron suavemente en la puerta de su alcoba.

—Son las cinco menos cuarto, Charles... ¡Levántese en seguida!

Charles Rambert respondió ufanamente:

—¡Ya estoy despierto, Thérèse! Estaré preparado en dos minutos...

La voz de la muchacha observó detrás de la puerta:

—¡Cómo! ¿Está ya levantado? Pero esto es maravilloso; le felicito... Baje en cuanto esté vestido.

—¡Entendido! —respondió el joven.

Acabó de vestirse. Después, cogiendo la lámpara con una mano, abrió con precaución, para no hacer ruido, la puerta de su alcoba y, andando sobre la punta de los pies, atravesó el rellano, bajó la escalera y fue a reunirse con Thérèse, que le esperaba en el comedor.

La muchachita, como una pequeña ama de casa, había dispuesto, mientras esperaba al joven, una colación.

—Desayunémonos pronto —propuso ella—. Esta mañana no nieva; podríamos, si usted quiere, ir a la estación a pie. Tenemos tiempo. Nos sentaría muy bien andar un poco.

—Eso nos calentará, en todo caso —respondió Charles Rambert, que, medio dormido aún, se sentó al lado de Thérèse, haciendo honor a lo que ella le había preparado.

—¿Sabe usted —decía la nieta de madame de Langrune— que es admirable levantarse con tanta puntualidad? ¿Cómo ha hecho usted? Tenía tanto miedo anoche de dormir como de costumbre...

—Sin duda; pero le confieso, Thérèse, que estaba muy nervioso, muy inquieto, ante la idea de que papá llegaba esta mañana... ¡Apenas he dormido!

Habían los dos acabado de desayunar. Thérèse se levantó.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos...

Thérèse abrió la puerta del vestíbulo, y los dos muchachos bajaron la escalinata que conducía al jardín del castillo.

Al pasar por las caballerizas se cruzaron con un palafrenero que iba a sacar una antigua berlina de la cochera.

—No se apesure usted, Jean —dijo Thérèse al dar los buenos días al criado—; vamos a ir a pie hasta la estación, y lo que importa es que usted esté allí para traernos...

El hombre se inclinó. Los dos muchachos franquearon la puerta del parque y se encontraron en la carretera.

La nieta de madame de Langrune preguntó:

—Debe usted de estar muy contento de encontrarse con su padre... Hace mucho tiempo que no le ha visto, ¿no es así?

—Desde hace tres años —respondió Charles Rambert—, sólo lo he visto algunos minutos... Viene de América y, antes de marchar allá, viajó mucho tiempo por España...

—Le va a encontrar a usted muy cambiado.

—¡Oh! —respondió el joven—. Es triste decirlo; pero ¡papá y yo nos conocemos tan poco!

—Sí, por lo que me dijo mi abuela, usted ha sido educado, sobre todo, por su madre.

El joven Charles Rambert bajó tristemente la cabeza, y respondió a su compañera:

—A decir verdad, no he sido educado por nadie... Sepa usted, Thérèse, que, por muy lejos que me remonte en mis recuerdos, no me acuerdo de mis padres, a quienes, como extraños, veía de cuando en cuando; a los que quería mucho, pero me asustaban... Es como si fuera a conocer a papá esta mañana.

—Durante toda su infancia, él estuvo de viaje, ¿no es así?

—Sí, él viajaba, ya a Colombia, para vigilar las plantaciones de caucho que posee allí; ya a España, donde tenía también grandes terrenos... Cuando pasaba por París, venía al pensionado, me llamaba, y yo le veía en el locutorio... un cuarto de hora...

—¿Y su madre?

—¡Oh; mamá era otra cosa!... Sepa, Thérèse, que toda mi infancia..., al menos la infancia de la que me puedo acordar..., ha transcurrido para mí en el pensionado.

—Usted quería mucho a su mamá, sin embargo.

—Sí, la quería —respondió Charles Rambert—, pero tampoco la conocía, por así decirlo...

Y como Thérèse hiciese un gesto de sorpresa, el joven prosiguió, revelando el secreto de su infancia solitaria:

—Mire, Thérèse, ahora que soy un hombre, adivino cosas que no podía ni aun sospechar entonces. Mi padre y mi madre se llevaban mal. Cuando yo era pequeño, veía siempre a mamá silenciosa, triste, triste, y papá activo, bullicioso, alegre, hablando alto... ¡Casi creo que asustaba a mamá! Cuando un criado me traía a casa los jueves, me llevaban a darle los buenos días y la encontraba invariablemente tumbada en una *chaise-longue*, en su alcoba, en donde las persianas bajadas mantenían una semioscuridad. Me besaba con indiferencia, me preguntaba dos o tres cosas, y después me hacían salir porque la cansaba...

—¿Estaba ya enferma?

—Mamá siempre ha estado enferma...

Thérèse se quedó callada unos instantes, y después concluyó:

—No ha sido usted muy feliz...

—¡Oh! No he sido desgraciado hasta que he sido mayor; de pequeño, no me daba

cuenta de la tristeza de no tener, en conclusión, padre ni madre...

Hablando, Thérèse y Charles habían andado a buen paso y se encontraban ya a mitad de camino de la estación de Verrieres.

El día se presentaba indeciso; un día sucio, como los que hacen en diciembre, tamizado por gruesas nubes grises que corrían muy bajas.

—Yo —prosiguió Thérèse— no he sido muy feliz tampoco, porque perdí a papá siendo muy pequeña. No me acuerdo de él... y mamá también debe de estar muerta...

El tono ambiguo de la frase de la joven intrigó a Charles Rambert.

—¿Cómo es eso, Thérèse? No parece estar muy segura de que su madre haya muerto.

—¡Sí, oh, sí! La abuela lo dice..., pero... cada vez que he querido preguntar detalles de su muerte, la abuela siempre ha cambiado de conversación. Me pregunto, a veces, si no se me oculta algo... y si es verdad que mamá no esté muerta...

Llegaron a algunas casas agrupadas alrededor de la estación de Verrieres. Unas tras otras, las ventanas de las chozas se entreabrían, las puertas se abrían...

—Hemos llegado con mucho tiempo —hizo notar Thérèse, señalando a lo lejos el reloj de la estación—. El tren de su papá debe de llegar a las seis cincuenta y cinco y no son todavía más que las seis cuarenta; y eso, si no trae retraso.

Entraron en la pequeña estación, donde no había ningún viajero, y Charles Rambert, feliz de encontrar un abrigo contra el frescor de la mañana, pataleó en el suelo, lo que en la sala vacía produjo de repente un alboroto...

Un mozo de estación apareció.

—¿Qué es eso, Dios mío? ¿Quién arma ese escándalo? —empezó con acento encolerizado; pero viendo a Thérèse, se interrumpió—: ¡Ah!, mademoiselle Thérèse, ¿cómo está levantada tan temprano esta mañana?... ¿Es que viene a esperar algún tren? ¿O es que se va?

Sin dejar de hablar, el mozo de estación miraba con curiosidad a Charles Rambert, cuya llegada, por otra parte, le había causado extrañeza dos días antes.

—No —contestó Thérèse—, no me voy. Acompaño a monsieur Rambert, que viene a esperar a su padre.

—¡Ah!, viene a buscar a su padre, señor... ¿Viene de muy lejos? —preguntó el hombre.

—De París —respondió Charles Rambert—. ¿Es que el tren no da señales todavía?

El factor, sacando su reloj, una gruesa cebolla, y mirando la hora, respondió:

—Tienen todavía más de veinte minutos antes que llegue. ¡Oh!, caramba, sí, los trabajos del túnel le obligan a hacer maniobras, y ahora llega siempre con retraso...

Una vez dados estos informes, el hombre se excusó:

—Tengo que ir a mi trabajo, mademoiselle Thérèse...

Thérèse se volvió hacia Charles Rambert:

—Le debe de parecer muy larga la espera —dijo.

—Un poco...

—¿Quiere que vayamos al andén? Veremos llegar al tren.

Dejaron la sala de espera y pasaron al andén de la estación, por donde empezaron a pasearse de un lado a otro.

Thérèse, siguiendo la marcha refrenada del reloj, sonrió a Charles Rambert:

—Dentro de cinco minutos, su padre estará aquí... Aún quedan cuatro minutos... Mire, ahí está el tren...

Señaló con el índice una colina lejana, mostrando un pequeño rastro de humo que subía muy blanco sobre el azul del horizonte, que iba despejándose:

—¿Ve usted eso? Es el vapor de la locomotora que sale del túnel...

No había terminado de hablar cuando un repique de campana resonó en la pequeña estación desierta.

—¡Ah! —dijo Charles Rambert—. Esta vez...

Un mozo de estación avisó a Thérèse al pasar:

—Vaya al medio del andén, señorita; allá es donde paran los vagones de primera clase...

Charles y Thérèse apenas habían tenido tiempo de seguir este consejo, cuando el tren hizo su aparición. Jadeando estrepitosamente, la locomotora disminuyó su marcha, y el pesado convoy, deteniendo su carrera, paróse al fin.

Justo delante de Charles y Thérèse se había parado el vagón de primera clase. En el estribo, un anciano, de aspecto distinguido y gran prestancia, se detuvo: Etienne Rambert.

Con una ojeada, tras divisar a Thérèse y a Charles y coger su escaso equipaje, saltó al andén. Dejó en el suelo la maleta, tiró al vuelo sobre un banco su paquete de envoltorios, y después, estrechando a Charles entre sus brazos:

—¡Hijo mío! —dijo—. ¡Querido hijo!... —Visiblemente, se esforzaba para dominar su emoción...

Por su parte, Charles Rambert no permanecía indiferente. Estaba extremadamente pálido y su voz temblaba, mientras que exclamaba:

—¡Ah, papá! ¡Querido papá!, ¡qué contento estoy de verte!

Discretamente, Thérèse se había apartado. Monsieur Rambert, teniendo siempre a su hijo abrazado y habiendo retrocedido algunos pasos para verlo mejor, observó:

—¡Pero estás hecho un hombre!... ¡Cómo has cambiado, muchacho!... ¡Eres tal como yo quería que fueses, alto, fuerte!... ¡Ah, tú eres de mi sangre!... Estás muy bien, ¿eh? Sin embargo, tienes aspecto de cansado.

Charles confesó, sonriendo:

—He dormido mal esta noche, tenía miedo de no despertarme...

Volviendo la cabeza, monsieur Rambert divisó a Thérèse; le tendió la mano.

—Buenos días, mi pequeña Thérèse —dijo—. Tú también estás muy cambiada desde la última vez que te vi... Dejé una niña, y ahora me encuentro una hermosa joven.

Thérèse, que había estrechado cordialmente la mano de monsieur Rambert, le dio las gracias.

—La abuela está muy bien, señor. Me encarga que le diga que la excuse por no haber venido a recibirle; pero el médico le ha prohibido levantarse temprano...

—Tu abuela está perdonada, niña. Tengo, por otra parte, que darle las más expresivas gracias por la hospitalidad con que ha acogido a Charles...

El tren, entre tanto, se volvió a marchar; un mozo de estación se acercó a monsieur Rambert.

—Señor, ¿le llevo los bultos?

Vuelto a las preocupaciones materiales, Etienne Rambert contempló sus bultos, que los factores habían descargado respetuosamente del furgón.

—Dios mío... —empezó.

Pero Thérèse le interrumpió:

—La abuela ha dicho que dará orden de cargar por la mañana el equipaje grande y usted llevará con nosotros en el *cupé* su maleta y los paquetes pequeños...

—¿Cómo?... ¿Tu abuela se ha molestado en enviar su coche?

—Beaulieu está lejos, ¿sabe usted? —replicó Thérèse—. Pregúntele a Charles...

Salieron los tres al patio de la estación. Thérèse se detuvo muy sorprendida.

—¡Toma! —dijo—. ¿Cómo es esto? El coche no está todavía... Sin embargo, Jean empezó a enganchar cuando salimos del castillo...

Monsieur Etienne Rambert, que se apoyaba con una mano en el hombro de su hijo y de cuando en cuando le envolvía en una mirada cariñosa, sonrió a Thérèse.

—Puede ser que se haya retrasado, muchacha... ¿Sabes lo que vamos a hacer? Puesto que tu abuela va a enviar a recoger el equipaje por la mañana, no tengo necesidad de llevar mi maleta. Podemos dejar todo en consigna y dirigirnos a pie hacia el castillo. Si mal no recuerdo..., y tengo buena memoria..., no hay más que una sola carretera; por tanto, nos cruzaremos con Jean y montaremos en el coche al pasar.

Algunos minutos después emprendieron los tres el camino de Beaulieu.

Monsieur Etienne Rambert reconocía con tierna emoción todos los recodos de la carretera, todos los paisajes.

—Pensar —dijo riendo— que vuelvo aquí a los sesenta años y con un hijo junto a mí de dieciocho. Y que me acuerdo, como si fuera ayer, de las partidas en el castillo de Beaulieu... Thérèse, ¿no es verdad que vamos a distinguir la fachada del castillo en cuanto hayamos pasado este bosque?

—Es verdad —respondió riéndose la muchacha—. Conoce usted muy bien el país, señor.

—Sí —confesó Etienne Rambert—. Cuando se ha llegado a mi edad, mi pequeña Thérèse, se acuerda uno de los días felices de su juventud.

Monsieur Rambert permaneció algunos instantes callado, como absorto en reflexiones un poco tristes. Sin embargo, se repuso pronto.

—¡Oh, oh! —observó—. Han cambiado la cerca del parque... He aquí un muro que no existía antes. No había más que un vallado...

Thérèse reía.

—¡Yo no he conocido la valla!

—¿Tenemos que ir —preguntó monsieur Rambert— hasta la reja principal, o tu abuela ha hecho abrir una puerta?

—Vamos a entrar por las dependencias —respondió la joven—. Así sabremos por qué Jean no ha venido a buscarnos...

Abrió, en efecto, una puertecita medio oculta por el musgo y la hiedra y, haciendo pasar a monsieur Rambert y a Charles, se sorprendió de repente:

—Pero Jean ha salido con el *cupé*, porque los caballos no están en la cuadra... ¿Cómo es posible que no lo hayamos encontrado?

Y echándose a reír, de repente divertida, dijo:

—¡Este pobre Jean es tan distraído! ¡Apostaría desde luego que ha estado esperándonos en Saint-Jury, como hace todas las mañanas, para traerme desde la iglesia!...

El pequeño grupo formado por Etienne Rambert, Thérèse y Charles llegó al castillo.

Al pasar bajo las ventanas de la alcoba de madame de Langrune, Thérèse llamó alegremente:

—¡Aquí estamos, abuela!

Pero nadie contestó.

Por otra parte, apareció en la ventana de una habitación contigua el mayordomo Dollon, que tenía un gesto incomprensible, como para imponer silencio...

Thérèse, que precedía a sus huéspedes, había dado apenas algunos pasos, cuando el hombre de confianza de madame de Langrune bajó la escalinata del castillo y, precipitadamente, se dirigió hacia monsieur Rambert.

El anciano mayordomo tenía el rostro alterado; él, de ordinario tan respetuoso, tan deferente, cogió a monsieur Rambert por el brazo y, con un gesto casi imperativo, apartando a Thérèse y a Charles, le arrastró aparte.

—Es espantoso, señor —declaró—. Es horrible. Acaba de ocurrir una desgracia... Hemos encontrado esta mañana a la señora marquesa... muerta, asesinada en su alcoba...

A LA CAZA DEL HOMBRE

Monsieur de Presles, juez de instrucción, comisionado por el Tribunal de Brive, acababa de llegar al castillo de Beaulieu.

—Veamos, monsieur Dollon —preguntó al mayordomo—. ¿Quiere referirme exactamente cómo descubrió el asesinato?

—Señor juez —respondió el mayordomo—, acudí esta mañana, como todas, a dar los buenos días a madame de Langrune y a recibir sus órdenes. Llamé a la puerta de su alcoba, como tenía costumbre de hacerlo, y la señora marquesa no me contestó... ¡Llamé más fuerte..., nada otra vez! Me estoy preguntando cómo abrí la puerta en lugar de retirarme... ¿Probablemente un presentimiento?... ¡Ah! No olvidaré nunca, se lo aseguro, la impresión que sufrí al ver a mi pobre y querida señora caída al pie de la cama, muerta, con la garganta tan horriblemente seccionada, que he creído, por un instante, que la cabeza estaba separada del tronco...

El cabo de la gendarmería confirmó el relato del mayordomo:

—Es cierto, señor juez —observó— que este asesinato se ha cometido con una brutalidad particularmente espantosa... Las heridas son horribles...

—¿Heridas producidas por cuchilladas? —interrogó monsieur de Presles.

El cabo hizo un gesto de duda:

—No lo sé... El señor juez podrá comprobarlo por sí mismo.

El magistrado, guiado por el mayordomo, penetró, en efecto, en el apartamento, donde, muy inteligentemente, Dollon había procurado que no se tocara nada.

La pieza era grande y sobriamente alhajada con muebles antiguos.

La cama de la marquesa ocupaba todo un lado de la alcoba. Era grande y elevada sobre una especie de estrado recubierto con una alfombra oscura.

En medio de la habitación, un velador de caoba... En un rincón, en la pared, un gran crucifijo.

Un pequeño escritorio, en fin, colocado un poco más lejos, estaba medio abierto, los cajones sacados, los papeles caídos por el suelo...

No había más acceso a la alcoba que la puerta por donde el magistrado acababa de entrar y que daba al pasillo central del primer piso y otra puerta que comunicaba la habitación con el tocador de la marquesa.

El magistrado, al entrar, vio el cadáver de la marquesa. Ésta estaba caída de espaldas, los dos brazos separados, la cabeza hacia la cama, los pies hacia la ventana.

El cadáver estaba a medio vestir. Una herida, desgarrando la garganta en casi toda su extensión, ponía los huesos al descubierto.

Monsieur de Presles, que se había quitado el sombrero instintivamente al ver la muerta, se inclinó sobre ella.

—¡Es abominable! —murmuró—. ¡Qué herida tan horrorosa!

Tras observar el cadáver, el magistrado interrogó al anciano intendente Dollon:

—No ha sido cambiado nada en la disposición de la habitación, ¿verdad?

—Nada, señor juez.

El magistrado, señalando el escritorio, cuyos cajones estaban abiertos, precisó:

—¿No se ha tocado este mueble?

—No, señor juez.

—¿Y es probablemente ahí donde la marquesa encerraba sus valores?

Pero el mayordomo hizo un gesto de duda.

—La señora marquesa no debía de tener grandes sumas en el castillo... Algunos miles de francos, tal vez, para las necesidades diarias.

—¿Usted no cree entonces —observó monsieur de Presles— que el robo sea el móvil del crimen?

El mayordomo alzó los hombros.

—¿Puede ser que el asesino, señor juez, haya creído que madame de Langrune tenía dinero?... En todo caso, se ha desorientado; pues no ha robado las sortijas que la señora marquesa había puesto sobre el tocador antes de meterse en la cama.

El magistrado, sin reparar en la observación del intendente, recorría lentamente la habitación.

—¿Estaba abierta esta ventana? —preguntó.

—La señora marquesa la dejaba todos los días así; temía las congestiones y quería tener la mayor cantidad de aire posible.

Y como el magistrado preguntase:

—¿No habrá podido entrar por ahí el asesino?

El mayordomo movió la cabeza.

—Es poco probable, señor —dijo—. Vea: exteriormente, las ventanas están protegidas por una especie de verja que se adelanta en el vacío y cuyas puntas, dirigidas hacia el suelo, impiden toda escalada.

Entreabriendo la ventana, Presles se dio cuenta de que el mayordomo tenía razón...

Continuando su examen, se aseguró de que nada en la disposición habitual de los muebles de la alcoba había dejado huella del paso del asesino... Llegó, en fin, junto a la puerta de la alcoba que daba al corredor.

—¡Ah, he aquí un detalle interesante!

Con el dedo, Presles señaló al cerrojo interior de la puerta cuyos tornillos, medio arrancados, testimoniaban que se había querido hacer saltar la cerradura.

—Madame de Langrune —preguntó— ¿cerraba la puerta con cerrojo todas las noches?

—Sí —respondió Dollon—, claro que sí.

Presles no replicó. Dio todavía una vuelta por la habitación, observando minuciosamente el emplazamiento de cada objeto, y, llamando al gendarme que

estaba en el rellano aguardando órdenes, le dijo:

—Amigo mío, ¿quiere ir a buscar a mi escribano, que me espera en el coche, y decirle que suba inmediatamente aquí? Monsieur Dollon, ¿haría el favor de llevarme a un sitio cualquiera donde pueda disponer de una mesa..., de un tintero..., de lo que hace falta, en fin, para proceder a los primeros interrogatorios?

Mientras el mayordomo, poniéndose a disposición del juez, le conducía a un cuarto vecino, el gendarme que había salido a buscar al escribano volvía precipitadamente.

—Señor juez —dijo, saludando respetuosamente al magistrado—, el señor escribano le espera abajo en la biblioteca, donde ha dispuesto todo...

Presles no pudo reprimir un movimiento nervioso...

«¡Bien!... —pensó—. Ya está Gigou queriendo llevar la instrucción a su manera...»

En voz alta, añadió, volviéndose hacia el intendente:

—¡Bien! Si usted no tiene inconveniente, vamos a reunirnos con él...

Monsieur de Presles, a quien había encargado la instrucción el tribunal de Brive, formaba con su escribano un contraste sorprendente. Era un magistrado muy joven, elegante, distinguido, hombre de mundo...

Gigou, el escribano, era, al contrario, un hombrecillo grueso, alegre por naturaleza y vulgar de temperamento. Encarnaba a maravilla el espíritu tradicionalista de la magistratura de provincia; tenía predilección por las fórmulas largas, el papeleo administrativo, las formalidades que no acababan nunca...

Monsieur de Presles y su escribano estaban animados, sin embargo, de sentimientos casi idénticos, desde que habían llegado al castillo de Beaulieu.

Despertados los dos, aquella misma mañana, por el aviso del procurador general del tribunal de Brive, el escribano y el juez habían considerado, en primer lugar, las ventajas que podían, uno y otro, sacar de este asesinato, de «este negocio» que surgía de improviso.

Como buen escribano y buen provinciano, el excelente Gigou había visto la ocasión de un viaje, un sumario, un hermoso proceso, y numerosos expedientes. Monsieur de Presles, pensando en sí mismo, había reflexionado que tal crimen iba a permitirle demostrar su valía, y, si tenía suerte, podía llegar a obtener su ascenso...

Desgraciadamente, desde su llegada a Beaulieu, el escribano había visto desaparecer parte de sus esperanzas por la manera rápida con que monsieur de Presles había comenzado a llevar el sumario, y el juez de instrucción, por su lado, no había dejado de comprender que, si el asesinato de la marquesa de Langrune podía un día proporcionarle éxito, empezaría seguramente por causarle preocupaciones... Una instrucción, una instrucción importante, no era tan fácil de hacer como había primeramente supuesto...

¿Tendría éxito en los interrogatorios?...

Presles se lo preguntaba con verdadera ansiedad mientras llegaba, conducido por

Dollon, a la biblioteca del piso bajo, donde su emprendedor escribano había ya establecido su domicilio provisional.

El juez de instrucción se sentó detrás de una larga mesa y, llamando al cabo de la gendarmería, le preguntó:

—Dígame, cabo, ¿ha llevado al correo el despacho que le he entregado al llegar?

—Sí, señor juez... ¿El despacho en que usted pedía el envío de un inspector de la Sûreté y que iba dirigido a la prefectura de policía de París?

—Ése es, sí...

—Lo he llevado yo mismo a telégrafos, señor juez...

Tranquilizado sobre este punto, el joven magistrado se volvió hacia el mayordomo Dollon:

—¿Quiere usted sentarse, señor? —le propuso.

Y prescindiendo, a pesar de las miradas desaprobatorias del escribano, de las preguntas usuales relativas al nombre, a la edad, y a la profesión de los testigos, Presles empezó la instrucción, preguntando al anciano intendente:

—¿Cuál es el plano exacto del castillo?

—El señor juez de instrucción lo conoce ahora tan bien como yo —respondió el mayordomo—. La galería, que parte de la puerta de entrada al piso bajo, lleva a la gran escalera que hemos subido hace un momento y que conduce al primer piso, donde se encuentra la alcoba de la señora marquesa. Este primer piso está, por otra parte, compuesto únicamente por una serie de cuartos separados por un pasillo. A la derecha, está la alcoba de mademoiselle Thérèse; después, a continuación, vienen las alcobas de los amigos, donde no se acuesta nadie...; a la izquierda está la alcoba de la señora marquesa, que se continúa por el tocador; siempre a la izquierda, y en seguida de la alcoba de la señora marquesa y de su tocador, hay, en primer lugar, otro tocador, y después la alcoba de monsieur Charles Rambert, el joven del cual le he hablado.

—Bien. ¿Y cuál es la disposición del otro piso?

—El segundo piso, señor juez —continuó el mayordomo—, es en todo parecido al primero, solamente que en lugar de las alcobas de los señores, son las alcobas de los criados.

—¿Quiénes son los criados que duermen en el castillo?

—En tiempo ordinario, señor juez, hay dos criadas: Marie, la doncella; Louise, la cocinera; después el ayuda de cámara Hervé..., pero Hervé no ha dormido en el castillo ayer noche; había pedido a la señora marquesa permiso para ir al pueblo y la señora marquesa se lo había dado, a condición de que no volviera esa noche.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó, bastante sorprendido, el magistrado.

—Esto, señor juez de instrucción: la señora marquesa era bastante miedosa, no quería que alguien pudiese entrar de noche en el castillo y tenía cuidado, cada noche, de cerrar ella misma con doble vuelta la cerradura de seguridad de la puerta principal y la de la puerta de la cocina. Cada noche, en fin, recorría todas las habitaciones y se aseguraba de que los postigos de hierro estuviesen bien cerrados y que, por tanto, era

imposible entrar en la casa. Cuando Hervé salía por la noche, o se quedaba a dormir en el pueblo y no volvía hasta el día siguiente por la mañana, como ha hecho hoy, o le pedía al cochero que dejase abierta la puerta del servicio y se acostaba entonces en una alcoba habitualmente desocupada y situada encima de las cuadras...

—¿Donde habita el resto del personal, probablemente?

—Sí, señor juez.

Monsieur de Presles permaneció algunos instantes silencioso, abstrayéndose en sus reflexiones. No se oía en la habitación más que el ruido enervante de la pluma de ganso del escribano.

Monsieur de Presles levantó al fin la cabeza.

—Pero entonces —insistió—, la noche del crimen no había dormido en el castillo más que madame de Langrune, su nieta mademoiselle Thérèse, monsieur Charles Rambert y las dos criadas. ¿Es así?

—Sí, señor juez.

—En ese caso —continuó el magistrado—, parece inverosímil que el crimen haya sido cometido por algún habitante del castillo.

—Sí, señor juez, y sin embargo...

El mayordomo Dollon había interrumpido su frase como asustado él mismo de lo que iba a decir...

—¿Y sin embargo...? —prosiguió el magistrado.

—Caramba —confesó Dollon—, dos personas solamente tenían la llave de la puerta de entrada: la señora marquesa y yo...

—En otros términos —precisó el magistrado—, habiéndose tomado todas las precauciones, no comprende usted, Dollon, cómo alguien ha podido introducirse en el castillo...

—No, señor juez... Por otra parte, no creo que nadie haya entrado en el castillo...

El magistrado estaba perplejo.

—¿No es posible —dijo— que alguien haya venido por el día, se haya ocultado, y después, llegada la noche, haya cometido el crimen? Recuerde, monsieur Dollon, que el cerrojo interior de la alcoba de madame de Langrune ha sido arrancado... El asesino ha entrado, entonces, por esa puerta y ha entrado a la fuerza.

El mayordomo movió la cabeza.

—No, señor juez, nadie ha podido esconderse en el castillo durante el día. Hay siempre gente en la cocina y, por tanto, el acceso a los servicios está vigilado. Por otra parte, los jardineros han estado toda la tarde de ayer trabajando en el césped que está delante de la entrada principal... Si un desconocido se hubiese presentado allí, hubiera sido seguramente visto... En fin, madame de Langrune había dado la orden, y yo siempre ejecuté sus órdenes, de tener cerrada la comunicación de la escalera con las bodegas del castillo. Por tanto, si el asesino no ha podido esconderse en el sótano..., ¿dónde se habrá ocultado entonces?... Además, ¿cómo es posible que el enorme perro de guardia, que todo el día está atado debajo de la escalera, lo haya

dejado pasar? Hubiera sido preciso que ese animal conociese al visitante o, en todo caso, que se le hubiese tirado carne... Esto habría dejado huellas... y no hay nada que se le parezca...

El juez de instrucción preguntó al intendente:

—Pero, entonces, monsieur Dollon, este crimen es inexplicable... Dada la calidad de las personas acostadas en el castillo, es evidente que no podemos buscar entre ellos el criminal... Usted mismo acaba de decirme que no estaban en el castillo más que madame de Langrune, los dos muchachos Thérèse y Charles, y las dos criadas... No es seguramente una de esas personas la que pueda ser el culpable... Es preciso entonces que aquel haya venido de fuera. Veamos. ¿No sospecha usted de alguien?

El mayordomo levantó los brazos con gesto abatido.

—No —respondió—. En fin, no sospecho de nadie, no puedo sospechar de nadie... Pero, vea usted, señor juez, para mí es cierto que si el asesino no está entre los que habitaban el castillo esa noche, tampoco ha podido venir de fuera... Eso era imposible... Las puertas estaban cerradas; los postigos, colocados...

Presles miró al mayordomo, muy sorprendido de esta conclusión.

—Sin embargo, es preciso —dijo—, puesto que alguien ha matado, es preciso que ese alguien haya estado escondido en el interior del castillo, cuando madame de Langrune ha cerrado ella misma la puerta de entrada, o que se haya introducido durante la noche.

El intendente titubeó; después, afirmó:

—¡Es un misterio!..., señor juez; yo, vea usted, le certifico que nadie ha podido entrar... y, sin embargo, es evidente también que el asesino no es ni monsieur Charles, ni mademoiselle Thérèse, ni ninguna de las dos criadas...

Presles, después de algunos minutos de reflexión, rogó al anciano mayordomo que fuese a buscar a los sirvientes.

—¿Volverá usted? —preguntó a Dollon cuando éste se alejaba—. Es posible que tenga necesidad de sus informes.

¡NO, NO ESTOY LOCO!

Dos días después del crimen, el viernes por la mañana, Louise, la cocinera, trastornada aún por el horroroso drama que se había desarrollado en Beaulieu, bajó a la cocina.

La aurora despuntaba apenas y la buena mujer, para ver bien, tuvo que encender la lámpara de petróleo. Con ademán de autómeta, el pensamiento en otra parte, preparaba los desayunos del personal y de los huéspedes del castillo, cuando un golpe seco, dado en la puerta que daba al patio de las dependencias, la hizo estremecer.

Louise fue a abrir y no pudo contener un grito de emoción al ver aparecer en la penumbra, perfilándose en negro sobre el horizonte pálido, los bicornios de los gendarmes.

Éstos traían a dos individuos de aspecto miserable. Apenas hubo entreabierto Louise, cuando el cabo, que la conocía desde hacía mucho tiempo, se adelantó un paso:

—Mi buena señora —dijo saludando militarmente—, es preciso que nos dé hospitalidad a nosotros y a estos buenos mozos que hemos cogido esta noche rondando por la vecindad.

La anciana Louise interrumpió aterrorizada:

—¡Gran Dios, señor cabo, usted trae aquí bandidos! ¿Dónde quiere usted que los meta?

El gendarme Morand sonrió. El cabo replicó:

—En la cocina...

Y como la criada esbozase un gesto denegatorio.

—Es preciso —prosiguió él—; por otra parte, no tenga ningún temor: estos piratas están esposados, no se escaparán, y, además, nosotros no les dejaremos. Vamos a esperar aquí la llegada del juez de instrucción.

Los gendarmes habían empujado ante ellos sus lamentables capturas.

Louise que, maquinalmente, había ido a airear un calentador cuya agua había empezado a hervir, se volvió al oír las últimas palabras.

—¿El juez de instrucción Presles? Pero si ya ha llegado...

—¿Es posible? —preguntó el cabo, que estaba sentado, y se levantó al instante.

—Ha llegado, le digo —continuó la anciana—, y el monigote que le acompaña también está allí.

—¿Qué monigote? ¡Ah! ¿Es Gigou, el escribano, a quien usted se refiere?

—Puede ser —refunfuñó Louise.

El cabo se dirigió al gendarme:

—Le confío los prisioneros, Morand —dijo con tono imperioso—. No los pierda

de vista.

Parecía que la tarea del gendarme Morand iba a ser fácil: los dos vagabundos, acurrucados en un ángulo de la cocina, en la parte opuesta a los hornos, parecían poco deseosos de huir. Los dos tenían aspecto muy diferente: el uno, alto, fuerte, los cabellos crasos, cubierto con una pequeña gorra de *jockey*, mordiscando su espeso bigote en silencio y lanzando alrededor de él mismo y sobre su compañero de infortunio miradas sombrías e inquietas. Iba calzado con chanclos claveteados y tenía en la mano un sólido garrote.

Había declarado al gendarme llamarse François Paul.

El otro individuo, encontrado detrás de una alquería, durante la noche, en el momento en que trataba de deslizarse tras un montón de paja, encarnaba el tipo clásico de los vagabundos del campo. Un viejo sombrero blando se hundía en su cráneo, todo alrededor ensortijado con mechones rubios y grises, absolutamente rebeldes, mientras que los rasgos del rostro se disimulaban enteramente bajo una barba hirsuta. No se veían en esta cara más que dos ojos chispeantes que, sin cesar, iban y venían en todos los sentidos; este último vagabundo examinaba con interés el lugar al que los gendarmes le habían conducido.

Llevaba a la espalda una pesada alforja donde estaban reunidos los objetos más diversos. Mientras que su compañero guardaba un riguroso silencio, él no paraba de hablar. Empujando de cuando en cuando el codo de su vecino para hacerse oír, murmuraba en voz baja:

—¿Entonces, de dónde vienes tú? No eres de la región, no te he visto nunca... A mí se me conoce bien por aquí: Bouzille. ¡Me llamo Bouzille!

Y, volviéndose familiarmente hacia el gendarme:

—¿No es verdad, monsieur Morand, que somos los dos viejos conocidos? Por lo menos, son cuatro o cinco veces las que usted me ha detenido.

El compañero de Bouzille se dignó mirarle.

—Entonces —interrogó éste con el mismo tono—, ¿tú tienes costumbre de dejarte trincar a menudo?

—¿A menudo? —replicó el charlatán—. Eso depende de lo que se quiera decir; en invierno, no hay ningún mal en entrar en *chirona*, cara al mal tiempo; en el verano es preferible estar tranquilo, y, además, en el verano los delitos son más raros; se encuentra todo lo que se quiere por las carreteras; el campesino no vigila durante la estación, mientras que en invierno, es otra cosa. Si esta noche me han trincado, sin duda que es por lo del conejo de la tía Chiquard.

El gendarme, que escuchaba distraídamente, se mezcló en la conversación:

—¡Ah! —interrumpió—. ¿Eres tú, Bouzille, el que has robado el conejo?

—¿Por qué me lo pregunta, monsieur Morand? Probablemente, si usted no estuviera seguro, me hubiera dejado tranquilo.

El compañero de Bouzille movió la cabeza y, muy bajo, le dijo:

—Y ha habido algo más feo también: el asunto de la dueña del castillo donde nos

encontramos.

—¿Eso? —replicó Bouzille esbozando un amplio gesto de indiferencia...

No siguió más. El cabo volvió a la cocina. Severamente, llamó:

—El llamado François Paul, adelante. El señor juez de instrucción quiere tomarle declaración.

Y cuando el interpelado se dirigía hacia el cabo, las manos atadas y dejándose dócilmente coger por el brazo, Bouzille, con una mirada de inteligencia lanzada al gendarme —no tenía más que él por confidente— declaró con aire de satisfacción:

—¡Enhorabuena, esto va hoy de prisa! No se hacen muchas detenciones.

El gendarme, guardando las distancias, no respondió; el incorregible charlatán prosiguió:

—Por otra parte, a mí me es igual que me detengan, desde el momento en que se está alojado, alimentado y acostado por el Gobierno; sobre todo, cuando hay, como ahora, en Brive una prisión verdaderamente preciosa... Caramba —continuó Bouzille, después de un silencio y absorbiendo el aire de su alrededor—, huele bien aquí.

Después, interpelando sin cumplidos a la cocinera:

—¿Por casualidad, madame Louise, no habrá algo de engullir para mí? —La buena mujer se volvió, con un gesto escandalizado. Bouzille prosiguió—: No hay por qué asustarse, mi buena señora. Usted me conoce bien. He venido a menudo a pedirle cosas viejas y usted siempre me las ha dado: así, cuando monsieur Dollon tenía un par de zapatos usados; pues bien: eran para mí; un pedazo de pan, eso nunca se rehúsa...

La cocinera, vacilante, enternecida por los recuerdos que evocaba el pobre vagabundo, le miró; después observó al gendarme para cobrar ánimos.

Alzando los hombros y mirando a Bouzille con aire protector, Morand dijo:

—¡Bah!, madame Louise; si eso le agrada, dele cualquier cosa... Después de todo, yo le conozco, y se me figura que él no ha debido de dar el golpe.

—¡Ah!, monsieur Morand —interrumpió el vagabundo—, si se trata de coger aquí y allí cosas que se arrastran, un conejo que pasa, una gallina que se aburre sola, no digo que no; pero otras cosas... Gracias, buena señora...

Louise había tendido a Bouzille un gran pedazo de pan que éste hizo desaparecer al momento en las profundidades de su enorme alforja.

Él continuó:

—¿Qué es lo que puede contarle, el otro, al Curioso? ¡No tiene aspecto de tener costumbre! Yo, cuando estoy delante de los hombres de negro, para no contrariarles, respondo siempre: «Sí, señor juez.» Ellos se contentan con eso. Algunas veces, se ríen. Entonces el presidente me ordena: «¡Levántese, Bouzille!» Y, después, me aplica quince días, veinte días, dos meses... ¡Eso depende!

El cabo reapareció solo; dirigiéndose al gendarme:

—El «otro» está en libertad —declaró—; en cuanto a Bouzille, monsieur de

Presles estima que no vale la pena de oírle...

—¿Me largan fuera, entonces? —interrogó, afligido, el vagabundo, echando una mirada inquieta hacia la ventana en la cual veía golpear la lluvia.

El cabo no pudo evitar una sonrisa.

—Pues, no, Bouzille, te vamos a llevar al retén. ¿Sabes que tienes que explicarte aún sobre el asunto del conejo? ¡Vamos, andando!

El día había transcurrido triste, nublado.

Charles Rambert y su padre, que desde la víspera vagaban solitarios por las grandes estancias silenciosas del castillo, habían pasado la tarde con Thérèse y la baronesa de Vibray, alrededor de una mesa redonda, copiando, sin parar, en grandes sobres orlados de negro, direcciones de parientes o amigos de la marquesa de Langrune. Los funerales de la desgraciada señora estaban fijados para dentro de tres días. Monsieur Rambert había prometido asistir.

En vano la baronesa de Vibray había intentado convencer a Thérèse de que fuera a dormir con ella a Quérelles.

Después de haber recorrido los diarios que relataban con intensidad detalles e inexactitudes del drama de Beaulieu, monsieur Etienne Rambert dijo a su hijo, con un tono extrañamente grave:

—Subamos, hijo mío, ya es hora.

Monsieur Etienne Rambert, al llegar a la entrada de la alcoba de Charles, pareció titubear un instante; después, como si tomase una resolución repentina, en lugar de ir a su cuarto entró en el de su hija.

Charles Rambert, muy cansado, empezaba a desnudarse, cuando su padre fue hacia él; con gesto brusco, monsieur Etienne Rambert puso las dos manos sobre los hombros de su hijo y, con voz apagada, le ordenó sordamente:

—¡Confiesa, pues, desgraciado! ¡Confíesate a mí, a tu padre!

Charles retrocedió, horriblemente pálido.

—¿Qué? —murmuró.

Etienne Rambert prosiguió:

—¡Eres tú, tú, quien la ha matado!

La negativa que el joven quiso oponer era tan vibrante que se ahogó en su garganta.

—¿Matar, yo?... —gritó al fin—, ¿Matar a quién?

Su padre fue a hablar...

Adivinando su pensamiento, Charles Rambert prosiguió:

—¿Me acusas de haber matado a la marquesa? Pero esto es infame, odioso, abominable...

—¡Ay de mí!... ¡Sí!

—¡No, no! ¡Santo Dios, no!

—Sí —insistió Etienne Rambert.

Los hombres jadeaban uno frente al otro; Charles, sobreponiéndose a la emoción

que le invadía de nuevo, gritó con tono de angustia y de reproche:

—¿Y eres tú, mi padre, tú, quien me dice eso?

Charles se quedó durante unos momentos inerte, aterrado, postrado...

Monsieur Rambert dio dos o tres pasos por la alcoba; después, cogiendo una silla, fue a sentarse delante de su hijo. Pasándose la mano por la frente, como si hubiera podido, con un gesto, apartar la atroz pesadilla que le atormentaba el alma, monsieur Etienne Rambert continuó:

—Tengamos calma y razonemos, hijo mío. No sé cómo ha sido; pero, desde ayer por la mañana, al verte en la estación, tuve casi el presentimiento de algo... Estabas pálido, tenías aspecto cansado, la mirada apagada...

—Padre —replicó Charles con voz ahogada—, ya te dije que había pasado mala noche...

—¡Pardiez! —estalló Etienne Rambert—. ¡Bien que lo sé! Precisamente, ¿cómo puedes explicar entonces que, sin estar dormido, no hayas oído nada?...

—Thérèse tampoco ha oído nada...

—Thérèse —replicó monsieur Rambert padre— está en una alcoba alejada, mientras que la tuya no está separada de la de la desgraciada marquesa más que por una pared muy delgada; tendrías que haber oído...

—Pero —interrogó Charles— ¿es usted el único que me cree autor de un crimen tan horrible?

—¡Ay! —murmuró Etienne Rambert—. ¿El único?... ¡Puede ser!... Por el momento, y, sin embargo... ¿Sabes que causaste una impresión detestable a los amigos de la marquesa, especialmente en la velada que precedió al crimen, mientras que el presidente Bonnet os leía los detalles de un asesinato cometido en París por... no sé quién?...

—Entonces... —interrogó Charles—, ¿ellos sospechan también? ¡Pero —continuó el joven, animándose— no se acusa porque sí! ¡Hacen falta hechos!..., ¡pruebas!...

—¿Pruebas? ¡Ay! Las hay en contra tuya. ¡Son terribles! Toma... Escucha...

Monsieur Etienne Rambert se había levantando, obligando a Charles a hacer lo mismo; los dos hombres estaban de nuevo frente a frente.

—¡Escucha! Charles, los magistrados, después de sus investigaciones, han llegado a la conclusión de que nadie había entrado en el castillo durante la noche fatal; así, pues, tú eres el único hombre que has dormido aquí...

—¿No pueden haber venido de fuera?

—Nadie ha venido —insistió Etienne Rambert—, y, por otra parte, ¿cómo lo pruebas?

Charles, aterrado, se calló, la mirada hosca, perplejo, consternado, incapaz de hacer el menor gesto.

Permaneció en medio de la habitación, en pie, tambaleándose; con la mirada siguió a su padre. Éste, con la cabeza baja, se dirigía hacia el tocador.

—¡Ven! —dijo con una voz imperceptible—. ¡Sígueme!...

Charles, incapaz de obrar, permaneció inmóvil.

Su padre había entrado en el cuarto de aseo, levantando las toallas que estaban amontonadas desordenadamente en un estante debajo del tocador, y eligiendo una, toda arrugada, la cogió y la llevó a la habitación.

—Mira —murmuró de repente, mostrándole la toalla a su hijo.

Y Charles Rambert vio, en la toalla colocada a plena luz, huellas rojas, de sangre.

El joven se sobresaltó y quiso protestar...

Con un gesto autoritario, Etienne Rambert le interrumpió:

—¿Negarás todavía? ¡Desgraciado, miserable! ¡Hay! ¡He aquí la prueba convincente, irrefutable, de tu atroz crimen! Esas manchas ensangrentadas están ahí para confirmarlo. ¿Cómo explicarías, si no, la presencia de esta toalla ensangrentada en tu habitación? ¿Negarás aún?

—Sí, niego, niego... ¡No comprendo nada!

Charles Rambert se hundió en la butaca otra vez.

Las miradas de su padre, llenas de ternura infinita, se posaron largamente sobre él.

—¡Pobre hijo mío! —murmuró el desgraciado Etienne Rambert, quien, hablando consigo mismo, prosiguió—: ¡Ay! Puede ser que no seas enteramente responsable; puede ser que haya circunstancias que aboguen por ti...

—¡Vamos, padre! ¿Todavía me acusas? ¿Me tomas verdaderamente por el asesino?

Etienne Rambert movió la cabeza con desesperación.

—¡Ah! ¡Cómo querría poder decir, por el honor de nuestro nombre, a aquellos que nos quieren, que hay en tu ascendencia fatales herencias que te hacen irresponsable!... ¡Ah! Si la ciencia pudiera establecer que el hijo de una madre enferma...

—¿Enferma? —interrogó ansiosamente Charles—. ¿Qué dices?

—Enferma —continuó Etienne Rambert— de una enfermedad terrible y misteriosa, enfermedad ante la cual queda uno impotente, desarmado... La... locura...

—¡Oh, oh! —exclamó Charles, cada vez más espantado—. ¿Qué me dices, padre? ¿Mi madre estaba loca?

Después, agobiado, el joven concluyó:

—¡Dios mío! ¡Debe de ser cierto! Cuántas veces me he quedado sorprendido de su modo de ser enigmático, extraño... ¿Pero yo?... ¿yo?...

Y el joven se golpeaba el pecho, como si quisiera darse cuenta de que estaba bien despierto.

—¿Yo? Yo estoy en mi sano juicio.

—Puede ser..., una espantosa alucinación, un momento de irresponsabilidad... —sugirió Etienne Rambert.

Pero Charles le cortó la palabra:

—¡No, padre..., no!... ¡Yo no estoy loco!...

El joven, sobreexcitado, no moderaba el tono de voz, gritaba lo que pensaba en el silencio de la noche, indiferente a todo lo que no fuera la espantosa discusión que tenía con su adorado padre.

Etienne Rambert no moderaba tampoco el tono de sus palabras; la declaración de su hijo le arrebató:

—Entonces, Charles, si estás en tu sano juicio, tu crimen es imperdonable. ¡Asesino!... ¡Asesino!...

Los dos hombres se callaron de repente; un ligero ruido que venía del pasillo atrajo su atención.

Lentamente, la puerta de la alcoba, que había quedado entreabierta, se abrió: en el fondo negro de afuera una silueta blanca se destacó.

Thérèse, vestida con un camisón, el pelo desgreñado, los labios exangües, la mirada dilatada de horror, apareció; la muchacha estaba sacudida por un temblor nervioso; a duras penas, levantó el brazo y con la mano señaló a Charles.

—¡Thérèse! ¡Thérèse! —murmuró Etienne Rambert.

El desgraciado padre, de rodillas..., las manos juntas, con una actitud suplicante..., insistió:

—Thérèse, ¿estabas ahí?

Los labios de la muchacha se agitaron, se oyó una respiración entrecortada:

—Estaba...

La muchacha no pudo continuar; su vista se nubló, su cuerpo se tambaleó un segundo. Sin un grito, sin un gesto, cayó rígida, de espaldas, inerte.

¡DETÉNGAME!...

A veinte kilómetros aproximadamente de Souillac, la línea de ferrocarril de Brive a Cahors describe una curva bastante acentuada y se mete en un túnel.

Pero las grandes lluvias del invierno habían afectado considerablemente el terraplén, en los accesos del túnel especialmente; las grandes tormentas, sobrevenidas en los primeros días de diciembre, habían determinado un hundimiento del balasto, bastante inquietante para que los principales ingenieros de la compañía fuesen enviados al lugar en que se habían producido los deterioros.

Los técnicos comprobaron entonces que la vía, a algunos metros de la salida del túnel orientada hacia Souillac, necesitaba serias reparaciones.

En atención a estos incidentes, desde hacía un mes, los trenes que hacían el recorrido de Brive a Cahors, expresos, ómnibus o mercancía, traían regularmente media hora de retraso. Un reglamento de seguridad, hecho al punto, vistos los peligros presentados por las vías, ordenaba, en efecto, a los maquinistas que venían de Brive parar completamente el tren doscientos metros antes de la salida del túnel y a los que venían de Cahors hacer parar el convoy quinientos metros antes de la entrada del túnel.

Apenas despuntaba el día en esta mañana gris de diciembre, cuando un equipo de obreros, bajo la dirección de un capataz, se ocupaba en fijar sobre las traviesas nuevas de la vía descendente los nuevos raíles que les habían traído la víspera.

Los hombres discutían entre ellos en pequeños grupos:

—¿No sabes —decía un obrero viejo a su compañero— que nos van a obligar ahora a colocar aquí raíles de doce metros? No son mejores que los de ocho y son mucho más difíciles de ajustar.

—¿Qué quieres? —replicó el camarada—. Si es idea de los jefes, no podemos hacer nada.

De repente resonó un silbido estridente. En el fondo del túnel, que se abría como un agujero negro, se vio el resplandor de dos linternas; un tren, guardando la consigna, tren que se dirigía hacia Cahors, se había parado ante las obras y pedía paso.

El jefe de equipo retiró a sus hombres a una y otra parte de la vía descendente; después, yendo hasta una barranquilla colocada a la entrada del túnel, hizo funcionar el disco con la mano y autorizó al convoy a continuar su camino.

Al lado de la cabaña en la cual estaba un peón caminero de la compañía, encargado de la decimocuarta sección, que abarcaba cuatro kilómetros de vía, comprendidos los novecientos del túnel, un hombre se había aproximado, y dijo negligentemente:

—Éste debe de ser el tren que llega a las seis cincuenta y cinco de la mañana a la estación de Verrieres.

—En efecto —replicó el peón caminero—, pero trae retraso.

El tren había pasado; las tres linternas rojas, que indicaban el final del convoy en la trasera del último vagón, se habían perdido en la bruma matutina...

El peón caminero prosiguió su trabajo de Dicar a lo largo de la vía. Cuando iba a entrar en el túnel, le llamaron. Se volvió.

François Paul, el vagabundo a quien el juez de instrucción había puesto en libertad la víspera, después de un corto interrogatorio, era el interlocutor del peón caminero.

—Viaja poca gente en este tren de la mañana, sobre todo en primera —murmuró.

—¡Toma! —replicó el peón caminero, dejando en tierra el azadón que llevaba sobre el hombro—. No es extraño; la gente rica que paga primera, viene siempre en el expreso que llega a Brive a las dos cincuenta de la mañana...

—Sin duda —dijo François Paul—. Lo comprendo; pero, una suposición: ¿cómo se las arreglan los que tienen que bajar en Gourdon, en Souillac, en Verrieres, en fin, en las pequeñas estaciones donde no para el expreso?

—¡A fe mía —reflexionó el peón caminero—, no lo sé! Pero supongo que deben de bajar en Brive; en tal caso, vienen en los trenes del día, que son rápidos, hasta Cahors, y allí los va a buscar un coche, o hasta Brive, y toman un ómnibus después.

François Paul no le contradijo. Prosiguió:

—No hace nada de calor esta mañana.

—Nada de calor, en efecto, y parece que va a llover.

François Paul levantó la vista, asombrado de estas palabras, pues el cielo estaba claro; el peón caminero continuó:

—Sí, sopla viento oeste y por aquí esto quiere decir agua.

—Como en todas partes —concluyó con agobio François Paul—. ¡Ah! ¡Decididamente, los tiempos son duros!

Compadecido, el peón caminero sugirió al vagabundo:

—Seguramente tú no eres rentista; pero ¿por qué no intentas trabajar? Aquí hace falta gente.

—¡Ah! ¿Si?

—Como te lo digo... —continuó el buen peón caminero—; por ahí viene, precisamente, el jefe de equipo. ¿Quieres que le hable?

—¡Un minuto! —replicó François Paul—. Seguramente no diré que no; pero quiero ver primero qué trabajo se hace aquí; no sé si me convendrá...

El vagabundo se alejó del peón caminero y, lentamente, con la vista baja, siguió por el terraplén.

El jefe de equipo, después de habérselo cruzado, vino en dirección contraria hacia el peón caminero, con quien se reunió a la entrada del túnel.

—Bueno, tío Michu, ¿cómo va esa salud?

—¡Oh!, jefe —respondió el excelente hombre—, vamos tirando; se conserva uno. ¿Y ve usted las obras? Eso es lo que me fastidia, ¿sabe?, desde que los trenes tienen señalada la parada en mi sección.

—¿Por qué, pues? —interrogó el jefe de equipo, sorprendido.

—Se lo voy a decir: cuando se paran, los maquinistas aprovechan para tirar las cenizas; entonces me dejan allí, en el túnel, un montón de porquería que me veo forzado a limpiar de cuando en cuando.

El jefe de equipo estalló de risa.

—Es preciso pedir a la Compañía que le mande hombres de suplemento.

—¡A saber si los encontrará la Compañía!... ¡Escuche! A ese pobre pícaro que va por allí le he aconsejado que trate de pedirle a usted colocación. «Veré a ver —me ha dicho—, es preciso enterarme primero en qué consiste el trabajo»... Y se ha ido... Alguien que debe temer que se le formen callos en la mano...

—¡Ah!, tío Michu, hoy día es verdaderamente difícil encontrar gente seria... Por otra parte, si ese buen mozo no me pide trabajo dentro de un momento, voy a hacer que se vaya. El terraplén no es una plaza pública. Voy a estar ojo avizor con los clavos y con el cobre, sobre todo, porque en este momento en la región se señala la presencia de vagabundos...

—¡Eh! ¡Eh! —continuó el tío Michu—. Y también de criminales. ¿Ha oído hablar del asesinato en el castillo de Beaulieu?

El jefe de equipo interrumpió:

—¡Ya lo creo! No se habla más que de este asunto entre los empleados de mi equipo; tiene usted razón, tío Michu, voy a vigilar de cerca a los desconocidos y más particularmente a ese individuo...

El jefe de equipo dejó de hablar...

Al mirar hacia la parte baja del terraplén, permaneció inmóvil. El peón caminero, siguiendo su mirada, quedó también mudo.

Los dos, después de algunos segundos de silencio, se miraron y sonrieron; la silueta majestuosa, fácilmente reconocible, de un gendarme se perfilaba en la penumbra del valle; el gendarme, que venía andando parecía buscar a alguien sin disimularlo.

—¡Bueno! —murmuró el tío Michu—. Ahí va el cabo Doucet. Es probable que esté haciendo como usted, jefe, y que haya echado la vista a alguien en este momento.

—Podría ser —aprobó el jefe de equipo—. Las autoridades están cansadas después de tres días del crimen de Beaulieu. Han detenido a más de veinte vagabundos; pero han tenido que dejarlos en libertad. Todos tenían su coartada.

—Se dice por ahí —sugirió el tío Michu— que el asesinato no ha debido de ser cometido por alguien del país. No hay gente mala en la región, y la marquesa de Langrune era muy querida de todo el mundo...

—¡Mire, mire! —interrumpió el jefe de equipo, señalando con la mano al

gendarme que subía lentamente por el terraplén desde la vía—. Se diría que el cabo se dirige hacia el ciudadano de hace un momento, que busca trabajo sin querer encontrarlo...

—A fe mía que esto podría ser —reconoció el tío Michu, después de un instante de observación—. Por otra parte, ese buen hombre tiene muy mal aspecto. No es de los nuestros...

Los dos hombres, interesados, esperaban lo que iba a pasar.

A cincuenta metros de ellos, bajando en la dirección de la estación de Verrieres, François Paul se iba lentamente, pensativo...

Un ruido de pasos, detrás de él, le hizo volverse. François Paul divisó al cabo y frunció las cejas.

Y como el gendarme, cosa curiosa, parecía pararse a algunos pasos de él, en actitud deferente y respetuosa, e iba casi a esbozar el gesto de llevarse la mano al quepis, el enigmático vagabundo exclamó en un tono imperioso:

—¡Vamos, cabo, le dije, sin embargo, que no viniera a importunarme!

El cabo adelantó un paso.

—Señor inspector de la Sûreté, excúseme; pero tengo algo importante que comunicarle...

François Paul, a quien el gendarme había calificado respetuosamente de inspector de la Sûreté, no era otro, en efecto, sino un agente de la Policía secreta enviado desde la víspera a Beaulieu por la Prefectura de París.

No era, por otra parte, un agente ordinario, un policía cualquiera. Como si monsieur Havard temiese que el asunto de Langrune pudiera ser misterioso y complicado, había elegido el mejor de sus sabuesos, el más experto de los inspectores: Juve. Era Juve, quien, desde hacía cuarenta y ocho horas, bajo el disfraz de un vagabundo, erraba por los alrededores del castillo de Beaulieu, habiendo tomado hasta la precaución de hacerse detener con Bouzille. Proseguía sus metódicas encuestas sin despertar la menor sospecha sobre su verdadera cualidad.

Juve hizo un gesto de despecho.

—¡Preste atención, entonces! —murmuró—. Nos están observando, y, puesto que debo volver con usted, haga como que me va a detener y colóqueme las esposas.

—Perdón, señor inspector; yo no osaría... —replicó el gendarme.

Juve, por toda respuesta, volvió la espalda.

—Mire —dijo—, voy a dar dos o tres pasos, haré como que me voy a escapar, usted me sujeta por los hombros brutalmente, yo caeré de rodillas... y en ese momento usted me pone las esposas.

Desde la entrada del túnel, el peón caminero, el jefe de equipo y también los obreros ocupados en la reparación de la vía seguían con la vista, muy interesados, el incomprensible coloquio que estaban celebrando, a cien metros de ellos, el gendarme y el vagabundo.

De repente, vieron al hombre escaparse, y al cabo cogerlo casi al instante.

Algunos minutos después, el individuo, con las manos unidas delante del cuerpo, descendía dócilmente al lado del gendarme por la pendiente abrupta del terraplén; los dos hombres desaparecieron detrás de un bosquecillo de árboles.

—¡Otro más! —suspiró el viejo peón caminero—. No ha tenido que molestarse en calentar a este.

Cuando se dirigían con paso rápido en dirección a Beaulieu, Juve interrogó al cabo:

—¿Qué pasa, pues, en el castillo?

—Señor inspector —replicó el gendarme—, se ha descubierto al asesino. Mademoiselle Thérèse...

¡FANTOMAS ES LA MUERTE!

Eran las ocho de la mañana.

Juve, que había regresado rápidamente al castillo, y que, durante el camino, se había hecho quitar las esposas, se tropezó ante la verja del parque con Presles.

—¿Conoce usted la noticia? —le preguntó Juve, con voz tranquila y ponderada.

El magistrado miró al policía, estupefacto.

Éste continuó:

—Por su expresión, veo que no, señor juez. Si usted quiere, puede preparar una orden de detención contra Charles Rambert.

Monsieur de Presles retrocedió algunos pasos; después, corriendo hacia Juve, que muy sosegadamente había entrado en el parque y se encaminaba hacia el castillo, le interrogó:

—¿Tiene usted sospechas de su culpabilidad?

—¡Más que eso! —respondieron al mismo tiempo el inspector de la Sûreté y el cabo de la gendarmería...

En pocas palabras, Juve volvió a contar al magistrado la conversación que el cabo le había referido. El juez no podía disimular su sorpresa.

—Pero... —fue a preguntar.

De repente se calló.

Los tres personajes estaban, en ese momento, al pie de la escalinata; junto a ellos, la puerta del castillo se había abierto, dando paso al mayordomo Dollon.

Con el cabello despeinado y el rostro descompuesto, el mayordomo exclamó:

—¿No han visto ustedes a los Rambert? ¿Dónde están?... ¿Dónde están?...

Y mientras el juez, aturdido por las revelaciones de Juve, estaba todavía intentando coordinar en su mente el encadenamiento de los diversos acontecimientos que estaban ocurriendo, el inspector de la Sûreté lo comprendió todo en seguida y, volviéndose hacia el cabo, murmuró:

—¡El pájaro se ha escapado de la jaula!

*

En el vestíbulo del castillo, Juve y monsieur de Presles pedían a Dollon que les precisase los detalles de la revelación hecha por Thérèse.

—¡Dios mío! Señores —explicaba el buen hombre—, cuando he llegado esta mañana muy temprano al castillo, he encontrado a las dos viejas sirvientas, Louise y Marie, en la alcoba de mademoiselle Thérèse, prodigando solícitos cuidados a nuestra

joven ama, a la que habían encontrado enferma. Al cabo de unos veinte minutos, eran entonces en ese momento alrededor de las seis y media, mademoiselle Thérèse, un poco más calmada, pudo referirnos lo que había oído aquella noche y la horrible discusión de la que había sido testigo, discusión que sostenían monsieur Rambert padre e hijo.

—Y entonces, ¿qué ha hecho usted? —interrogó monsieur de Presles.

—Yo mismo, muy emocionado, señor juez, he enviado a Jean, el cochero, a Saint-Jury, tanto para buscar el médico como para prevenir al cabo Doucet; éste ha llegado el primero, le he puesto al corriente de lo que sabía, y lo he dejado en seguida para ir con el doctor a ver a mademoiselle Thérèse.

El magistrado, volviéndose hacia el cabo de gendarmería, le preguntó a su vez.

—Señor juez —replicó este—, tan pronto como he tenido conocimiento de los hechos señalados por monsieur Dollon, he creído necesario ir a prevenir a monsieur Juve, que yo sabía que estaba en los alrededores del castillo...

—¡Caramba! —interrumpió monsieur de Presles—. Usted ha cometido un formidable error, mi querido cabo, al no tomar las precauciones para que los Rambert no pudieran escapar.

El cabo objetó vivamente:

—Perdón, señor juez, he dejado a Morand de centinela en la entrada del castillo; tenía el encargo de impedir que salieran estos señores, si tenían la intención de hacerlo.

—¿Y Morand no les ha visto salir?

Esta vez fue Juve quien respondió por el cabo, habiendo adivinado, después de un momento, lo que había pasado.

—... Y el gendarme Morand no los ha visto salir, —dijo— por una buena razón: evidentemente, ellos se marcharon después de medianoche, después de su altercado.

Juve preguntó a continuación:

—¿Qué se ha hecho después de ese momento?

—Nada, señor inspector...

—¡Pues bien, cabo, me imagino que el señor juez de instrucción le va a dar orden inmediatamente de lanzar a sus hombres en persecución de los fugitivos!

—¡Naturalmente! —concluyó el magistrado—. Y hágalo aprisa...

El cabo, girando sobre los talones, salió del *hall*.

El inspector y el juez permanecieron callados; Dollon, aparte, tenía una actitud embarazosa.

—¿Dónde está mademoiselle Thérèse? —preguntó monsieur de Presles.

Dollon se adelantó.

—Está descansando en este momento, señor juez; duerme tranquila. El doctor está con ella y ruega que no se la despierte...

—Está bien —respondió el magistrado—. Déjenos.

Dollon se alejó.

—Monsieur Presles —propuso Juve—, ¿quiere que subamos al primer piso?

Algunos instantes después, instalados en la alcoba que había sido ocupada durante cuarenta y ocho horas por monsieur Etienne Rambert, Juve y Presles se miraban sin hablarse.

El magistrado rompió el primero el silencio:

—Entonces —declaró—, ¿el asunto está terminado? ¿Ese Charles Rambert es, entonces, el culpable?...

Juve movió la cabeza:

—¿Charles Rambert?... En efecto, ése debe de ser el culpable.

—¿Por qué esa restricción? —interrogó el magistrado.

Juve, con la vista baja, miraba con atención la punta de sus zapatos; después levantó la cabeza.

—Digo «ese debe de ser», porque las circunstancias me obligan a esta conclusión, y, sin embargo, en mi fuero interno, yo no creo...

—Las sospechas de su culpabilidad, su falsa confesión, su silencio, al menos, ante la acusación formal de su padre, nos dan la certeza... —declaró monsieur de Presles.

Juve objetó, con una ligera vacilación, sin embargo:

—Hay también sospechas en su favor.

El magistrado prosiguió:

—Sus investigaciones han demostrado, de una manera formal, que el crimen ha sido cometido por alguien que se encontraba dentro de la casa...

—Es posible —dijo Juve—; pero no es seguro.

—Explíquese usted.

—¡No tan aprisa, señor magistrado! —sonrió Juve.

Y levantándose, propuso:

—No tenemos nada que hacer aquí, señor. ¿Quiere que pasemos a la alcoba vecina, la que ocupaba Charles Rambert?

Monsieur de Presles siguió al inspector de la Sûreté.

Juve, yendo y viniendo por el cuarto que examinaba con pequeñas ojeadas vivas y frecuentes, mientras que el magistrado, habiendo encendido un cigarro, se había sentado cómodamente en una poltrona, empezó:

—¡No tan aprisa! Me he permitido decirle eso hace un momento, señor juez, y he aquí por qué. Creo que, en este asunto, hay dos puntos previos que importa dilucidar: la naturaleza del crimen y el móvil que ha debido de determinar a su autor a cometerlo. Volvamos a examinar los dos puntos, si a usted le parece, y preguntémosnos, en primer lugar, cómo conviene «rotular», en sentido jurídico, el asesinato de la marquesa de Langrune. La primera conclusión que se impone a todo espíritu observador que haya visitado la alcoba del crimen y examinado el cadáver de la víctima, es que este asesinato debe ser catalogado en la categoría de atentados crapulosos. Parece que el asesino ha dejado sobre su víctima la marca implícita de su carácter; se identifica en la violencia misma de los golpes dados. Es un hombre de

condición inferior, un tipo del hampa, un profesional.

—¿De qué detalles deduce usted eso? —interrogó monsieur de Presles.

Juve prosiguió:

—Del solo aspecto de la herida; usted lo ha visto como yo; la garganta de madame de Langrune ha sido casi enteramente seccionada por la hoja de un instrumento cortante. Es inadmisibile, dadas la extensión y la profundidad de la herida, que haya sido hecha de una sola vez; el asesino ha debido de encarnizarse, dar varios golpes. Eso demuestra que el asesino pertenece a una categoría de individuos a quienes no les repugnan sus siniestras tareas, que matan sin horror, que lo miran sin emoción. La herida atestigua aún, por su misma naturaleza, que el asesino es un hombre vigoroso; usted no ignora que la gente endeble, con músculos débiles, golpean preferentemente en «profundidad»; es decir, con un arma puntiaguda, mientras que, al contrario, los asesinos vigorosos tienen predilección por los golpes dados «en extensión», las heridas largas, horribles...

Monsieur de Presles aprobó:

—Sus deducciones son, en efecto, exactas, y estoy dispuesto como usted a creer que se trata de un crimen crapuloso. ¿Ha hecho usted otras observaciones?...

—Nos falta —dijo Juve— determinar el arma con la cual se ha matado; no la tenemos, al menos hasta el momento; he dado ya la orden de vaciar las letrinas, de dragar la balsa del parque, de registrar los matorrales; pero tengan o no éxito nuestras pesquisas, tengo la convicción de que el instrumento del crimen no es sino un cuchillo de muesca dentada, uno de esos vulgares «asesinos», que poseen los apaches. La marquesa de Langrune no ha sido asesinada con un puñal, arma noble...

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó monsieur de Presles.

—Siempre la naturaleza de la herida. Si el asesino hubiera tenido un arma, cuya punta constituyera el principal peligro, habría pinchado, y pinchado en el corazón, en lugar de cortar; ahora bien: se ha servido del filo y esto es capital. El asesinato ha sido cometido con cuchillo, no con puñal. Es, pues, un crimen crapuloso...

—Y entonces —continuó el magistrado—, ¿qué deduce usted de que el crimen sea crapuloso?

Con gravedad, Juve replicó:

—Sencillamente que el crimen no ha debido de ser cometido por Charles Rambert, joven bien educado y, seguramente, vista su edad, poco susceptible de ser un profesional del crimen.

—¡Evidentemente! —murmuró el juez.

Juve prosiguió:

—Consideremos, ahora, si a usted le parece, señor juez, el móvil o los móviles del crimen... ¿Por qué ha matado el asesino?

—¡Pchs! —titubeó el juez—. Para robar, sin duda...

—¿Para robar qué? —replicó Juve—. El hecho es que se han encontrado en el velador, bien a la vista, todas las sortijas de madame de Langrune, su broche de

brillantes, su portamonedas...; en los cajones fracturados, y los cuales he inventariado minuciosamente su contenido, he descubierto aún otras joyas, quinientos diez francos en monedas de oro y plata, tres billetes de banco de cincuenta francos, en un tarjetero... ¿Qué piensa usted, señor juez, de ese bandido crapuloso que ve estos valores a su alcance y no se apodera de ellos?...

—En efecto, es sorprendente —reconoció el magistrado.

Juve prosiguió:

—¡Es sorprendente, en efecto! ¿Se tratará de algo más importante que de un robo de dinero, de joyas? Desde luego, le confieso que, aunque planteo la cuestión, tengo bastante dificultad para resolverla.

—¡Evidentemente! —dijo aún el juez.

Juve continuó desarrollando sus ideas y sugirió:

—¿Y si nos encontrásemos ante un crimen cometido sin motivo, por simple *diletantismo* o por seguir un impulso mórbido, fenómeno aún bastante frecuente, crimen de monomaniaco, de desequilibrado?...

—¿En ese caso? —interrumpió monsieur de Presles.

—En ese caso —observó Juve—, después de haber descartado bajo pretexto de un crimen crapuloso la gravísima culpabilidad que pesa sobre el joven Rambert, no me opondría a volver sobre mi opinión y considerar que bien podía ser el culpable. Su madre está, según creo, en un estado mental precario: si consideramos por un momento a Charles Rambert como un histérico, un enfermo, nos es posible incriminarle por el asesinato de la marquesa de Langrune, sin por esto destruir nuestro andamiaje de argumentos en favor de un crimen crapuloso, pues un ser de mediana fuerza, pero atacado de enajenación mental, tiene en el curso de la crisis decuplicado su vigor... Además de esto —continuó Juve, interrumpiendo con un gesto al magistrado, que iba a hacerle una pregunta—, tendré pronto detalles muy precisos sobre el poder muscular del asesino: monsieur Bertillon ha inventado recientemente un maravilloso dinamómetro que permite determinar el vigor exacto del individuo que ha empleado instrumentos de fractura... He sacado muestras de madera del cajón fracturado y estaré pronto documentado...

—Eso —reconoció monsieur de Presles— tendrá, en efecto, gran importancia; si no tenemos por cierta la culpabilidad de Charles Rambert, admitiendo que el crimen ha sido cometido por alguien de la casa, podemos, en efecto, preguntarnos aún si no ha sido cometido por algún otro habitante del castillo.

—A este propósito —interrumpió Juve— podemos, procediendo siempre por deducción, descartar sucesivamente las personas que tengan una coartada o una excusa... Con esto se despejará la cosa. ¿Quiere usted que lo hagamos en seguida?

El juez dio su aquiescencia y, tomando a su vez la palabra, declaró:

—Para mí es imposible sospechar de las dos viejas sirvientas Louise y Marie; en cuanto a los vagabundos que hemos detenido y dejado en libertad..., compréndalo usted, Juve, son seres demasiado rudos, demasiado simples.

Juve movió la cabeza afirmativamente, y el magistrado continuó:

—Está también Dollon; pero creo, probablemente como usted, que, en vista de la coartada presentada por este hombre, al saber que, hasta las cinco de la mañana, ha estado con el médico cuidando a su mujer enferma, Dollon no es sospechoso.

—Tanto más —concluyó Juve— cuanto que el médico forense declaró que el crimen fue cometido entre las tres y las cuatro. Falta examinar la situación de monsieur Etienne Rambert.

—Le interrumpo de nuevo —dijo el magistrado—, Monsieur Etienne Rambert tomó la noche del crimen, hacia las nueve de la noche, en la estación de Orsay, el tren ómnibus que llega a Verrieres a las seis cincuenta y cinco de la mañana. Pasó la noche en el vagón y llegó en el tren en cuestión; es la mejor coartada.

—La mejor, en efecto —replicó Juve, que continuó—: ¿No nos queda, entonces, más que Charles Rambert?

Animándose, el policía hizo entonces una acusación aplastante contra el joven:

—El crimen —dijo— se cometió sin que se oyera el menor ruido; el asesino estaba, pues, en la casa; se aproximó a la alcoba de la marquesa y llamó discretamente; la marquesa, entonces, le abrió, no se sorprendió al verle, pues le conocía; él entró con ella en la alcoba y...

—¡Vamos, vamos! —interrumpió monsieur de Presles—. Pero esto es una novela que se está usted forjando, monsieur Juve; usted olvida que la puerta de la alcoba de la marquesa fue fracturada, el cerrojo de seguridad fue encontrado arrancado, colgando literalmente de los tornillos...

Juve miró al magistrado sonriendo.

—Esperaba eso, señor juez..., pero antes de contestarle... haga el favor de acompañarme al lugar del crimen; voy a enseñarle algo curioso.

Juve, cruzando el pasillo, volvió a la alcoba de la marquesa de Langrune.

—Mire bien este cerrojo —dijo Juve a monsieur de Presles—. ¿Qué tiene de anormal?

—Nada —dijo el magistrado.

—¡Sí! —continuó Juve—. El pestillo está salido como cuando el cerrojo está cerrado; pero la cerradura en la que tiene que entrar este pestillo de manera que inmovilice la puerta en la pared, la cerradura, digo, está intacta. Luego si se hubiese forzado realmente el cerrojo, el pestillo habría saltado con...

—El hecho es... —murmuró el magistrado.

Juve prosiguió:

—¿Qué ve usted en estos tornillos?

El magistrado, señalando con el dedo la cabeza, respondió:

—Tienen pequeñas rayas, y yo deduzco...

—Diga, diga —apremió Juve...

—¡Pues bien! —dijo con timidez el magistrado—. Debo deducir, en efecto, que estos tornillos no han sido arrancados por una fuerza ejercida sobre el cerrojo, sino

más bien desatornillados y que, por consiguiente...

—Por consiguiente —dijo Juve—, esto es un simple «truco» que nos permite concluir con seguridad que el asesino, obrando así, ha querido simplemente engañarnos haciendo creer que se había forzado la puerta, mientras que ésta le fue abierta simplemente, ante su llamada, por la marquesa de Langrune. Por tanto, el asesino era conocido de ella.

Interrumpiéndose bruscamente, Juve, sin cumplidos, sacó al magistrado fuera del cuarto y le volvió a llevar a la alcoba de Charles Rambert. Yendo al tocador, se arrodilló y, poniendo el dedo en mitad del hule que se extendía sobre el suelo, preguntó:

—¿Qué ve usted allí, señor juez?

El magistrado se ajustó el monóculo y, mirando al sitio que le señalaba el policía, vio una pequeña mancha negra.

—¿Es de sangre? —interrogó.

—Es de sangre —repitió Juve—. De donde yo deduzco que la historia de la toalla ensangrentada, descubierta por Rambert padre, entre los objetos de aseo de su hijo, toalla cuya vista ha impresionado considerablemente a mademoiselle Thérèse, no es una invención de esta última: existía realmente y constituye el cargo más abrumador que se puede encontrar contra este joven.

El magistrado inclinó la cabeza.

—¡He ahí algo concluyente! La culpabilidad de Charles Rambert es indiscutible...

Después de algunos segundos de silencio, Juve dejó escapar:

—¡No!

El magistrado se quedó estupefacto.

—¡Vamos! —exclamó—. ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir —replicó Juve—, simplemente, esto: que si tenemos, en favor de un asesinato cometido por alguien de la casa y, en este caso, no puede ser otro que Charles Rambert, argumentos absolutamente formales, tenemos también argumentos formales en favor de un crimen cometido por alguno venido de fuera... Nada se opone a que éste haya entrado en la casa por la puerta...

—Ésta estaba cerrada con llave... —declaró el juez.

—¡Oh! Bonito asunto —sonrió Juve—. Argumento sin valor, créame; no olvide que no existe ninguna cerradura de seguridad, cuando ésta puede abrirse con una llave desde el exterior. ¡Ah!, si hubiese encontrado en la puerta simples pestillos, buenos y viejos pestillos como otras veces, yo le diría: Nadie ha entrado, porque no hay más que un medio de entrar en un lugar cerrado con pestillo, derribar la puerta. Pero estamos ante cerraduras que se abren con una llave; ahora bien: no hay llave de la que no se pueda sacar un molde, no hay molde que no permita fabricar una falsa llave. El asesino ha podido muy bien entrar en el castillo con una doble...

El magistrado objetó:

—Si el asesino hubiera venido de fuera, habría dejado fatalmente huellas en los accesos del castillo; nosotros no hemos encontrado ninguna...

—¡Sí que hemos encontrado! —rectificó Juve—. En primer lugar... este pedazo desgarrado de mapa Taride —y Juve lo sacó de su bolsillo— que he encontrado ayer entre el castillo y el terraplén; el trozo que poseemos representa, curiosa coincidencia, los alrededores del castillo de Beaulieu...

—Esto no prueba nada —interrumpió el juez de instrucción—. Encontrar en nuestra región un trozo de mapa de «nuestra región» es un hecho verosímil... ¡Ah!, si usted descubriese... en poder de alguien, el otro trozo de este mapa... Entonces...

—Esté seguro que lo intentaré en el plazo más breve. Por lo demás, este documento no es el único argumento que puedo invocar en favor de mi tesis. Así, esta mañana, cuando me paseaba cerca del terraplén, he descubierto huellas de pasos bastante sospechosas...

—¡Hola! —dijo el magistrado, a quien el descubrimiento de Juve no parecía impresionarle por otra parte—. ¿Cuál es la conclusión que conviene sacar, según usted?

Juve expresó en alta voz su pensamiento, diciendo: —... ¿Y si pudiésemos hacer de dos hipótesis una sola; a saber: que el asesino estaba en el castillo antes de realizarse el crimen y que una vez cometido el asesinato desapareció? ¿Qué diría usted de un criminal que, una vez cometido el crimen, hubiera ido a coger un tren en marcha, trepando por el terraplén, precisamente en el sitio donde he notado las huellas de pasos de las que le he hablado hace un momento?

—Diría —replicó el magistrado— que no se sube en un tren en marcha como en un tranvía.

—Sea —accedió Juve—. Le haré notar simplemente que en los accesos del túnel, debido a las reparaciones, todos los trenes hacen una parada aquí, desde hace un mes.

El juez de instrucción, un poco alterado por las deducciones de Juve, le presentó otra objeción:

—No hemos encontrado huellas en los accesos del castillo...

—Precisamente —reconoció Juve—. No obstante, he comprobado que en el césped, frente a la ventana de la alcoba del crimen, la tierra esta movida, lo que prueba que el suelo ha sido removido en ese sitio; me imagino que si yo salto de un primer piso a la tierra mojada del césped y quiero borrar las impresiones de mis botas, amasaré la tierra alrededor y la hierba que la recubre, de la misma manera que parece haber sido amasado ese pequeño rincón de césped del que le hablo...

—Me gustaría bastante ver eso —sugirió monsieur de Presles.

—¡Que por eso no quede! —consintió Juve.

Los dos hombres descendieron rápidamente la escalera, atravesaron el vestíbulo y salieron del castillo. Al llegar al jardín, Juve había respondido al magistrado, que se asombraba al no notar ninguna huella sobre el césped:

—¡Pero esto es bien fácil de comprender! Si el asesino ha andado sobre el césped,

como es verosímil, lo ha hecho durante la noche, antes que hubiera rocío; luego, por la mañana, cuando el rocío se evapora, sabemos todos que la hierba hollada por pasos de hombre o de animal se endereza, y, desde este punto, se aniquila todo vestigio de huellas.

Los dos hombres habían llegado ante el cuadro de hierba que, según la expresión del inspector de la Sûreté, había sido arreglado; estaban agachados en el suelo y examinaban minuciosamente este. Al lado del césped, dándole un poco la sombra, un extenso plantel de ruibarbos extendía sus hojas.

Juve, que, por azar, acababa de echar una ojeada a las hojas más próximas, no pudo contener un pequeño grito de sorpresa y de satisfacción:

—¡En! —gritó—. Esto sí que es divertido...

—¿Qué? —preguntó el magistrado.

—Esto —señaló Juve, quien, con el dedo, mostraba al magistrado pequeñas bolitas negras de las que estaba salpicada la planta.

—¿Qué es eso? —interrogó monsieur de Presles.

Juve, con la palma de la mano, había raspado la parte superior de la hoja.

—Es tierra —dijo—, tierra vulgar, como la que se encuentra diez centímetros más abajo, alrededor del césped...

—¿Y qué? —preguntó el magistrado, desconcertado.

—Pues que me imagino —sonrió Juve— que la tierra corriente, incluso la tierra vegetal, no tiene el privilegio de desplazarse a su voluntad, y todavía menos el de saltar diez centímetros en el aire.

Como el magistrado se callaba, Juve prosiguió:

—Deduzco, entonces, que esta tierra no ha ido allí sola, sino que ha sido llevada. ¿Cómo? Es bien sencillo... Un hombre, monsieur Presles, ha saltado sobre este césped, ha hecho desaparecer las marcas de sus pies arreglando el suelo con las manos; éstas estaban sucias y manchadas de tierra, él con un gesto maquinal, las ha frotado una contra otra; la tierra que se adhería a sus dedos ha caído en pequeñas bolitas sobre la hoja de ruibarbo, ha quedado allí, nosotros acabamos de descubrirla... Es cierto, pues, y esto es una prueba más, que el culpable, si no venido del exterior, al menos ha huido después de haber cometido el asesinato...

—¿No es, entonces, Charles Rambert? —concluyó el juez de instrucción...

—Y como Juve, enigmáticamente, dijera:

—«Debe» ser Charles Rambert...

Hubo una pausa. Monsieur de Presles, cada vez más contrariado por la actitud enigmática de Juve, reflexionó en silencio, cuando Juve sugirió:

—Hay una última hipótesis que me es violento someterle; más aún, porque es poco agradable... ¿Sabe usted, señor, que el crimen de Beaulieu es un crimen extraño, misterioso, enigmático; sabe usted que es, en suma, un verdadero crimen a lo Fantomas?

Oyendo al policía pronunciar este nombre casi legendario, monsieur de Presles se

encogió de hombros.

—¡Ah! Monsieur Juve, no hubiera creído jamás que fuese a llamar a Fantomas en su ayuda, invocar a Fantomas. Fantomas, pardiez, es la escapatoria demasiado fácil, el medio trivial de archivar un asunto. Entre nosotros, usted lo sabe, es una broma del Palacio de Justicia y de los pasillos de instrucción... Fantomas no existe.

Juve se sobresaltó.

Replicó, muy grave, después de un silencio:

—Señor —hablaba con voz reprimida, pero insistiendo sobre las palabras, que era la manera de manifestar su convicción—, hace usted mal en reírse...; ¡muy mal!... Usted es juez de instrucción y yo no soy más que un modesto inspector de la Sûreté... Pero usted tiene tres o cuatro años de práctica, tal vez menos... Y yo hace quince años que ejerzo... Yo sé que Fantomas existe, y no me río cuando sospecho su intervención en un asunto...

Monsieur de Presles miraba al policía, disimulando mal su asombro. Juve prosiguió:

—Nadie ha dicho de mí, monsieur de Presles, que fuese miedoso. He visto la muerte cerca... Hay bandas de malhechores enteras que han jurado mi muerte..., espantosas venganzas me amenazan... ¡Muy bien, eso me es indiferente! Pero cuando se me habla de Fantomas, cuando en un asunto creo adivinar la intervención de este genio del crimen..., ¡pues bien!, monsieur de Presles, me entra un gran miedo..., le confieso que tengo mucho miedo... ¡Yo!... ¡Juve!... Tengo miedo, porque Fantomas es un ser contra el cual no se lucha con los medios ordinarios, porque su audacia no tiene medida, porque su poder es incalculable..., porque, en fin, monsieur Presles, todos los que yo he visto atacar a Fantomas, mis amigos, mis colegas, mis jefes, todos, usted me entiende, todos han sido destrozados... Fantomas existe, yo lo sé; pero ¿quién es? Y si se puede ser valiente ante un peligro que se puede apreciar, se tiembla ante un peligro que se sospecha, pero que no se ve...

El juez de instrucción le interrumpió:

—Pero este Fantomas no es un diablo..., es un hombre como nosotros.

—Sí, tiene usted razón, señor juez, es un hombre..., un hombre como nosotros..., pero este hombre es, se lo repito, un genio. Parece que mata con el extraño privilegio de no dejar ninguna huella... No se le ve, se le adivina...; no se le oye, se le presiente... Si Fantomas está mezclado en este asunto, no sé si llegaremos nunca a desembrollarlo.

Monsieur de Presles, impresionado a su pesar, dijo:

—¡Sin embargo, usted no me aconseja, mi querido Juve, que abandone las pesquisas!

El policía, que se esforzaba en reír con una carcajada que sonaba a falso, respondió:

—¡Quiá! ¡No, señor! Si le he dicho, en efecto, que tenía miedo, no le he dicho que fuera un cobarde... Esté bien convencido que cumpliré con mi deber hasta el

final...

Un ruido de pasos rápidos detrás de ellos hizo volverse a los dos hombres; era un cartero que, todo sudoroso, corría al castillo de Beaulieu.

—¿Alguien de ustedes, señores, conoce a monsieur Juve? —preguntó.

—Soy yo —declaró el policía, quien, cogiendo el despacho con un gesto brusco, lo abrió.

Juve se sobresaltó, y tendiendo el telegrama al magistrado, le dijo:

—Lea, señor, se lo ruego.

El despacho venía del servicio de la Sûreté y estaba concebido en los siguientes términos:

«Vuelva urgentemente a París. Estamos convencidos que desaparición Lord Beltham oculta crimen extraordinario. A título confidencial, tememos intervención de Fantomas.»

¡SERVICIO DE LA SÚRETÉ!

—¿Monsieur Gurn, hace el favor?...

La portera del número 147 de la calle de Lovert, madame Doulenques, que precisamente acababa de volver a su portería después de haber barrido apresuradamente la escalera, miró al interlocutor que le hacía esta pregunta... Vio un hombre alto, moreno, con grandes bigotes, cubierto con un sombrero flexible y cuyo abrigo, abrochado de arriba abajo, tenía el cuello levantado hasta las orejas.

El visitante repitió:

—¿Monsieur Gurn?...

—Está ausente, señor —respondió la portera—. Hace ya mucho tiempo...

—Lo sé —insistió el desconocido—. Querría, sin embargo, señora, subir a su apartamento si usted quiere acompañarme...

El personaje esbozó el gesto de registrar en uno de sus bolsillos; sin duda iba, con la presentación de alguna carta o tarjeta de visita, a justificar su indiscreta petición, cuando la portera dijo, después de algunos instantes de vacilación, con sorpresa:

—¿Usted quiere?... ¡Ah! ¡Ya caigo! Sin duda es usted el empleado que habían anunciado que vendría a por el equipaje. El hombre de la Compañía... Espere: ¿cómo se llama esa Compañía?... Es un nombre extraño..., un nombre inglés, creo...

La portera, dejando el umbral de la puerta que, hasta entonces, había mantenido entreabierta, retrocedió al fondo de la portería y, buscando en los estantes donde distribuía de ordinario el correo de los inquilinos, encontró a nombre de monsieur Gurn, un prospecto impreso, ajado.

La vieja se ajustó las gafas para leer; pero el visitante, aproximándose, leyó por encima de su hombro, en una rápida ojeada, el nombre que ella buscaba. Retrocedió con un movimiento imperceptible y, simplemente declaró:

—Vengo, en efecto, de parte de la South Steamship Co...

La portera delectó penosamente...

—Sí, eso es: la South... como dice usted..., yo no sé pronunciar estos nombres...

La portera continuó:

—¡Pues bien! Hay que creer que no se dan demasiada prisa en su casa; hace cerca de tres semanas que le espero para que se lleve los bultos. Gurn me había dicho que vendrían algunos días después de que él se hubiera marchado...

Madame Doulenques miró, maquinalmente, por la ventana de la portería que daba a la calle.

—Pero —interrogó, después que hubo examinado de pies a cabeza al visitante que sin duda le parecía demasiado bien vestido para ser un mozo de cordel—, pero no trae ni carro de mano, ni camión... ¿No pensará, supongo, cargarse los baúles a la

espalda?

El desconocido replicó con calma, tomándose tiempo antes de contestar:

—En efecto, señora, no tengo camión ni me llevaré los bultos de Gurn. Al venir aquí, esta mañana, he querido darme cuenta simplemente de la importancia de este equipaje. ¿Quiere usted enseñármelo?...

La portera suspiró largamente.

—¡Puesto que es preciso!... Es en el quinto.

Mientras subía por la escalera, murmuraba:

—Es lástima que no haya llegado más temprano, mientras que hacía la limpieza, así yo no hubiera tenido que subir la escalera por segunda vez.

Llegaron al quinto piso. Sacando de su bolsillo una llave, la portera abrió el apartamento.

La habitación era modesta, pero bastante coquetamente decorada.

La primera pieza, una especie de salón-comedor, y la alcoba tenían amplias ventanas por las cuales se veían los jardines hasta perderse de vista. El apartamento poseía esta ventaja de no tener a nadie enfrente; se podía ir y venir con las ventanas abiertas, sin ser perturbado por la indiscreción de los vecinos.

—Hará falta ventilar —murmuró la portera—. Si no, cuando venga monsieur Gurn no estará contento.

—¿Él no vive, entonces, regularmente aquí? —preguntó el desconocido.

—¡Ah! Pues no, señor —replicó la portera—. Monsieur Gurn es, como quien dice, viajante; está con frecuencia fuera. A veces durante mucho tiempo. No debe de ser muy divertido viajar siempre así; pero hay que suponer que esto produce, pues monsieur Gurn no es nada cicatero...

—¡Ah!, ¡ah! —observó el hombre del sombrero flexible—. ¿No es cicatero?

—Para eso no, señor.

Y la habladora portera se enzarzó en una confusa historia de gratificaciones, mientras su interlocutor, habiendo divisado sobre la chimenea la fotografía de una joven, preguntó señalándola:

—¿Es esa madame Gurn?

—Gurn es soltero —replicó madame Doulenques.

El hombre del sombrero flexible hizo un guiño y, hablando bajo, con una sonrisa significativa en los labios:

—Su amiguita..., ¿eh?...

La portera movió la cabeza:

—¡Oh! De ningún modo. Bien seguro que esta fotografía no se le parece en nada...

—¿Usted la conoce entonces?

—La conozco sin conocerla; es decir, que cuando monsieur Gurn está en París recibe a menudo la visita de una dama, por las tardes..., una dama muy elegante, a fe mía, como no hay costumbre de ver en nuestro barrio de Belleville. Mire..., debe de

ser una mujer de mundo. Viene siempre cubierta con un velo, pasa aprisa, aprisa, por delante de la portería y no me habla nunca... Generosa..., eso sí... Es raro cuando no me da una moneda de cinco francos.

El desconocido, que parecía interesarse por las confidencias de la portera, observó:

—Sí; dicho de otro modo, no se mira el dinero en casa de su inquilino.

—¡Seguro que no!

Llamaban en la escalera. Una voz fuerte gritaba:

—¡Portera!

Madame Doulenques corrió hasta el rellano.

—La portera está en el quinto. ¿Quién es? ¿Para que la quieren?...

—¿Monsieur Gurn está en casa?

—Suba. Estoy precisamente en su piso...

Al entrar en el departamento, la portera no pudo menos de decir:

—¡Otro que pregunta por monsieur Gurn!... Decididamente, todo el mundo viene aquí por él...

El desconocido se informó al punto:

—¿Cómo es esto? ¿Recibe, entonces, muchas visitas?

—Nunca, señor, casi nunca, y por eso mismo estoy asombrada.

Dos hombres se presentaron. Su vestimenta revelaba su profesión.

Eran dos camionistas. Uno de ellos iba a tomar la palabra; la portera adivinó su intención y, volviéndose hacia el hombre del sombrero flexible que ella había introducido antes en casa de su inquilino, le dijo:

—¡Ah, qué coincidencia! He ahí, sin duda, sus empleados, que vienen a buscar los baúles.

El desconocido hizo una mueca, vaciló un instante en tomar la palabra y, finalmente, permaneció callado.

Fue uno de los camionistas quien habló esta vez:

—Escuche —dijo bruscamente—. Nosotros venimos de la South Steamship Co, para llevar cuatro bultos de monsieur Gurn. ¿Son éstos?

Y con la mano, el hombre señaló dos grandes baúles y dos maletitas apartados en un ángulo de la primera pieza.

—¡Vamos! Pero ¿entonces no vienen juntos los tres? —interrogó madame Doulenques.

El desconocido persistía en no decir nada. El primero de los camionistas declaró sin vacilación:

—Nada de eso. No tenemos nada que ver con este señor...

Después, dirigiéndose a su compañero:

—¡Vamos! ¡Movámonos!

Previendo sus movimientos, la portera, al mismo tiempo que el hombre del sombrero flexible, se había interpuesto, con un gesto instintivo, entre los camionistas

y el equipaje.

—¡Perdón! —dijo el desconocido con un tono cortés pero autoritario—. ¿Quieren no llevarse nada?

Por toda respuesta, uno de los camionistas sacó de su bolsillo un carnet sucio, sobado, del cual hojeó las páginas.

Después de haber leído atentamente, aseguró:

—Y sin embargo, no hay error. Nos han mandado aquí. —Y haciendo por segunda vez señas a su camarada, dijo—: ¡Movámonos!...

La desconfianza de madame Doulenques aumentó.

Cada vez más emocionada, la portera se escapó del apartamento y, con voz angustiada, llamó:

—¡Madame Aurore!... ¡Madame Aurore!...

El hombre del sombrero flexible se había precipitado detrás de ella; con un gesto persuasivo y voluntarioso, la había cogido del brazo y la había vuelto a traer a la pieza.

—Le ruego, señora —suplicó en voz baja—, que no haga ruido. ¡No grite!...

Pero la portera, a quien la actitud verdaderamente extraña de estos hombres enloquecía, chillaba con una voz aguda:

—¡Ah!, qué pena, qué pena... No comprendo nada de vuestras historias... ¿Quiénes son ustedes tres?... En primer lugar, ¡no me toquen!..., ¡nadie!..., y después, ¿qué vienen a hacer aquí?

El primer camionista gruñó:

—¡No le digo que me han mandado! ¡Lea el papel!... Vea nuestro libro, tiene el membrete de la Compañía. Si el señor —y el camionista señalaba al desconocido— pretende que pertenece a la Compañía South Steamship Co, le digo que miente...

El interpelado no se movía. La portera, cada vez más espantada, llamó aún:

—¡Madame Aurore!... ¡Madame Aurore!...

Cada vez más misterioso, el individuo había querido acercarse a ella. Madame Doulenques, aterrorizada, chilló:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

Exasperado el primer camionista juró:

—Es una infamia, ¡por el nombre de Dios!, ser tomados por ladrones. Vaya usted a buscar a la Policía si quiere... ¡A nosotros no nos importa!...

El obrero miró al desconocido...

—Pero ya veo lo que es —continuó con aire sospechoso—. Probablemente el «señor» no tenía intenciones muy claras.

Y, bruscamente inspirado, volviéndose hacia su compañero:

—Mira, Auguste, para terminar, baja hasta la esquina de la calle y tráete un guardia; así se explicará el señor con la portera delante de él.

Auguste se apresuró a obedecer...

Pasaron algunos minutos angustiosos, durante los cuales no cambiaron ni una sola

palabra los personajes que habían quedado allí.

La portera, toda temblorosa, estaba en la antesala, no esperando más que un gesto para precipitarse en la escalera. El camionista, con el libro en la mano, miraba con guasa al hombre del sombrero flexible, quien, sin parecer preocuparse en absoluto, miraba distraídamente alrededor de él.

Unos pasos pesados se escucharon. Auguste volvía con un agente.

Con voz majestuosa y solemne, preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

La presencia del policía serenó todos los rostros; la portera cesó de temblar; el camionista perdió su aire sospechoso. Los dos iban a explicar el caso al representante de la autoridad, cuando el hombre del sombrero flexible, apartándoles con un gesto, se acercó al policía y, cara a cara, mirándole a los ojos, le dijo:

—¡Servicio de la Sûreté general!... Inspector Juve.

El agente, que no esperaba esta declaración, retrocedió un paso, levantando la vista hacia su interlocutor; después, de repente, llevando la mano al quepis y tomando una actitud respetuosa, exclamó:

—¡Ah!, perdón, señor inspector. Excúseme, no le había reconocido..., monsieur Juve..., y, sin embargo, usted estuvo hace bastante tiempo en el distrito...

Después, volviéndose con enojo hacia el jefe camionista, de cuya presencia se había dado cuenta, dijo:

—Venga aquí, y nada de tonterías.

Juve, inspector de la Sûreté, que así acababa de revelar su cualidad, se sonrió, comprendiendo que el agente tomaba, sin duda, por un ladrón al empleado de la South Steamship Co.

—Está bien —declaró—. Deje a ese hombre tranquilo. No ha hecho nada...

—Pero —interrogó el policía— me pregunto: ¿cuál es la persona a quien hay que detener?...

La portera, por su parte, le interrumpió. El título dado al desconocido le había emocionado.

—Si el señor me hubiera dicho que era de la Policía, seguro que yo no hubiera dejado ir a buscar un agente...

El inspector Juve replicó sonriendo:

—Si yo me hubiera dado a conocer hace un momento, señora, cuando usted, con motivo, estaba muy inquieta, no me hubiera creído. Hubiera seguido llamando...

Después, dirigiéndose a los dos consternados camionistas, dijo:

—En cuanto a ustedes, buena gente, vuelvan inmediatamente a su oficina...

Y como los dos hombres protestasen de que ellos llevaban otro camino, Juve, con un gesto, les cortó la palabra:

—Dejen todos los asuntos. Ustedes avisarán al jefe de su oficina... ¿Cómo se llama?

—Monsieur Wooland —declaró uno de los camionistas.

—Bien —dijo el inspector de policía—. Ustedes prevendrán a monsieur Wooland que yo le espero aquí, en el más breve plazo..., y que traiga con él todos los documentos relativos a la expedición de monsieur Gurn... ¿Comprendido?...

—¡A fe mía, está claro! —concluyó el camionista—. Es igual. Toda una mañana perdida...

—Serán indemnizados —prometió Juve.

Los camionistas bajaron; a media voz, el inspector de la Sûreté les recomendó aún:

—Ni una palabra de esto; sobre todo, en la vecindad. Den mi encargo a su jefe, y nada más.

Había pasado un cuarto de hora desde que los camionistas se habían ido aprisa por la calle de Hauteville.

Abriendo los cajones, registrando los muebles, y explorando con la mano los armarios y las alacenas, Juve se hacía describir por la portera el inquilino, monsieur Gurn, por el cual parecía interesarse tanto.

—Monsieur Gurn —había dicho la buena mujer— es un hombre más bien rubio, de talla media, de complexión robusta y completamente afeitado a la moda inglesa; es un hombre sin señas particulares y que se parece a muchos otros, puesto que nada especial choca en su fisonomía.

Sin embargo, estas vagas señas no parecieron satisfacer al policía, y cuando dio la orden al guardia de desatornillar la cerradura de un baúl, cerrado con llave, con un pequeño destornillador descubierto en la cocina, Juve, volviendo junto a madame Doulenques que, muy aturdida, permanecía inmóvil, en pie, apoyada en la pared, le preguntó; —Me dijo usted que monsieur Gurn tenía una amiga, ¿verdad? ¿Cuándo veía a esta mujer?

—Dios mío, señor. Bastante a menudo cuando monsieur Gurn estaba en París, y siempre por las tardes.

—¿Salían juntos?

—No, señor.

—¿Esta señora ha pasado alguna vez la noche aquí?

—Jamás, señor.

—Sí —continuó el policía, como si se hablase a sí mismo—. Evidentemente, una mujer casada...

Madame Doulenques esbozó un gesto vago.

—No sabría decírselo...

—Está bien —cortó el policía—. Por favor, pásame el vestido que está detrás de usted.

La portera, obedeciendo, tendió a Juve una chaqueta que había descolgado de una percha. El policía, tras haberla visto rápidamente, buscó en el interior, cerca del cuello, y leyó en una etiqueta este simple nombre: «Pretoria.»

—¡Bueno! —concluyó a media voz—. Esto es algo que concuerda con mis

previsiones.

Miró los botones. Llevaban por el revés, incrustado en la madera, este nombre: «Smith.»

El policía, habiendo adivinado la naturaleza de las investigaciones a las que se dedicaba el inspector, creyó oportuno hacerlas él también, examinando los vestidos contenidos en el primer baúl que acababa de abrir.

—Señor inspector, aquí hay vestidos que no tienen ninguna marca de origen; el nombre del fabricante no figura.

—Está bien —interrumpió monsieur Juve—. Abra el otro baúl...

Mientras el agente se dedicaba a forzar la cerradura del baúl designado por su superior, éste pasó un momento a la cocina. Al volver, tenía en la mano un martillo de cobre bastante pesado, con mango de hierro.

Juve examinó este mazo con curiosidad; lo sopesaba, cuando un grito de espanto, escapado de los labios del agente, atrajo su atención hacia la dirección del baúl, cuya tapa acababa de ser levantada.

Juve, sin abandonar su flema profesional, no pudo menos de estremecerse...

Un triste espectáculo se ofreció a su vista: ¡El baúl contenía un cadáver!...

Madame Doulenques, que, a su vez, descubrió la siniestra aparición, cayó en una butaca medio desvanecida. El agente se precipitó hacia ella para reanimarla...

Muy dueño de sí, Juve ordenó:

—No basta que la puerta del rellano esté cerrada; cierre también la de este cuarto. No quiero que se oiga a la mujer gritar, si de repente, le da un ataque de nervios.

El agente obedeció y volvió junto a la desgraciada.

Las mujeres del pueblo se permiten raramente desmayarse: Madame Doulenques, después de un ligero desfallecimiento, había recobrado el sentido; pero, turbada hasta el punto de no poder abandonar la butaca, permaneció sentada, con el cuerpo inclinado hacia delante, la mirada extraviada, fija en el muerto...

Sin embargo, el cadáver no producía horror.

Era el de un hombre de unos cincuenta años con los rasgos muy acentuados, de frente amplia, aumentada por una calvicie precoz. El desgraciado estaba acurrucado en el baúl, las rodillas dobladas, la cabeza baja; evidentemente, el peso de la tapa, presionando sobre el cráneo, había debido de obligar a esta posición.

El cuerpo estaba vestido con cierto cuidado; se veía en seguida que se trataba de un hombre elegante, distinguido; en apariencia, no presentaba ninguna herida...

Juve interrogó, volviéndose a medias hacia la portera:

—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto usted a monsieur Gurn?

Madame Doulenques balbució:

—Hace tres semanas, al menos, señor..., tres semanas..., ni más ni menos; desde entonces nadie ha venido aquí, pondría la mano en el fuego...

Juve hizo una seña al policía; el agente comprendió la idea del inspector.

Palpando el cadáver, se inclinó sobre él.

—Está tieso, endurecido —comprobó— y, sin embargo, no desprende ningún olor. Puede ser el frío...

Juve movió la cabeza.

—El frío, ni aún el más riguroso, y éste no es el caso, no podría conservar así un cadáver durante tres semanas, pero hay esto.

Y Juve señaló con el dedo a su subordinado una pequeña mancha amarillenta que se veía alrededor del cuello postizo, en la proximidad de la nuez, que la víctima tenía muy visible, dada su delgadez.

El agente iba a interrogar al inspector, pero Juve, en ese momento, cogiendo el cadáver por debajo de las axilas, lo levantó con precaución. En la nuca, el inspector observó una espesa mancha de sangre; era como un lobanillo negro, extensa como una moneda de cinco francos, que estaba situada justamente encima de la última vértebra de la columna vertebral.

—¡He ahí —murmuró el policía—, he ahí la explicación!

Juve continuó las investigaciones. Con mano diestra y rápida registró las ropas del muerto y encontró el reloj en su sitio. Un bolsillo de la chaqueta de la víctima estaba lleno de dinero. Juve buscaba en vano la cartera que, verosímilmente, el muerto, como todo hombre, debía de llevar consigo, cartera conteniendo, si no valores, al menos documentos de identidad...

—¡Hum! —dijo el inspector de policía sin precisar de otro modo su pensamiento.

Se volvió hacia la portera:

—¿Monsieur Gurn tenía automóvil?

—No, señor; pero... ¿por qué me pregunta eso? —interrogó a su vez la portera.

—Por nada —replicó después de una pausa el inspector al mismo tiempo que examinaba en un estante una gruesa jeringa de níquel, parecida a la que llevan los *chauffeurs* para echar gasolina o sacarla del depósito, jeringa que podría contener alrededor de medio litro.

Dirigiéndose al policía, que permanecía agachado junto al baúl, le dijo:

—Tenemos una mancha amarilla en el cuello; trate de descubrir otras, especialmente en las muñecas, en el vientre. Mire, pues, pero prudentemente, sin desarreglar el cadáver, a ver si puede encontrarlas.

Y mientras el agente, con precaución, se disponía a obedecer a su jefe:

—¿Quién hacía la limpieza aquí? —preguntó el inspector mirando a la portera.

Ésta replicó, inquieta:

—Pues... era yo, señor...

—La felicito —continuó con un aire zalamero Juve—. Es usted muy cuidadosa y muy limpia... Pero dígame —continuó señalando la cortina de terciopelo que disimulaba la puerta y separaba la antesala del pequeño salón en donde se encontraban—, dígame: ¿cómo es que usted ha dejado esa cortina desprendida de arriba?

Madame Doulenques miró y, temiendo los reproches del inspector, respondió:

—¡Pero, señor, es la primera vez que la veo así! Tengo que decirle que monsieur Gurn habitaba raramente aquí, yo no hacía muy a menudo la limpieza a fondo...

—¿Y la última vez que usted la hizo...?

—Hace un mes casi.

—Es decir, que monsieur Gurn se marchó ocho días después de limpiar usted por última vez, ¿no?

—Sí, señor.

Juve cambió el tema de la conversación.

—Dígame, señora —dijo, señalando el cadáver—: ¿conocía usted a esta persona?

La portera, sobreponiéndose a su emoción y mirando al fin a la desgraciada víctima que ella no se había atrevido aún a mirar de cerca, respondió:

—Jamás he visto a este señor...

Lentamente, el inspector de Policía continuó:

—Por consiguiente, cuando este señor subió aquí, usted no lo vio.

—Yo no lo he visto —afirmó la portera.

Después, como respondiendo instintivamente a un pensamiento que le venía a la cabeza:

—Y esto me extraña, pues vienen raramente a preguntar por monsieur Gurn; desde luego, cuando la dama se hallaba con él, monsieur Gurn no estaba para nadie; es preciso que este... muerto haya subido directamente...

Juve iba a proseguir. Movía la cabeza con signo de aprobación, cuando sonó la campanilla:

—Alguien viene —dijo madame Doulenques.

El policía dijo:

—Vaya a abrir...

Cuando se abrió la puerta, Juve divisó a un joven de unos veinticinco años, de ojos claros; un inglés, seguramente. Con un fuerte acento además, el visitante se anunció:

—Monsieur Wooland, director de la South Steamship Co. Me han llamado, parece, a casa de monsieur Gurn, por orden de la Policía...

Juve se adelantó.

—Después de darle las gracias por haberle molestado, señor, permítame que me presente: Juve, inspector de la Sûreté. ¿Quiere entrar, por favor?

Monsieur Wooland entró en la habitación, solemne, impassible; con una ojeada de soslayo vio de repente el baúl abierto y el cadáver. Ni un solo músculo de su cara se movió. Monsieur Wooland era de buena raza y poseía esa admirable flema que constituye la fuerza de la poderosa nación anglosajona.

—Señor —preguntó Juve—, ¿tiene usted la amabilidad de explicarme todo lo referente al expediente relativo a la expedición de unas cajas cuya orden de recoger en casa de monsieur Gurn ha dado usted esta mañana?

—Estoy a sus órdenes, señor inspector... Hace cuatro días, es decir, el catorce de

diciembre exactamente, el correo de Londres nos trajo una carta en la que lord Beltham nos pedía que, con fecha de hoy, diecisiete de diciembre, fuésemos a recoger cuatro bultos, marcados con las iniciales H. W. K., que se encontraban en casa de monsieur Gurn. «He dado órdenes a la portera —decía nuestro cliente— para que les deje sacar esos bultos.»

—¿Dónde pensaba usted expedir esos bultos?

—Nuestro cliente —prosiguió monsieur Wooland— nos precisaba en su carta que embarcásemos sus baúles en el primer *steamer* que marchara al Transvaal y hacer que continuasen a Johannesburg, donde los mandaría retirar; debíamos adjuntar a la expedición dos conocimientos acompañando la mercancía, según es usual; el tercer conocimiento debía ser dirigido a Londres, lista de correos, a la oficina sesenta y tres de Charing Cross.

Juve anotó en su carnet: oficina sesenta y tres Charing Cross; preguntó:

—¿A qué nombre o a qué iniciales?

—Beltham, nada más.

—Bien. ¿No tiene usted otros documentos en el expediente?

—No tengo otros —respondió monsieur Wooland.

El joven permaneció impasible. Juve le observó algunos instantes en silencio; después, dijo:

—Señor, usted no ha podido dejar de oír los rumores que han corrido en París sobre la desaparición de lord Beltham; se ha notado que este personaje, muy conocido en los medios mundanos, había desaparecido de repente; ¿cómo es que usted no se ha asombrado entonces al recibir, hace cuatro días, una carta de lord Beltham?

Monsieur Wooland replicó:

—En efecto, he oído hablar de la desaparición de lord Beltham; pero no me corresponde a mí formar una opinión oficial sobre esta desaparición. Lord Beltham podía haber desaparecido involuntaria o voluntariamente; yo no tenía por qué considerar el asunto. Cuando me llegó su carta, me limité simplemente a cumplir las órdenes que contenía.

Juve interrogó:

—¿Está usted seguro que las órdenes le fueron transmitidas por lord Beltham?

—Ya le he dicho, señor, que lord Beltham era nuestro cliente hace muchos años. Habíamos efectuado muchas veces transportes por su cuenta. La última orden que nos llegó de él no despertó ninguna sospecha. El papel y la fórmula eran idénticos a la correspondencia ya recibida...

Como Juve se callase, reflexionando, monsieur Wooland, siempre muy digno, interrogó:

—¿Es todavía necesaria mi presencia?

Juve levantó la cabeza.

—No, señor; muchas gracias.

Monsieur Wooland saludó imperceptiblemente y, girando sobre sus talones, se dirigió hacia la puerta, cuando Juve le volvió a llamar:

—Monsieur Wooland... ¿Conocía usted a lord Beltham?

—No, señor... Lord Beltham nos ha transmitido siempre sus órdenes por carta; nos ha telefoneado dos o tres veces; jamás ha venido a nuestra agencia...

—Muchas gracias —concluyó Juve.

*

Juve había devuelto minuciosamente a su sitio respectivo los objetos que había desordenado en el curso de sus investigaciones. Con precaución, cerró la tapa del baúl, sustrayendo así al desgraciado muerto de las miradas curiosas de los policías y de las miradas aterradas de madame Doulenques.

Juve se abrochó sin prisas su abrigo entreabierto y, dirigiéndose al agente, preguntó:

—¿Cuál es su comisaría?

—Calle Ramponneau, cuarenta y seis —replicó el guardia—. Pertenezco al distrito veinte. El puesto está al lado...

—Es cierto —concluyó el policía—. Permanezca aquí hasta que le mande el relevo. Yo bajo inmediatamente a ver al comisario.

El policía se fue despacio, bajando la cabeza...

No había error: El cadáver del baúl, la víctima, ¡era lord Beltham! Juve lo identificó. Conocía bien al célebre inglés. Pero ¿quién era el asesino?

«Ciertamente, todo parece acusar a ese Gurn —pensaba Juve—, y, sin embargo, hay detalles que le exculpan... Un asesino corriente no hubiera osado jamás realizar un crimen de una audacia parecida. Es preciso que sea verdaderamente un profesional; peor, un habitual del crimen...»

Y en tono muy bajo, como abrumado, Juve añadió:

—¿Puede ser que yo esté loco, puede ser que vaya aún demasiado lejos en mis suposiciones? Sin embargo, me parece que hay en este asesinato, cometido en pleno París, una audacia extraordinaria, una certeza de impunidad y, más aún, múltiples precauciones... que se relacionan con la manera... de Fantomas.

TERRIBLE CONFESIÓN

Mientras que con su maravillosa habilidad. Juve investigaba en París el nuevo caso que la Sûreté le había encomendado por telegrama, los acontecimientos se precipitaban en los alrededores del castillo de Langrune.

Buscaban a Charles Rambert...

Con gran algazara, bajando la cuesta, Bouzille se paró ante la choza de la tía Chiquard. Llegaba con equipaje.

¡Extraordinario equipaje!

La tía Chiquard había identificado la causa del ruido. A pesar de sus ochenta y tres años pasados, la vieja se adelantó hacia el umbral de la puerta, armada de una escoba y, amenazante, interpelló:

—¡Ah! ¿Eres tú? ¡Bandido! ¡Malhechor! ¡Ladrón de pobres! ¡Si no es una desgracia verte pasar el tiempo haciendo el mal! ¿Qué es lo que quieres ahora?

Bouzille, con la cabeza baja, muy avergonzado, se aproximó despacio.

—No se enfade —suplicó, cuando pudo articular una palabra—. Vengo a arreglarme con usted, tía Chiquard, si es posible alguna vez.

La vieja miró al vagabundo con desconfianza.

—Según; pero los arreglos contigo no me inspiran gran confianza.

La tía Chiquard, a quien el mal tiempo no incitaba a quedarse fuera, volvió a su casa.

Bouzille, deliberadamente, la siguió, y con todo cuidado cerró la puerta detrás de él.

—Mal tiempo, tía Chiquard —exclamó.

La tía Chiquard, obstinadamente, seguía en su idea.

—¡Si no es desgracia robarme un conejo, el más hermoso que he tenido nunca!

—¡Ah! ¡Cuánta historia por un gato despellejado!... —exclamó el vagabundo—. Sobre todo, con lo que va usted a ganar con la combinación que vengo a proponerle.

Ante esta promesa, la tía Chiquard se calmó un poco, sentándose en un banco. Mientras que Bouzille se instalaba sin rodeos sobre la mesa, la vieja dijo al vagabundo:

—Explícate.

—Bien —dijo Bouzille—. Suponiendo que su conejo se venda en el mercado por una moneda de dos francos cincuenta, yo, os traigo dos gallinas que valen cuarenta sueldos cada una, y si usted comparte conmigo la sopa al mediodía, yo la desembarazaré de trabajo durante toda la mañana.

Antes de responder, la tía Chiquard quiso ver las gallinas. Éstas fueron sacadas de la alforja; atadas por las patas, medio ahogadas, los pobres bichos no tenían muy

buena presencia.

—¿De dónde has sacado estas gallinas? —interrogó por pura fórmula tía Chiquard, pues ella sabía bien el origen fraudulento.

Bouzille esbozó un gesto vago, misterioso:

—Éstas —murmuró— son cosas que no afectan más que a mí y a la volatería... ¿Entonces, acepta? —prosiguió el vagabundo.

—¡De acuerdo! Será preciso que me partas la leña en seguida y luego bajas hasta el río para ver las plantas que he puesto a remojar...

Pero Bouzille, satisfecho de su reconciliación con la tía Chiquard, declaró, dándose importancia:

—Antes de empezar, voy a colocar mis automóviles al lado de la leñera.

—¿Tus automóviles? —preguntó, muy intrigada la vieja—. ¿Tienes entonces muchas máquinas ahora?

—A fe mía, sí —replicó el vagabundo con énfasis—. Con ése tengo tres.

Algunos instantes después, desembocando detrás de la pared de la casucha apareció Bouzille, instalado en un carruaje tan extravagante que la tía Chiquard no pudo menos que estallar de risa.

Bouzille estaba montado en un triciclo, de forma antediluviana, compuesto por dos grandes ruedas en la parte de atrás y una muy pequeña en la de delante; la rueda directriz que ordenaba la dirección del eje, toda enmohecida, iba montada bajo un manillar de níquel intermitente.

Sin embargo, esta primera máquina no era nada; Bouzille poseía otras; el segundo vehículo, remolcado por el triciclo por medio de una gruesa cuerda, era una especie de cuna de mimbre de cuatro ruedas como las que tienen las madres de familia para pasear a sus bebés. En este vagoncito, Bouzille amontonaba, en el curso de sus peregrinaciones, todos los trapos y todos los pedazos que había podido proporcionarse.

Un tercer coche terminaba este inverosímil convoy: era un pequeño carromato hecho con una caja de jabón de Marsella, montado sobre cuatro ruedecitas de gruesa madera.

En esta carreta, Bouzille metía de ordinario los comestibles en reserva, las provisiones de boca: pan, grasa, botellas, legumbres y cosas parecidas.

Bouzille, que calificaba a su triciclo con el nombre de locomotora, pretendía que el segundo coche era el *sleeping-car* porque contenía la pequeña litera del vagabundo. La tercera máquina era, naturalmente, el vagón restaurante.

—Pero —dijo la tía Chiquard— me habían dicho, Bouzille, que estabas preso por el robo de mi conejo y también por el caso del castillo de Beaulieu.

—¡Ah!, tía Chiquard —respondió Bouzille—. Es preciso no confundir, haga el favor; por supuesto, son dos historias diferentes; por lo que se refiere al asunto del castillo, tengo muy tranquila la conciencia, como la de un justo.

—¿Entonces, por mi conejo?

—Bueno —dijo Bouzille, rascándose la frente—, sí y no. Pero eso ya está arreglado.

Sin dejar de hablar, Bouzille había acabado el trabajo encomendado por la tía Chiquard, quien, por su parte, había mondado algunas patatas y puesto a remojo la sopa del mediodía.

Bouzille, enjugándose la frente, hizo chasquear la lengua, y propuso:

—Voy a atizar el fuego, tía Chiquard; comienzo a tener hambre, verdaderamente.

—¡Eh! —replicó la vieja—. Es que van a ser pronto las once y media; sí, tienes razón, vamos a preparar la comida. Tú sacarás los juncos luego.

Bouzille, mientras comía, expuso sus proyectos de primavera a la tía Chiquard.

—Sí —declaraba—. Puesto que no estoy preso este invierno, voy a emprender un gran viaje.

—¿Piensas ir, tal vez, a Toulouse?

—Más lejos aún.

—¿A Lyon?

—Más lejos.

—¿Adónde?... ¿A Avignon, a Bordeaux?

Bouzille paró un instante de comer y de hablar. Después, para hacer más efecto, declaró solemnemente:

—¡Voy a París, tía Chiquard!

Y como la buena mujer se quedase estupefacta:

—Yo —le confió Bouzille poniendo los codos en la mesa— he tenido un deseo toda mi vida: ver la torre Eiffel. Esto me anda en la cabeza hace cerca de quince años... ¡Pues bien! ¡Voy a darme ese gusto!

—¿Y cuánto tiempo necesitarás para ir allá? —interrogó la vieja, maravillada.

—Eso depende —reflexionó el vagabundo—. Es preciso contar, con mis automóviles, una duración de tres meses. Claro está que, a veces, seré atrapado en ruta por delitos de vagabundeo, y, por tanto, no puedo saber la duración de mi viaje...

La comida había terminado. La vieja limpiaba apaciblemente la escasa vajilla, y Bouzille habíase ido a la orilla del río a recoger los juncos, cuando su voz resonó en los oídos de la tía Chiquard.

—¡Tía Chiquard, tía Chiquard! —gritó Bouzille—. ¡Venga usted aquí!... ¡Figúrese que he ganado veinticinco francos!

La llamada era tan apremiante, la noticia anunciada tan inverosímil, que la tía Chiquard, muy intrigada, fue a la orilla a reunirse con el vagabundo.

Vio a éste con el agua hasta la cintura. Con una larga vara en la mano, Bouzille se esforzaba por atraer a la orilla un objeto que flotaba y que intentaba llevarse la corriente.

Algunos instantes después, Bouzille salió del agua chorreando. Remolcaba un gran paquete al que hizo encallar, asegurándolo cerca de la orilla.

La tía Chiquard, intrigada, se aproximó: bruscamente retrocedió, lanzando un

grito de espanto.

¡Bouzille había sacado un cadáver!

Era horrible de ver. Era el cuerpo de un hombre muy joven, casi un niño; los miembros, largos, estaban llenos de picaduras; sin embargo, el rostro estaba tan horribilmente tumefacto, tan destrozado, que la cara no tenía forma... Una pierna estaba casi enteramente separada del tronco.

Bouzille, sin inquietarse en absoluto por la atrocidad del espectáculo, comprobó que en algunas heridas se habían introducido gruesas astillas de madera carcomida, como las maderas que permanecen demasiado tiempo en el agua.

Se enderezó para hablar a la vieja Chiquard que, muy blanca, le miraba sin decir palabra.

—Ya veo lo que es esto —declaró—. Ha debido de ser aprisionado entre alguna rueda de molino. Esto es lo que le ha destrozado de esta manera...

La tía Chiquard movió la cabeza, inquieta:

—¡Tal vez esto sea otro crimen! ¡Sería un asunto muy feo!

—Lo he mirado bien —continuó Bouzille—. No reconozco sus señas, no es un muchacho de la comarca.

—Seguro que no —observó la vieja—. Va vestido como un señor.

El vagabundo y la tía Chiquard se miraron en silencio. Bouzille estaba menos satisfecho que antes; sin duda, el incentivo de los veinticinco francos le incitaba a ir a prevenir al punto a la gendarmería; pero la eventualidad de un crimen, advertido por la avispada buena mujer, le contrariaba tanto más cuanto que ello le parecía bastante fundado. Si un segundo asesinato se hubiera cometido en la región, no dejaría de enervar a las autoridades y pondría de mal humor a la gendarmería.

Tomando una decisión, declaró:

—¡Voy a tirarlo al agua!

Y cuando ya se disponía a ejecutar este plan, la tía Chiquard se lo impidió.

—No lo hagas —declaró—; tal vez nos hayan visto; es un asunto que nos causaría muchas molestias.

Media hora después, convencido de su triste deber, Bouzille, cabalgando en su triciclo prehistórico, se encaminó en dirección de Saint-Jaury.

*

Para la gente a quien las obligaciones oficiales o las relaciones de familia no hacen del 1 de enero un día muy absorbente, el primero de año constituye, seguramente, una fecha lúgubre y penosa. Se cambia de cifra, lo cual hace pensar.

El policía Juve, confortablemente instalado en su gabinete de trabajo, desde las cuatro, reflexionaba en sus cosas mientras caía la tarde.

Juve, en este primero de enero, no había salido.

El policía estaba, desde hacía un mes, excesivamente preocupado por los

siguientes misterios, cuya solución quería descubrir: El caso Beltham.

El caso Langrune.

¡Fantomas!

¿Qué estaba haciendo Fantomas en este momento? Y si existía realmente, como lo creía del modo más sincero el sutil inspector de la Sûreté, ¿de quién podía ocuparse, por ejemplo, en este primero de enero?

Juve estaba un poco cansado del bienestar, del embotamiento que produce la temperatura tibia, debido a un buen fuego de leña, en una habitación bien cerrada...

Siguiendo distraídamente con la mirada el humo azul de su cigarro, Juve, medio somnoliento, soñaba sin reflexionar, cuando, de repente, un campanillazo le hizo estremecer; Juve saltó de su butaca y, sin dar tiempo a su criado para ir a abrir, recibió del telegrafista un telegrama que abrió rápidamente.

Juve, a la luz de la lámpara, leyó:

«Hemos descubierto en el río Dordogne el cadáver de un joven ahogado, rostro irreconocible. Suponemos por las señas que es Charles Rambert. Examine la situación y telegráfíe la decisión que tome.»

El telegrama, fechado en Brive, estaba firmado por el juez de instrucción, Presles.

—... Cadáver irreconocible..., un ahogado en el Dordogne. ¿Será, verdaderamente, Charles Rambert?

El policía, naturalmente, después de la desaparición extraña de monsieur Etienne Rambert y de su hijo, había llegado a formular en su interior diversas hipótesis; a veces, alguna de las conclusiones en las que provisionalmente se había detenido, no le habían parecido suficientemente sólidas para que fuera juicioso considerarlas como si fueran hechos incontestables...

No obstante, algo nuevo había ocurrido, y el policía iba a deducir alguna cosa del telegrama de monsieur de Presles, cuando sonó un segundo campanillazo.

Juve no se descompuso; prestando oídos, escuchó cómo su criado respondía enérgicamente:

—¡El señor no recibe!

Juve, en efecto, había tomado la decisión terminante de no recibir visitas en su domicilio particular. Si querían verle para tratar de algún asunto, podían hacerlo, sobre poco más o menos, todos los días, hacia las once de la mañana, en la Sûreté.

Sin embargo, el visitante insistía de tal manera, que el criado acabó por traer a su dueño una tarjeta, muy inquieto por las consecuencias que podía tener esta aventura, sabiendo bien que monsieur Juve no quería que le molestasen.

Con gran sorpresa, Juve ordenó al momento:

—¡Hazlo entrar en seguida, aquí mismo!

Dos segundos después, ante Juve apareció monsieur Etienne Rambert.

Monsieur Etienne Rambert, las facciones cansadas, en el rostro grabada una

profunda angustia, tenía en la mano un periódico de la tarde que, en su agitación lo había estrujado completamente...

—Señor —murmuró con voz desolada—, dígame si es verdad... Acabo de leer esto.

Juve, señalando una silla al visitante, se apoderó del periódico y vio un relato casi análogo al que le había traído algunos momentos antes el telegrama del juez de instrucción de Brive.

Después de haber mirado en silencio a monsieur Etienne Rambert, Juve, con su voz calmada, cuyo maravilloso tono de indiferencia no permitía conocer nunca lo que pasaba en el fondo de su pensamiento, preguntó:

—Pero ¿por qué viene usted a verme, señor?

El anciano levantó los brazos al cielo.

—¡Para saber, señor!

—¿Para saber qué?

El anciano continuó, temblando de angustia:

—... Si ese cadáver, ese ahogado, es... mi hijo, mi pobre Charles...

Siempre impasible, Juve le interrumpió:

—Pero es más bien usted, señor, quien puede informarme...

Hubo un silencio. Monsieur Etienne Rambert, a pesar de su emoción, parecía reflexionar con intensidad. De repente, el anciano, levantando la vista hacia el policía comenzó con voz lenta:

—¡Tenga piedad, señor, de un padre desesperado! Escúcheme; tengo que hacerle una revelación atroz...

TODO POR EL HONOR

Horace Eloy, guardián del Palacio de Justicia de Cahors, estaba sumido en profunda estupefacción...

Nunca había visto tanta gente, jamás una cantidad de coches y de carretelas tan grande se habían dado cita en la pequeña plaza que rodeaba el monumento que era, con justo título por otra parte, el orgullo de los habitantes de la ciudad.

Horace Eloy, en una palabra, se daba cuenta de la importancia de la situación.

—¡Dios mío! Cuando se piensa que toda la sociedad se ha interesado por este proceso, hace suponer que el mismo es extraordinario...

El buen hombre no estaba equivocado.

Era, en efecto, la «sociedad» la que se había dado cita este día en el Palacio de Justicia, donde se abría la sesión de audiencia.

No obstante, si, del mismo modo que pasaba en París, donde cada vez que la Justicia descargaba el peso de su poder sobre los hombros de una personalidad notable, la sala se llenaba de un público escogido, la Audiencia estaba repleta, no parecía menos evidente que este público no tenía las detestables costumbres del parisiense.

Se hablaba, se saludaba; pero se saludaba con gestos discretos, se hablaba en voz baja... y las reflexiones que un oído atento podía sacar eran entristecidas, penosas...

Se señalaba con el dedo, con simpatía, una de las heroínas del caso:

—¡La pequeña Thérèse Avernois! ¡Véala allí, en el primer banco!... Es el señor presidente del Tribunal quien la ha colocado allí... Lo sé por el cartero que ha llevado la convocatoria al castillo de Quérelles...

—¿Habla usted de la casa de madame Vibray?

—Sí, la hermosa señora de gris..., la que está sentada al lado de la pequeña Thérèse... Después de la muerte de madame de Langrune, no ha querido consentir que esta niña viviese en el castillo de Beaulieu, encontrando justificadamente, que era demasiado cruel para ella...

—¿Entonces, Thérèse vive con madame de Vibray?

—Exactamente. El consejo de familia ha dado provisionalmente la tutela al presidente Bonnet... ¿Lo ve usted? Ese muy delgado que está hablando con el mayordomo Dollon...

—¿Conoce al mayordomo Dollon?

—¡Naturalmente! Lo he visto con mucha frecuencia en casa de la pobre madame de Langrune.

—¡Sí, pobre marquesa!... ¡Qué espantosas historias después de su muerte!

Poco a poco, sin embargo, el silencio se estableció en la sala.

—Mi pequeña Thérèse —decía la baronesa de Vibray inclinándose afectuosamente sobre la joven, horrorosamente pálida con sus largos velos de duelo—, ¿no te encuentras muy cansada? ¿No quieres que salgamos algunos minutos?...

—No, querida madrina —respondió Thérèse—. No se atormente. Seré fuerte.

La baronesa de Vibray, que no podía estar dos minutos callada, movió la cabeza:

—¡Ah!, sí, me atormento —prosiguió—. Débil como estás, casi enferma, es una gran imprudencia que hayas querido venir a la fuerza a este desgraciado proceso...

Suavemente, Thérèse movió la cabeza.

—Es mi deber —respondió—. No dejaría pasar nunca nada que se refiriese de lejos o de cerca al asesinato de mi pobre y querida abuela, sin conocer todos los detalles...

El presidente Bonnet, sentado al lado de las dos mujeres, y hasta entonces muy ocupado en cambiar grandes sombreros, intervino.

Trataba de poner de manifiesto su competencia.

—El tribunal —decía—, es decir, el conjunto de magistrados que tienen aquí su sede, está compuesto, aquí como en la mayoría de las capitales de provincia, de un consejero del tribunal de apelación, el consejero de Saint-Hérand... al que he conocido mucho en otros tiempos, cuando ejercía en Saint-Calais...; del presidente del tribunal civil de Cahors, y, en fin, del más antiguo de nuestros jueces: monsieur Maujoul. Por consiguiente, vamos a tener un tribunal en el que los magistrados llevarán dos clases de togas, la toga roja para el presidente, la toga negra para los dos asesores...

Aunque ni Thérèse ni madame de Vibray daban la impresión de interesarse por estos detalles, el presidente Bonnet continuó:

—El pequeño bufete que ustedes ven a la derecha estará ocupado por el escribano, encargado de la lectura de las actas y de levantar otras... Enfrente se colocará el señor procurador general, cuya elocuencia les encantará, no me cabe duda... En estos otros bancos, aquí, se sentarán los jurados que habrán de pronunciarse sobre las cuestiones de hecho, mientras que el tribunal decidirá la pena que hay que aplicar.

El presidente Bonnet continuó con sus largas descripciones. A su lado, los que estaban a su alrededor, escuchaban interesados, excepto un solo personaje todo vestido de negro, los ojos ocultos por unas oscuras gafas.

Esta persona parecía visiblemente impaciente por las observaciones del magistrado.

Juve —pues era él— conocía bastante, a decir verdad, la organización judicial para no necesitar los comentarios del presidente Bonnet.

De repente, en un minuto, como si una descarga eléctrica hubiese galvanizado a todas las personas reunidas en la sala de la audiencia, se pararon las conversaciones, se estableció un silencio riguroso, mientras que un murmullo hizo que la misma palabra, repetida muy bajo por cientos de bocas diferentes, se elevase.

—¡El acusado!

Era Etienne Rambert.

Acababa de salir del pasillo que daba a la sala y se dirigía al banco que le estaba reservado, un poco delante de la barra de los testigos, junto a uno de los más antiguos abogados del foro de Cahors, monsieur Dareuil...

Los asistentes habían tenido, por otra parte, poco tiempo para ver al acusado.

Apenas monsieur Etienne Rambert se hubo sentado en el banco, se abrió la puerta que comunicaba la sala de audiencia con el cuarto de deliberaciones. Uno por uno los miembros del jurado ocuparon sus sitios; después, un ujier vestido de negro se adelantó y, con voz chillona, lanzó la invitación tradicional en provincias:

—¡Silencio! ¡Señores, en pie! ¡Descúbranse! ¡El tribunal!

Lentos, graves, solemnes, con los pasos contados, los magistrados ocuparon su sitio; después, el presidente pronunció las palabras sacramentales:

—¡Se abre la audiencia!

Y, en seguida, el escribano se levantó para dar lectura al acta de acusación:

—Nos, juez de instrucción...

El escribano del tribunal de Cahors era un hombre excelente y un tipo muy análogo al del escribano Gigou, que en otro tiempo había acompañado a monsieur de Presles, cuando la instrucción del caso Langrune.

Pero, mientras que este último estaba preocupado principalmente por el deseo de figurar, de complicar las formalidades de la Justicia, este otro, modesto ante todo, procuraba, por el contrario, pasar inadvertido.

Las audiencias del tribunal de lo Criminal eran raras en Cahors; no había a menudo ocasión de leer actas de acusación de una naturaleza tan trágica; además, él desconfiaba de su emoción... Como escribano modelo, se había aprendido de memoria el principio del acta a la que debía dar lectura... Por eso se le entendieron sus primeras palabras, ya que, en cuanto le falló la memoria, empezó a farfullar de un modo ininteligible.

El auditorio quedó decepcionado.

¡Nadie entendía nada, nadie adivinaba las palabras del tímido oficial de Justicia!

Terminada la lectura del escribano, Etienne Rambert, como aplastado por el peso de los recuerdos que esta lectura venía a despertar en él, permaneció inmóvil, con la frente apoyada en la mano... La voz áspera del consejero, presidente del tribunal, le arrancó de sus pensamientos:

—Acusado —dijo el magistrado—, ¡levántese!

Etienne Rambert, pálido como un muerto, se irguió, y cruzando los brazos sobre el pecho, pareció por algunos momentos recobrar una energía ficticia.

—¿Su nombre? —preguntó el presidente.

—Hervé-Paul-Etienne Rambert.

—¿Profesión?

—Negociante... Poseo explotaciones de plantaciones de caucho en América del

Sur.

—¡Bien! —interrumpió el presidente—. ¿Edad?

—Cincuenta y nueve años...

Etienne Rambert había contestado a todas estas preguntas con voz fuerte, pero en alguna ocasión sin timbre, como velada, como apagada.

Después de una pausa, durante la cual se ajustó las gafas con cerco de oro en una nariz demasiado aguileña, el presidente del tribunal prosiguió el interrogatorio:

—Es usted rico..., es usted instruido...; es inútil entonces que le pregunte si ha comprendido la lectura que se acaba de hacer del acta de acusación...

—La he oído, señor —respondió Etienne Rambert—; pero protesto de algunas alegaciones, y protesto con toda mi fuerza de las imputaciones que se me hacen, de haber faltado a mi deber de hombre de honor, a mi papel de padre...

Irascible, el presidente del tribunal interrumpió:

—Perdón, no tengo la intención de permitir que usted eternice los debates. El interrogatorio va a tratar sucesivamente sobre los distintos puntos de la acusación. Por consiguiente, usted protestará si le parece a medida que...

Etienne Rambert no hizo ningún movimiento de protesta ante la seca rudeza del presidente.

—Pregúnteme —dijo con el mismo tono abatido—. Yo le responderé, señor...

Cada vez más áspero, el magistrado levantó la voz:

—Si no me equivoco, a usted se le ha hecho el gran favor de dejarle en libertad provisional, en lugar de haberlo encarcelado; lo menos que puede usted hacer, es hablar con franqueza ante estos señores del jurado.

Como el acusado no recogió esta salida sin tacto del magistrado, este último prosiguió:

—Así, pues, usted ha escuchado el acta de acusación. Se le reprocha, en primer lugar, haber favorecido la evasión de su hijo, a quien, por otra parte, una instrucción abierta le acusa de la muerte de madame la marquesa de Langrune, y se le reprocha después, haber matado a su hijo, para evitar la desconsideración pública, y cuyo cadáver se ha encontrado en las orillas del Dordogne.

Ante la exposición brutal de los hechos, Etienne Rambert hizo un movimiento arrogante de indignación.

—Señor presidente —dijo—, hay formas y formas de presentar las cosas; yo no niego el contenido del acta de acusación; pero me sublevo contra la manera como usted la resume. El acta ha querido demostrar que no podía demostrar más que una sola cosa: que yo había hecho justicia con un criminal que debía causarme horror, pero a quien debía librar de las manos del verdugo.

Esta vez fue el presidente quien pareció atontado de estupefacción.

—Luego discutiremos si usted cree que puede tener derecho a hacer justicia por sí mismo —dijo—, pero no es ésta la cuestión; hay otros puntos sobre los cuales conviene que se explique ante el jurado. En primer lugar: ¿por qué ha rehusado

obstinadamente hablar con el magistrado instructor?

Etienne Rambert respondió lentamente:

—Señor presidente, no debería tener que oír semejantes preguntas. ¡Pero sea! Puesto que usted quiere saber por qué me he callado, le diré que no tenía ninguna respuesta que dar al magistrado instructor, porque estimo que él tampoco tenía ninguna pregunta que hacerme. Me he sentado en este banco de infamia, me he levantado, cuando usted me ha interpelado con la palabra «acusado», por simple respeto hacia la justicia de mi país... Pero no admito, ni que sea acusado, ni que se pueda formular contra mí, el menor agravio recogido en el código...

La declaración del acusado terminó esta vez en un sollozo.

En el auditorio, las mujeres habían sacado los pañuelos y se los llevaban a los ojos. Sin poder contenerse, madame de Vibray sollozaba. Thérèse, muy emocionada, derramaba gruesas lágrimas que le corrían por los ojos. Los más valientes se esforzaban en adoptar un aire escéptico; los hombres tosían...; en el banco del jurado, los rostros se esforzaban por permanecer impasibles, sin embargo, se reflejaba en ellos una intensa emoción...

El presidente Bonnet se inclinó hacia Dollon.

—Verá usted —le dijo—, estoy acostumbrado a las audiencias. Será una condena grave casi segura...

Después de una pausa, durante la cual intentó asustar a los asistentes, lanzando sobre ellos miradas amenazadoras, el presidente del tribunal, volviéndose al acusado, ensayó la ironía:

—He ahí, pues, señor, por qué ha estado obstinadamente callado durante el tiempo que ha durado la instrucción... ¡Es verdaderamente curioso! Admiro la manera que tiene usted de entender su deber de hombre honrado... ¡Es gracioso!

Etienne Rambert interrumpió la diatriba:

—Estoy seguro, señor presidente, de que hay mucha gente aquí que me ha comprendido y que me lo ha aprobado...

Había algo tan directamente personal en la frase de monsieur Rambert, que el presidente del tribunal protestó:

—Estoy seguro de que las gentes honradas me comprenderán también, cuando haya precisado su papel, Rambert... Después de todo, su actitud en este asunto es la siguiente: en el momento en que usted ha creído que su hijo era el asesino, en el momento en que ha descubierto la toalla ensangrentada, es decir, la prueba material de su culpabilidad, usted no ha vacilado un segundo, ¡usted, el hombre honrado!... Usted no ha pensado en entregar al culpable a los gendarmes que se encontraban en el patio del castillo, pero sí en que se escapara, en que se evadiera. ¿Niega eso?

Etienne Rambert, temblando violentamente, protestó otra vez con voz vibrante:

—Señor presidente, si usted cree que yo he sido cómplice, no niego esa complicidad, ¡la grito con todas mis fuerzas!... Señor presidente, el deber de un padre, y es un gran significado el que doy a la palabra «deber», el deber de un padre

no es nunca, no puede ser, entregar a su hijo...

Mientras una corriente de simpatía se establecía en el auditorio, el presidente de lo Criminal alzó los hombros.

—Dejemos las frases huecas, Rambert. Usted tiene mucha literatura para defender su conducta, se le ve. Me parece más útil precisar un poco los hechos..., haga el favor, pues, de responder a mis preguntas...

—Le escucho, señor presidente.

—Ante todo —precisó el magistrado—, ¿su hijo confesó haber asesinado a madame Langrune, bien la noche en que usted le decidió para que se escapase, bien posteriormente? La respuesta que usted me dé no será, evidentemente, la verdad; pero, en fin, ella nos indicará la tesis que usted pretende sostener. ¿Es sí, o no?

—Señor presidente, no tengo que responderle. Mi hijo estaba loco...

Ningún motivo de interés podía empujarle..., pero su madre está en una casa de salud... ¡He ahí toda la explicación del crimen! ¡Si ha matado, ha sido en un momento de aberración!

—Dicho de otro modo —replicó el presidente—. Según usted, Charles Rambert confesó, pero usted no lo quiere afirmar...

—Yo no digo que él confesara...

—Usted lo da a entender...

El presidente hizo una pequeña pausa; Etienne Rambert se guardó de contestar.

—¡Pasemos! —continuó el magistrado—. ¿Qué hicieron ustedes exactamente a partir del momento en que dejaron el castillo?

—Lo que se hace, señor presidente, cuando se está huido... Hemos errado a través de los campos, en los bosques, lamentablemente... Señor presidente, hemos vivido las horas más horribles que puedan los hombres vivir...

—¿Cuánto tiempo?

—Nuestra huida ha durado quince días, señor presidente...

—¿Fue, pues, al cuarto día cuando usted lo mató?

—Señor presidente: ¡tenga piedad de mí!... ¡Me está usted torturando! Yo no he matado a mi hijo.

¡Era un asesino el que yo tenía conmigo! ¡Un asesino que la Policía buscaba, al que la guillotina esperaba!...

El magistrado, insensible a los gritos de dolor del desgraciado Etienne Rambert, se limitaba a alzar los hombros.

—Si usted quiere, era un asesino. ¡Pero usted no tenía derecho a transformarse en verdugo! Veamos, ¿reconoce usted haberlo matado?

—¡No lo reconozco!

—¿Niega usted haberlo matado?

—¡No he hecho más que lo que mi deber me ordenaba hacer!

El presidente golpeó violentamente la mesa.

—¡Siempre la misma historia! Usted rehúsa contestar.

Con un gesto, el presidente impuso silencio a los oyentes de la sala que, a pesar de ello, sacudidos por el horror del drama, del que seguían las peripecias, no habían podido reprimir, en la última respuesta de Etienne Rambert, un estremecimiento de emoción.

—Los señores jurados apreciarán —dijo—. ¿Así que usted no quiere responder a ninguna de las preguntas de la causa?... ¿Podría usted, por ejemplo, citarme un solo consejo que haya dado a su hijo?... ¿Qué es lo que usted deseaba?

Etienne Rambert, esta vez, respondió con voz tranquila:

—Señor, yo no podía entregar a mi hijo; solamente podía desear una cosa: el olvido, y si el olvido era imposible, ¡la muerte!... Lo que le aconsejaba, sobre todo, era que reflexionase en la vida que le esperaba en adelante, en el porvenir ignominioso que le aguardaba... Le suplicaba que tratase de desaparecer para siempre...

—¡Ah! ¿Confiesa usted haberle aconsejado el suicidio?

—Quiero decir que yo quería que se marchase al extranjero.

El presidente, a propósito, para dar tiempo a los jurados de apreciar la importancia de la última frase que acababa de arrancar a Etienne Rambert, suspendió algunos minutos el interrogatorio, fingiendo absorberse en el examen de los papeles, hojeando los documentos del expediente de este caso criminal.

Sin levantar la cabeza, preguntó bruscamente:

—¿Se ha sorprendido usted al conocer su muerte?

—¡No! —respondió Rambert, sordamente.

—¿Cuándo se separaron?

—Una noche, la última, nos habíamos dormido en pleno campo, al pie de un montón de paja, abrumados de cansancio... Era a orillas del Dordogne... Al día siguiente por la mañana, cuando me desperté, estaba solo... Él..., mi hijo..., había desaparecido... Ya no supe más de él...

Pero esta vez el presidente tenía en su mano terribles argumentos para arrancar contradicciones al desgraciado.

—¡Quiá! —dijo, dominando aún una vez más con una mirada de amenaza la emoción de la sala—. ¡Quiá! Si usted no había sabido más de él desde ese momento, ¿cómo es que algunos días más tarde fue a casa del inspector Juve y le pidió inmediatamente que le dijera lo que sabía del cadáver de su hijo? Usted, Rambert, no dudó... ¿Usted sabía que ese cadáver era el de su hijo? ¿Por qué? ¿Cómo?

El presidente del tribunal subrayó ahí uno de los cargos más importantes que podía afianzar la acusación de pena de muerte pedida contra Etienne Rambert.

Etienne Rambert lo percibió tan bien que, volviéndose al jurado, como si, de repente, solamente confiase en los miembros de ese tribunal, declaró:

—¡Ah! Señores, este interrogatorio es un suplicio, yo no lo puedo soportar..., no puedo dar las respuestas necesarias... Ustedes saben bastante de mí para juzgarme..., ¡júzguenme! Digan si he faltado al honor, si he faltado a mi deber de padre. En

cuanto a mí, no responderé a nuevas preguntas...

El desgraciado se desplomó en el banco, vencido, desfallecido...

Con tono áspero, el presidente de lo Criminal se volvió hacia el jurado, con mímica de satisfacción —la del cazador que ha acorralado, cercado a la inocente liebre que persigue—, y declaró: —Esta decisión de no responder más a mi interrogatorio es, en cierto modo, una confesión de culpabilidad... En fin, el jurado apreciará...

Mientras los comentarios se extendían en el público, y que de banco en banco los espectadores cuchicheaban palabras de compasión, el presidente declaró, con el tono ordinario en el que solía anunciar las formalidades:

—Vamos a proceder a oír a los testigos... Debo hacer notar en seguida que el más interesante entre ellos sería seguramente Bouzille, vagabundo que pescó el cadáver de Charles Rambert; desgraciadamente, este individuo no tiene domicilio fijo, cambia diariamente de cantón y, por tanto, es prácticamente imposible encontrarle para una citación de comparecencia...

El presidente hizo llamar por el ujier la interminable lista de testigos de cargo.

Eran aldeanos que se habían encontrado con los Rambert, padre e hijo, cuando huían del castillo; eran panaderos que habían vendido pan al desgraciado Etienne Rambert cuando osaba arriesgarse a entrar en los pueblos... Después desfilaron por la barra escluseros que habían visto sin poder coger el cadáver del joven Rambert cuando lo arrastraba el Dordogne...

Estos testigos no aportaban ningún esclarecimiento al asunto; visiblemente, el auditorio se cansaba de escuchar, y ya se preveía el veredicto.

—Verá usted —decía un hombre gordo sentado en las últimas filas del público—, verá usted cómo este asunto cambiará de aspecto después de la audición de los testigos de descargo... Hasta el momento, el jurado no ha oído más que frases hostiles a este desgraciado Etienne Rambert; pero cuando tenga que escuchar a los amigos del acusado, los que vengan dirán cuál fue su vida de honestidad, de lealtad, es seguro...

—No, querido —replicó un vecino—, está usted en un grave error; yo sé de fuente segura que monsieur Etienne Rambert, desdeñando defenderse, no ha querido citar a ningún testigo de descargo...

—¡Qué imprudencia!

—No, qué magnífico desafío... Este hombre ha hecho lo que debía. No trata de ablandar a los jueces...

—Y la defensa del abogado, ¿está bien?

—Me han jurado que monsieur Dareuil no tomará la palabra más que para entregarse, siguiendo la orden formal de su cliente, a la decisión de la Justicia...

El presidente del tribunal, vuelto hacia el jurado, explicó:

—Sería interesante para ustedes, señores, escuchar al policía Juve; pero ustedes saben que él no aportará otros detalles que los que están relatados en el proceso

verbal de información, del que yo acabo de darles lectura... Por esto es por lo que no lo he citado. En cambio, veo en la sala a mademoiselle Thérèse Auvernois, nieta de madame de Langrune... Es esa muchachita, ustedes lo saben, que oyó al acusado intentar obtener la confesión de su hijo durante la noche que precedió a la fuga de ambos del castillo de Beaulieu. Esta muchacha no ha sido citada como testigo en este asunto, en razón de que su deposición no haría más que repetir la que ha hecho en el curso del sumario y que era cruel —puesto que no tiene interés— despertar en ella recuerdos penosos. Sin embargo, puesto que asiste a esta audiencia, en virtud de mi poder discrecional, vamos, si a ustedes les parece, a pedirle que nos confirme un punto importante de la causa. Mademoiselle Thérèse Auvernois, ¿quiere usted venir a la barra?

Un ujier audienciero se adelantó hacia la jovencita: la pobre Thérèse, sorprendida por esta citación imprevista, avanzó hasta el centro de la sala, se acodó en la barra de los testigos y, temblando, esperó las preguntas del presidente.

—No le pregunto si reconoce a monsieur Rambert. ¿Es el que usted oyó hablar con el joven Charles Rambert, la noche del sábado, en el castillo de Beaulieu?

—Sí, señor, es monsieur Etienne Rambert.

—¿Quiere usted decirnos lo que sabe relativo a la acusación que se le hace al acusado de haber matado a su hijo?

Thérèse, haciendo un visible esfuerzo, se limitó a responder:

—No puedo decir más que una cosa, señor presidente, y es que monsieur Rambert hablaba a su hijo con un tono tan terrible de emoción, que me hizo comprender cuánto sufría.

El presidente, que esperaba de Thérèse un testimonio severo, comprendió que también la joven no hacía recaer el peso de la locura del hijo sobre el desventurado padre.

La deposición le iba a ser favorable y la interrumpió:

—Está bien, señorita —dijo—. Esto basta, gracias.

Mientras que Thérèse volvía a su sitio, el presidente dijo al jurado:

—No tenemos más testigos que oír; tiene la palabra el señor procurador de la República para pronunciar su requisitoria.

El magistrado encargado de la acusación contra el desgraciado Etienne Rambert se levantó y comenzó su discurso, fundándose más en el derecho que en los hechos. Presentó con frases rápidas las contradicciones, la debilidad de la argumentación de Etienne Rambert. Mostró cómo a pesar de la constante negativa a contestar, los hechos, sin embargo, habían sido probados. Habiendo así establecido o intentado establecer la culpabilidad del acusado, consagró muchos minutos a demostrar, citando textos confusos y múltiples, que Etienne Rambert no tenía derecho a tomarse la justicia por su mano, de hacer que se escapase su hijo, ni de haberlo matado.

El discurso del procurador general era tal vez muy elocuente; pero no aportó ningún elemento nuevo al asunto.

El abogado del acusado se levantó a su vez.

—Señores —declaró—, han oído ustedes el interrogatorio de monsieur Rambert... Ustedes saben de qué se le acusa, ustedes deben saber si es realmente culpable de los hechos que se le reprochan; mi cliente me ha encargado simplemente que os diga que él se dirige a vuestra conciencia para decidir si un padre, que tiene un hijo loco y viendo a este loco convertirse en un criminal, debe encontrar un medio de conciliar su deber de hombre honrado y sus sentimientos paternales. No os voy a suplicar, no solicitaré un veredicto que parezca que os ha sido impuesto; os pido que juzguéis sin indulgencia, sin severidad, imparcialmente, como hombres de honor.

Estas frases cortas centraron el debate como debía.

Reinaba un silencio absoluto cuando el presidente del tribunal, seguido de sus asesores, se trasladaban a la Cámara de Consejos y los miembros del jurado se retiraban para decidir sobre el veredicto.

Cuando el tribunal hubo salido, y Etienne Rambert fue llevado entre dos gendarmes, el público, de repente, se puso a conversar.

El auditorio, enteramente, simpatizaba con el acusado.

El dolor de este padre había conmovido a los más escépticos, a los más indiferentes. Y cada uno, proveyendo el veredicto, buscaba de antemano los términos y los considerandos de la resolución.

—No cabe duda que él ha matado a su hijo —declaró un viñador de cara rubicunda.

—Sí —respondió una mujer—; o si no lo ha matado, le ha empujado fuertemente al suicidio... Pero ¿qué podía hacer? No iba a entregarle, ¿no es eso?

Un hombre gordo intervino:

—Era una situación sin salida. Etienne Rambert, por mucho que quisiera a su hijo, no podía tener evidentemente más que un solo deseo: que el muchacho se matara. Yo apruebo a Etienne Rambert.

Como siempre, hablador, el presidente Bonnet explicaba:

—Si el jurado quiere que el tribunal absuelva a Etienne Rambert, no tiene más que un solo medio: declarar que él no es culpable de haber matado a su hijo y, por consiguiente, responder «no» a todas las preguntas que les sean planteadas... Si responde «sí» a una sola de las preguntas, dada la severidad conocida del presidente del tribunal, habrá que esperar una condena ejemplar, tal vez una condena a muerte...

La campana anunciando la vuelta de los jurados, le interrumpió. Ocuparon sus bancos; después, los magistrados entraron solemnes y, al fin, el presidente del jurado, en medio de un gran silencio, se levantó.

—Ante Dios y ante los hombres —declaró, según la fórmula tradicional y con voz que la emoción hacía temblar ligeramente—, por mi honor y mi conciencia, y por unanimidad de votos, la respuesta del jurado es «no» a todas las preguntas.

Era la absolución.

EL BAÑO DE LA PRINCESA SONIA

Cuatro meses habían transcurrido desde la absolución sensacional de monsieur Etienne Rambert por el tribunal de Cahors.

La opinión pública, después de haber seguido con pasión el turbio caso del castillo de Beaulieu, comenzaba ya a olvidar, cómo había olvidado casi el asesinato de lord Beltham, crimen que permanecía inexplicado...

Solo Juve no se dejaba distraer por sus habituales preocupaciones.

Juve continuaba vigilando los misteriosos bajos fondos de París, estudiando los dramas cotidianos que ensangrentaban la capital...

Juve acechaba, en su aparente inactividad, la falta que le entregaría los autores o el autor de los más turbios asesinatos de los que nunca se hubiese ocupado.

Era a finales de junio, en la época en que París, hasta entonces poblado de turistas, comenzaba a estar desierto.

En el Royal-Palace Hotel, parador público, cuya fachada se extendía unos doscientos metros, a la derecha, subiendo los Champs-Élysées, y cuyo ángulo hacía esquina con la plaza de L'Étoile, reinaba la mayor actividad. Todo el personal de servicio iba y venía en los salones del piso bajo, en los amplios *halls* de la entrada...

Era la hora en la cual los clientes del Royal-Palace volvían de sus fiestas o de los espectáculos, y en los vestíbulos de este amplio hotel había un continuo desfile de hombres con traje negro, de jóvenes con esmoquin, de mujeres elegantes con vestidos escotados.

Un soberbio auto se paró bajo el peristilo.

El jefe del personal del hotel, monsieur Louis, se inclinó respetuosamente, como tenía costumbre de hacerlo con los clientes distinguidos.

—¿La señora princesa va a entrar? —interrogó con voz grave y respetuosa.

Con un movimiento amable de cabeza, la cliente respondió afirmativamente, y, al instante, el jefe de personal, llamando a un botones, le ordenó:

—El ascensor para la señora princesa Sonia Danidoff...

Algunos instantes después, la elegante aparición, que en cuanto había entrado en el *hall* había causado gran sensación, desapareció en la cabina del ascensor. Este, al instante, se elevó hacia los departamentos.

La princesa Sonia Danidoff era una cliente importante del Royal-Palace; ocupaba, ella sola, todo un apartamento compuesto de cuatro grandes piezas, en el tercer piso.

Es verdad que la princesa tenía, por así decirlo a doble título, derecho a semejante lujo. No solamente su fortuna inmensa se lo permitía, sino que, además, pertenecía a una de las familias de más categoría del mundo, habiéndose convertido por su matrimonio con el príncipe Danidoff en prima hermana del emperador de Rusia.

La princesa Sonia Danidoff, que tenía treinta años apenas, y cuyos ojos azules hacían en el rostro, encuadrado en unas grandes trenzas negras, un extraño y atractivo contraste con la cabellera, era, no bonita, sino hermosa.

Muy mundana, la princesa, que pasaba seis meses del año, al menos, en París, alojándose según la moda americana en el Royal-Palace, era muy conocida y muy apreciada en los salones más elegantes de París.

La conducta de la princesa Sonia Danidoff era irreprochable; los maldicientes, que no podían encontrar motivos para criticarle en este aspecto, se apoyaban para hacerlo en sus frecuentes estancias en París, por pretender que debía de desempeñar un papel político misterioso... Nada, sin embargo, podía permitir afirmarlo.

Apenas había atravesado el gran salón de su apartamento, cuando la princesa Sonia Danidoff entró en su dormitorio. Habiendo dado la vuelta a dos conmutadores eléctricos, encendió la luz.

—¡Nadine! —llamó con su voz grave.

De un diván bajo, disimulado en el ángulo de la pieza, una joven saltó al momento, súbitamente despertada...

—¡Nadine —ordenó la princesa—, tráeme la bata y deshazme el peinado! Estoy cansada.

La sirvienta obedeció; mientras echaba sobre los hombros de su ama un amplio peinador, la joven se atrevió a preguntar:

—¿No hace calor, esta noche, princesa?

Nadine era una circasiana, de tipo claramente acentuado, delgada, avispada, muy morena, con dos ojos profundos en los cuales chispeaba una llama triste.

La princesa se impacientaba: Nadine, adormecida por la espera y sin duda mal despierta, se mostraba torpe en sus ademanes. A las dos o tres veces, la princesa gritó:

—¡Pon atención!

Una nueva torpeza de la sirvienta la irritó; con un gesto irreflexivo de su mano, larga y seca, la princesa rozó la mejilla de la muchacha.

Nadine enrojeció, y, saltando hacia atrás, con la mirada llena de indignación, dijo:

—No quiero que me pegue —gritó, mientras la princesa, sorprendida, le clavaba a su vez la mirada.

—¡Nadine! —ordenó—. ¡De rodillas! ¡Pídeme perdón o te echo!...

Nadine, sumisa, arrepentida, cayó a los pies de la princesa; esta, satisfecha, la levantó con gesto afectuoso.

—¡Está bien! —dijo—. No te necesito; déjame ahora.

Pero Nadine, avergonzada aún por haberse dejado llevar de ese movimiento de rebelión, suplicó:

—Voy a desnudarla antes...

—No. Sube a tu cuarto, se hace tarde.

Después, pensándolo mejor y pasándose la mano por la frente, como para apartar una neuralgia inoportuna, dijo:

—Bueno, creo que un baño me quitaría el cansancio. Ve a preparármelo.

Diez minutos después, Nadine venía a buscar a la princesa, que soñaba en el balcón. Con gesto humilde y furtivo, la circasiana había besado la punta de los dedos de su ama, murmurando:

—Todo está dispuesto.

Pasaron algunos instantes y la princesa Sonia Danidoff, a medio vestir, iba a entrar en su tocador cuando se volvió y vino de nuevo al centro del dormitorio que había dejado hacía un momento.

—¿Nadine —llamó—, estás aún ahí?

Nadie respondió.

—He soñado —dijo la princesa—. Me había parecido oír andar...

La princesa hizo una rápida inspección en su cuarto; lanzó una ojeada al salón brillantemente alumbrado, volvió junto a su cama y comprobó que el tablero de timbres, que le permitía llamar a su elección a los diversos servidores del hotel y a sus criados particulares, estaba en perfecto estado. La joven, tranquilizada, entró en su tocador; rápidamente acabó de desnudarse, y se sumergió en el agua perfumada.

Sonia Danidoff, a quien alumbraba por detrás una bombilla eléctrica con la luz tamizada por una pantalla de cristal opaco, experimentaba una indecible satisfacción por la inmersión en el agua de su cuerpo cansado, cuando un nuevo crujido la hizo estremecerse. La princesa se enderezó bruscamente en el baño, se volvió, con el busto fuera del agua y miró alrededor de ella: nadie...

—¡Decididamente, estoy nerviosa!

Y la princesa abría ya un libro, cuando, de repente, una voz extraña, maliciosa, resonó en su oído: alguien, leyendo por encima de su hombro, acababa en voz alta la línea comenzada.

Antes que Sonia Danidoff hubiese tenido tiempo de dar un grito, de esbozar un gesto, una mano la tapaba la boca y otra le sujetaba la muñeca y le impedía alcanzar el botón del timbre situado en medio de la bañera, entre los grifos.

Sonia Danidoff estuvo a punto de desmayarse; ella aguardaba ya algún golpe espantoso, el contacto de algún arma destinada a matarla, cuando sintió que disminuía poco a poco la compresión de la boca y la presión en el brazo; al mismo tiempo, el ser invisible y misterioso que la había sorprendido así, daba la vuelta alrededor de la bañera y se colocaba delante de ella.

La princesa, aterrada, examinó al personaje...

Era un hombre de unos cuarenta años, muy elegantemente vestido; el esmoquin, de un corte irreprochable, que llevaba, probaba que el extraordinario visitante no era uno de esos inmundos individuos de las pocilgas parisienses, de las que la princesa había leído una terrible descripción.

Las manos que la habían inmovilizado y que, poco a poco, le devolvían la libertad de sus movimientos, eran blancas, muy cuidadas; el hombre, de rostro distinguido, llevaba barba negra, cortada en abanico; una ligera calvicie agrandaba una frente ya

amplia. Sin embargo, la princesa Sonia Danidoff no pudo impedir la impresión causada por el grueso tamaño, bastante anormal, de la cabeza del individuo, ni notar las numerosas arrugas que se le manifestaban de sien a sien...

Sonia Danidoff, sin una palabra, con los labios temblorosos, intentó, instintivamente, levantarse para alcanzar de nuevo el timbre eléctrico. Con un gesto vivo, el hombre la sujetó por los hombros, impidiéndole realizar su proyecto. El desconocido sonrió enigmáticamente. En el arrebato de los movimientos, la parte superior del cuerpo de la princesa había salido del baño; su pecho delicado se había mostrado desnudo.

Con una galantería un poco equívoca, el extraño visitante murmuró:

—¡Dios! ¡Qué hermosa es usted, señora!

Enrojeciéndose, conmovida, Sonia Danidoff se había vuelto a sumergir en la ola opaca.

Sobreponiéndose a su emoción, interrogó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? Salga o llamo.

—¡Sobre todo, no grite!... O tendré que matarla —ordenó duramente el desconocido. Después, esbozando un gesto irónico, exclamó—: ¿Llamar? Es muy difícil; su pudor se lo impide... Tendría que sacar el cuerpo fuera del agua; por otra parte, yo me opongo..., aunque experimentaríamos un gran placer en contemplarla...

La princesa interrumpió, con los dientes apretados:

—¡Si quiere dinero, joyas, tome! Pero salga...

El hombre, con rápida ojeada, examinó algunas sortijas y brazaletes depositados sobre el velador vecino por la princesa, antes de meterse en el baño.

—Estas joyas no están mal —dijo—; pero su solitario es mejor.

Atrayendo hacia él la mano de la princesa, la apretó entre la suya, examinando la joya que ella llevaba en el dedo anular.

La mano de la joven temblaba.

—No se inquiete —aconsejó el desconocido— y hablemos, si usted quiere.

Después de una pausa, añadió:

—Las joyas no tientan nada cuando han perdido su personalidad; quiero decir, cuando no forman parte de la persona que las lleva ordinariamente. Por el contrario, el brazalete que encierra a una muñeca, el collar que rodea al cuello, la sortija que se adhiere al dedo...

La princesa Sonia Danidoff, blanca como una muerta y no pudiendo comprender a dónde iba a parar el extraño y misterioso visitante, se excusó, aterrorizada:

—No puedo quitarme esta sortija, me está muy ajustada.

El hombre se rió sardónicamente.

—Le diré, princesa, que eso no tiene absolutamente ninguna importancia; quien quisiera procurarse una joya parecida, no tendría que hacer más que una cosa muy sencilla...

El hombre registró negligentemente el bolsillo de su chaleco, y sacando una

minúscula navaja, la abrió, haciendo brillar la hoja ante los ojos de la princesa, mientras que esta, aterrada, con los ojos salidos, se estremecía ante el temor de comprender demasiado.

—Un hombre hábil —continuó él— seccionaría en algunos segundos, por medio de esta hoja tan afilada, el dedo que lleva tan magnífica joya...

Después, mientras que la princesa se sobresaltaba de espanto, el hombre, con voz suave, prosiguió:

—No se asuste. ¿Sin duda me toma usted por cualquier rata de hotel vulgar, ladrón de categoría, bandido de carreteras? ¡Oh!, princesa, ¿cómo se le ha ocurrido semejante idea? ¿Ignora usted que es lo bastante hermosa para inspirar las pasiones más violentas, para determinar los actos más inhabituales?

El tono del hombre era sincero; en sus ojos brillaba un resplandor de deferencia tan profunda, que la princesa se tranquilizó un poco.

—Pero —preguntó ella— yo no le conozco...

—Más vale así —respondió el hombre, quien, acercando una silla baja, se sentó y, ya con más confianza, se apoyó sobre el borde de la bañera—. Siempre tendremos bastante tiempo de conocernos. Yo sé quién es usted. Es lo esencial.

—Señor —interrumpió Sonia Danidoff, que, a medida que se tranquilizaba, sentía aumentar su valor—, no sé si bromea o si habla en serio, pero su actitud es abominable...

—Es original, simplemente, princesa, y me gusta creer que, si me hubiera contentado con hacerme presentar a usted, en uno de los numerosos salones que ambos frecuentamos, usted se hubiera fijado en mí menos que esta noche; veo, por la insistencia de sus miradas, que, en adelante, ni un solo detalle de mi rostro le será extraño, y tengo la convicción de que, pase lo que pase, conservará largo tiempo el recuerdo.

La princesa Sonia hizo un esfuerzo para esbozar una vaga sonrisa. Muy dueña ya de sí misma, se preguntaba con qué especie de individuo estaba tratando.

Parecía que el hombre leía en su pensamiento. Él sonrió a su vez.

—Me gusta, princesa, ver que va teniendo un poco más de confianza conmigo; las cosas de esta manera se arreglarán mucho mejor.

Y, como la princesa esbozase un gesto negativo:

—Sí —afirmó el hombre—. Mire, hace cinco minutos que usted no ha intentado tocar para llamar a alguien; es un progreso... Además —continuó—, veo mal que la princesa Sonia Danidoff, mujer del gran chambelán, prima del emperador de Rusia, haga venir a sus apartamentos a toda la servidumbre del hotel, para mostrarse a esos esclavos desnuda en el baño, y ante un hombre que no conoce.

La princesa hizo un gesto de protesta; el hombre continuó:

—El eco de esta aventura extraordinaria no podía dejar de llegar a oídos del príncipe Danidoff.

—Pero —suplicó ansiosamente la desgraciada mujer— ¿cómo ha podido usted

entrar aquí?

—Ésa no es la cuestión —replicó el desconocido—. El problema que se plantea actualmente es saber cómo saldré..., pues puede imaginarse, princesa, que no cometeré la grosería de prolongar indebidamente la visita, muy feliz, por otra parte, si usted me permite renovarla una próxima noche.

—Eso...

Pero el hombre volvió la cabeza y, sumergiéndose como lo más natural del mundo la mano en el baño, retiró el termómetro montado en corcho que flotaba en la superficie del agua perfumada.

—Treinta grados centígrados —leyó—. Se le va a enfriar el baño. Voy a tener que dejarla, princesa.

Sonia, desconcertada, se preguntó si le convenía reírse o enfadarse.

¿Estaría tratando con un desequilibrado?

¿Era un audaz atrevido, un hombre apasionado por ella que creía que lo más seguro para seducirla era emplear los procedimientos más originales?

—¡Salga!

El hombre movió la cabeza negativamente.

—Por favor —insistió ella aun—. Tenga piedad de una mujer, de una mujer honrada.

El hombre pareció reflexionar:

—Es bastante embarazoso —murmuró él—, y, sin embargo, es preciso tomar una decisión rápida, pues quiero evitarle que coja un enfriamiento... ¡Oh!, la cosa es sencilla, princesa... Usted conoce muy bien la disposición de su tocador para poder, aún a tientas, alcanzar con un ademán la bata... Vamos a apagar...; yo no la dejaré, y, en la oscuridad, sin temor, usted podrá salir del baño sin que padezca su pudor...

El hombre, yendo al conmutador se disponía a dar el contacto. Bruscamente se volvió junto a la bañera.

—Olvidaba —añadió— este fastidioso timbre; un movimiento es tan fácil de hacer; usted podría, por ejemplo, tocar sin darse cuenta y lamentarlo en seguida.

Y uniendo la acción a la palabra, el individuo, con un corte de la navaja, seccionó los dos hilos eléctricos a bastante altura por encima del suelo.

—Perfectamente —dijo—. ¡Ah!, ignoro dónde van estos otros dos hilos que están a lo largo de la pared, pero es preciso ser prudente... Si por azar otro timbre...

El desconocido levantó de nuevo su navaja y, bajándola, quiso cortar los dos hilos eléctricos; pero, en el momento en que la hoja de acero cortó el aislador de los conductores, saltó una chispa formidable. El individuo dio un brinco hacia atrás, soltando la navaja.

—¡Voto a tal! —gruñó—. Alégrese señora. Me he quemado horriblemente la mano; seguramente son los cables de la luz.

Y como Sonia Danidoff le mirase con ojos angustiados, el visitante continuó:

—No importa. Tengo aún una mano útil que será suficiente para que pueda darle

la oscuridad necesaria.

Y el desconocido se dirigió hacia el conmutador.

Sonia Danidoff, de pie en su bañera, describió con el brazo una larga curva como para separar de ella cualquier obstáculo que se presentase. Su brazo no encontró más que el vacío. La princesa sacó una pierna, después la otra, se abalanzó hacia la dirección de la silla sobre la que estaba extendido su peinador, se vistió con una prisa febril, se calzó las zapatillas, permaneció inmóvil un segundo y, decidiéndose bruscamente, fue por instinto al conmutador de la alcoba y le dio la vuelta.

Brotó la luz.

El hombre había desaparecido del tocador.

Sonia Danidoff dio dos pasos hacia la alcoba... Divisó en el otro extremo de la pieza al individuo que le sonreía.

—¿He sido bastante galante, princesa, para no molestarla cuando salía del baño?

—Señor —dijo Sonia Danidoff—, esta broma, se lo juro, ya ha durado bastante; es preciso que se vaya. ¡Salga, se lo ordeno!

—¿Se lo ordeno? —repitió el hombre—. He ahí una expresión que no emplean muy a menudo cuando me hablan. Pero la perdono por no saberlo. Olvidaba, en efecto, que no me he presentado. Excúseme, soy tan distraído. Pero ¿en qué piensa usted?

La princesa Sonia Danidoff escuchaba casi distraídamente, en efecto, la horripilante charla del desconocido. Una nueva emoción acababa de paralizarle el corazón; una inquietud, una duda le angustiaba.

Entre ella y el misterioso personaje había un Pequeño escritorio, encima del cual había un precioso revólver con incrustaciones de nácar que Sonia Danidoff solía llevar regularmente cuando salía por las noches. La princesa era muy experta en el manejo de esa arma.

Sonia se decía que si ella pudiese apoderarse del revólver, esto constituiría evidentemente un poderoso argumento para decidir a su interlocutor a obedecerla.

La princesa Sonia sabía, además, que en el cajón del escritorio, que veía entreabierto, había depositado, un poco antes de ir a tomar el baño, una cartera llena de billetes de banco por un valor de ciento veinte mil francos que había retirado la misma mañana de la caja del hotel para atender el día siguiente a diversos vencimientos. Sonia miraba el cajón entreabierto y se preguntaba si la cartera estaba aún allí, si su misterioso galanteador no era sino un vulgar estafador.

Como si él hubiese leído en el pensamiento de la princesa, el hombre observó:

—Tiene usted, princesa, en el escritorio abierto un objeto que no se suele encontrar en los apartamentos femeninos.

Y como la joven diese un paso hacia el escritorio, el desconocido se precipitó al mueble y se apoderó del revólver.

Sonia Danidoff hizo un gesto de espanto; el hombre la tranquilizó:

—No tenga miedo, princesa; por nada del mundo atentaría contra su vida; tendré

un gran placer, dentro de un momento, en devolverle esta arma; permítame, sin embargo, que la descargue antes... —En un segundo, con gran destreza, había quitado los seis cartuchos que contenía el cargador; con un gesto galante, tendió el revólver, en adelante inútil, a la princesa, acompañando su movimiento con estas palabras irónicas—: No se ría de mi exagerada prudencia. ¡Un accidente llega tan rápidamente!

Por más que la princesa hacía esfuerzos para aproximarse al escritorio —ella quería comprobar con la vista, por lo menos, su contenido—, el desconocido le cerraba constantemente el camino, multiplicando las sonrisas, multiplicando las amabilidades, pero sin perder de vista ni un solo movimiento de Sonia Danidoff.

De repente sacó su reloj.

—¡Las dos de la mañana! Princesa, me perdonará por haber abusado tanto tiempo de su amable compañía... Es preciso que me vaya...

Y sin parecer prestar atención al suspiro de alivio que se escapó del pecho de la princesa, continuó con tono teatral:

—No me iré ni por la ventana, como un enamorado, ni por la chimenea, como un ladrón, ni por una salida oculta en la pared, como los bandidos de las leyendas, sino como un hombre galante que ha venido a rendir homenaje a la más encantadora mujer que hay en el mundo: ¡por la puerta!

El desconocido esbozó el gesto de irse; volvió sobre sus pasos.

—¿Qué piensa usted hacer ahora, princesa? Mi pregunta es tal vez indiscreta, pero necesito saberlo; quizá me guarde usted rencor; puede ser que algún descubrimiento desagradable, que suceda a mi salida, provoque en usted alguna animosidad para conmigo. Sin temor al escándalo que pueda sobrevenir, puede muy bien llamar apenas yo haya vuelto las espaldas.

Instintivamente otra vez, la princesa dirigió su vista al cajón, en el cual con toda seguridad ya no debía de estar su cartera.

¿Qué hacer entonces?

—¡Vaya! —exclamó el hombre, rompiendo el silencio y deteniendo a Sonia Danidoff en sus reflexiones—, ¿dónde tengo la cabeza? Figúrese, princesa, que se me había olvidado presentarme.

El hombre sacó de su bolsillo una cartulina.

—Permítame, princesa —añadió, aproximándose al pequeño escritorio—, que deslice mi tarjeta en este cajón entreabierto. Parece puesto a propósito.

Mientras la princesa no pudo evitar un grito de emoción, que el hombre, con mirada autoritaria, interrumpió al momento, éste se puso a ejecutar el proyecto que acababa de anunciar.

—Y ahora —continuó el extraño desconocido, adelantándose hacia la princesa, a la que hizo retroceder hasta la antesala que daba al pasillo del hotel—, y ahora, usted es demasiado mujer de mundo para no acompañar al visitante hasta la puerta de su apartamento...

Después, cambiando de tono, ordenó imperiosamente:

—En adelante, ni una palabra, ni un gesto, ni un grito hasta que yo esté fuera; de lo contrario, la mataré.

Resistiéndose con todas sus fuerzas contra un próximo desfallecimiento, la princesa Sonia Danidoff acompañó al individuo bajo su mirada fascinante, hasta la antesala. Lentamente, hizo funcionar la cerradura, abrió la puerta. El hombre se deslizó por el entorno. Un segundo después, se había marchado.

Precipitándose en su alcoba, Sonia Danidoff puso en movimiento todos los timbres de que disponía. Con gran presencia de ánimo, telefoneó al portero:

—¡Me han robado, que no salga nadie!

Su dedo hacía vibrar, por medio de una llamada especial, la gran campana de alarma que sonaba lúgubramente en la sala de espera de los vigilantes de noche, que se oía allí como en cada piso del hotel, repique retumbante que no se empleaba más que en los casos urgentes.

Ruidos y voces se entremezclaron en el pasillo.

—¡Detenedlo!... ¡Detenedlo! —gritaba Sonia Danidoff—. Acaba de marcharse... un hombre, con barba negra, con esmoquin...

*

—¿Adónde va usted? ¿Qué pasa? —interrogó el portero, cuya portería, en el extremo del *hall*, estaba contigua a la puerta cochera del hotel.

Un muchacho, saliendo del ascensor, acudió.

—No sé —respondió—. Hay un ladrón en la casa. Llaman del otro lado...

—¿Entonces no es en la parte de su servicio? —interrogó el conserje—. ¿Cuál es su piso?

—El segundo...

—¡Bien! —dijo el guardián—. Es en el tercero donde han gritado. Suba, entonces, a ver qué pasa.

Volviendo ahora sobre sus talones, el muchacho, un buen mozo, con el rostro afeitado, de cabellos rojizos, volvió a subir en el ascensor en que había bajado.

Llegó al tercer piso; el ascensor se paró, por así decirlo, enfrente del apartamento de Sonia Danidoff. Ésta estaba en el umbral de la puerta. Muller, el vigilante, se esforzaba en tranquilizarla. La princesa, maquinalmente, daba vueltas entre sus dedos a la cartulina completamente blanca que había dejado su extraño visitante, en lugar y en el sitio de la cartera conteniendo los ciento veinte mil francos; ningún nombre, por supuesto, figuraba en esta cartulina.

Los dos camareros del piso iban y venían golpeando en las puertas, interpellando en la sala de servicio a los otros criados.

—¿Qué pasa? —preguntó Muller, divisando al muchacho de pelo rojizo que salía del ascensor, y, como no lo conocía de vista, añadió—: ¿De dónde viene usted?

—Soy el nuevo mozo del segundo —replicó el sirviente—. El portero me envía aquí a preguntar qué pasa.

—¡Pardiez! —replicó Muller—. Pasa que han robado a la princesa... Pero que vayan a buscar a la Policía...

—¡Voy corriendo, señor!

En este preciso instante, el camarero del segundo llegó al piso bajo y tiró de la manga del portero, arrancándole del teléfono.

—Ábrame; ¡Dios mío!, corro a la Comisaría.

El portero se apresuró a facilitarle la salida del hotel...

*

En el quinto piso se oían gritos de sorpresa. Los criados, extrañados por el alboroto y habiendo visto pararse el ascensor sin que saliese nadie, abrieron la puerta que le daba acceso y encontraron en la cabina vestidos desgarrados, una barba postiza y una peluca.

Aturdidos, dos doncellas y un criado examinaron estos extraños accesorios, no pensando sino en prevenir a su jefe de este descubrimiento.

Mientras tanto se había ido a despertar a monsieur Louis, jefe del personal.

Este, sin comprender las explicaciones que le daba un subalterno alocado, se había vestido rápidamente y acudió por los laberintos del hotel hasta el pasillo del tercero. Fue detenido, al pasar, por la baronesa Van den Rosen, una de las clientes más antiguas del hotel, viuda ya madura.

—¡Monsieur Louis! —gemía la anciana señora, postrada en el suelo, sollozando—, acaban de robarme mi collar de brillantes que había dejado en la mesa, en un joyero, antes de bajar a cenar.

Monsieur Louis, totalmente desconcertado, no sabía qué responderle; además, Muller acudía.

—Han robado la cartera de la princesa Sonia Danidoff —anunció a su jefe—, pero he hecho cerrar la puerta del hotel. Seguramente se va a arrestar al culpable...

La princesa Sonia Danidoff se acercó a monsieur Louis, para darle las explicaciones complementarias.

Las dos doncellas bajaron en este momento del quinto. Traían, sin comprender nada, los vestidos y los postizos descubiertos en el ascensor; los dejaron en el suelo, y mientras que monsieur Louis, cada vez más desconcertado, comprendía cada vez menos los acontecimientos extraordinarios que estaban ocurriendo desde hacía algunos instantes, Muller, acometido de una súbita inspiración, cogiendo a su jefe por el brazo le interrogó:

—Monsieur Louis, ¿cómo es el camarero nuevo del segundo?

En este momento, en el final del pasillo, apareció un criado, hombre de cierta edad, de patillas blancas, calvo, que se acercaba despacio.

Monsieur Louis le vio.

—Pues —respondió, sin dejar de mirar a Muller, pues no adivinaba la oportunidad de la pregunta—, pues es ése que viene hacia nosotros; se llama Arnold...

—¡En nombre de Dios! —gritó Muller—. ¿Y el muchacho de pelo rojo?

—¿El pelirrojo? —preguntó de nuevo monsieur Louis, cuyo movimiento de cabeza indicaba que no acababa de identificar del todo al individuo del que quería hablarle Muller.

Este, dejando a su jefe, bajó con toda la rapidez que le permitían sus piernas hasta la entrada.

—¿Ha salido alguien? —preguntó ansiosamente al portero.

—¡Nadie! —replicó éste—. Salvo, naturalmente, el camarero del segundo, a quien usted ha enviado a buscar al comisario...

—¿El muchacho pelirrojo? —interrogó Muller.

—El muchacho pelirrojo —respondió tranquilamente el portero.

Tumbada en una poltrona, la princesa Sonia Danidoff recibía los cuidados de Nadine, la circasiana; la princesa tenía en la mano la cartulina dejada por el misterioso ladrón que, tan hábilmente, acababa de sustraerle una fortuna.

Cuando volvió en sí poco a poco, la princesa, casi fascinada, miró aún la cartulina y, esta vez, sus ojos extraviados se agrandaron desmesuradamente; en la tarjeta, hasta entonces de una blancura inmaculada, se precisaban poco a poco unas letras, y la princesa leyó: «¡Fan... to... mas!»

MAGISTRADO Y POLICÍA

En pie en medio del despacho que ocupaba en el Palacio de Justicia, monsieur Fuselier, el juez de instrucción, se dedicaba con sumo cuidado a cepillar su sombrero.

Monsieur Fuselier tenía desde hace mucho tiempo costumbre de monologar:

—No he perdido el tiempo hoy —se declaró a sí mismo—. La instrucción no ha adelantado, es verdad; pero esto no es culpa mía, puesto que he procedido de la manera más regular. Toda la dificultad, ahora, está en saber cómo voy a actuar en adelante. ¿Nuevos interrogatorios? ¡Pchs!, no me enseñarán nada que no sepa... ¿Entonces?...

Se interrumpió. Acababan de dar tres golpes discretos.

—Adelante —dijo.

Y cuando la puerta se entreabrió, monsieur Fuselier, reparando en su visitante, le acogió amablemente.

—¿Usted?... ¡Mi querido Juve! ¿Qué azar le trae mi despacho?

—Monsieur Fuselier, sabe usted muy bien que tengo el más vivo placer en estar con usted y cambiar ideas sobre los casos interesantes. Es, pues, inútil que me excuse; si hace mucho tiempo que no vengo a saludarle, no necesita usted sacar deducciones para adivinar los motivos de mi ausencia...

—¿Tiene usted mucho trabajo?

—Enorme.

—El hecho es —dijo el magistrado— que en este momento no faltan los casos trágicos y sensacionales.

Juve aprobó:

—Sí... Tiene usted razón. Pero lo peor es que este año judicial no será un año brillante para la Policía... Si bien hay muchos casos, no son muchos los casos resueltos felizmente...

Monsieur Fuselier sonrió.

—¡Qué idealista está usted hecho, mi querido Juve! Usted sueña siempre con informaciones extraordinarias, detenciones imprevistas, sucesos impresionantes. ¡Qué diablos! Su prestigio está lejos de disminuir...

Juve dijo «no» con la mano.

—No sé a qué hace usted alusión. Si quiere hablar, por ejemplo, del caso Beltham o del caso Langrune..., me confesará, monsieur Fuselier, que sus cumplidos son inmerecidos. En ninguno de estos dos casos he llegado a un resultado concreto.

Monsieur Fuselier, a su vez, se dejó caer en una silla, e interrogó:

—¿No sabe usted nada nuevo respecto de ese misterioso asesinato de lord Beltham?

—¡Nada, absolutamente nada!... ¡Chapoteo!

Monsieur Fuselier interrumpió al policía y, cruzándose de brazos, le reprochó agradablemente:

—¡Quiá, mi querido Juve! ¡Usted parece quejarse! ¡Verdaderamente, no hay de qué!... Su saldo es, en este momento, aunque usted pretenda lo contrario, haber esclarecido el caso Beltham y solucionado el caso Langrune.

—Es usted muy amable, monsieur Fuselier; pero no está muy inspirado. Desgraciadamente, no tengo nada esclarecido en el caso Beltham...

—Ha encontrado usted al lord desaparecido...

—Sin duda, pero...

—¡Lo que es ya maravilloso!... Al hecho: ¿cómo se le ocurrió a usted ir a la calle Levert precisamente a registrar los baúles de Gurn?

—Por un procedimiento bien simple, monsieur Fuselier... Mire, cuando lord Beltham desapareció, ¿recuerda la emoción?

—¡En efecto!...

—En ese momento fue cuando me llamó la Sûreté. ¡Pardiez!, me di cuenta rápidamente que era preciso descartar las hipótesis de accidentes o de suicidio, y, por consiguiente, concluir en el crimen...

—Bien; pero eso no le adelantó mucho.

—¡Eso me dio la clave del asunto, al contrario!... Una vez convencido que había habido crimen, como no sabía de quién sospechar, sospeché, naturalmente, de todo el mundo; es decir, de todos los que se relacionaban con lord Beltham... Supe, después de eso, que el antiguo embajador había tenido relación con un tal Gurn, inglés, que él había conocido en el Transvaal en la época de la guerra, y cuya existencia era, en suma, de lo más misteriosa... Esto debía incitarme forzosamente a ir a casa de Gurn, a título de información al menos..., y he ahí todo, monsieur Fuselier.

Monsieur Fuselier aprobó con la cabeza el relato del policía.

—Su modestia es encantadora, Juve. Presenta las cosas como muy naturales; cuando, en realidad, ha dado pruebas de un gran olfato...

Juve protestó contra las felicitaciones del magistrado:

—¡Cuestión de suerte... y nada más!

—¿Y cuestión de suerte también —prosiguió monsieur Fuselier, sonriendo— los notables descubrimientos que ha hecho? Usted ha descubierto, por ejemplo, que para impedir que el cuerpo exhalase mal olor, se le había embalsamado de algún modo, inyectándole en las venas una solución de sulfato de cinc...

Juve protestó de nuevo:

—No había más que saber mirar.

—Admitamos que usted no haya estado extraordinariamente hábil en el caso Beltham, puesto que eso le gusta. Queda, por lo menos, repito, cómo ha explicado usted el caso Langrune...

—¡Oh, explicado!

—Usted sabe, Juve, que yo no ignoro que ha estado en la Audiencia de Cahors...

—No —dijo Juve—, ¿y qué?

—¿Cuál ha sido su impresión, Juve?

—¿Sobre qué punto? —precisó el policía.

—Pues... sobre todo el asunto, sobre el veredicto, sobre la culpabilidad de Etienne Rambert.

—Monsieur Fuselier —declaró al fin—, si yo hablase a otro que no fuese usted, no respondería nada o le daría una respuesta que no lo sería. Pero hace mucho tiempo que nos conocemos, me ha demostrado una gran benevolencia, y voy a decirle todo lo que pienso... Para mí, el caso Langrune no ha hecho más que empezar y nada hay definitivo...

—Pero, entonces, desde su punto de vista, ¿Charles Rambert no es el culpable?

—¡Oh! Yo no he dicho eso...

—¿Qué dice usted entonces? ¿No será su padre quién lo habrá matado?

—La hipótesis no es imposible.

—Pero, en fin, ¿qué hay?

Juve suspendió su paseo.

—Ahí está el quid. ¿Cuál es la verdad exacta de todo este asunto?... Es mi preocupación constante. No puedo olvidar ese crimen que absorbe todos mis pensamientos; me interesa cada vez más...

Como monsieur Fuselier se guardase de interrumpirle, Juve añadió:

—¡Oh, tengo muchas ideas... inverosímiles!

Monsieur Fuselier quedó algunos minutos callado, esperando otras confidencias del policía. Éste se calló, y el magistrado, apuntando con el índice hacia él, le dijo:

—Juve, le acuso formalmente de querer mezclar a Fantomas en el asesinato de la marquesa de Langrune...

El policía respondió en el mismo tono de broma:

—Lo confieso, señor juez...

—¡Pardiez! —exclamó el magistrado—. ¡Fantomas es su tema, su manía, su oveja negra!...

—Exacto...

Pero monsieur Fuselier se puso serio.

—¿Quiere que le diga una cosa, Juve? ¿Me permite que sea indiscreto?...

—Es más, se lo suplico...

—¡Pues bien, mi querido Juve! ¿Cómo es que no ha venido para preguntarme sobre el robo del Royal-Palace?

—¿El robo de la princesa Sonia Danidoff?

—¡Sí..., el robo de Fantomas!...

—¡Oh, de Fantomas!... —protestó Juve—. Habría que verlo...

—¡Caramba! —replicó monsieur Fuselier—. Usted no ignora, sin embargo, el detalle de la tarjeta que dejó..., en la cual apareció, a continuación, la firma de

Fantomas...

Juve acababa de coger una silla y, sentándose a horcajadas, con los brazos cruzados sobre el respaldo, la barba apoyada en las manos, respondió a monsieur Fuselier:

—No hay Fantomas para mí en ese asunto.

—¿Y por qué?

—¡Pchs! Me imagino muy mal a Fantomas dejando, después de su visita, una prueba cierta de su paso... Esto no está dentro de su costumbre... ¿Por qué no imaginarse que, en adelante, él cometerá los robos o los asesinatos con una gorra en la cabeza que lleve en la banda una inscripción de este género: «Fantomas y Cía»...?

Monsieur Fuselier reía. Después:

—¿No cree usted a Fantomas capaz de lanzar un desafío a la Policía, dejando precisamente una prueba palpable de su identidad?

—Monsieur Fuselier, yo razono siempre apoyándome en las más grandes verosimilitudes; lo que resalta en esta historia del Royal-Palace... es que un vulgar rata de hotel ha tenido la ingeniosa idea de arrojar las sospechas sobre Fantomas... Es un truco.

—¡No! Está equivocado, Juve. No es un vulgar rata de hotel el que ha robado el collar de madame Van den Rosen y los ciento veinte mil francos de la princesa Danidoff. La importancia de la suma, por otra parte, era de la naturaleza de las que pueden tentar a Fantomas... Y la audacia de este robo también aparece significativa.

—Hágame, pues, el relato del robo, monsieur Fuselier.

El magistrado fue a sentarse detrás de su escritorio y ayudándose con los papeles esparcidos aún sobre su carpeta, puso a Juve al corriente de los detalles que había recogido en el curso de las investigaciones del mismo día.

—Mire —dijo Fuselier—, lo que me parece más extraordinario es la manera de cómo el criminal, una vez que hubo salido de la alcoba de la princesa Sonia Danidoff, llegó a meterse en el ascensor, a quitarse en un segundo el traje de etiqueta, ponerse una librea de criado e intentar escapar la primera vez. El portero se lo impidió... Él no pierde la cabeza. Vuelve a tomar el ascensor y lo envía al quinto piso con los vestidos acusadores. Se presenta al vigilante Muller, encuentra inmediatamente el medio de que le encarguen que vaya a buscar a la Policía, baja de nuevo con toda rapidez las escaleras y, separando hábilmente del teléfono al vigilante de noche, hace que le abra la puerta y se escapa lo más satisfecho del mundo. El hombre que no ha perdido su sangre fría, que ha aprovechado las circunstancias de una manera tan maravillosa, este, créame, es muy digno de ser Fantomas...

Juve reflexionó profundamente.

—¡No! —dijo—. No es eso lo que me sorprende... Esa salida del hotel es, en suma, una salida de ladrón hábil, no otra cosa... Encuentro más señalado el procedimiento empleado por este individuo para impedir a madame Sonia Danidoff gritar en el momento en que él dejaba el apartamento... Eso, en realidad, es muy

hábil. En lugar de intentar alejar a la princesa, en lugar de encerrarla en su alcoba, se hace acompañar por ella hasta la puerta del corredor; es decir, hasta un pasillo donde el menor grito podía provocar las peores catástrofes, y, por el terror que la inspira, estar seguro que ese grito no será pronunciado, eso está muy bien, es de una psicología admirable. ¡Es un gran trabajo!...

—¿Ve usted? —decía monsieur Fuselier—. Hay detalles sorprendentes en este asunto. Además, voy a señalarle otros. ¿Para qué cree usted, mi querido Juve, que ese ladrón se quedó tanto tiempo con la princesa Danidoff? ¿Por qué la escena del baño? ¿Por qué ese papel de enamorado?

Juve permaneció algunos minutos sin responder.

—Para mí —dijo—, no puede haber más que una solución, monsieur Fuselier. Pero usted, que ha visitado el lugar, dígame qué opinión se ha formado respecto a esto: ¿dónde cree usted que estaba escondido el ladrón?

Monsieur Fuselier respondió afirmativamente:

—En eso ha tenido bastante suerte. Usted sabe que el apartamento de madame Danidoff acaba en el tocador, donde empieza este misterioso asunto. En este tocador, los muebles importantes son unas alacenas, la bañera y una ducha. Se trata de un aparato de la casa Norcher; el gran modelo, que como usted sabe, da duchas laterales lo mismo que verticales. Según costumbre, una tela de caucho se extiende de arriba abajo alrededor de los anillos de donde salen los chorros horizontales... Esta tela cae justo sobre los extremos del tubo que forma el pie del aparato... Pues bien: yo he encontrado en el esmalte de este tubo huellas de pasos... No cabe duda que el ladrón, en el momento en que la princesa Sonia Danidoff entraba en el baño, se escondió en la especie de cabina formada por el aparato con su tela de caucho. Juve, sin esperar otros detalles, prosiguió: —Y esta ducha, monsieur Fuselier, está situada en el ángulo de la pieza junto a la ventana, ¿no es verdad? Y esta ventana estaba entreabierta en el momento del delito o, al menos, hasta el instante en que la criada Nadine fue a prepararle el baño.

—¡Perfectamente!... En conclusión, ¿qué saca usted?

—¡Oh, es interesante!, ¡muy interesante! —replicó Juve—. Para mí, no hay más que una manera de explicar por qué este ladrón, como usted dice, se ha molestado en hacer el papel de tímido enamorado. Venía, ¿no es así?, de robar el collar de madame Van den Rosen, cuyo apartamento está contiguo al de la princesa Sonia Danidoff. Por una razón o por otra, este individuo no pudo salir al pasillo y decidió, naturalmente, ganar el apartamento de la princesa Sonia Danidoff. Para eso pasó sencillamente por la ventana, saltando la balaustrada de la terraza, y entrando después por la ventana del tocador.

—Y usted supone —continuó monsieur Fuselier— que, en ese momento, Nadine, al entrar en el cuarto, le obligó a esconderse.

—¡No! ¡No! —respondió Juve—. Va usted muy de prisa, monsieur Fuselier. Yo pienso que este robo no es debido al azar. Fue premeditado, y, por consiguiente, si el

culpable se ocultó en la ducha, fue expresamente para esperar a la princesa.

—Pero no tenía necesidad de ello —replicó Fuselier—. Si usted admite que él estaba en el cuarto antes que nadie, no tenía más que coger la cartera y huir...

Juve movió la cabeza.

—¡Nada de eso! Está usted en un error, monsieur Fuselier...

El policía continuó:

—¡Oh!, puedo equivocarme; pero, en fin, he aquí una explicación que me parece racional. El robo fue cometido a fin de mes... Madame Sonia Danidoff tenía que hacer importantes pagos al día siguiente, el ladrón debía de saberlo... Debía de conocer la precaución que la princesa había tomado de retirar de la caja del hotel su cartera llena de valores...; pero debía de ignorar en qué sitio del departamento había encerrado esta cartera...; él la ha esperado para preguntárselo..., ella se lo ha dicho...

Monsieur Fuselier, esta vez protestó:

—¡Diablo! —dijo—. Es muy divertido eso que ha inventado, Juve. La princesa no indicó de ningún modo el cajón de su escritorio.

Juve se levantó y, familiarmente, se apoyó en el buró de monsieur Fuselier.

—Sí —dijo—. Mire, admito que el ladrón quería llevarse la cartera y no sabía dónde encontrarla... Se esconde en la ducha y espera, o que la princesa se meta en la cama, lo que la coloca en estado de inferioridad, o que vaya a tomar un baño, lo que la deja a su merced. Esto es lo que ocurre. La princesa está, pues, en la bañera, y el ladrón ve inmediatamente la conducta a seguir; aparece, la amenaza, la aterroriza; por otra parte, la tranquiliza después; se permite el lujo de hacer un intento galante e inventa el artificio de la luz apagada, no solamente para calmar el pudor asustado de la princesa, sino, evidentemente, para tener tiempo de registrar los vestidos y de asegurarse que la cartera que quiere robar no está en el saco de mano... Estoy convencido que si hubiese descubierto, en ese momento, la cartera, se hubiera escapado sin tardar..., pero no la encuentra... Va entonces al fondo del cuarto vecino y espera, naturalmente, que la princesa se le reúna en esta habitación... Esto es lo que ocurre. Él, que no sabe dónde está el dinero, no pierde de vista ni uno de sus gestos y observa sus ojos, que se dirigen maquinalmente hacia el cajón entreabierto que contiene la fuerte suma, y que permanecen fijos en ese cajón... Comprende la angustia de su víctima; vuelve un segundo la espalda a la princesa, desliza la cartulina en el interior de ese cajón y retira la cartera... Desde entonces, ya no hay más que marcharse; es lo que hace, llevando su audacia y habilidad al punto de hacerse acompañar.

—Verdaderamente, usted me produce admiración, Juve. Yo he pasado todo el día interrogando a la servidumbre del Royal-Palace, recogiendo las declaraciones de madame Van den Rosen, de la princesa Sonia Danidoff, y no he llegado a formarme una opinión... No digo que si llega el caso, si de aquí a poco no se dibuja una culpabilidad verosímil en el horizonte, meta presos a ese Muller o a ese monsieur Louis; pero, en conciencia y hasta el presente, no he creído que debía detener ni a uno

ni a otro.

—Ha hecho usted bien —interrumpió Juve—, pues existe el hecho importante, referido por la princesa Sonia Danidoff, de que el ladrón, al seccionar los hilos eléctricos, se quemó bastante gravemente en la palma de la mano. ¿No es verdad, monsieur Fuselier?

—Es verdad —reconoció el juez—. Sin embargo...

—Sí, le veo venir —replicó el policía—. Muller o Louis solo serían cómplices...

—¡Eso es, eso es!... En todo caso, Juve, en cinco minutos en esa butaca, usted, que no ha visto nada, acaba de encender la linterna... ¡Bravo!... ¡Bravo!... Qué lástima que no le guste creer en la intervención de Fantomas...

Juve, sin responder a los cumplidos del magistrado, había sacado el reloj y mirado la hora.

—Posiblemente, hemos perdido el tiempo, monsieur Fuselier. Le confieso que no había prestado gran atención a los robos del Royal-Palace... Al obligarme a reflexionar en algunos de sus detalles, ha logrado interesarme en este asunto.

UN PUÑETAZO

La cena del personal del Royal-Palace estaba acabando.

En el gran comedor, especialmente destinado a la gente del servicio, la animación estaba en su punto culminante.

Uno de los mayordomos, instalándose en la mesa donde tenía derecho a sentarse, declaraba, riéndose:

—¡Hay que ver cómo se ponen entre ellos los burgueses! ¡No! De verdad. ¡Nadie lo diría! Hace un momento, en el servicio de las ocho, oía hablar mientras tomaban el café al duque y a la duquesa de Vingelay. ¿Saben ustedes lo que decían sobre los robos de la casa?

—No; ¿qué? —preguntaron curiosamente.

—Pues bien: afirmaban que era una pamplina eso de que le habían robado el collar a la Van den Rosen. Y por lo que se refiere al robo de la princesa Danidoff —continuaba el primer mayordomo—, ¡ah!, bien, no se mordía la lengua para explicarlo: «Ves tú (decía él a su mujer), esas grandes damas rusas no me inspiran la menor confianza..., y después, esa historia del baño... ¡Me imagino que se encontrará la explicación de ese robo buscando entre los amantes de la princesa!»

En la mesa vecina, mesa de honor en cierto modo, se hablaba también del misterioso robo.

—Monsieur Henri Verbier —declaraba monsieur Muller a un empleado de unos cuarenta años—, va usted a llevarse una impresión bien mala de nuestra casa. Es una verdadera lástima que haya dejado la sucursal de El Cairo para venir aquí, justo en el momento en que una especie de descrédito se cierne sobre el Royal-Palace.

—¡Bah!... —dijo Verbier—, no crea que doy mucha importancia a esas cosas... Piense que he visto historias análogas, y no me han sorprendido nada. Sin embargo, monsieur Muller, hay algo que me sorprende; es que no se haya llegado todavía a descubrir una pista.

Monsieur Louis alzó los hombros con gesto desolado.

—No será por falta de haber buscado.

—Aun cuando es muy fastidioso para todo el mundo —replicó Henri Verbier.

—¡Oh!, tanto más cuanto que no se ha cometido ningún error. Además, el juez de instrucción lo ha reconocido hace ocho horas en el Palacio de Justicia...

—¿No sospecha de nadie?

—No, de nadie.

Pero eso hizo sonreír a monsieur Louis.

—Sí —dijo—, hay alguien de quien se sospecha, y no es otra sino su encantadora vecina, mademoiselle Jeanne...

Henri Verbier se volvió hacia la cajera.

—¡Cómo! —dijo—. ¿El juez de instrucción quiere mezclarle en este asunto?

—¡Oh! Monsieur Louis lo dice para hacerme rabiar.

—¿De verdad? ¿Por qué, entonces, el juez de instrucción le ha preguntado tanto?

—¡Oh! Ya hemos discutido eso muchas veces, monsieur Verbier. Ésta es la historia en dos palabras: el juez de instrucción estaba muy sorprendido de una doble coincidencia: la misma mañana en que se cometió el robo, yo había enviado a la princesa Sonia Danidoff la cartera donde se encontraban los ciento veinte mil francos desaparecidos, cartera que ella había confiado, algunos días antes y siguiendo su costumbre, a mi guarda...

—Pero —replicó Henri Verbier— supongo que no es eso lo que asombró al juez de instrucción...

—Sí —interrumpió Muller—, pero Jeanne no le cuenta toda la historia... Figúrese que también la Van den Rosen, ¿sabe usted?, la judía a quien robaron el collar de brillantes, había ido, algunos minutos antes del robo, a pedir a mademoiselle Jeanne que le guardase esa joya..., y mademoiselle Jeanne se negó a ello.

—Eso —dijo Verbier a la cajera— no es buena señal para usted, y comprendo que el juez de instrucción haya encontrado chocante la historia.

La cajera tiró de la manga a su vecino y declaró:

—¡Son malos, eh!... De la manera que le cuentan la cosa, monsieur Verbier, parece que yo me he negado efectivamente a guardar la joya de madame Van den Rosen para facilitar al ladrón su golpe de mano..., lo cual quiere decir que soy cómplice.

Monsieur Louis intervino:

—Pues yo le aseguro, mademoiselle Jeanne, que ésa era la idea del juez de instrucción.

Sin preocuparse de la interrupción, la joven explicaba a Verbier:

—En realidad, las cosas ocurrieron así...

—El reglamento quiere que yo esté a disposición de los clientes para aceptar los depósitos o devolverlos hasta las nueve de la noche solamente. Después, mi servicio ha terminado. Usted sabe que no se puede bromear cuando se ocupa un puesto como el mío. Por consiguiente, como el día del robo madame Rosen había llegado con el collar de brillantes a las nueve y media, yo estaba en mi perfecto derecho de no aceptar ese depósito...

—Sí —replicó monsieur Muller—, sí, mi querida Jeanne, pero le ha faltado amabilidad.

—Evidentemente —respondió la joven—; pero, en fin, puesto que hay una regla, es preciso seguirla.

Apenas mademoiselle Jeanne había llegado al cuarto que ocupaba en el quinto piso del hotel, bajo el tejado; no había hecho más que abrir la ventana y apoyarse en la barandilla, cuando llamaron a la puerta.

—¡Entre! —respondió la cajera, volviéndose.

Era monsieur Henri Verbier.

—Mi alcoba está junto a la suya —dijo—, y como la he visto pensativa en la ventana, he creído que usted no desdeñaría fumar un cigarrillo egipcio. He traído unos cuantos de El Cairo; es un tabaco muy suave, verdadero tabaco de señoras...

—Es usted muy amable por haber pensado en mí; no tengo costumbre de fumar; pero, a veces, caigo en la tentación...

—¡Oh! —dijo Henri Verbier—. Si yo soy amable, usted tiene una manera muy sencilla de darme las gracias...

—¿Cuál es?

—Permítame quedarme algunos minutos con usted y fumar un cigarrillo a su lado...

—Con mucho gusto; me gusta mucho estar por la noche un rato en la ventana antes de acostarme, para respirar el aire... Usted me impedirá aburrirme y me dará detalles de El Cairo...

Henri Verbier sonrió y, mirando significativamente a la joven, preguntó:

—¿No encuentra usted, mademoiselle Jeanne, que las noches de verano como esta..., cuando se mira, como nosotros lo hacemos, un bonito panorama, se siente uno melancólico?

—¡No! ¿Qué quiere usted decir?

—¡No lo sé!... Yo, vea usted, mademoiselle Jeanne, soy desgraciadamente un sentimental y sufro mucho por vivir siempre solo, aislado, sin cariño. Hay momentos en que parece verdaderamente que es necesario tener un amor...

La cajera le miró irónica.

—Eso son tonterías —dijo ella—. El amor no es más que una estupidez; es preciso guardarse de él como de la peor torpeza.

Henri Verbier protestó suavemente:

—No, el amor no es una estupidez; al contrario es el único medio que tenemos de lograr una felicidad absoluta, completa. El que ama es rico.

—De una riqueza que deja morir de hambre...

—No. Mire: supóngase que nosotros estamos enamorados.

Y, como la joven cajera no respondiese, Henri Verbier le cogió la mano.

Pero la joven se desasíó.

—¡Déjeme! —exclamó ella—. Soy una muchacha honrada, monsieur Verbier...

—¡Ah! —respondió el vigilante—. ¿Cree usted que yo pienso lo contrario? ¿Cree, entonces, que en una hermosa noche como ésta puede estar prohibido saborear el placer de un beso?

Y, uniendo la acción a la palabra, Henri Verbier se inclinó hacia la joven como para cogerla por el talle y besarla en la nuca.

La joven cajera se desasíó otra vez.

—¡No! —declaró con rudeza—. ¡No quiero... eso!... ¿Comprende usted?

El tono era breve, seco. Mademoiselle Jeanne se rehízo al momento, cambiando la conversación para evitar lastimar demasiado al joven:

—Empieza a hacer frío. ¿No encuentra usted?... Voy a echarme una toquilla por los hombros...

Mademoiselle Jeanne se apartó de la ventana y se dirigió hacia el interior de la habitación, a la percha donde estaba colgada la prenda...

Henri Verbier prosiguió:

—¡Dios mío! ¡Qué mala es usted! Pero si tenía frío, mademoiselle Jeanne, hay un medio mucho mejor de calentarse que echarse una toquilla por los hombros...

—¿Y es? —interrogó mademoiselle Jeanne.

—Y es —respondió Henri Verbier, quien, tendiendo los brazos, se disponía a coger a la joven cajera al pasar—, es, sencillamente, apretarse uno contra otro...

Iba tal vez a intentar unir el ejemplo al consejo... Ya había cogido a mademoiselle Jeanne por el brazo, cuando esta, de repente, rápida como el rayo, escapó de su abrazo y, atacándole furiosamente, le dio en la sien un formidable puñetazo.

Lanzando un débil «¡ah!» ahogado, Henri Verbier se desplomó en el suelo, privado de conocimiento...

Mademoiselle Jeanne lo miró un instante como atontada... Después, con una actividad sorprendente, la joven cajera se lanzó hacia la ventana y la cerró rápidamente.

Dos minutos después, mademoiselle Jeanne, muy sonriente, pasaba delante del portero de servicio y le daba las buenas noches.

—¡Hasta luego! ¡Voy a tomar un poco el aire!

*

A duras penas, volviendo de un sueño extraordinario, no comprendiendo nada de lo que le había pasado, Henri Verbier, después de un corto desvanecimiento, volvió en sí.

Lentamente se levantó y, examinando el cuarto, vio la ventana cerrada.

—¡Nadie! —dijo con voz vacilante.

Entonces, como si el sonido de sus propias palabras le hubieran acabado de volverle a la realidad, Henri Verbier se levantó del todo y corrió a la puerta de la alcoba y sacudió rabiosamente la cerradura.

—¡Encerrado! —dijo—. ¡Maldita sea!... ¡Y ya puedo llamar! No hay nadie arriba... ¡Heme aquí bloqueado!

Para pedir ayuda, corrió a la ventana; pero, al pasar ante el espejo que estaba encima de la chimenea, el vigilante vio en su sien una herida de donde comenzaba a manar un pequeño hilo de sangre.

Se aproximó y se miró asustado.

—¡Todo un Juve —dijo— y me he dejado derribar por una mujer!

Y de repente, golpeando con el pie en el suelo, crispando los puños, rechinando los dientes, con una cólera repentina, Juve, pues Henri Verbier no era otro que el célebre policía Juve, hábilmente desfigurado, Juve gritó:

—¡Por el nombre de Dios!... Aquel puñetazo fue el puñetazo de un hombre.

EL PORVENIR DE THÉRESE

Etienne Rambert y su invitado, el banquero Barbey, acababan su cigarro en el fumador contiguo al salón del hotel comprado desde hacía algunos meses por el rico negociante en caucho, en la calle de Eugène Flachart.

Eran las diez de la noche.

Yendo y viniendo por el cuarto, que era también su gabinete de trabajo, Etienne Rambert, con la mirada brillante, discutía «colocaciones» con el financiero.

—Evidentemente —decía monsieur Etienne Rambert— los valores de la Unión Agrícola parece que deben subir; pero nuestros títulos franceses están gravados con tantos impuestos...

—Sin duda —replicó Barbey—; pero es el caso de todos los valores...

—Mi querido Barbey, ¿qué piensa usted de las minas de cobre de los Urales?

—¡Pchs! —replicó el banquero—. No está mal eso. ¿Le tientan esas acciones?

Rambert se paró, bebiendo una copa de champaña; miró al banquero y le dijo:

—En realidad, todos los asuntos de los que yo no me ocupo directamente, a los que no pertenezco como administrador, no me interesan mas que a medias.

—Admiro —exclamó Barbey— su temperamento, un temperamento de luchador, bravo temperamento. Y no le oculto que, si yo no fuese su banquero y, por tanto, obligado a cierta discreción frente a usted, no vacilaría en someterle un proyecto que me anda por la cabeza...

—¿Tiene usted un proyecto, Barbey?

—Es bastante delicado, querido señor, y usted comprenderá mis escrúpulos cuando sepa (pues voy a quemar mis barcos) que el asunto en cuestión no es una especulación ordinaria como las que tengo por costumbre proponer a mis clientes. Se trata de una especulación que me interesa, a mí, personalmente. Querría aumentar el capital social de mi Banco y hacer una casa grande.

—¡Caramba! Usted tiene razón, Barbey; sin embargo, si es una petición de comandita lo que usted me quiere proponer, será mejor plantear la cuestión lo más claramente que sea posible y precisarme su situación... francamente, honradamente... Si no nos ponemos de acuerdo, no hace falta decir, mi querido Barbey, que los informes que me suministre los consideraré como confidenciales.

Durante una media hora larga, los dos hombres, metidos de lleno en el asunto, discutieron vivamente.

Monsieur Rambert concluyó:

—Mi querido Barbey, tengo costumbre de hacer los negocios rápidamente, a la americana; en principio, su proyecto me conviene, pero no quiero ser «uno» de sus comanditarios. Pretendo, llegado el caso, ser el único...

—¡Vaya! —dijo monsieur Barbey.

—Sé lo que usted piensa —dijo monsieur Rambert—. Usted conoce mi fortuna o, al menos cree conocerla, y se pregunta de dónde sacaré los veinte millones necesarios para su aumento de capital... Tranquilícese, los tengo...

Monsieur Rambert continuó:

—Sí, estos dos últimos años, Colombia me ha sido favorable, muy favorable. Pero usted sabe, Barbey, que tendrá en mí, mejor o peor que un comendatario, un colaborador, casi un socio... No le oculto que seguiré muy de cerca las operaciones de la casa.

—No tendrán ningún secreto para usted, mi querido monsieur Rambert, permítame llamarle mi querido socio —declaró, levantándose, monsieur Barbey—. ¡Todo lo contrario!

El banquero miró instintivamente hacia la chimenea, buscando un reloj. Monsieur Rambert, adivinando su intención, sacó el suyo:

—Las once menos veinte, Barbey; le he hecho faltar a su costumbre de acostarse temprano... Márchese, pues, se lo ruego...

El banquero se excusó por no prolongar más tiempo la velada; monsieur Rambert le detuvo:

—Sin cumplidos, mi querido Barbey, le dejo en libertad.

*

La pesada puerta del hotel se cerró.

Etienne Rambert, que había ido a acompañar a su huésped hasta la puerta, atravesó el vestíbulo y, en lugar de volver al fumador, entró en el salón.

Bajo la luz tamizada por una pantalla se inclinaba la rubia cabeza de Thérèse Auvernois. La muchacha leía atentamente.

Al ruido que había hecho Etienne Rambert al entrar, Thérèse se inclinó en su dirección y, dejando la lectura, se dirigió hacia el anciano, con paso gracioso, gesto dócil:

—Estoy segura —se excusó—, querido monsieur Rambert, que le hago acostar muy tarde... ¿Qué quiere usted? Yo dependo de la baronesa de Vibray, mi buena madrina, y mi madrina llega a menudo con retraso...

Después del drama que había llevado la desolación al castillo de Beaulieu, los lazos afectivos que unían hasta entonces a los íntimos de la marquesa de Langrune se habían estrechado. La baronesa de Vibray, muy impulsiva, no había parado hasta obtener del consejo de familia la tutela efectiva de Thérèse Auvernois, la desgraciada huérfana.

La baronesa de Vibray había instalado en Quérelles a Thérèse, a la que verdaderamente no se atrevía a dejar sola en el castillo de Beaulieu frente a los horribles recuerdos. La baronesa, continuando su obra caritativa, se había creído en el

deber de tomar a su servicio, aunque no lo necesitaba, al buen mayordomo Dollon y su familia.

Después, las semanas habían pasado; el tiempo, que todo lo borra, había hecho su efecto, y la baronesa de Vibray, atraída por la brillantez de las fiestas parisienses, solicitada por cartas apremiantes de amigas tan alegres como sinceras, decidió, después de grandes dudas, ir a pasar una semana a París. Ella estaba desde hacía un mes con su pupila.

La baronesa de Vibray había declarado primeramente que no saldría sola, apenas haría las visitas indispensables; después, poco a poco, ella había cedido a las necesidades de la vida mundana.

Felizmente, estaba Etienne Rambert.

Primero una vez, luego otra, después cada vez que aceptaba una invitación para comer en la ciudad, la baronesa de Vibray había tomado la costumbre de confiar Thérèse a monsieur Etienne Rambert.

—¡Ah! —suspiró Thérèse abarcando con una mirada el cuarto querido en que se encontraba y cuya distribución sobria tenía para ella algo cordial, afectuoso, familiar —, no quiero decir nada malo de mi querida madrina, lejos de eso; pero, en fin, ella es tan mundana, tan activa, tan alegre...

Con un impulso de sincera ternura, Thérèse Auvernois, echando los brazos al cuello del anciano, apoyó su cabeza rubia sobre su hombro y, zalamera, murmuró:

—¡Me gustaría tanto quedarme con usted, monsieur Rambert!

Etienne Rambert se libró dulcemente del afectuoso abrazo de la muchacha. La condujo a un sofá en el fondo del salón y, sentándose junto a ella, dijo:

—Cierto, yo también tendría un gran placer de recibirte en mi casa: desgraciadamente no puede ser; es preciso contar con la gente, y la gente encontraría inconveniente que una joven como tú viviese con un hombre solo...

—¡Oh! ¿Por qué? —interrogó, sorprendida, Thérèse—. Le tomarían por mi padre...

Ante esta palabra de padre, Etienne Rambert contrajo el rostro; la joven enrojeció.

—Perdone —murmuró...

Pero Rambert prosiguió, en voz baja:

—¡Ah!..., no olvido, Thérèse, que no soy tu padre, sino «su» padre..., el padre de aquel que...

Cambiando la conversación, Thérèse quiso parecer que se interesaba por su propio porvenir.

—Cuando salimos de Quérelles, el presidente Bonnet me dijo que le pidiese a usted, monsieur Rambert, algunas explicaciones sobre mi situación económica. Parece que no es brillante...

Como Rambert esbozase un gesto vago, pero significativo, Thérèse, con la serena indiferencia debida a su juventud, se lamentó:

—¡Oh!, yo no me dejaré abatir... Quiero a mi alrededor gentes que, como usted,

monsieur Rambert, se ocupen de algo; tendré valor y trabajaré, yo también... ¡Eh! ¿Si me colocase de institutriz?

El anciano, pensativamente, miró a la joven.

—Mi pobre pequeña —respondió—, yo sé cuán grande es tu espíritu, cuánta es tu seriedad, y eso me tranquiliza. Muchas veces ya, he pensado en tu porvenir... Bien seguro, que de aquí a algunos años, encontraremos un buen muchacho, honrado, rico, para casarte...

Y como Thérèse, toda colorada, hiciese un gesto denegatorio:

—¡Sí!... ¡Sí! —insistió Rambert—. Nosotros te lo encontraremos. Mientras llega, conviene, en efecto, que estés ocupada... Por otra parte, tú no puedes quedarte eternamente con la baronesa de Vibray...

—Ya lo sé... Ya lo sé —reconoció Thérèse.

Rambert sonrió.

—He encontrado una idea; yo estoy desde hace muchos años en buenas relaciones, aun en excelentes relaciones, con una gran señora perteneciente a la mejor sociedad inglesa; puede ser que hayas oído ya nombrarla. Es Beltham...

Thérèse abrió unos ojos asombrados.

Rambert continuó:

—Lady Beltham es viuda desde hace algunos meses, su marido murió en circunstancias singulares, y, desde entonces, esta gran señora, inmensamente rica, que se ocupa de muchas obras de caridad, ha querido admitirme en su intimidad un poco más aún que antes. Tengo su confianza, ella me ha encargado en diferentes ocasiones de sus intereses financieros. Ahora bien: yo he comprobado a menudo que en su casa viven, tratadas como amigas, como parientes, varias jóvenes inglesas que hacen al lado de lady Beltham las funciones, no de señoritas de compañía, sino como diría yo, de secretarias. ¿Comprendes el matiz?

—Sí, sí, comprendo —dijo Thérèse, interesada...

—Esas jóvenes —añadió Rambert— pertenecen a la mejor sociedad y son, la mayor parte, hijas de grandes señores ingleses. Si lady Beltham, a quien yo podría hablarle, quisiera admitirte, Thérèse, en el número de sus colaboradoras, estoy seguro que te encontrarías allí en un medio agradable, y, seguramente, lady Beltham, a la cual tú gustarías, sin duda alguna, no dejará un día de interesarse por tu porvenir...

—Querido monsieur Rambert —murmuró Thérèse, toda emocionada—, haga eso, vea por mí a lady Beltham; ¡estaría tan contenta!

MADEMOISELLE JEANNE

Mademoiselle Jeanne, desde que perdió de vista el Royal-Palace, torciendo por la calle de Tilsit, subió bajo los árboles en dirección del Arco del Triunfo. Mademoiselle Jeanne, todavía agitada por el esfuerzo que acababa de hacer, aterrada por el recuerdo del acto extraordinario al cual se había entregado sin razón aparente, sintió que sus piernas se negaban a sostenerla; encontró un banco libre y se dejó caer en él.

No obstante, su desfallecimiento fue de corta duración.

Entró rápidamente en la estación de la Porte Maillot y se informó:

—¿Cuándo sale el tren para Saint-Lazare?

—Al instante, señora —dijo el empleado—; dese prisa.

Rápidamente, mademoiselle Jeanne compró un billete de segunda. En Courcelles, tras una brusca decisión, mademoiselle Jeanne descendió.

Se encontró, en el momento en que sonaban las doce, en la pequeña plaza desierta que une por encima de la vía los bulevares Pereire, Norte y Sur. Mademoiselle Jeanne, con paso seguro, entró en la calle Eugène Flachart. Ante la puerta de un hotel particular, se paró, llamó...

*

El criado acababa de anunciar a monsieur Rambert:

—Es una señora.

Y monsieur Rambert, que temía haber hecho esperar en la antesala a la baronesa de Vibray, ordenó:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Hágala entrar!

La puerta del salón se entreabrió; alguien penetró y se deslizó al instante en la penumbra. Thérèse, que, con un gesto instintivo de simpatía había ido hacia la visitante, se paró en seco, al no reconocer a su madrina.

Monsieur Etienne Rambert, ante la brusca parada de la joven, se había vuelto. Examinó un instante a la persona que entró.

Una desconocida.

Se inclinó hacia ella.

—¿A quién tengo el honor?...

Pero de repente, habiéndose aproximado a la visitante, exclamó:

—¡Ah! ¡En el nombre de Dios!

Un segundo campanillazo.

Esta vez la baronesa de Vibray entró en el salón, radiante de alegría.

—¡Llego tarde! —dijo.

Y fue hacia monsieur Rambert con las manos tendidas, lanzó a Thérèse una larga mirada de afecto, y se puso a contar algo divertido. Divisó en el ángulo del salón a la desconocida, que estaba en pie con los ojos bajos.

Etienne Rambert reprimió su primera emoción; sobreponiéndose a su impresión, había sonreído a la baronesa. Después, sin que un músculo de su cara se alterase, se dirigió hacia la enigmática persona.

—Señora, ¿quiere tomarse la molestia de pasar a mi despacho?

—Monsieur Rambert —interrogó Thérèse cuando éste volvió al salón—, ¿quién es esa señora? ¿Por qué se ha puesto usted tan pálido?

Monsieur Rambert sonrió con sonrisa violenta.

—Estoy algo cansado, mi querida niña; he trabajado mucho estos últimos días.

La baronesa de Vibray le cortó la palabra:

—Tengo yo la culpa —se excusó—. Tengo yo la culpa. Estoy desolada por hacerle acostar tan tarde. También nos vamos nosotros para no abusar...

Monsieur Rambert volvió a su despacho precipitadamente; cerró la puerta con doble vuelta y, abalanzándose hacia la desconocida, con los puños cerrados y los ojos fuera de las órbitas, exclamó:

—¡Charles!

—¡Padre! —respondió la joven, hundiéndose en un diván—. ¡No! ¡No quiero más, murmuró mademoiselle Jeanne, no quiero permanecer más así, disfrazado de mujer. Se acabó, sufro mucho.

—Pero —interrumpió Rambert con voz dura, imperativa— es necesario; ¡yo lo quiero!

La pseudo mademoiselle Jeanne se desembarazó poco a poco de la pesada peluca. Se arrancó bruscamente el corsé que le apretaba el pecho. El cuerpo de un joven apareció, bajo la camisa, robusto, musculado, y el enigmático personaje que monsieur Rambert, en su emoción, no había vacilado en llamar Charles, replicó:

—¡No!, no quiero más. ¡Padre, prefiero todo!

—¡Tu debes expiar! —insistió, duramente aún, Etienne Rambert.

—La expiación es demasiado dura —replicó el joven—. El suplicio es insoportable.

—Charles —observó monsieur Rambert con voz solemne—, ¿has olvidado, pues, que estás muerto, muerto civilmente?

—¡Ah! —exclamó el desgraciado ser—. Preferiría cien veces la otra muerte más verdadera.

Etienne Rambert, que hasta entonces no se había aproximado al joven, fue al extremo del diván donde se había hundido su hijo.

—¡Ay! —exclamó, hablando muy de prisa, precipitando su pensamiento—, ¡ay de mí! ¡Te he creído más desequilibrado, más loco de lo que estás en realidad! Te he salvado de todo peligro, a pesar de los riesgos, porque creía tener que habérmelas con

un enfermo...

—Padre —interrumpió Charles Rambert, cuya mirada dura, violenta, determinaba la voluntad clara, tan clara que Etienne Rambert tuvo miedo un segundo—, quiero saber, ante todo, cómo me has salvado y hecho pasar por muerto. ¿Ha sido el azar? ¿Ha sido el resultado de un acto voluntariamente estudiado?

Etienne Rambert levantó los brazos al cielo.

—¡Ay!, muchacho. ¿Se puede uno imaginar semejantes cosas por adelantado? Cierto que cuando nosotros nos separamos, fue el azar, entiendes bien, solo el azar el que me puso delante de ese ahogado, que decidí hacer pasar por ti, y te he proporcionado estos vestidos de mujer...

—¿Y luego, padre, qué hiciste?

—Luego enterré los del muerto y vestí a éste con los tuyos. La Providencia a veces... Entonces, ¿sabes también, Charles, lo que yo he sufrido? ¿Has leído, ¿no es cierto?, mi comparecencia ante el tribunal de lo Criminal, mi vergüenza ante los jueces?

Charles Rambert, abrumado, dijo, enigmático:

—¡Hiciste eso! ¡Ah, el extraño azar!...

Después, cambiando de tono, con la voz entrecortada por los sollozos, balbució:

—¡Pobre padre!, ¡pobre padre!, ¡qué fatalidad!

—¡Fatalidad! —repitió Etienne Rambert.

De repente, el joven se levantó bruscamente.

—Padre —gritó—, yo no he matado a la marquesa de Langrune, créame...

—¡No vuelvas sobre eso! No volvamos más, ¡te lo prohíbo!

Etienne Rambert, en el fondo del despacho, apoyado en su mesa de trabajo y con los brazos cruzados, interrogó secamente:

—¿Y para decirme solamente eso es para lo que has venido?

—¡No puedo pasar más como mujer!

—¿No puedes más, por qué?

—No puedo más te digo...

Etienne Rambert pareció de repente adivinar el sentido de las palabras que acababa de pronunciar su hijo.

—¡Ah! —exclamó—, ya lo sé; ahora creo comprender... En efecto, el Royal-Palace, del que mademoiselle Jeanne es empleada de confianza, acaba de ser teatro de dos robos audaces, abominables... Evidentemente —continuó con ironía—, podrán identificar a Charles Rambert con esta extraña cajera...

—¡Yo no he robado!

—¡Tú has robado! —replicó Etienne Rambert.

Y, arrojando las frases junto al oído de su hijo, el desgraciado padre explicó; —He leído en los periódicos el relato del robo, los he leído con la angustia que puede sufrir un padre como yo que tiene un hijo como tú; he leído, he comprendido, porque yo sé...

—¡Padre! —gritó otra vez Charles, con voz estridente—, yo no he robado, yo no soy... Vamos —continuó, casi amenazador—, ¿vas a empezar, como en el castillo de Beaulieu, tus atroces insinuaciones? ¿Qué genio malo te inspira? ¿Por qué quieres a la fuerza tomar a tu hijo por un criminal?

Monsieur Rambert alzó los hombros:

—Tu sistema de defensa es infantil. ¿Qué significa la negativa sin la prueba? Las frases no justifican nada. Son necesarios hechos para sostener las convicciones.

El joven, cansado de discutir, desesperado de convencer a un padre tan seguro de su culpabilidad, se calló.

—Pero —preguntó de repente monsieur Etienne Rambert—, puesto que estás aquí, alocado, acogido en casa de tu padre como último recurso, ¿eso es que ha pasado algo que yo no sé, y desde hace poco?... ¿Qué es lo que has hecho? Habla.

Fascinado, Charles Rambert explicó:

—Desde hace algunos días había un policía en el hotel. Había tomado el nombre de Henry Verbier. Estaba disfrazado, él también, pero yo lo he reconocido, pues había visto a ese hombre en una época bastante reciente aún y demasiado presente en mi memoria para que yo lo pudiese olvidar...

—¿Qué quieres decir? —interrumpió el anciano, turbado.

—Quiero decir que Juve está en el Royal-Palace.

—¡Juve! —exclamó monsieur Etienne Rambert, preocupado.

—Juve, bajo el disfraz de Henri Verbier, me ha hecho una especie de interrogatorio y no sé lo que ha descubierto... Después, una noche, esta noche, hace apenas dos horas, ha subido a mi cuarto, me ha hablado mucho rato y, luego, se ha acercado a mí, ha querido abrazarme, me ha cogido por el talle; cuando Juve se ha acercado, con un violento puñetazo en la sien, lo he derribado, ha caído redondo, rígido, yo me he puesto a salvo...

—¿Está muerto? —interrogó monsieur Etienne Rambert...

—¡No lo sé!

*

Charles Rambert, a quien su padre había dejado solo en el despacho, reflexionaba. La puerta se abrió, Etienne Rambert entró. Llevaba un paquete de vestidos.

—¡Toma! —murmuró—. Aquí tienes vestidos de hombre, vístete; después desaparece...

EL COMLOT DE UNA LOCA

Georges Sembadel sacudió negligentemente las cenizas de su pipa contra el mármol de la chimenea, y, satisfecho del comienzo de aculotamiento que él notaba por la blancura de las escorias, concluyó:

—Mi querido Perret, esto es muy bonito, pero cuando yo hacía mis prácticas en la Pitié, y lo mismo cuando estaba en Beaujon, la comida de la sala de guardia era mejor y, sin embargo, no había demasiada gente. Solamente el director se permitía algunos extraordinarios.

Perret no estaba nada convencido.

—¡Pardiez! Es natural. La comida es superior en los hospitales, justamente por lo que acabas de decir: ¡Se puede beber siempre el champaña de los enfermos!

... Cuando el doctor Biron construyó en Passy su casa de salud destinada, decían los prospectos, a ofrecer un lugar de reposo a los enfermos nerviosos, a los cansados, a los sobreexcitados y hospitalizar adecuadamente a los locos, había tenido la sabia precaución de dar a su establecimiento una apariencia casi oficial, de proclamar *urbi et orbi* que emplearía a antiguos internos de los hospitales.

Y eso le había proporcionado un gran éxito. Su establecimiento prosperaba...

Volviéndose hacia Sembadel, Perret continuó:

—Yo aguantaría aún —decía— la roñosería de la dirección si no nos metiese en todas las faenas. Mi sueño es trabajar en las salas horas fijas, mientras que ahora trabajamos a destajo. ¡Qué diablos! Los dos somos doctores en medicina, y si aceptamos este trabajo es para poder continuar nuestros trabajos personales.

—¿Qué te lo impide?

—¿Y cómo quieres que encuentre tiempo, puesto que, fuera de las horas en que estamos obligados los dos a vigilar a los enfermos, a cuidarles, a platicar con ellos, hay tarea que cumplir?

—¡Pchs! —replicó Perret—. Hacer esto o morir de hambre...

—A propósito, quisiera señalarte para tu folleto sobre los maniáticos, el caso muy especial del número veinticinco. Rambert, cuarenta años, manía persecutoria... sin que se manifiesten actos de terror...

—Eso mismo.

—Tratamiento seguido: reposo, sobrealimentación.

—Veo que te acuerdas exactamente del caso de la Rambert...

—Sí, me había interesado. ¿Cómo está ahora?

—Pues bien, amigo, cuando la cambiaron de pabellón, es decir, cuando tu servicio me la traspasó, el diagnóstico era grave, el pronóstico terrible..., una incurable. La encontrarás con muy buen aspecto...

—¿Cómo reacciona?

—Nada mal. Reminiscencias de persecuciones, pero no imaginación delirante. Recuerdos de crisis, pero no crisis. Es un cerebro que se recupera, una mujer que renace...

Perret se aproximó a su vez a la mesa y, cogiendo papel de cartas con el membrete de la casa de salud, añadió para su camarada:

—Es divertido, ¿eh? ¿No hay muchos maniáticos con manía persecutoria que se vuelven normales? Mira, esta misma mañana voy a escribir a la familia, a su marido, monsieur Rambert, para recordarle mi carta anterior, que no ha debido de llegar, puesto que no he recibido respuesta... Le daba a conocer el estado de su mujer y daba por descontado una próxima curación; tengo la intención, ahora, de pedirle autorización para enviarla a nuestra casa de convalecencia... Esta mujer está curada. Puede ser que el diablo quiera que Etienne Rambert se la lleve a casa con él. En ese caso habrá una pensionista menos en el sanatorio y nuestro querido director estará de pésimo humor durante ocho días...

Sembadel continuó:

—¡Este bribón cuida a los locos, los cura; pero se desespera!

Después de esta humorada, el interno se sumergió en la expedición de la correspondencia y el silencio de la sala de guardia solo era turbado por el deslizamiento de la pluma, que corría sobre el papel.

Un enfermero, sin embargo, entró aún en el cuarto y dejó sobre la mesa un voluminoso paquete de cartas.

—El correo de esta mañana —dijo.

Perret dejó la hoja de papel en la que ponía en limpio las observaciones tomadas la víspera y clasificó la correspondencia.

Después se volvió hacia Sembadel:

—Ninguna carta personal —dijo, respondiendo a la interrogación muda de su compañero—. Querido, te acompaño en el sentimiento. Hoy no tienes el sobre malva que esperas cada día y que influye tanto en tu carácter. Hoy no tendrás ocasión de estar de mal humor. Tenemos la visita de Swelding...

—¿El profesor danés? ¿Es esta mañana cuando llega?

—Así parece.

—¿Quién es ese tipo?

—¡Pche! Uno de esos sabios extranjeros que no han logrado ser ilustres en su país.

—Creía que había publicado alguna cosa, el año último.

—En su carta hacía alusión a uno de sus libros: «Casos clínicos sobre la ideontología de los imaginativos sobreexcitados.» Son tal vez veinte páginas y nada más.

—¡Vamos, mademoiselle Lucie! —exclamó Perret—. Haga desaparecer ese montón de ropa. ¡Maldita sea! Hay visita oficial.

—¡Bien podía quedarse en su casa ese! —dijo la enfermera.

—¡Caramba, mademoiselle Berthe! Ya se ocupará otro día de componerse.

Más lejos, Perret reprendía a otro enfermero:

—¿Qué está usted clavando, Jean? Tire ese cigarrillo... ¡Vaya un perezoso!

Mientras que el activo médico echaba la mirada de experto, el doctor Biron acababa de introducir al profesor Swelding.

—Soy muy dichoso, mi querido maestro —decía el director de la casa de salud—, por el honor que supone su visita...

El doctor Biron, de unos cuarenta años de edad, el rostro colorado, la estatura vigorosa, activo, inquieto, haciendo grandes gestos, había recitado su pequeña retahíla, dirigida al profesor Swelding, con un tono suave, cumplimentador e insípido.

El profesor Swelding era un tipo extraño de viejo sabio.

Frisaba la sesentena, pero llevaba gallardamente el peso de los años, que habían cubierto de nieve su cabellera, larga y rizada.

—Crea, señor e ilustre colega —le decía—, que es una suerte poder aprovechar la experiencia de un sabio de su mérito.

—¿Quiere usted que recorramos los diferentes servicios?

Y como el profesor Swelding asintiera, el doctor Biron le condujo fuera del salón, al parque de la casa de salud.

El doctor Biron señalaba la disposición de los sitios:

—Vea usted, señor profesor, cómo yo me he decidido, francamente, por la teoría del aislamiento: en lugar de construir un edificio único, he hecho edificar esta serie de pequeños pabellones que me permiten alojar a mis pensionistas lejos unos de otros; los maníacos, separados de los embrutecidos; los monoideístas, de los delirantes; los tranquilos, de los furiosos...

El profesor Swelding aprobaba:

—Nosotros aplicamos también, en Dinamarca, el método del aislamiento; pero no hemos llegado nunca tan lejos. Veo que cada uno de los pabellones tiene su jardín particular.

—Es indispensable —afirmó el doctor Biron.

Y, conduciendo a su visitante, lo llevó hacia uno de los jardincillos, donde un hombre de unos cincuenta años se paseaba entre dos enfermeras.

—Mire —declaró el doctor—: he aquí, señor profesor, un maníaco atacado de locura de grandezas...

Después, cuando el enfermo fue conducido ante el profesor, el doctor Biron le preguntó:

—Bueno, mi querido amigo, ¿cómo está usted hoy? ¿No ha tenido discusión con San Pedro?...

El loco miró al director con aire asombrado:

—¿Qué discusión quiere usted que tenga con mi portero? —respondió.

—¿Qué tratamiento hace usted en un caso como este? —preguntó el doctor

Swelding—. El aislamiento no es suficiente.

—Aplico otro método —respondió el doctor Biron—. Cuido el cerebro, cuidando al cuerpo... Remonto al enfermo por medio de la higiene, de la sobrealimentación, del reposo, de la calma; después, lejos de contradecir su manía, lejos de alentársela también, la ignoro, no la tomo en cuenta. Este hombre se cree Dios. Yo no le digo que tiene razón ni que no la tiene... Hay siempre, señor profesor, un grano de buen sentido en un cerebro enfermo... Este hombre se cree Dios, pero cuando tiene hambre, se ve obligado a reclamar su comida. Yo le pregunto entonces por qué tiene necesidad de comer puesto que es Dios. Llego a forzarle a que invente una mentira. Poco a poco voy rehaciendo la educación de su juicio.

—¿Hace usted muchas curas?

—Difícil de responder. La estadística no es la misma para las diferentes categorías de enfermedades mentales.

—Evidentemente; pero tomemos, por ejemplo, la manía persecutoria. ¿Qué proporción de éxitos?

—Veinte por ciento de curaciones definitivas, y cuarenta por ciento de mejorías ciertas.

El profesor Swelding estaba visiblemente maravillado por estos resultados. El director le arrastraba de allí.

—Si le parece, no entramos en los cuartos de los furiosos, a quienes usted oye gritar... Le voy a enseñar una enferma que, precisamente, va a ser devuelta a su familia dentro de unos días. La creo completamente curada o a punto de estarlo.

En un jardincillo se veía a una mujer de unos cuarenta años que estaba bordando.

—Vea esa señora... allá abajo —precisaba el doctor Biron—. Es madame Alice Rambert. Hace diez meses que es mi pensionista. Ve asesinos por todas partes. Yo la he cuidado, sobrealimentado y puesto en perfecto estado de defensa física. Después le he curado la moral. Esta mujer ahora no está loca.

—¿No puede tener algún retroceso al estado morboso anterior?

—Ninguno.

—¿Aun en el caso de una emoción violenta?

—No lo creo.

—¿Puedo hablarla?

El doctor Biron condujo al visitante hacia el banco.

—Madame Rambert —dijo—, ¿me permite que le presente al profesor Swelding, que desea ofrecerle sus respetos?

Madame Rambert se levantó.

—Encantada de conocerle, señor —dijo—. Pero me gustaría saber de qué me conoce mi querido director.

—Dios mío, señora —dijo el profesor, cortando la palabra a Biron—. A decir verdad no la conozco, pero sé que al dirigirme a usted hablaré a una de las pensionistas que, seguramente, me hablará con mayor entusiasmo del doctor Biron.

—En todo caso, él lleva su amabilidad de no querer que sus enfermos se aburran, puesto que les trae visitas inesperadas...

—Comprendo el reproche, señora —respondió con extrema urbanidad el profesor Swelding—. Le desagrada la visita de un inoportuno...

Madame Rambert había vuelto a coger su bordado, cosía... De repente, se levantó bruscamente, mientras que el profesor Swelding retrocedía algunos pasos. Ella gritó:

—¿Quién me llama?... ¿quién?... ¿quién?...

—¡Pero!... —empezó el profesor.

—¡Ah! —replicó ella—. Han dicho: ¡Alice! ¡Alice! ¡Su voz! ¡Su... voz!... ¡Váyase!... ¡Váyase!... Me da miedo... ¡Socorro!, ¡socorro!

Sin dejar de gritar, huyó hacia el otro extremo del jardincillo. La enfermera y el doctor Biron se precipitaron hacia ella.

Dotada de la agilidad de los locos, la enferma se les escapaba, gritando constantemente:

—¡Oh, le he reconocido! ¡Márchese!... ¡Al asesino!

No obstante, la enfermera tranquilizó al director:

—¡No tenga miedo!... Es la visita de este señor la que le ha impresionado probablemente...

La loca, en efecto, habiéndose refugiado detrás de un macizo de arbustos, apuntaba con el índice al profesor Swelding y, mirándole fijamente con los ojos dilatados por la angustia, repetía con un temblor de todos sus miembros:

—¡Fantomas! ¡Fantomas!... ¡Está allí! ¡Lo sé! ¡Ah! ¡Me persigue siempre! ¡El monstruo! ¡El bandido!...

El doctor Biron ordenó:

—¡Berthe! Lleve a madame Rambert a su habitación; enciérrela y que descanse... Llame inmediatamente al doctor Perret.

Después, volviéndose hacia el profesor Swelding, añadió:

—Estoy desolado, señor profesor, por este incidente, que prueba que la curación de esta desgraciada no es tan segura como yo, desde luego, creía.

El profesor Swelding consoló al director:

—Qué triste cosa es la fragilidad del cerebro —decía—. He aquí bien claro el sorprendente ejemplo: esta desgraciada, a quien usted creía curada, acaba de tener una verdadera crisis de manía persecutoria, provocada ¿por qué? ¡Gran Dios! Ni usted ni yo tenemos, me imagino, cara de asesino...

*

—¿Va eso mejor, señora? —preguntó la enfermera Berthe, dirigiéndose a madame Rambert—. ¿Va a ser juiciosa?

La enferma alzó los hombros con gesto descorazonado.

—Mi pobre Berthe —dijo—, ¡si usted supiese lo desgraciada que soy, y cómo

siento haberme dejado llevar de mi temperamento hace un instante!

—¡Bah! El señor director no le dará importancia.

La enferma sonrió con lasitud.

—Sí —dijo—. Creo que sí.

—No, señora. Usted sabe que ha escrito a su casa diciendo que estaba curada...

—Dígame, querida Berthe, ¿qué es lo que usted entiende por estas palabras: «Yo estoy curada»...?

—Pues —respondió la enfermera, desconcertada—. Lo que quiero decir es que está usted mejor...

La loca sonrió amargamente.

—Sí —confesó—. Es verdad que he mejorado actualmente. Pero no es de eso de lo que yo quiero hablar. ¿Qué piensa usted de mi locura?

La enfermera respondió con tono alto:

—No hace falta pensar en eso... Usted está tan loca como yo.

—¡Oh!, ya sé —prosiguió madame Rambert con tristeza— que el mayor signo de locura es pretender que no se está loco... Desde que estoy confiada a su cuidado, ¿me ha visto jamás hacer alguna cosa, decir alguna frase, claramente desatinada?

—¡No! En fin..., es decir...

—Es decir —concluyó madame Rambert— que yo le he afirmado a veces que era víctima de una abominable persecución. ¿Y si le dijese la verdad?

—¡Vamos, vamos!, no se atormente más. El doctor Biron admite que está usted restablecida. Va a dejar la casa y emprender su vida ordinaria...

Madame Rambert se retorció las manos.

—¡Ah!, mi pobre Berthe —le dijo—, ¡si usted supiese!

—¿Qué?

—Pues que si yo dejo este sanatorio; es decir, si el director me manda con mi familia, seguro que dos días después me llevarán a otra casa de salud...

La enfermera protestó:

—Es una idea que usted se ha hecho.

—¡No! —dijo la enferma.

Y cogiendo la mano de su guardiana:

—Escuche, Berthe, hace diez meses que estoy aquí, y durante diez meses no he protestado una sola vez de que no estuviera loca. Era feliz, después de todo, en esta casa. Me creía segura. Pero, en adelante, esto ya no será así. Es necesario que me marche, pero no para volver a casa, a casa de mi marido.

—¿Entonces?...

—Usted no ignora, Berthe, que yo soy rica —replicó madame Rambert—. ¿Quiere usted asegurar fácilmente su suerte para siempre?... Yo sé, le he oído hablar con otras enfermeras, que desea usted casarse. ¿Quiere que la dote? Aunque pierda su plaza aquí, tenga confianza en mí, yo la indemnizaré al céntuplo, pero ayúdeme a escapar..., sáqueme de esta casa.

La enfermera Berthe quiso retirarse, escapar de la enferma; pero ésta la sujetaba casi a la fuerza.

—¿Cuánto quiere? Dígame el precio. ¿Treinta mil francos? ¿Cuarenta mil?...

Y como la enfermera, deslumbrada por estas sumas, que le parecían fabulosas, se callase, madame Rambert se quitó de uno de sus dedos un brillante que tendió a la joven.

—Tome eso —dijo— como prueba de mi sinceridad... Si me preguntan, diré que lo he perdido..., y, desde ahora, Berthe, prepare mi evasión.

Berthe se levantó, titubeando, no sabiendo si soñaba o estaba despierta.

—¡Ser rica! —decía—. ¡Ser rica!

ENTRE LOS MOZOS DE CARGA DEL MERCADO

—¿Qué billete ha de pagar, *mademoiselle*? —preguntó el conductor del tranvía Étoile-La Villete, cuando el trepidante vehículo, con su remolque, arrancaba de lo alto de la avenida de Wagram.

Berthe, la joven enfermera de la casa de salud, respondió sin comprometerse:

—Voy al bulevar Rochechouart.

—Dos billetes, entonces.

Trescientos metros más allá de la plaza de Anvers, la joven Berthe bajó.

Después de haberse orientado rápidamente en ese barrio que ella conocía bastante mal, la joven se metió por la calle de Clignancourt y tomó la acera de la izquierda, mirando las tiendas. La tercera era la de un tabernero.

Berthe entreabrió la puerta del establecimiento, donde, alrededor de un mostrador de cinc, se amontonaba un grupo de hombres de caras avinadas, gritando fuerte.

Intimidada, la joven se quedó en el umbral, y, con voz clara, preguntó:

—¿Monsieur Geoffroy?

Después, sin duda para hacerse comprender mejor y sin importarle el asombro que provocaba su interpelación, repitió:

—Monsieur Geoffroy, llamado la *Barrique*.

—¿Geoffroy la *Barrique*? Presente.

Berthe lanzó un suspiro de alivio.

Monsieur Geoffroy la *Barrique*, al ver aparecer a *mademoiselle* Berthe, fue hacia la joven y, sin reparo, la besó en las dos mejillas y exclamó:

—¡Ah! hermanita, ¿tú aquí?... En este momento justamente pensaba en ti.

Berthe correspondió al abrazo de su hermano y éste la atrajo al fondo de la tienda, hacia un grupo de bebedores, sólidos buenos mozos, de hombros cuadrados, y la presentó:

—¡Eh, compinches, intentad sosteneros! Os traigo una gentil señorita, mi hermana Berthe, la pequeña Bob... *Bobinette*, como la llamábamos en casa de los padres.

Los bebedores hacían sitio a la joven y, cuando, ante la insistencia de la reunión, ésta hubo consentido en aceptar un vaso de vino blanco, Geoffroy, inclinándose hacia ella, le preguntó a media voz:

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Tengo necesidad de hablarte —replicó Berthe— para un asunto que te interesará, estoy segura...

—¿Hay algo que arrebañar?

Berthe sonrió.

—Probablemente, sin lo cual no te hubiera importunado.

—¡Oh!, ¡oh! —replicó Geoffroy—. Desde el momento en que se trata de ganar dinero, puedes siempre venir. La *Barrique* está dispuesto a dar el golpe...

—¿Buscas una plaza? —interrogó Berthe.

Geoffroy la *Barrique* se puso el dedo en la boca.

—Es aún un secreto —dijo—. Pero no hay nada malo en hablar, porque todo el mundo aquí está al corriente.

En frases interminables, el coloso explicó a la joven que él era candidato al puesto de mozo de carga del mercado.

Desde hacía quince días se entrenaba para triunfar en el examen.

Geoffroy la *Barrique* explicaba:

—Seguro, a nosotros, por ser funcionarios, se nos examina como cuando íbamos a la escuela; así, no más tarde que esta mañana, me han puesto un problema...

—¿Un problema?

—Un problema —continuó Geoffroy la *Barrique*, muy ufano por el efecto que producía sobre su joven hermana.

Sin embrollarse demasiado, el buen coloso indicó los datos de la formidable pregunta que le habían planteado.

—«Dos grifos llenan una tinaja a razón de veinte litros al minuto por grifo; un tercer grifo vacía esta vasija a razón de mil quinientos litros a la hora. ¿En cuánto tiempo se llenará la tinaja?»

Un amigo de Geoffroy le interrumpió; era Benoît *le Farinier*, su más formidable rival en la prueba:

—Y tú, ¿en cuánto tiempo te llenarás?

Geoffroy la *Barrique* dio un puñetazo en la mesa.

—Hablamos en serio...

Su hermana, intrigada, le preguntó si había salido bien.

—Podría ser tal vez —respondió la *Barrique*—. Yo lo he puesto a ojo de buen cubero, porque, comprenderás, que el cálculo, la aritmética y toda la trapacería del diablo, no son mis ocupaciones... He sudado casi más que si hubiera cargado doscientos kilos.

Mientras tanto, la reunión se puso en movimiento y se levantó. La prueba física, esta vez, debía tener lugar a las seis de la tarde en el mercado, en el pabellón de la *Poissonnerie*.

Ya Benoît *le Farinier*, habiendo pagado su gasto, se había ido al lugar del examen.

*

El concurso anual para el empleo de mozo de carga del mercado tenía lugar cada año hacia final de septiembre.

La segunda prueba consiste en transportar durante doscientos metros un saco de harina, y eso en el plazo más breve posible. En igualdad de puntos en el examen escrito, la selección se hace por la prueba física, y se elige el candidato que haya cumplido, lo más de prisa y sin desfallecimiento, el recorrido impuesto.

La pista de doscientos metros había sido rigurosamente evacuada; algunos agentes hacían observar la consigna. Con todo cuidado se había quitado del asfalto todo obstáculo; los limpiadores se preocupaban minuciosamente de quitar las pieles de naranja y las hojas de ensalada, que habrían podido hacer resbalar al pasar a un concursante cuando, cargado con el saco, intentara establecer el record de la rapidez.

En la meta, algunos personajes oficiales, un alto empleado del Ayuntamiento, tres mozos de carga del mercado, escogidos entre los más antiguos, constituían el jurado.

A pesar de sus intenciones, Berthe había sido obligada a acompañar a su hermano hasta el mercado y asistir al examen. Geoffroy la *Barrique*, muy ocupado con la prueba que iba a sufrir, la había escuchado distraídamente.

—Luego, cuando termine el examen, iremos a tomar un bocado juntos y entonces hablaremos.

La multitud que asistía al concurso era eminentemente rara, ecléctica, curiosa en lo posible.

Entre otros tipos pintorescos, Berthe había observado a un individuo que hacía reír, encaramado en un velocípedo de tres ruedas.

—¡Eh, eh, Bouzille! —le gritaban, pues el hombre era conocido, popular, y sabían su nombre—, ¿es el triciclo de Matusalén el que has desempolvado ahí?

—¿Piensa usted que está en su salsa? —murmuró alguien con una voz algo gruesa en el oído de Berthe.

Ésta se volvió.

Tenía por interlocutor y por vecino un buen mozo, fuerte, vestido con una blusa azul, al cuello un pañuelo de seda roja; llevaba la gorra de los conductores de bueyes; parecía tener alrededor de los treinta y cinco años, buena talla, robusto..., con una fisonomía inteligente...

Berthe respondió amablemente.

—Tal vez le gustaría saber quién soy; me llamo Julot —había dicho el individuo.

Y Berthe, sin comprometerse de otro modo, no había vacilado por su parte en replicar:

—Yo, señor, soy Bob, o *Bobinette*. Soy la hermana de Geoffroy la *Barrique*.

Un gran murmullo. Benoît *le Farinier* se estaba examinando.

El gigante marchaba con paso cadencioso y rápido, las corvas dobladas, el pecho inclinado hacia delante. En equilibrio sobre los anchos hombros y sobre la nuca, un enorme saco de harina, del que los expertos habían controlado minuciosamente el peso: ciento cincuenta kilos.

Sin un desfallecimiento, sin un aflojamiento, Benoît *le Farinier* recorrió los doscientos metros.

Los aplausos estallaron, vivos, mantenidos, sinceros, pero luego se pararon bruscamente y, al mismo tiempo que renacía el silencio, las miradas se dirigieron hacia la salida.

Era el turno de Geoffroy la *Barrique*.

El coloso era verdaderamente soberbio de ver.

En lugar de marchar como su rival, al cabo de veinte metros tomó el paso gimnástico... La multitud gritó entusiasmada cuando pasó ante el grupo donde se encontraba Berthe.

Julot, que se había convertido en el caballero acompañante de la joven, gritó aún más fuerte que los otros, y el inenarrable Bouzille se agitaba, pataleando, en lo alto de su triciclo y apoyándose sin ningún reparo sobre los hombros de los que se encontraban delante de él.

Cuando, dos horas después de este examen, se proclamaron los resultados de la prueba física, Benoît *le Farinier* y Geoffroy la *Barrique* fueron clasificados primeros *ex aequo*, habiendo empleado el mismo tiempo el uno y el otro en recorrer los doscientos metros; solo, en adelante, el examen escrito podría desempeñar estos candidatos y determinar su clasificación. La cosa tenía mucha importancia: una sola plaza de mozo de carga estaba disponible este año allí.

Berthe-Bobinette discutía con pasión. Un hombre, metido en un viejo abrigo negro, muy ajado, llevando sobre una cabellera llena de fijador una gorra de *jockey*, la miraba minuciosamente, pareciendo aprobar por completo sus manifestaciones al modo de un indiferente que pensara en otra cosa.

—Venga, pues —insistió Julot, tirándola de la manga—. Sabe usted que su hermano la espera.

Y como la joven dudase, Julot le murmuró al oído:

—Ese individuo no me inspira confianza... Tiene una cara rara.

—Es verdad, tiene un aspecto muy feo.

Después, como buena profesional de hospital:

—¿Y ha observado usted su tez? Este hombre debe de estar enfermo. ¡Está completamente verde!

EN «EL CERDO DE SAN ANTÓN»

Geoffroy la *Barrique*, a pesar de la ansiedad que le invadía y habiendo tomado la resolución de esperar el resultado de la prueba, que no sería conocido hasta el día siguiente, había dicho claramente a su hermana:

—Paga de beber y te obedezco.

Después de numerosas paradas alrededor del mercado, se fueron a comer a El Cerdo de San Antón.

Ante El Cerdo de San Antón se hallaba estacionada una atracción original: tres vehículos inverosímiles que no eran otros sino el tren imaginado por Bouzille.

Bouzille, después de las formalidades a las que había tenido que someterse tras su descubrimiento del cadáver del supuesto Charles Rambert, el invierno pasado, había puesto en ejecución su proyecto: venir a París.

Se retrasó solamente ocho días sobre el itinerario previsto, ocho días que había pasado en la prisión de Orleáns, por una fruslería.

Bouzille, con desprecio de la circulación de la gran ciudad, había hecho evolucionar sus aparatos en medio de las avenidas más atestadas. Cuando él vagaba por los alrededores del Odeón, le habían detenido y llevado al puesto más cercano y confiscado su equipaje durante cuarenta y ocho horas; pero como, en suma, no había nada grave que alegar contra el vagabundo, le habían rogado simplemente que dejase libre el sitio.

Entre tanto, cuando con su triciclo remolcaba los dos coches cerca del Champ-de-Mars, desde donde podía contemplar, por fin, la torre Eiffel, objeto de sus sueños, el buen vagabundo se había encontrado con un redactor del *L'Auto*, al cual había contado ingenuamente su historia a cambio de una botella de vino, pagada en la primera taberna que encontraron.

El gran órgano deportivo publicó inmediatamente un sensacional artículo sobre este vagabundo *globe-troter*, y desde el día siguiente Bouzille conoció la celebridad.

Pero Bouzille había encontrado algo mejor.

El tío François Bonbonne, propietario de El Cerdo de San Antón, estimando que este original personaje y su inverosímil aparato constituían una curiosa atracción, le había contratado por dos meses, proporcionándole la comida y alojamiento, más cinco francos por día, con la condición de que Bouzille vendría a estacionarse, cada noche, delante de su establecimiento.

Poco a poco, cansado de estar en el umbral de la puerta, había decidido dejar su tren en la acera y bajar, al cabo de media hora, a la sala llena de humo de la cueva. De este modo devolvía generosamente, bajo la forma de consumiciones que tomaba y naturalmente pagaba, los cinco francos del tío Bonbonne.

En este sótano de El Cerdo de San Antón, la atmósfera se hacía cada vez más espesa y el alboroto aumentaba.

Eran cerca de las diez menos cuarto.

La gente de mundo se había retirado.

François Bonbonne acababa de acompañar, por la estrecha escalera de caracol que llevaba del sótano al piso bajo, a los últimos clientes de lujo. El robusto patrón, que llenaba con su presencia la única salida, volvía a bajar a la sala y con voz ronca, incitando a beber, sugería:

—¿Quién paga una ensaladera de vino caliente?

Berthe, junto a su hermano, había juzgado el momento oportuno para poner a Geoffroy al corriente de sus proyectos.

—No hay que hacer nada —explicaba—; pero yo necesito un hombre fuerte, de unas espaldas como tú...

—¿Hay que hacer rodar barriles?

Berthe movió la cabeza, cuando, maquinalmente, su mirada se detuvo en un joven pálido, con la barba naciente, que acababa de elegir un sitio enfrente de ella y pedir tímidamente una ración de *choucroute*.

Berthe concretó:

—Son los barrotes de las ventanas los que hay que hacer saltar. La piedra está gastada, los barrotes enmohecidos. Alguien que sea robusto, tirando hacia atrás, los arrancará...

—¿Y eso es todo? —interrogó Geoffroy la *Barrique*.

—Eso es todo —concluyó la joven.

—Eso bien vale dos tragos, ¿no es verdad?

Geoffroy se detuvo de repente, observando a un vecino que parecía escuchar atentamente la conversación que el coloso tenía con su hermana.

Berthe miró, a su vez, quién podía interesarse por sus asuntos. Sonrió y explicó a Geoffroy: —No es nada, no te inquietes; yo le conozco.

Y como para justificar su declaración, tendiendo amablemente la mano al individuo que parecía espiarles, le dijo:

—Buenos días, monsieur Julot, ¿cómo está usted desde hace un rato?... Figúrese que no le había visto...

Julot estrechó la mano de *Bobinette* y, sin ocuparse más de ella, continuó la conversación que sostenía con un hombre completamente afeitado.

—Entonces —interrogó en voz baja—, cuéntame, Billy Tom, qué es lo que ha pasado en tu *boîte*.

—¡Pues bien! —concluyó el individuo interpelado—. Ha habido el feo asunto del Royal-Palace, referente al... accidente ocurrido a esas guapas clientes... Tres semanas después del asunto, teniendo en cuenta que abrieron la puerta al tipo que urdió el golpe, agarraron a Muller...

—¿Muller? —reflexionó Julot—. ¿Quién es ese?

—Es el vigilante del segundo.

—¡Ah, el vigilante!... ¿Y quién le ha calentado?...

—Un tipo de la Policía..., un aislado. Creo que se llama Juve...

—¡Caramba! —murmuró Julot, como hablando consigo mismo—. Debí sospecharlo.

Un rumor se produjo a la entrada de la cueva.

Por la escalera de caracol bajaban dos clientes evidentemente populares.

Era la gran Ernestine, una trotacalles muy conocida que operaba en la Sébaste. Benoît *le Farinier*, que hablaba muy fuerte y vacilaba aún más, la acompañaba.

Benoît, yendo de una mesa a otra, apoyándose por azar en los hombros y en las cabezas, llegó a un sitio vacío y se desplomó en la banquetta, apartando a medias al joven pálido de barba naciente, cuya llegada había notado Berthe algún tiempo antes.

El joven, asustado por la fortaleza de su vecino, no le recriminó; al contrario, se calló. Ernestine le brindó su protección.

—No te sulfures, pequeño —declaró—. *Le Farinier* no te va a aplastar, y, por otra parte, si intenta hacerte algo, aquí está Ernestine para defenderte...

Dirigiéndose a la esquina y cogiendo con las dos manos la cabeza del joven, al que besó familiarmente, la gran Ernestine gritó:

—¡Me gusta a mí este chicuelo! ¿Cómo te llamas? —prosiguió la prostituta.

Imperceptiblemente, el joven murmuró, enrojeciendo hasta las orejas:

—¡Paul!...

Mientras, François Bonbonne, patrón del establecimiento, había traído ante Benoît *le Farinier* la famosa ensaladera de vino caliente de la que había hablado antes.

Detrás de Bonbonne, Bouzille, el vagabundo, abandonando su tren en la acera, había bajado a la cueva con la decidida idea de beber y comer hasta donde llegasen los cinco francos, por lo menos.

Benoît, al ver a Geoffroy la *Barrique*, le ofreció en seguida de trincar. Pero Geoffroy, muy borracho, hizo a Benoît la afrenta de rehusar.

Bouzille había lanzado un:

—¡Vaya! Pero si eres tú...

Tan sorprendido, tan contento, que la mayor parte de los convidados se volvieron hacia su lado, mirando al que interpelaba.

Julot y Berthe miraron juntos al individuo al que Bouzille acababa de hablar.

—¡Pero si es el hombre verdoso de hace un momento! —dijo la enfermera a su vecino.

—¡Es él..., en efecto! —exclamó Julot.

Bouzille continuó:

—Yo te conozco. ¿Dónde nos hemos visto antes?

Silencio en el hombre de color verdoso. Y Bouzille, de repente, gritó, sin importarle que le oyeran los concurrentes:

—¡Ya lo sé! Tú eres el vagabundo detenido conmigo, allá abajo, en el Lot, el día del asesinato... ¿Te acuerdas?

Y Bouzille, tirando de la manga al hombre de color verdoso, concluyó:

—Ya sabes: el del asesinato de la marquesa de Langrune.

Impacientado, el individuo gruñó:

—¿Y qué? ¡La rebaba!

Desde hacía algunos instantes, Geoffroy la *Barrique* y Benoît le *Farinier* se vigilaban. La borrachera aumentaba, y los dos hombres iban a llegar a las manos.

Berthe, bastante emocionada, inquieta por su hermano y temiendo mucho el mal cariz que iba tomando el asunto, insistía con todas sus fuerzas, intentando convencer a Geoffroy.

—Vámonos —decía.

Pero Geoffroy, arrinconado en el ángulo de la habitación, removiéndose en la banqueta, respondía que no con la cabeza.

Al fin, desembarazado del vagabundo Bouzille y de su insoportable charlatanería, el hombre de rostro verdoso reanudó la conversación momentáneamente interrumpida con un tocador de guitarra que se le había juntado.

—Lo que me asombra —observaba este último— es que él no tiene nada de acento.

El hombre de color verdoso movió la cabeza y dijo muy bajo:

—¡Oh! ¡Hablar francés como un francés no debe estorbar a un buen mozo como Gurn!...

El hombre de rostro verdoso se calló de repente. Se estremeció. Le pareció que la gran Ernestine, yendo y viniendo entre los comensales, acababa de escuchar, por encontrarse delante de él, lo que había dicho.

Pero en otra parte, un diálogo prometedor atrajo su atención:

—Tal vez el señor querrá demostrar su fuerza; estoy presto a probarlo.

Geoffroy la *Barrique* había lanzado el desafío...

El silencio se hizo en la sala. En adelante, le correspondía a su vez a Benoît le *Farinier* contestarle.

En este momento preciso, Benoît bebía en la misma ensaladera. Acabó, limpiándose la boca con el revés de la manga.

—¿Tal vez el señor querría repetirlo?

Furtivamente, la gran Ernestine se deslizó junto a Julot. Un diálogo rápido se cruzó entre los dos.

—¿Entonces —interrogó el hombre— continúa?

Haciendo como que se interesaba enormemente en la discusión de Geoffroy con le *Farinier*, Ernestine, sin mirar a Julot, le respondió:

—El hombre pálido, el que tiene la tez verdosa —decía a su compinche el hombre de la guitarra—. ¡Es seguramente él! Por la quemadura que tiene en la palma de la mano...

Julot reprimió un juramento e, instintivamente, cerró el puño.

La gran Ernestine le dejó finalmente. Interpelaba con voz rasgada al jovencito barbilampiño:

—¡Vaya, vaya! ¡Popaul, estás adormilado!... ¿Tendré que sentarme en tus rodillas?...

Julot, con el rostro sombrío, la mirada adusta, atrajo hacia sí a la gorda Marie, la criada, cuando pasaba.

—¡Hola! Marie —dijo en voz baja. Después, señalando a la ventana que estaba detrás de él—: ¿Adónde da eso?

La criada reflexionó un momento.

—Da a la bodega... La sala está en el sótano.

—Y en la bodega, ¿por dónde se sale?

—¡Ah! —dijo la criada, reflexionando—. No tiene salida. Es preciso pasar siempre por aquí.

*

Un asiento lanzado por Geoffroy la *Barrique*, con intención de alcanzar a Benoît le *Farinier*, pero que fue a aplastarse contra la pared de enfrente, en la dirección opuesta, determinó de repente el tumulto.

Se produjo el desorden. Las mujeres gritaban, los hombres juraban. Los dos forzudos, en el barullo, se encontraron uno frente al otro.

Geoffroy la *Barrique* había cogido una silla, Benoît se esforzaba en arrancar el mármol de una mesa para hacerse una maza. La refriega se hizo general, los asientos rodaban por el suelo, los cubiertos volaban hacia el techo.

De repente, resonó un tiro; pero tan pronto como fue disparado, el hombre de tez verde y el tocador de guitarra identificaron a su autor.

Desde hacía un instante, en efecto, estos dos misteriosos personajes no perdían de vista a Julot.

Julot era seguramente un tirador extraordinario. Habiéndose dado cuenta que la iluminación de la pieza era debida a una sola y única bombilla, y que la corriente llegaba por dos hilos yuxtapuestos, que iban desde la pared a la cornisa, Julot, apuntando a esos hilos, los había seccionado limpiamente.

Al instante quedó todo a oscuras.

De repente, en el barullo, un grito de dolor estalló, una voz como un estertor:

—¡A mí, jefe!

Y al mismo tiempo, *Bobinette*, perdida entre la multitud, oyó murmurar en su oído un imperceptible:

—¡Pardiez!

Después, dos manos se posaron en su cintura, palparon sus espaldas, su pecho, la identificaron; Berthe era la única mujer que llevaba sombrero. La joven enfermera,

medio desfallecida, alocada, sintió que la levantaban y la colocaban en una banqueta. Alguien, cuyo aliento avinado sentía cerca de sus narices, le sopló:

—No dejarás escapar el veinticinco, la Rambert, la loca.

Berthe, absolutamente aturdida, a pesar del terror de que era presa, interrogó:

—¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Quién?...

La voz se hizo oír de nuevo más baja, y Berthe creyó distinguir estas palabras:

—*¡Fantomas te lo prohíbe!*

Tratando de desasirse del abrazo misterioso que la sujetaba, Berthe oyó aún esta amenaza:

—*¡Y si no obedeces, es la muerte!*

Medio desvanecida de terror, la enfermera se dejó caer en la banqueta, mientras el alboroto aumentaba en la pocilga. Tres hombres luchaban; el desconocido, que los clientes del establecimiento habían identificado en el curso de la velada con el apodo del hombre verde, estaba cogido entre dos individuos. Sin embargo, insensible a los golpes que recibía, el hombre verde estaba dotado de una fuerza poco común, acababa de apoderarse de un brazo; deslizando los dedos a lo largo de la manga, sin dejar el brazo, bajó poco a poco hasta la muñeca, abrió un puño que estaba cerrado, deslizó los dedos por la palma y no pudo impedir lanzar un «¡Ah! ¡Nombre de Dios!» de triunfo, mientras que al sentir este contacto, el ser al cual pertenecía esta mano dejó escapar un grito de dolor.

El hombre verde acababa de tocar, de identificar, una herida todavía fresca en el hueco de la palma de esta mano.

Pero su pierna, en este momento, comprimida entre dos rodillas vigorosas y sorprendida en una falsa posición, amenazaba rompersele; una ligera presión más, y ocurría esto... El hombre verde tuvo que dejar la mano que tenía agarrada. Él cayó a tierra. Su adversario cayó sobre él. Se sintió perdido. Pero el adversario, en este momento, dejó la presa a su vez. Un tercer misterioso, que intervino en la lucha, separó a los hombres, pareciendo cebarse sobre aquel que el hombre verde había querido aprehender...

El compañero del tocador de guitarra identificó, con un ademán rápido, al individuo que acababa de salvarle de un ataque tan duro; tuvo cierta sorpresa en reconocer, al rozarle el rostro, al joven barbilampiño; desde entonces, el hombre verde agarró a éste por la nuca y ya no le soltó.

*

Un violento empujón había llevado a los combatientes hacia la escalera. Los gritos resonaban más agudos, más dolorosos. Se pateaban los cuerpos, los gruesos zapatos con clavos aplastaban los miembros.

François Bonbonne no había intentado intervenir un solo momento. Demasiado al corriente de las costumbres, y sabiendo cómo había que proceder cuando se

producían riñas de este género, había ido hasta la esquina de la calle. Por otra parte, los agentes del puesto próximo, avisados por un guarda de vigilancia, acudían numerosos.

François Bonbonne condujo a los primeros llegados detrás del mostrador de la tienda y les señaló el tubo de incendios. Los agentes estaban acostumbrados: desenrollaron rápidamente las largas mangas de tela, las introdujeron en la caja estrecha de la escalera de caracol y, abriendo el grifo, regaron el interior de la cueva.

La ducha inesperada paró de golpe a los luchadores, separó los campeones. La aspersion duró cinco minutos, y cuando la Policía juzgó que los clientes de El Cerdo de San Antón estaban suficientemente calmados, el cabo, habiéndose provisto de una linterna, ordenó con voz firme al público que saliera «uno por uno».

Abatidos, los clientes obedecieron, resignados, sabiendo que toda resistencia era inútil e imposible. A medida que emergían lentamente de la escalera de caracol, sumisos, dóciles, los agentes los aprehendían, les ponían las esposas y los ataban de dos en dos. Después, un guardia se destacaba y conducía la presa a la Comisaría.

El cabo, una vez que hubieron salido todos los clientes, bajó a la cueva para asegurarse que nadie se había escondido. En el suelo yacía un desgraciado añado en sangre... Era el tocador de guitarra herido de una cuchillada en pleno pecho.

*

Habían conducido al puesto a la pareja compuesta por el hombre verde y el joven barbilampiño, a quien su compañero no había dejado desde que lo había identificado en la batalla del sótano. El secretario del comisario, que tomaba los nombres de los individuos detenidos, reprimió un movimiento de sorpresa cuando el hombre verde le enseñó una tarjeta de identidad. El hombre murmuró algunas palabras al oído del secretario y éste declaró al agente:

—Deje en libertad al señor inmediatamente... En cuanto al otro...

Pero el hombre verde interrumpió:

—En cuanto al otro, yo le ruego que le deje igualmente, tengo que llevarlo conmigo.

El secretario se inclinó; bajo sus órdenes, los dos individuos fueron desprovistos de las esposas.

El joven, estupefacto, miraba al personaje que acababa de ser hacía un instante su compañero de cadenas y se dispuso a darle las gracias; pero este, apretándole enérgicamente la mano como para prevenir todo intento de fuga, lo sacó de la Comisaría.

En la calle, los dos hombres se tropezaron con el cabo, que volvía llevando con un agente, al desgraciado tocador de guitarra, respirando apenas, y que los gendarmes habían reconocido como un subinspector de la Sûreté. Sin dejar al efebo barbilampiño, el hombre verde se inclinó hacia el cabo, tuvo durante algunos

segundos una conversación animada con él, y como el cabo, tomando una actitud respetuosa, respondiera:

—Sí, eso es todo, señor inspector, no tengo a ningún otro.

El misterioso personaje dio una patada y juró:

—¡Nombre de Dios! Gurn se ha escapado.

*

En la dirección de la calle de Montmartre, aquel que hasta entonces había sido designado con el apodo de «el hombre verde» arrastraba a grandes pasos a su compañero, que temblaba con todos sus miembros, no comprendiendo nada, sin duda, de lo que le ocurría y temiendo mucho lo que pudiera venir.

De repente, cuando acababan de llegar a la acera, al pie del muro de la iglesia de Saint-Eustache, bajo el resplandor grotesco de un farol, el hombre verde detuvo su marcha.

Se plantó enfrente de su prisionero y, mirándole fijamente a los ojos, declaró:

—Yo soy Juve, Juve, el policía...

Y como el joven le mirase, cortado, Juve, continuó, acentuando cada una de sus palabras:

—¡Y tú, mademoiselle Jeanne..., tú eres Charles Rambert!

UN PRISIONERO Y UN TESTIGO

Juve había hablado con un tono que no admitía réplica.

En el día que empezaba a despuntar y que azuleaba la noche, la luz parpadeante del farol dibujaba una aureola amarilla sucia. El joven había tratado de huir visiblemente de este destello de luz; dio algunos pasos... Pero Juve le retuvo por el brazo.

—¡Vamos, responde! ¿Tú eres Charles Rambert, tú eras mademoiselle Jeanne?

—¡No comprendo! —afirmó Paul.

—¡En verdad! —desdeñó Juve.

Un coche nocturno pasó cerca; él le llamó.

—¡Sube! —ordenó abriendo la puerta y haciendo pasar al joven.

Juve, inclinándose hacia el cochero, le dio una dirección; luego, a su vez, entró en el coche.

Permaneció algunos minutos sin hablar; después, volviéndose hacia su compañero, le preguntó:

—¿Crees que es hábil negar? ¿Crees que no salta a la vista que eres Charles Rambert y que te habías disfrazado de mademoiselle Jeanne?

—¡Pero usted está equivocado! —dijo Paul—. ¡Charles Rambert está muerto!...

—¡Vaya! ¿Sabes eso? ¿Reconoces, entonces, que no ignoras de lo que hablo?

Un vivo enrojecimiento tiñó el rostro del joven Paul, que se puso a temblar.

Juve, mirando por la portezuela, haciendo como que no miraba a su compañero, sonreía levemente...

—¿Qué dices? —rió...

Y continuó, con un tono divertido:

—Es estúpido negar lo que no puede negarse... Por otra parte, deberías pensar que si yo sé que tú eres Charles Rambert, sé también otras cosas...

—¡Pues bien, sí! —confesó el joven Paul—. Yo soy Charles Rambert y he estado disfrazado de Jeanne... ¿Cómo lo ha sabido?... ¿Por qué estaba usted en El Cerdo de San Antonio? ¿Venía a detenerme?

—¡Puede ser!

—¡Oh!, monsieur Juve, ¿adónde me lleva usted ahora? ¿A la cárcel? ¿A la Comisaría?

Juve alzó los hombros.

—Eres demasiado curioso, muchacho... Por otra parte, debes conocer París y, por consiguiente, adivinar poco más o menos, por el camino que sigue este coche, la dirección que he dado al cochero...

—Sí —respondió Charles Rambert—. Eso es lo que me da miedo... Estamos en

los muelles...

—Y cerca de la Prefectura, muchacho... Ahora es inútil dar escándalo. Déjate conducir...

El coche, algunos minutos después, daba la vuelta por el muelle de l'Horloge y se paraba en esa Tour Pointue, que tiene entre los malhechores una reputación tan espantosa, puesto que señala a la vez la entrada de los servicios de la conserjería y de los subterráneos que conducen a la prisión central.

Juve bajó del coche e hizo bajar a su compañero; después, habiendo liquidado con el cochero, subió por la escalera que lleva al primer piso del edificio.

El policía enfiló un largo corredor, dio la vuelta por otro, abrió una puerta y, apartándose, ordenó con tono imperioso:

—¡Entra!

Charles Rambert, obedeciendo a la invitación, penetró en una pequeña pieza, cuyo amueblamiento le permitió identificar la naturaleza y el nombre. Se encontraba en el cuarto de medidas del doctor Bertillon.

El policía, mientras, llamó en voz alta:

—¡Héctor! ¡Haga el favor!...

Un hombre, un empleado del servicio antropométrico, acudió, poniéndose a las órdenes de Juve.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—¡Yo!

—¡Ah, monsieur Juve! ¿Trae usted liebre?... ¿Ya?... ¿Tan temprano?... ¿Cree que este bribón es un reincidente?...

—No —respondió Juve con tono bastante seco que no admitía más preguntas indiscretas.

Y continuó:

—No le pido, Héctor, que busque la ficha de mi compañero, sino que tome, y de la manera más minuciosa, las medidas necesarias referentes a este último...

El hombre se asombró vagamente de la petición del policía, pues no era corriente ejecutar tales trabajos en una hora tan temprana.

Disgustado por haberle perturbado el dulce reposo a que se hallaba entregado, llamó a Charles Rambert y le ordenó secamente:

—¡Vamos! En primer lugar a la toesa...

Y como el joven se adelantase, él le interpeló:

—No te hagas el tonto, ¿eh?... No necesitas fingir que ignoras lo que tienes que hacer...; descálzate...

Charles Rambert lo hizo y pasó a la talla; después, a una invitación del empleado, se dejó untar sucesivamente los dedos de tinta espesa para la impresión de la mano; se fotografió de frente y de perfil; luego, en último lugar, le midieron el espesor de la cabeza, de una a otra oreja, por medio de un compás de forma especial.

—¡De verdad, monsieur Juve, no es muy locuaz su detenido!... ¿Qué es lo que ha

hecho?

Juve alzó los hombros, sin responder.

Mientras Charles Rambert, cada vez más asustado, comprendía que estaba irremisiblemente cogido, Juve, dejando la butaca donde había reposado, fue hacia él y, poniéndole la mano en el hombro, le ordenó con cierta dulzura:

—Ven. Hay todavía otras comprobaciones que quiero hacerte...

Dejaron los dos la clara habitación del servicio antropométrico y siguieron por un corredor sombrío. Después, Juve, sacando una llave de su bolsillo, abrió una puerta y, haciendo pasar a Charles Rambert, anunció:

—Entra; éste es el gabinete de investigaciones dinamométricas...

Un extraño, un profano, habría casi supuesto, recorriendo la pieza donde Juve acababa de conducir a su prisionero, que era, sencillamente, un taller de carpintero.

Planchas de madera de diferentes formas, de espesor variable, de calidades diversas, estaban colgadas a lo largo de la pared o tiradas en el suelo; en las vitrinas, placas de metal de una longitud de cinco a seis centímetros, más o menos gruesas se amontonaban en pilas.

Juve, después de cerrar cuidadosamente la puerta, advirtió al joven Charles Rambert:

—¡Pardiez! Me preguntarás por qué te he traído aquí.

Sin dejar de hablar, Juve se quitó el sombrero; después, divisando una especie de mesita bastante alta, le quitó la funda gris.

El mueble estaba constituido por una especie de armazón metálico, con el punto de mira sobre un robusto trípode y formado por un platillo inferior, móvil de adelante atrás, mientras que las dos partes laterales en forma de arbotante y un travesaño de acero fuertemente clavado formaban la parte superior. Esta armazón soportaba dos dinamómetros a los que ordenaba un ingenioso mecanismo.

Juve, mirando a Charles Rambert, dijo:

—Esto es el dinamómetro de fractura del doctor Bertillon, jefe del servicio de antropometría en el que nos encontramos. Voy a servirme de él para comprobar en seguida si eres o no digno de un poco de interés...

Juve deslizó en una muestra especialmente preparada una delgada tablita de madera que había sido cuidadosamente escogida de un montón de materiales dispuestos a lo largo de la pared. Sacó del cofre una herramienta que Charles Rambert, mezclado desde hacía algún tiempo con la gente del hampa, reconoció como una ganzúa.

—¡Coge eso! —dijo Juve.

Y el policía añadió:

—Introduce esta ganzúa en esta ranura y apoya con toda tu fuerza... Si consigues que la aguja varíe hasta un punto que yo conozco y que es difícil de alcanzar, lo confieso, pero no imposible, podrás felicitarte de tu suerte.

Estimulado por el ánimo que le daba el policía, Charles Rambert se apoyó con

todas sus fuerzas sobre la palanca... temeroso de no ser bastante vigoroso.

Juve detuvo pronto su esfuerzo:

—¡Está bien! —dijo...

Y, reemplazando la tablita de madera que había colocado en el aparato por una chapa de hierro, tendió otra herramienta al joven.

—¡Vuelve a empezar! —le ordenó.

Algunos segundos después, Juve, con la lupa, examinó el trozo de madera y el trozo de hierro... Hizo con la lengua un pequeño chasquido de satisfacción.

—Charles Rambert —dijo—, creo que vamos a hacer una buena obra esta mañana... El nuevo aparato del doctor Bertillon es una invención útil...

El inspector de la Sûreté iba, sin duda, a continuar dirigiéndose a sí mismo un monólogo elogioso, cuando un muchacho hizo su aparición en el cuarto.

—¡Ah! ¿Está usted aquí, monsieur Juve?... Le estoy buscando por todas partes. Hay alguien que quiere verle y que afirma que usted le recibirá... Además, pretende que usted le ha citado...

Juve cogió la cartulina que le tendía el chico de la oficina. Con una ojeada se dio cuenta de quién era.

—Está bien —dijo—. Haz entrar a ese señor en el salón y dile que en seguida voy...

El muchacho salió. Juve miró a Charles sonriendo.

—Estás muy cansado —le dijo—. Por tanto, ante toda otra cosa, pues es cuestión de humanidad, es preciso que descanses... ¡Vamos, sígueme! Te voy a llevar a un despacho en donde podrás tumbarte en un diván y dormir una hora por lo menos.

Llevó a Charles Rambert a una salita de espera, y como el joven, cediendo a sus instancias, se tendiera en el diván, Juve, al ver que no decía ni una palabra y que estaba muy pálido, muy ansioso, dijo, suavizando más todavía la voz:

—¡Duerme!... Es lo propio de tu edad... Duerme tranquilo.

Juve abandonó la habitación después de haber requerido a un muchacho y haberle ordenado a media voz:

—Quédese con el señor, ¿comprende? Es un amigo... Pero un amigo, ¿me entiende?, que no debe salir de aquí... Voy a recibir a una visita; luego subiré en seguida...

Dada la orden, Juve se apresuró a bajar al salón, donde, como acababan de decirle, le estaban esperando impacientemente.

El visitante se levantó al oír abrir la puerta y Juve se inclinó ceremoniosamente.

—¿Hablo a monsieur Gervais Aventin? —preguntó.

—A él mismo —respondió el personaje—. ¿Y es monsieur Juve quien se encuentra ante mí?

—Sí, señor —respondió el policía, que, señalando un asiento a su interlocutor, se sentó a su vez en un sillón, detrás de una mesita sobrecargada de expedientes—. Señor —añadió Juve—, me he permitido escribirle una carta urgente, que usted debe

haber recibido, cuando, después de unos informes que mandé hacer sobre usted, pude convencerme que es usted persona de conciencia y que no me podrá desairar, ya que se trata de colaborar en una obra de justicia y de verdad...

El visitante parecía vivamente sorprendido.

—¿Ha pedido usted informes míos, señor?... ¿Y por qué? ¿De dónde me conoce usted?

Juve sonrió.

—¿Es verdad —dijo, sin responder con precisión, pues le gustaba bastante, como buen policía que era, apasionado por su carrera, intrigar a sus interlocutores—, es verdad que usted se llama Gervais Aventin? ¿Que es usted ingeniero de Obras Públicas? ¿A punto de casarse? ¿Poseedor de una bonita fortuna? ¿Y que, en fin, ha hecho últimamente un corto viaje a Limoges?...

El joven se inclinó sonriendo.

—Sus informes son exactos en todos sus puntos —respondió—, pero no veo hasta el presente qué delito se me puede haber imputado para dar motivo a sus indagaciones.

Juve sonrió otra vez.

—Me he preguntado, señor, por qué no había respondido a los anuncios que han aparecido en los periódicos y en los cuales se hacía discretamente saber que la Policía buscaba a todos los viajeros que habían tomado el tren ómnibus de París-Luchon el veintitrés de diciembre por la noche, en primera clase.

Esta vez, el joven se turbó.

—¿Está usted a sueldo de mi futuro suegro?

Juve soltó una carcajada.

—Confiese que usted tomó el tren que le indico, en Vierzon, donde va a casarse, para ir a Limoges a ver a una amiguita...

—Ignoraba que la Policía oficial se encargaba de espiar.

—¡Basta de bromas! —dijo Juve—. ¡Me importan poco sus andanzas mujeriegas, señor!... Son informes, informes muy diferentes, los que yo deseo de usted...

Gervais Aventin pareció asustado esta vez.

—No comprendo nada de todo esto —dijo—. ¿Qué quiere usted saber?

—Esto, buenamente: ¿en qué condiciones hizo el viaje? ¿En qué vagón subió usted? ¿A quién vio en ese vagón?

—¿Por qué me pregunta todo eso?

—Señor —respondió Juve—, porque tengo motivos para creer que viajó usted esa noche con un asesino que ha cometido un crimen horrible...

El joven se echó a reír.

—Prefiero eso —confesó— a una investigación sobre mis amores acabados. Subí al tren, señor, en Vierzon, acomodándome en un vagón de primera clase...

—¿Cómo era ese vagón?

—Con pasillo..., de modelo antiguo...

—Sí —prosiguió Juve—, conozco la disposición de esos vagones; el tocador está en el centro, ¿no es verdad?, y los departamentos que se encuentran en los extremos son, en suma, departamentos parecidos a los de los coches ordinarios, sin pasillo, pero de siete plazas, y, además, en uno de los lados del vehículo hay una puertecita que comunica con el pasaje económico.

—Eso mismo, señor. Tendrá todos los detalles cuando le diga que el departamento del final, en el que yo monté en Vierzon, era un departamento de fumadores.

—No —respondió Juve—, va usted muy de prisa. Dígame qué vio en los diferentes departamentos. Tomemos las cosas de más lejos... Usted está en el andén de la estación..., esperando el tren... Éste llega... ¿Qué pasa?...

Gervais Aventin sonrió.

—¿Quiere usted que sea exacto? —observó—. Pues bien: una vez que se hubo parado el tren, busqué el vagón de primera clase. Subí al pasillo y, una vez dentro, quise elegir un departamento. Me acuerdo muy bien que, en primer lugar, fui hacia el departamento situado en la parte de atrás del tren, es decir, el departamento del final. Me fue imposible entrar en él, la puertecita que da al pasillo, y de la que hemos hablado hace un momento, había sido cerrada desde el interior.

—Muy bien —dijo Juve—. Ese departamento estaba vacío, lo sé.

—Al no poder entrar en ese departamento, volví sobre mis pasos y decidí instalarme en el segundo departamento empezando por el pasillo. Pero, en verdad, estaba de mala suerte: un cristal estaba roto y reinaba en este departamento un frío glacial... Me limité al último departamento que me quedaba por visitar, es decir, el departamento que se encontraba al final del vagón, pero, esta vez, del lado de la cabeza del tren..., el departamento de fumadores...

—¿Eran ustedes muchos?

—Creí al principio que iba a tener un compañero de viaje. El equipaje estaba dispuesto sobre una banqueta y una manta. Pero este viajero estaba, probablemente, en el tocador, pues yo no lo vi. Me extendí sobre la otra banqueta y me dormí. Cuando bajé en Limoges, mi compañero debía de hallarse de nuevo en el lavabo, pues me acuerdo muy bien que no estaba enfrente de mí.

—Pero, dígame, señor, cuando se despertó, ¿tuvo la impresión de que las maletas depositadas en la banqueta, enfrente de usted, habían sido cambiadas de sitio?

Gervais Aventin hizo un gesto dudoso.

—¡No sabría responder afirmativamente, monsieur Juve! No oí nada y no dormía profundamente...

—De manera —precisó Juve— que usted viajó en un vagón de primera clase del tren ómnibus de París-Luchon, en la noche del veintitrés de diciembre, y en ese vagón estaba el equipaje de un viajero que usted no vio... ¡y que podía no estar allí!

—Sí. Mis informes son vagos. ¿No le bastan?

—Sus informes son de los más preciosos. Me enseñan todo lo que quería saber...

—¡Pues bien! —dijo—. Explíqueme, pues, a cambio, monsieur Juve, algo que me intrigue. ¿Cómo supo usted que yo viajaba en ese tren?

El policía sacó su cartera, cogió de un bolsillito interior un billete de primera clase, que tendió al ingeniero, y dijo:

—Es muy sencillo: he aquí su *ticket*... Yo mandé a buscar en todas las estaciones los billetes de primera clase que fueron entregados por los viajeros al bajar del tren.

JÉRÔME FANDOR

Juve, silbando una marcha militar, signo en él de una alegría profunda, abrió la puerta del saloncillo donde había encerrado a Charles Rambert y contempló al joven dormido.

—Es hermosa la juventud —dijo al guardián, que se levantó a su entrada—. Este muchacho arriesga el ir a presidio y, después de una noche de fatiga, duerme tan tranquilo como el gran canciller de la Legión de Honor.

Sacudió a Charles Rambert bastante familiarmente.

¡Arriba, perezoso! Son las diez de la mañana. Es hora de que te lleve.

—¿Adónde? —preguntó el desgraciado joven.

—Decididamente —dijo Juve— la curiosidad es tu pecado... ¡Pues bien! No te llevo a la cárcel, sino a mi casa...

*

Juve encendió un buen cigarro, se cuadró en su asiento, cruzó las manos detrás de la nuca y mirando fijamente a Charles Rambert, articuló:

—Voy a decirte, pues, una cosa buena, que eres inocente en el caso Langrune y en el caso Danidoff, donde tú eras mademoiselle Jeanne...

Charles Rambert se conmovió.

—¿Por qué me dice usted eso? Sé que no he robado a la princesa Sonia Danidoff. Pero ¿cómo me reconoció esa noche? ¿Cómo supo que era yo mademoiselle Jeanne?

Juve sonrió y, recogiendo el mechón de cabellos que le ocultaba un lado de la frente, respondió:

—¡Escucha, pequeño! ¿Acaso te imaginas que el puñetazo que diste a ese excelente Henri Verbier cuando quería hacerte la corte, mademoiselle Jeanne, en el Royal-Palace, no me llevaría a descubrir que la tal mademoiselle Jeanne era vigorosa como un hombre?

—Pero —replicó Charles Rambert, muy inquieto por esta alusión— eso no es motivo para que usted me reconociera esta noche como Paul.

Juve movió la cabeza.

—Has de saber, de una vez para siempre, que cuando yo, Juve, he mirado a alguno a la cara, es preciso que sea muy hábil para que se me pueda escapar gracias a un disfraz.

Charles Rambert se calló algunos minutos. Después:

—¿Por qué cree que no he robado a la princesa Sonia Danidoff? ¡Me doy perfecta

cuenta que todo me acusa!

—No; todo, no —respondió suavemente Juve—. Hay cosas que tú no sabes..., especialmente esta: que la princesa Sonia Danidoff fue robada, ¿no es así?, por la misma persona que robó a madame Van den Rosen... Ahora bien: a madame Van den Rosen la robaron por medio de fractura; hay en su habitación muebles que aparecieron destrozados. Sé, desde esta mañana, después de las experiencias que te he hecho hacer con el dinamómetro en la Prefectura, que tú no eres bastante vigoroso para romperlos.

—¿No soy bastante vigoroso? —protestó Charles Rambert.

—Sí, no bastante... La experiencia del dinamómetro, las cifras que he obtenido luego, prueban que eres inocente del robo Van den Rosen y, por consiguiente, del robo a Sonia Danidoff.

Rambert reflexionó. Después preguntó:

—Pero, cuando usted fue al Palace, no sabía que yo estaba, y, por consiguiente, que yo era Charles Rambert, ¿no es verdad? ¿Cómo llegó usted a saberlo?

Juve respondió, sonriendo:

—¡Es la infancia del arte!... Al desgraciado que fue enterrado con tu nombre y puesto en tu lugar le han medido, según órdenes dadas por mí. Tengo las medidas exactas de su cadáver. Por otra parte, me las he arreglado para que te fotografiaran simétricamente, como lo han hecho en la Prefectura, en tu papel de mademoiselle Jeanne... He reflexionado sobre todo y he pensado si no podría encontrar a esta mademoiselle Jeanne. La he encontrado rápidamente entre la gente del hampa, convertida en hombre, como no dudaba. Me he dedicado a hacer miles de investigaciones y, ayer noche, al llegar a El Cerdo de San Antón, sabía, por una parte, que el que había sido enterrado en tu lugar era un individuo desaparecido y no identificado, y que, en fin, Paul era Jeanne, y Jeanne, Charles Rambert.

El joven precisó de nuevo:

—Lo que me dice usted del dinamómetro de fractura me hace comprender por qué sabe usted que yo no soy culpable de los robos del Royal-Palace; pero ¿qué me hace inocente a sus ojos en el caso Langrune?

—¡Caramba! —respondió Juve—. Protestas como si hubieras dado ese golpe... ¡Pues bien! Es lo mismo exactamente que lo del asunto del Royal-Palace.

El asesino de la marquesa de Langrune fracturó los muebles. El dinamómetro de monsieur Bertillon establece claramente que tú no eres bastante fuerte para causar tales daños...

El joven Charles Rambert vaciló algunos minutos. Después, a la manera del que se confiesa de una horrible inquietud, preguntó:

—Escuche, ¿y si yo hubiese obrado bajo los efectos de la locura?

Juve movió la cabeza.

—Haces alusión a tu madre y estás obsesionado por la idea de que, por razón de herencia, podrías muy bien ser sonámbulo y, por eso, culpable sin saberlo, ¿no es así?

... ¡Vamos! Charles Rambert, bebe tu taza de leche y no te detengas a pensar en esas suposiciones... En primer lugar, nada prueba, hasta el presente, que estés loco; nada prueba, asimismo, que tu pobre madre...

—Pero, entonces, monsieur Juve...

—Llámame Juve...

—Puesto que usted sabe que soy inocente, puede ir a decírselo a papá.

Juve miró al joven con sonrisa irónica.

—¡No, no! —dijo—. Has de comprender que si yo te creo inocente, soy seguramente el único.

El joven preguntó tímidamente:

—¿Qué debo hacer, entonces?

Juve, después de un instante de reflexión, preguntó:

—¿Qué piensas hacer tú?

—Ir a buscar a mi padre...

—No —protestó aún Juve—. Te ruego que no vayas... Cuando yo haya cogido por el cuello a Fantomas, seré el primero en llevarte a casa de tu padre.

—¿Por qué esperar a la detención de ese Fantomas? —preguntó Charles Rambert.

—Porque —dijo Juve— si tú eres inocente de los asuntos de que te acusan, es infinitamente probable que Fantomas sea el culpable.

—Pero bueno, monsieur Juve, ¿qué me aconseja usted que haga?

El inspector de la Sûreté se levantó y, yendo y viniendo por la habitación, respondió:

—Hay un hecho cierto, y es que tú me inspiras interés. Y hay, además, algo indiscutible, y es que esta noche, en esa pocilga donde yo luchaba con un bandido, creí, durante algunos segundos, que se habían acabado todas mis aventuras, por la sencilla razón de que no vería la luz del día. Sin ti, yo me hubiera quedado allí. Tú intervención me salvó la vida. Estamos, pues, en paz. Pero como eres tú el que has empezado las amabilidades y yo no he hecho otra cosa que devolvértelas, importa, para comenzar una nueva serie, que yo me las componga para no dejarte en la calle. He aquí lo que voy a proponerte: vas a cambiar de nombre y procurar alquilar, en algún sitio, una habitación amueblada. Te vestirás convenientemente; después vendrás a verme y te daré una recomendación para un amigo mío que es secretario de redacción de un gran periódico de la noche. Eres instruido. Sé que eres activo. Te gusta todo lo que se refiere a la Policía. Tengo la impresión de que harás carrera, y rápidamente, como periodista. Tendrás la oportunidad de hacerte una persona honrada, conocida, respetada... ¿Te parece bien?

—Es usted demasiado bueno —dijo Charles Rambert—. El oficio me va perfectamente.

Pero Juve interrumpió las efusiones del joven. Le tendió un paquete de billetes de Banco.

—Toma dinero —dijo— y lárgate. Ya es hora de que durmamos los dos un poco.

Ocúpate de alojarte, de instalarte. Quiero que dentro de quince días seas redactor de *La Capitale*...

Charles Rambert vaciló algunos segundos. Después, volviéndose hacia el policía, preguntó: —¿Bajo qué nombre me va usted a presentar?

—¡Hum! —respondió, riendo, Juve—. Bajo un nombre falso.

El joven propuso:

—Puesto que ése será mi seudónimo, habrá que encontrar sílabas que se retengan.

—Sí, un nombre impresionante como el de ¡Fantomas!

—¿No tiene usted alguna idea?

Juve propuso:

—Elige un nombre que no sea corriente... Es por lo primero que te vas a hacer notar... Por otra parte, te hace falta como apellido algo breve, como un radical de consonancia sorda, una terminación que cante...

Y como Charles Rambert continuara buscando, Juve indicó:

—¿Qué dirías si tomásemos la primera sílaba de Fantomas? Fan... es un buen radical... Escucha: eso me ha hecho encontrar tu nombre completo: te llamarás, si tú quieres, Jérôme Fandor...

Charles Rambert repitió el nombre:

¿Jérôme Fandor? Sí, tiene razón: suena.

Juve le empujó fuera del apartamento.

—¡Pues bien, Jérôme Fandor, déjame dormir! Ve a ataviarte, ve a prepararte para la nueva vida que voy a abrirte...

UNA TAZA DE TÉ

—¿Si puede usted presentarse todavía esta noche?... Allô... ¿Qué hora es? Las diez y media... Allô, reverendo..., ya lo supongo... Usted sabe que lady Beltham se acuesta tarde de ordinario... Allô... ¿Llega usted de Escocia en este momento? Allô, no se retire...

Thérèse Auvernois, dejando el receptor del teléfono, se acercó a lady Beltham, medio tendida en la *chaise-longue*, en el gran *hall* de su hotel particular en Neuilly.

Por recomendación de monsieur Etienne Rambert, desde hacía dos meses ya, la nieta de la marquesa de Langrune había sido admitida, por la gran dama inglesa, en el número de jóvenes que sostenía en su casa, en calidad de secretarias.

Thérèse, sonriendo, se dirigió a lady Beltham:

—Es el reverendo William Hope, que solicita el honor de ser recibido por usted, señora, antes de acostarse. Acaba de llegar de sus tierras del Norte...

—¡Este buen reverendo! —exclamó lady Beltham, cerrando el libro y devolviendo a Thérèse su sonrisa—. Dígale que venga.

Y cuando la joven, presurosa y ligera, volvía al teléfono, lady Beltham, fijándose en una de las dos graciosas inglesas que, con Thérèse Auvernois, desempeñaban junto a ella las funciones de colaboradoras, preguntó:

—¿Por qué se ríe usted, Lisbeth?

La joven interpelada no vaciló en confiar a lady Beltham el secreto de su alegría:

—Pienso que ese santo hombre, ese reverendo, desolado por haber cenado mal en el exprés, habrá olido, al extremo del hilo, el aroma del té y el perfume de las tostadas.

Lady Beltham no pudo por menos de reírse.

—¡Vamos! El reverendo está por encima de las cosas materiales.

La joven insistió:

—Perdóneme, lady Beltham; pero el reverendo ¿no explicaba recientemente a Thérèse que se debe a los alimentos respeto y estima, desde el momento que han sido bendecidos por el cielo, y que un *rosbif* mal cocido constituye una especie de sacrilegio?

—Creo —interrumpió Thérèse— que se trataba de un faisán.

Lady Beltham las regañó:

—Son ustedes unas malas lenguas, celosas de un buen estómago. Yo recurro más bien a Suzannah, que es la que entiende en materia de apetito.

Suzannah, una hermosa morena, estaba abstraída en la lectura de una carta.

—¡Oh!, lady Beltham —dijo, enrojeciendo—, tengo mucho menos apetito desde que el crucero, a bordo del cual se encuentra Harry, está dando la vuelta a Europa.

Lady Beltham se levantó, dio algunos pasos por el cuarto y se acercó a la joven.

—No sé qué relación pueda tener una cosa con otra —observó—. El cariño de un noviazgo alimenta el alma; pero no el cuerpo. En resumen: esto no es un reproche, Suzannah, y es preciso conservar para su futuro marido esas bonitas mejillas sonrosadas y esa buena salud, a fin de ser, en todos los aspectos, una excelente madre de familia...

Lisbeth, siempre traviesa, cortó la palabra a lady Beltham y, acabando el pensamiento de esta última, lo adaptó a su manera: —... Teniendo muchos hijos, siete u ocho niñas, que se casarán todas con jóvenes pastores, hasta que, a su vez...

Las muchachas cesaron en su charlatanería. Un lacayo acababa de abrir la puerta, anunciando:

—El reverendo mister William Hope.

Un anciano afeitado, con cara regocijada, el vientre rechoncho y vestido de negro, penetró en el cuarto.

—Soy, lady Beltham, su más humilde servidor —declaró solemnemente el anciano—, y pongo a sus pies el homenaje de mi profundo respeto.

Lady Beltham tendió, cordialmente, su blanca mano al reverendo, que la rozó con sus labios.

—Estoy encantada de verle de vuelta —aseguró ella—. Acepte una taza de té.

El reverendo, con una ojeada circular, saludó a las jóvenes; después, como para excusarse de aceptar, dijo a lady Beltham:

—He comido particularmente mal en el exprés, y...

Lisbeth le interrumpió:

—¿Y no encuentra usted que el contenido de esta taza tonifica verdaderamente?

El reverendo alargó la mano para coger la taza que le tendía la muchacha.

—Voy a decírselo, miss Lisbeth.

Thérèse y Suzannah, testigos de esta pequeña escena, se volvieron hacia la pared para disimular un principio de risa desacompasada; pero la voz de lady Beltham se había vuelto seria y grave, cambió el curso de sus ideas.

—Señoritas —dijo—, vamos a trabajar con el reverendo, que viene de Escocia. Hagan el favor de coger los expedientes...

—Mientras que las jóvenes iban y venían silenciosas, rápidas, buscando los diversos documentos que podía necesitar la amable huésped, quien, por las circunstancias, se había convertido en «la patrona», lady Beltham interrogó al reverendo: —¿Ha tenido usted buen viaje?

—Bueno, lady Beltham, como de ordinario. Los labradores de Scottwell Hill están llenos de ánimo y buena voluntad; pero el invierno será duro. Se ve ya la nieve en los montes.

—¿Ha distribuido usted los trajes de lana a los niños y a las mujeres? —interrogó lady Beltham.

El reverendo, tendiendo una lista manuscrita, replicó:

—Se han repartido doscientos vestidos.

—Compruébelo —dijo lady Beltham a Suzannah.

Después, dirigiéndose al reverendo:

—El subintendente es un buen hombre, aunque fanático. Puede ser que haya excluido de este reparto a algunas familias abiertamente liberales. Quiero la caridad igual para todos. Tanto como los conservadores, nuestros amigos, nuestros adversarios políticos sufren la miseria.

El reverendo, aprobando, murmuró:

—Es una gran concepción cristiana...

Pero lady Beltham le interrumpió con un gesto:

—Por favor... ¿Y el sanatorio de Glasgow?

—La construcción está casi acabada. He hecho que vuestro abogado reduzca la cuenta del contratista casi en un quince por ciento, lo que representa una economía de trescientas libras...

—Esas trescientas libras las incrementará usted al presupuesto del carbón gratuito de Scottwell Hill. Puesto que el invierno va a ser frío, es preciso que se les caliente bien...

Sin embargo, el reverendo se agitaba en su silla; parecía vacilante, molesto.

Aprovechando un momento en que lady Beltham, ocupada en escribir, no le miraba con sus grandes ojos claros y profundos, el reverendo en voz baja le murmuró:

—¿Le parece que abordemos esta noche... lo que concierne al difunto lord Edward Beltham?

La joven se estremeció. Su rostro traicionó una emoción violenta que, de repente, por un esfuerzo de voluntad, fue reprimida.

Lady Beltham respondió simplemente:

—Le escucho.

A pesar de lo bajo que había hablado el reverendo, las muchachas habían oído pronunciar el nombre del difunto lord y, por delicada discreción, se habían apartado.

El reverendo comenzó:

—Usted no ignora, lady Beltham, que he vuelto estos días a Escocia por primera vez desde la muerte de lord Beltham, su esposo. He encontrado a los habitantes de sus tierras aún muy emocionados.

Lady Beltham interrumpió vivamente:

—Espero que la memoria del difunto lord Beltham no habrá sido manchada con ninguna calumnia.

—No tenga usted ningún temor a ese respecto. Se sabe en Scottwell Hill que el asesino no se ha encontrado, pero que se ha puesto precio a su cabeza, y se hacen votos para que la Policía... ¡Oh!, excúseme por reavivar...

El rostro de lady Beltham se había contraído dolorosamente al oír las últimas palabras del santo hombre.

—Es preciso, querido reverendo —respondió ella.

Éste prosiguió con vivacidad:

—Olvidaba..., el subintendente ha expulsado por propia iniciativa a los dos hermanos Tilly. Ya sabe usted, esos herreros que bebían mucho y pagaban poco.

—Me disgusta —exclamó vivamente lady Beltham— que el subintendente tome semejantes decisiones sin previo aviso. Es por la bondad como se incita a la bondad; es por medio de la piedad como se logra el arrepentimiento. No debemos aquí abajo ser jueces de nuestros actos. ¿Por qué, pues, un subordinado, mi subintendente, se permite lo que yo misma no me permito?

La puerta del *hall* se abrió de nuevo.

Un lacayo anunció:

—El señor intendente Silvertown...

Las jóvenes habían cogido las cartas y los periódicos de la bandeja, y se dedicaban, según costumbre, a abrir unas y otros, leyéndolos en voz alta.

Rápidamente, Thérèse enumeró:

—Petición de socorros, peticiones de vestidos... Ésa viene de tierras de Escocia. Siniestros de Ivry-Port..., de la casa de retiro de Versalles...

Suzannah anunció a su vez:

—Es el novelista Myrial, que pide autorización para presentar a su hermana a lady Beltham en la próxima reunión...

—Volveremos a hablar de ese asunto —murmuró lady Beltham con un gesto de lasitud...

Y cuando el reverendo, acercándose, le pedía permiso para dejarla:

—Se lo ruego..., reverendo —dijo.

Pero Lisbeth acababa de presentar a lady Beltham una carta bastante larga. Antes de leerla, había mirado la firma y había exclamado:

—¡Ah! Noticias de monsieur Etienne Rambert.

Instintivamente, Thérèse, al oír este nombre, interrumpió su trabajo; se acercó a lady Beltham, sin temor de ser indiscreta, esperando que la joven le permitiera saber, al mismo tiempo que ella, las noticias que traía la carta de su protector.

Lady Beltham hizo algo mejor.

—Lea, mi querida niña —propuso—. Usted me contará luego lo que dice nuestro amigo.

Desde hacía ocho días, monsieur Etienne Rambert había dejado París, anunciando que emprendía un grande y largo viaje.

Thérèse leía aún cuando las dos jóvenes inglesas acababan de clasificar el correo, y Lisbeth, impaciente por saber lo que iba a ocurrir y dirigiéndose a lady Beltham, preguntó:

—¿Será la lectura esta tarde?

Pero la joven viuda no respondió. Estaba en plena conversación con el intendente. A las preguntas que le hacía su dueña, éste respondía con grandes gestos, y Lisbeth,

habiéndose acercado a lady Beltham, la oyó que decía:

—Sí, ha hecho usted bien en asegurar esta tarde la reparación de la verja del parque. Usted sabe cómo soy de nerviosa.

El intendente aseguró:

—Vuestra gracia no tiene nada que temer; el hotel está seguro, cuidadosamente guardado... Por otra parte, nuestro portero, Walter, no duerme más que con un ojo... Yo mismo, lady Beltham...

—Sí, lo sé, mi buen Silvertown —interrumpió la joven—. Gracias, puede retirarse...

Lady Beltham se dirigió entonces a las muchachas:

—Me siento un poco cansada.

Lisbeth, con gesto espontáneo, la besó afectuosamente.

Mientras, Thérèse se acercó, llevando con cuidado un grueso libro. Con tono respetuoso anunció:

—Lady Beltham, aquí tiene la Biblia.

Y, mientras que ponía la piadosa obra sobre un velador próximo, lady Beltham, bendiciendo a la joven con un gesto, murmuró suavemente:

—Que Dios sea con usted, hija mía.

EL ASESINO DE LORD BELTHAM

Había pasado una media hora larga. Era casi medianoche. El rodar de los coches, a lo lejos, en este apacible barrio de Neuilly, solamente turbado a la salida de los teatros, se había atenuado.

Los ruidos del hotel habían cesado.

Lady Beltham, sin embargo, no se había acostado aún.

Medio tumbada en su poltrona cerca del hogar, la joven tendía los pies al calor de la brasa, y, tal vez, adormilábase un poco, cuando de repente se irguió.

Lady Beltham se había levantado. En pie, inquieta, temblando, había ido a la ventana. De repente se paró en seco, permaneció inmóvil en su sitio: había sonado un tiro.

Después de un segundo de emoción intensa, la joven se precipitó en el vestíbulo.

—¡A mí! —gritó—. ¿Qué pasa?

Y pensando de repente en las jóvenes, de las que había asumido la tarea de ser su protectora, llamó con voz llena de angustia:

—¡A mí! ¡Lisbeth! ¡Thérèse! ¡Suzannah!

Las puertas del pasillo se abrieron. A medio vestir, los cabellos en desorden, Thérèse y Suzannah acudieron.

—¡Oh! ¡Ese ruido! ¡Esos gritos! ¡Tengo miedo! —balbució Thérèse, desfalleciente.

Pero lady Beltham, prestando oído, observó:

—No se oye nada.

Después, notando la ausencia de Lisbeth, gritó:

—¡Lisbeth! ¡Lisbeth!

En este momento la joven apareció; con la mirada desorbitada, la cara descompuesta.

—¡Ah, señora!..., ¡señora! Es abominable... Un hombre, un ladrón..., por el jardín, en el piso bajo... Walter lo estrangula..., luchan..., ¡se matan!...

La muchacha jadeaba.

Lady Beltham la iba a interrogar, pero el intendente Silvertown, sin llamar, entró precipitadamente.

Todavía sofocado, emocionado, explicó:

—Veníamos de hacer la ronda cuando, de repente, en la sombra divisamos un hombre, un miserable, que se escondía; algún ladrón, criminal puede ser... Le llamamos..., se escapa. Corremos hacia él..., vamos a cogerlo..., se resiste..., le golpeamos... Resumiendo: le hemos cogido y la Policía se lo llevará en seguida.

Lady Beltham había escuchado con las manos temblorosas.

—Pero ¿qué le hace creer que es un ladrón?

Aturdido, el intendente balbució:

—¡Caramba! Estaba muy mal vestido, y, después, a esa hora, en el jardín...

Lady Beltham, con dignidad, interrogó:

—¿Qué motivo invoca él para justificar su presencia?

—¡Ah! —declaró el intendente—. No ha tenido tiempo de inventar. Tan pronto fue descubierto, lo apresamos..., y usted conoce, lady Beltham, la fuerza hercúlea de nuestro Walter...

Lady Beltham prosiguió, dirigiéndose al intendente:

—Yo repruebo la brutalidad; ese hombre, ¿está gravemente herido? Espero que no. Hubiera sido preciso interrogarle antes de golpearle. Nadie, en mi casa, debe golpear, y el Evangelio dice: «¡Quien a hierro matará, a hierro morirá!»

El intendente permanecía cortado.

Lady Beltham, en un tono más suave, prosiguió:

—Que vayan a buscar a Walter.

Algunos instantes después, el portero de la musculatura de coloso penetró en el apartamento. Torpemente se inclinó ante su dueña.

—¿Cómo es posible que se pueda entrar a esta hora en el hotel?

Walter, retorciendo su gorra, murmuró:

—Que vuestra gracia me perdone. Estoy estupefacto. He sorprendido a ese hombre y, como se debatía, le he golpeado. Dos criados han acudido. No le pierden de vista.

Lady Beltham preguntó:

—¿Ha explicado su presencia?

—No ha dicho nada, o al menos...

—¿Qué?

—Pues bien: pretende que vuestra gracia es bien conocida por su caridad inagotable, por su extrema bondad; dice que usted es la amiga de todos los miserables, pretende ver a usted.

Con voz apenas perceptible, lady Beltham declaró:

—Le veré...

El intendente Silvertown no pudo menos de exclamar:

—Que vuestra gracia me permita explicarle el peligro de semejante proyecto... Sin duda, este hombre es un loco..., ¿o puede ser esto tal vez un ardid?... Después de haber matado a lord Beltham, puede pertenecer al ejército del crimen... Tenga cuidado...

Lady Beltham miró fijamente al intendente. Lentamente respondió:

—Le veré; yo seré más piadosa que usted... Que le traigan aquí...

Y, como el intendente y Walter levantasen los brazos en un gesto de protesta, dijo:

—¡Ya lo he dicho!... ¡Obedezcan!...

*

—Hable —dijo, con voz débil, lady Beltham.

Ante ella, el intendente y Walter habían llevado a un individuo con el pelo desordenado y la barba mal cuidada; parecía una sombra completamente; su rostro estaba lívido, fatigado.

El hombre, sin mirarla, murmuró sordamente:

—Hablaré delante de usted sola.

—¿Sola?... Entonces, ¿tiene usted alguna cosa grave que decirme?

El individuo replicó suavemente:

—Si usted conociese a los desgraciados, señora, sabría que, dentro de su infinita angustia, no les gusta humillarse delante...

El hombre designó al intendente y al criado; después, tras un segundo de vacilación, continuó: —... Delante de aquellos que no podrían comprenderle.

Lady Beltham, cuya voz poco a poco se reafirmaba, replicó:

—Yo conozco a los desgraciados; le escucharé sola.

Después, dirigiéndose a su gente, dijo:

—Retírense...

Sobre la puerta del vestíbulo, que quedó cerrada, cayó una pesada colgadura de terciopelo. En la habitación, apenas alumbrada por una pequeña lámpara eléctrica, lady Beltham se encontró sola con el extraño individuo a quien había consentido tan fácilmente recibir a solas.

Lady Beltham, que había acompañado hasta la puerta a su gente, como para asegurarse que no volverían, echó el cerrojo que mantenía la puerta cerrada; y abalanzándose con gesto brusco hacia el individuo, que permanecía inmóvil en medio de la habitación y que silenciosamente seguía con la vista todos sus movimientos, cayó en sus brazos.

—¡Oh, te quiero!... ¡Te quiero! —exclamó—. ¡Gurn!, ¡Mi corazón! ¡Mi locura!

Después, mirando el rostro del hombre, en cuya frente se veían algunas gotas de sangre:

—¡Dios mío! ¡Esos brutos te han herido!... ¡Ven!... ¡Cuánto debes de sufrir!... ¡Dame tus queridos ojos!... ¡Tus labios!... ¡Mi amor!...

Después, inquieta:

—¡Pero estás loco! ¿Por qué?... ¿Por qué venir así? Hacer que te sorprendan..., que te martiricen...

Sombríamente, Gurn confesó:

—¡Llevaba tanto tiempo..., tanto tiempo sin ti!... Esta noche rondaba por los alrededores, he visto luz..., he creído que todos dormían..., salvo tú, naturalmente... He venido derecho por las tapias, las verjas..., fascinado como la mariposa por la luz... ¡Eso es todo!...

Con la mirada arrebatada, el pecho anhelante, lady Beltham no dejaba de estrecharse entre los brazos de su amante.

—¡Cómo te quiero! Eres hermoso..., valiente. ¡Oh!, sí, te pertenezco enteramente... Pero es insensato... Podrían detenerte sin que yo lo supiera..., entregarte...

Gurn murmuró:

—¡No he reflexionado!... ¡Quería verte en seguida!

Los dos estaban sentados en un canapé, estrechándose las manos.

Lady Beltham balbució, desatinada:

—¡Eres la carne de mi carne, la sangre de mi sangre!... ¡El alma de mi alma!... No vivo más que para ti..., tú..., tú siempre... ¡Tú eres todo!...

—¡Te quiero! —replicaba Gurn, como un eco.

Hubo un silencio. Los trágicos amantes, mirándose fijamente a los ojos, se contemplaban.

¡Qué recuerdos, qué cosas en la vida de estos dos seres tan diferentes de aspecto, tan poco semejantes y que, sin embargo, reunía el amor!

—¡Oh! —murmuró lady Beltham—. ¡Oh, las bellas horas que hemos vivido!...

La gran dama pensaba en la guerra del Transvaal, en el campo de batalla donde había visto por primera vez a Gurn, el sargento de artillería, todo negro de polvo... Después pensaba en la vuelta..., cuando un poderoso *steamer* les llevaba a través del mar azul, hacia los contornos grises de las Islas Británicas...

Gurn se acordaba también.

—Allá abajo, sí... Después, en el mar inmenso, el navío bogando hacia la patria...

—Tú regresabas vencedor —añadió lady Beltham—, aureolado de gloria...

—Era, después del desastre angustioso de las batallas —prosiguió Gurn—, la gran calma, el apaciguamiento... Empezamos a conocernos...

—Empezamos a amarnos —continuó lady Beltham—. Después, el viaje se acaba... Londres... París..., la vida febril, ficticia, amenaza nuestro amor... Pero él es el más fuerte... Yo soy tuya... ¿Te acuerdas?... Tus caricias me embriagan..., tus besos me vuelven loca. Pero acuérdate de lo que tú hiciste por mí..., por mí..., escucha. Ayer hizo trece meses...

Lady Beltham quería continuar; no podía más, abatida por la emoción.

Fue Gurn quien, con su voz lenta y cálida, continuó:

—Sí; yo estaba de rodillas junto a ti, en nuestra alcoba de la calle de Levert, cuando de repente..., un ligero ruido..., la puerta se abre...; él entra alocado..., furioso... ¡Tu marido! Lord Beltham estaba ante nosotros...

—Entonces —interrumpió lady Beltham, echándose al suelo, la cabeza baja, con tono de desesperación inaudito—, entonces ya no sé lo que pasó...

—¡Yo lo sé! —rugió Gurn, enderezándose bruscamente—. ¡Sus ojos te buscan..., un revólver apunta a tu pecho!... ¡Va a tirar!... ¡Ah, yo me abalanzo!... De un

martillazo lo atonto... ¡Después, lo estrangulo!

—Y yo vi —dijo lady Beltham, con la voz débil, los ojos fijos, teniendo siempre en las sienas las manos de Gurn—, yo vi cómo los músculos de estas manos se tendían hacia su cuerpo, apretar la garganta...

—Maté —suspiró Gurn, abrumado.

Mientras tanto, lady Beltham se enderezó, buscando los labios de su amante, sollozando:

—¡Oh! ¡Gurn!... ¡Gurn!... ¡Mi adorado!... ¡Mi dios!...

Gurn no respondió, silencioso, preocupado: un pliegue se dibujaba en su frente recelosa.

—¡Escucha! —dijo con voz dura—. Era absolutamente preciso que yo te viera esta noche; pues quién sabe si mañana...

Lady Beltham esbozó un gesto de temor.

—La Policía me persigue, óyelo —continuó el desgraciado—. Cierto que estoy casi desconocido. Sin embargo, he estado a punto de ser cogido...

—Dime —interrogó lady Beltham a pesar de la angustia que sentía reavivarse por los lúgubres recuerdos—: ¿crees tú que la Policía se ha dado cuenta exacta de lo que ha pasado?

—No —explicó Gurn, después de un instante de reflexión—. Han creído que yo le había matado de un martillazo.

—Comprendo. Es atroz —no pudo dejar de murmurar lady Beltham.

—Eso no impide que me hayan identificado...

—¡Oh, nos ha faltado presencia de ánimo! Era preciso disimular... Si se hubiera podido hacer que sospecharan de algún otro..., qué sé yo..., del crimen de un asesino cualquiera..., de Fantomas...

Pero Gurn, estremecido, interrumpió:

—¡No, no!... ¡Nada de eso!... ¡No hables de Fantomas! Además, hemos hecho lo mejor...

Acabando su pensamiento, Gurn continuó:

—También habría que huir, cruzar el estrecho, el Océano..., qué sé yo... Pero ¿vendrías tú?

Lady Beltham no vaciló en responder:

—Tú sabes que yo voy contigo a todas partes en que estés o a donde vayas... ¿Quieres mañana? Nos encontraremos donde tú sabes... y nos pondremos de acuerdo para preparar tu fuga.

—¿Mi...? —interrogó Gurn con un matiz de reproche.

Pero lady Beltham, comprendiendo, rectificó:

—¡Nuestra fuga!...

Gurn sonrió: parecía tranquilizado.

—Eso es —dijo.

De repente, arrancándose al abrazo que ella misma eternizaba, lady Beltham

murmuró, con voz imperceptible:

—Hasta mañana.

Fue hasta la puerta del vestíbulo y descorrió suavemente el cerrojo; después, volvió, apretó el botón del timbre, colocado junto a la chimenea.

Walter, el portero, se presentó.

Digna, lady Beltham ordenó:

—Acompañe a este hombre hasta la puerta del hotel, y que no se le haga ningún daño... Está libre...

Sin una palabra, sin un gesto, sin una mirada, Gurn salió; detrás de él, Walter, obedeciendo las órdenes.

Lady Beltham, sola de nuevo en el gran *hall*, esperó ansiosa que el ruido de la verja del parque se cerrase tras Gurn...

Lady Beltham, rota por las emociones que acababa de vivir, se había acercado al canapé donde hacía unos momentos había cubierto a Gurn de sus besos apasionados. Escuchaba en silencio cuando, de repente, sonaron ruidos: ruidos como, una hora antes, había escuchado..., ruidos a los cuales sucedieron imprecaciones.

—¡Es él! —decían—. ¡Detenedle!... ¡Ya lo tengo!... ¡A usted!

—¡Señor inspector, por aquí!... ¡El asesino!... ¡Sí, es él..., es Gurn..., es, seguro, Gurn!...

Desfalleciendo sobre el canapé, lady Beltham, más pálida que una muerta, balbució:

—¡Ah, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Qué le pasa?

Pero mientras que en el jardín el alboroto parecía cesar, resonaban voces en el pasillo.

Silvertown gritaba:

—¡Gurn..., detenido!... ¡El asesino de lord Beltham detenido!... ¡Aquí mismo!

...

Se oyó a Lisbeth interrogar, ansiosa, aterrada:

—¿Pero lady Beltham?... ¡Señor! Ha podido ser asesinada también...

La puerta del vestíbulo se abrió bruscamente, y Lisbeth, viendo a lady Beltham muy blanca, erguida, en pie ante lo largo del canapé, exclamó:

—¡Ah, lady Beltham!... ¡Viva! ¡Sí!...

Thérèse y Suzannah se echaron a los pies de lady Beltham, llorando con ardientes lágrimas.

Pero lady Beltham, la mirada dura, apartando con un gesto a las jóvenes, se adelantó hasta la ventana.

En el parque, a lo lejos, se oía la voz de Gurn.

El amante de lady Beltham gritaba:

—¡Me han cogido!... ¡Me han cogido!...

El sonido de las atroces palabras sonaba aún en los oídos de lady Beltham cuando el intendente Silvertown hizo irrupción en la habitación, con el rostro radiante:

—¡Ah!, yo no dudaba —explicaba con volubilidad—. ¡Él era el monstruo!... A pesar de la barba, he reconocido sus rasgos... He prevenido a la Policía... Por otra parte, está vigilada desde hace dos días... Un inspector de la Sûreté siguió a Gurn... Cuando él salía, yo lo he señalado...

Aterrada, lady Beltham miraba al intendente.

—¿Y qué? —interrogó ella, pronta a desfallecer.

—Yo lo he señalado a la Policía, y gracias a mí, lady Beltham, Gurn, el asesino, ha sido detenido...

Lady Beltham miró un instante aún al hombre que acababa de anunciarle la horrible noticia. Quiso balbucir alguna cosa. De repente cayó rígida, desvanecida.

Las jóvenes y el intendente se precipitaron a prodigarle toda clase de cuidados.

En ese momento, por la puerta entreabierta se perfiló la figura de Juve.

—¿Se puede pasar? —preguntó.

EL DOCUMENTO

Daban las tres cuando Juve llegó a la calle de Levert. Encontró a la portera del 147 —el inmueble trágico donde había sido descubierto, oculto en un baúl, el cadáver de lord Beltham en el apartamento de Gurn— a punto de terminar su café.

Desde el descubrimiento del crimen, Juve había estado muchas veces haciendo pesquisas en el apartamento del viajante. Además, la portera le conocía perfectamente.

—Este hombre —le decía corrientemente a madame Aurore, su inquilina y principal amiga— no son dos ojos los que tiene, sino dos lentes de aumento. Ve todo en un minuto, aun cuando no haya nada...

Juve, al entrar en la portería, había sido saludado con un admirativo:

—¡Buenos días, señor inspector!

Pero, poco dispuesto a escuchar la charlatanería de la portera, interrumpió el saludo.

—Las llaves del apartamento —pidió.

La buena mujer se apresuró a ir hacia un tablero en el que se alineaban numerosos manojos de llaves. Escogiendo una, interrogó:

—¿Parece que hay novedades?... He visto en el periódico que la detención de monsieur Gurn era cosa hecha... ¿Es, pues, cierto que mi inquilino es el culpable?... ¡Ah!, el canalla.

Juve, en posesión de las llaves, hizo intención de salir.

—Gurn ha sido detenido, sí —dijo rápidamente—, pero hasta esta mañana aún no ha confesado. Por consiguiente, no hay nada cierto. Madame Doulenques...

Cuando iba a cerrar la puerta de vidrieras de la portería, la portera le propuso:

—¿No quiere que suba con usted, monsieur Juve? ¿No me necesita?...

—De ninguna manera, *madame*...; continúe su trabajo, exactamente como si yo no estuviera en la casa.

Era la frase clásica que, a cada visita de Juve, dejaba desconsolada a la portera.

Juve, subiendo los cinco pisos que conducían al apartamento que habitaba Gurn en otro tiempo, pensaba: «Nunca acabo de saber por qué este Gurn mató a lord Beltham. Tampoco sé exactamente cuál es la identidad de Gurn... Su extraña audacia, su crimen admirablemente concebido, maravillosamente ejecutado... Nadie ha visto nada, nadie ha oído nada. He ahí, a decir verdad, todo lo que se puede afirmar..., es poco..., no es bastante...»

Cuando hubo llegado al rellano del quinto piso, Juve introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y penetró en el apartamento trágico.

Juve, una vez que hubo entrado en la antesala y cerrado cuidadosamente la puerta

detrás de él, pareció vacilar algunos instantes.

—En suma —decía—, ¿qué he venido a hacer aquí? ¿Buscar un indicio interesante?... Pero si he indagado ya más de diez veces sin ningún resultado.

El policía se dejó caer en una butaca y se abismó en profundas reflexiones.

—¡Pardiez! Gurn en su casa no ha fracturado nada... He husmeado en todos los lados, y no he encontrado ninguna huella que me permita servirme del dinamómetro de monsieur Bertillon.

Juve se levantó. Su temperamento activo no le permitía quedarse quieto.

Una vez más recorrió el apartamento:

—¿La cocina?... Veamos. ¿No habré tenido alguna distracción?... ¿No me habré olvidado de ver algo, sea lo que sea? ¿No habrá allí nada interesante?... ¿El horno?... ¿El aparador?... ¡Ya he registrado todo!... ¿En la antesala?... No hay nada más...

El policía marchó al comedor.

—He mirado en todos los muebles. ¡No hay nada!... He comprobado todos estos paquetes que Gurn había tenido el cuidado de hacer antes de su partida..., pero no hay nada instructivo en su interior.

En un ángulo de la habitación, Juve divisó un montón de periódicos desplegados. Los empujó con el pie.

—He mirado todo eso, he leído minuciosamente todos estos papeles, hasta las columnas reservadas a la pequeña correspondencia, no he encontrado nada...

Entró ahora en el dormitorio de Gurn.

—Siempre nada...

Junto a la chimenea y contra la pared había un pequeño escritorio que dominaba una escasa biblioteca cargada de libros en mal estado.

—Ya no me queda más que mirar ahí... Mis subordinados lo hicieron un día en que yo estaba ausente. No puedo esperar, razonablemente, más que una cosa: que algún detalle se les haya escapado, lo que es inverosímil...

Juve se sentó ante el pequeño escritorio, y metódicamente se puso a clasificar los papeles esparcidos.

Cuando acababa de separar las cartas amontonadas en una carpeta, lanzó una exclamación.

—¡Eh! —dijo—. ¡Esto es interesante!...

Juve desplegó un gran pergamino y leyó en toda su extensión —la lengua inglesa le era familiar— el diploma de sargento que le había sido otorgado en otro tiempo a Gurn, cuando combatía en el Transvaal bajo las órdenes de lord Roberts...

Acabada la lectura, Juve tuvo un gesto de desaliento:

—Es extraordinario —dijo—. Este documento tiene aspecto de ser auténtico... Es auténtico. Da fe de que este sinvergüenza se ha batido bien y ha sido en otro tiempo un hombre honrado...

Y Juve, dando un puñetazo sobre el escritorio, monologó en voz alta:

—¿Gurn será entonces realmente Gurn?... ¿Y yo, que he forjado sobre él una

pequeña novela, me habré equivocado de medio a medio?

Continuó su trabajo. Después, levantándose y observando la biblioteca, hojeó los volúmenes cogiéndolos por las dos cubiertas para sacudirlos violentamente y comprobar que ningún papel se encontraba oculto entre las hojas...

—¡Nada! —declaró...

Divisó, en fin, un gran indicador Chaix y varias cartas de navegar.

—Lo que resulta más curioso —observó— es que, por todos estos indicios, es preciso, para ser justo, reconocer que, al parecer, este Gurn ejercía honradamente la profesión a que él dice dedicarse.

Y Juve volvía a preguntarse:

—¿Gurn no será, entonces, más que Gurn?... ¿Nada más que Gurn?

Después de un minuto de reflexión, prosiguió:

—¡No, eso no es posible! ¡Es inverosímil!

El policía acababa de escoger en la biblioteca un clasificador imitando la encuadernación de un libro, donde se encontraba una colección de mapas Taride.

—Comprobemos, pues, si no se ha escondido nada en el interior de estos planos...

Y, uno por uno, desplegó los mapas.

De repente, una exclamación se le escapó:

—¡Ah!

En su asombro, Juve acababa de levantarse...

El inspector estaba emocionado hasta tal punto, que su mano temblaba mientras que desplegaba cuidadosamente y después extendía sobre el escritorio uno de los mapas Taride que había sacado del cajoncito.

—Es el mapa de la región del Centro... ¡Pardiez! ¡El mapa que comprende Cahors, Brive, Saint-Jaury... y Beaulieu!... El pedazo que falta... es el pedazo que corresponde a esta región...

Juve contemplaba con ojos alucinados el mapa donde, en efecto, un desgarrón importante, regularmente hecho con un cortaplumas, parecía señalar el sitio donde habría debido encontrarse el plano de la región del castillo de la marquesa de Langrune.

Juve contemplaba sin cesar el documento.

—¡Ah, si pudiera hacerse la identificación! ¡Si el pedazo que falta en este mapa..., este mapa que pertenece a Gurn, fuese el pedazo de mapa que encontré cerca de la estación de Verrieres, en pleno campo, al día siguiente del asesinato!

Juve miraba constantemente el mapa Taride, comprobaba su numeración; después, plegándolo rápidamente, nerviosamente, se dispuso a abandonar el apartamento.

Apenas había dado algunos pasos hacia la puerta, cuando un violento campanillazo le hizo estremecer. Juve se detuvo.

«¡Diablo! —pensó—. ¿Quién puede venir a llamar a casa de Gurn cuando todo

París conoce su detención?»

Y, maquinalmente, Juve se aseguró que su revólver estaba bien colocado en su bolsillo.

Fue hacia la puerta, la abrió del todo y retrocedió, estupefacto.

—¡Ah! —dijo al ver al visitante—. ¿Tú?... ¡Charles Rambert!, o, más bien, tú, Jérôme Fandor. ¿Qué quiere decir eso?

LA EXPLOSIÓN DEL «LANCASTER»

El joven, sin decir una palabra, entró en el apartamento del que Juve, maquinalmente, cerró la puerta.

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Juve, viendo que Jérôme Fandor estaba completamente pálido y muy emocionado.

—¡Es horrible! —respondió el joven—. Mi pobre padre ha muerto...

—¿Qué me cuentas? —dijo Juve—. ¿Monsieur Etienne Rambert ha muerto?

Jérôme Fandor, sin poder contener apenas las lágrimas que asomaban a sus ojos, tendió al policía el periódico que tenía en la mano.

—¡Lea! —dijo.

Y señalábale un artículo en la primera página del diario, cuyo título estaba bien preparado para impresionar a la imaginación: *¡Agua! ¡Fuego! ¡Pólvora! ¡150 muertos!* Un subtítulo explicaba: *¡El naufragio del «Lancaster»!*

El policía no comprendía nada.

—¿Y qué? —interrogó.

Jérôme Fandor insistía:

—¡Lea!

La emoción del joven era tal que Juve vio que se informaría mejor leyendo el artículo.

Éste estaba concebido así:

«Una espantosa desgracia acaba de producirse otra vez que hará comprender, seguramente, que ya es tiempo de estudiar leyes que salvaguarden las vidas de los viajeros que las compañías, a ejemplo de las compañías de ferrocarriles, parecen hacer verdaderamente demasiado poco caso...

»Vamos a resumir en algunas líneas la catástrofe que ha tenido lugar esta noche:

»El buque de vapor *Lancaster*, perteneciente a la red Star Co, que presta servicio entre Caracas y Southampton, se ha hundido con personas y bienes, cuando acababa de llegar a alta mar y se encontraba aún bajo la vigilancia del faro de la isla de Wigth.

»Que se sepa, no hay en la hora actual más que una sola persona salva.

Toda la tripulación, todos los pasajeros, con excepción de este marinero, se han perdido sin remedio.

»El navío acababa apenas de salir del puerto, cuando los guardianes del faro le vieron estallar literalmente; después, en pocos minutos, desaparecer en el fondo de las aguas...

»¿Qué había ocurrido?

»Algunas horas más tarde se sabría.

»Los guardas del faro dieron inmediatamente la alarma. Los veleros se

apresuraron a ir hacia el lugar del accidente. Los *steamers* que se encontraban en el puerto dieron todo vapor para llegar a socorrer —si era tiempo aún— a los supervivientes del desastre...

»¡Ay!, los salvadores debían llegar demasiado tarde.

»Después de horas de búsqueda hubo por fuerza que regresar al puerto y dar los detalles del accidente.

»Un solo barco, el *Campbell*, tuvo la suerte de recoger al único rescatado de esta catástrofe, verdaderamente sin precedentes en la historia de la navegación...

»Nuestro colega el *Times* ha podido entrevistar a este rescatado. Es un marinero llamado Jackson. Ha hecho el siguiente relato: »Acabábamos de salir del puerto y nuestro navío estaba en plena marcha, cabeceando y balanceándose normalmente; la mar no era mala. Yo estaba empleado en guardar el lugar donde se encierran los equipajes cuando se produjo una explosión de una horrorosa violencia. Me parece oír todavía la detonación... Provenía de la cala de las mercancías; estoy seguro; sin embargo, no podría dar más detalles, pues al minuto mismo, sentí que todo el navío estallaba... Me vi precipitado al mar, aturdido por el choque, medio muerto, no dándome cuenta de lo que pasaba... Cuando volví en mí, flotaba, pues tuve la suerte de ser enganchado por una boya ligada al empalletado.

»Yo estaba alocado, como ustedes pueden comprender, no sabiendo demasiado lo que hacía; sin embargo, el instinto de conservación es tan fuerte, que me agarraba con todas mis fuerzas a este objeto perdido. Algún tiempo después, la tripulación del *Campbell* me divisaba y me sacaba de la peligrosa situación.»

Juve, una vez aún, interrumpió su lectura:

—Un navío que estalla es cada día más incomprensible. Sin embargo, me imagino que no habría pólvora a bordo.

Juve leía el final del artículo y comprobaba en seguida la lista de pasajeros.

En efecto —dijo—; Etienne Rambert está señalado como pasajero de primera clase... Es raro...

Jérôme Fandor suspiró profundamente.

—¡Oh! —dijo—. Es una fatalidad de la que no me consolaré nunca. Cuando el otro día usted mismo me declaró que yo no era culpable, yo no debía haberle escuchado y haber vuelto con mi padre...

Jérôme Fandor hizo un gran esfuerzo para quedar dueño de sí. Juve le miró sin disimular la simpatía que sentía por este desgraciado muchacho.

—Escucha, muchacho —empezó—; créeme: por extraño que eso pueda parecerte, no te desespere.

—¿Qué quiere usted decir? Está bien acabado ahora...

—Nada prueba que tu padre esté muerto.

—¡Sí, sí! —afirmó Jérôme Fandor—. No ha leído el final del artículo, Juve; se dice bien claro que se ha buscado por todas partes y que es preciso renunciar a la esperanza de encontrar otros supervivientes de este horrible naufragio...

—Puede ser que tu padre no estuviese a bordo.

—Pues, sí; figura en la lista de pasajeros.

Juve se paseaba a grandes pasos y parecía muy enervado; se volvió hacia el joven e insistió:

—¡Vamos! Te digo que no te desconsueles. Hay todos los días errores de esta clase. Tu padre tenía la intención de embarcar, pero puede no haberlo hecho...

Las afirmaciones del policía eran tan sorprendentes, que Jérôme Fandor se extrañó.

—Pero, en fin, ¿qué quiere usted decir, Juve? —preguntó.

El policía hizo un gesto de duda.

—No quiero decirte nada, muchacho, salvo esto, y tú lo creerás si tienes un poco de confianza en mí: cometerás un error, un gran error, si te apenas en este momento... Nada prueba tu desgracia..., y además te queda todavía tu madre... Tu madre curará seguramente..., ¿me entiendes?, ¡seguramente!

Y como Jérôme Fandor permaneciese mudo de asombro, Juve, cambiando de repente de conversación, dijo:

—Hay algo que me gustaría saber. ¿Cómo diablos estás tú aquí?

—En mi pena, he pensado en seguida en usted —confesó Fandor—. Por eso, al enterarme del naufragio por este periódico, he venido inmediatamente a avisarle.

—Muy bien —respondió Juve—. Comprendo eso; pero, lo que no comprendo es cómo tú, Fandor, has podido adivinar que yo me encontraba aquí, en casa de Gurn.

Jérôme Fandor parecía turbado por la pregunta.

—Dios mío —comenzó—. Ha sido por azar, monsieur Juve...

Juve le interrumpió:

—El azar es una explicación que se da a los imbéciles. Además, ¿por qué azar habrías podido verme entrar aquí? ¿Qué diablos hacías en la calle de Levert?...

Cada vez más turbado, Jérôme Fandor se levantó e, intentando cortar las preguntas del policía, preguntó, haciendo ademán de dirigirse a la antesala:

—¿Se va usted?

Juve le detuvo.

—¡Respóndeme, si gustas! ¿Cómo sabías que yo estaba aquí?

No había duda. Era preciso confesar la verdad. Jérôme Fandor confesó:

—Le había seguido...

—¿Me habías seguido? ¿Desde dónde?

—Desde su casa.

—Entonces —precisó el policía— di en seguida que tú me sigues.

Tomando aliento, Jérôme Fandor confesó:

—¡Pues bien!, sí, Juve... ¡Es verdad! Le sigo..., le sigo todos los días...

Juve estaba en el colmo de la estupefacción.

—¿Todos los días? ¡Y yo no me he enterado! Eres muy hábil...

Y como Jérôme Fandor se callase, el policía exclamó:

—Al diablo, si comprendo por qué ejerces esa vigilancia.

Jérôme Fandor bajó la cabeza.

—Excúseme —dijo—. He hecho una tontería. He creído que... usted era ¡Fantomas!...

La suposición del joven Jérôme Fandor divirtió de tal manera al policía, que se dejó caer en una butaca para reírse a sus anchas.

—Palabra —dijo—. Tienes imaginación... ¿Y por qué te imaginabas que yo era Fantomas?

—Monsieur Juve —explicó Fandor—, me he jurado llegar a la verdad y descubrir al criminal que ha arruinado mi existencia. Pero no sabía por dónde empezar mis pesquisas. Después de lo que usted me había dicho, comprendí que Fantomas era un hombre extraordinariamente hábil. Ahora bien: yo no conocía más que a uno que pudiera parecer tan hábil como él...: ¡usted! Entonces, le he vigilado. ¡Era lógico!

—Escucha, muchacho —dijo—. Estoy muy asombrado de lo que acabas de decirme... En primer lugar, tu razonamiento no es malo del todo. Y además, me has seguido sin que me haya apercibido... Eso está muy bien...

El policía miró atentamente al joven; después prosiguió, poniéndose serio:

—Bien, bien; respóndeme francamente: ¿estás convencido ahora de lo falso de tu hipótesis? ¿O bien sospechas todavía?

—No, monsieur Juve —afirmó Fandor—. No sospecho ya desde que le he visto entrar en esta casa. Fantomas no hubiera venido a indagar en casa de Gurn, porque...

El joven se interrumpió. Juve le miró con ojos penetrantes, intrigado:

—¿Quieres que te diga una cosa? —dijo al fin—. Pequeño Fandor, si continúas, en la carrera que has elegido, mostrando tanta reflexión, tanta iniciativa, como acabas de demostrar, serás, y rápidamente, te lo aseguro, el primer periodista policíaco de nuestro tiempo.

Cuando el joven iba a contestar, Juve le arrastró.

—Ven —dijo—. Es preciso que vaya al Palacio de Justicia con toda urgencia.

—¿Tiene usted algo de nuevo?

—Voy a pedir que se convoque a un testigo interesante en el caso Gurn...

*

Desde hacía algunos minutos la lluvia, que sin cesar había caído intensamente toda la mañana y toda la tarde, acababa de parar.

El mayordomo Dollon, extendiendo el brazo por la ventana, comprobó que apenas caían algunas gotas de agua del cielo gris y, atravesando el cuarto, llamó a su hijo:

—¡Jacques! ¿Dónde estás?

—En el taller.

El anciano mayordomo sonrió...

*

Cuando, algunos meses después de la muerte de la marquesa de Langrune, la baronesa de Vibray le había tomado a su servicio, contenta de atraerse un auxiliar tan fiel, había venido a instalarse en uno de los pequeños pabellones dependientes de las tierras de Quérelles, Dollon no había previsto ciertamente que el destino de sus hijos iba a cambiar rápidamente.

Madame de Vibray había tomado, realmente, un gran afecto por la joven Elisabeth, que, además, Thérèse Auvernois trataba como amiga, y por el pequeño Jacques, un niño que, decía ella, era demasiado inteligente para que fuera un crimen no ayudarle a abrirse camino.

Muy mezclada en el mundo de los artistas, la baronesa de Vibray había quedado asombrada ante las disposiciones que el joven Jacques demostraba por la escultura. Este adolescente, sin maestro de ninguna clase, se divertía en esbozar en arcilla pequeñas estatuas que, muy indulgente, la baronesa de Vibray declaraba interesantes. También, a pesar de las aprensiones del anciano Dollon, poco tranquilo por esa orientación dada a su hijo, había tendido a favorecer el gusto del joven dotándole de las herramientas indispensables a la escultura: banquillos, cinceles, *etc.*

—¿Quieres venir conmigo? —propuso el anciano mayordomo cuando acudió su hijo—: Voy hasta el arroyo a ver si han levantado bien las esclusas.

Acompañado de su hijo, el mayordomo bajó al jardín y se preparaba a dirigirse hacia el pequeño arroyo que bordeaba, por un lado, el parque del castillo de madame Vibray, cuando el joven le detuvo.

—Mira, papá, el cartero nos hace señas.

Brusco, pero buen hombre, el peatón que hacía el servicio en las tierras de Quérelles, uniéndose, en efecto, al intendente, gruñó:

—¡Ah, monsieur Dollon! Cómo me hace usted correr. Ya he venido esta mañana para traerle el correo y no estaba. Tengo una carta oficial, monsieur Dollon, en el correo, y tengo que entregársela a usted personalmente...

Y le tendió un sobre que Dollon abrió.

—¿Oficina del juzgado de instrucción? —dijo, mirando el membrete del papel—. ¿Quién diablos puede escribirme del Palacio de Justicia?

Y leyó en voz alta:

«Señor: No teniendo tiempo de enviarle por medio del ujier una citación regular, le ruego tenga la amabilidad de presentarse urgentemente, pasado mañana si es posible, en París, en mi despacho, ya que su declaración me es absolutamente necesaria para concluir un asunto cuya solución le interesa. Deberá traer, sin excepción, todos los papeles que se le han remitido por la escribanía criminal de Cahors desde la conclusión del caso Langrune...»

—¿Está firmado? —preguntó Jacques Dollon.

—Está firmado: Germain Fuselier. He leído a menudo este nombre en el periódico; es, en efecto, el de un juez de instrucción muy conocido...

Dollon releyó otra vez aún la carta que le convocaba a París; después dijo al cartero:

—Escuche, Milaud, ¿tomaría usted un vaso de vino?

—¡Caramba!..., eso nunca se rechaza...

—Pues bien: entonces entre un minuto en casa. Yo voy en seguida a redactar un telegrama, mientras que Jacques le acompaña; y usted me hará el favor de depositarlo por mí en telégrafos.

Mientras que el cartero apagaba la sed, el mayordomo Dollon redactaba la respuesta:

«Monsieur Germain Fuselier, juez de instrucción de París: Saldré de Verrieres mañana, doce de noviembre, por la tarde, en el tren de las siete y veinte. Llegaré a París a las cinco de la mañana; fíjeme hora convocatoria por telegrama al hotel de Francs-Bourgeois, calle de Bac 152.»

Firmó, «Dollon». Releyó el telegrama. Después, pensativo, dijo:

—Siempre lo mismo. ¿Para qué me querrán?

EN LA CÁRCEL

No queriendo perder ni un segundo del tiempo que, para estar al aire libre, le concedía diariamente el reglamento de la administración penitenciaria, Gurn recorría a grandes zancadas el patio de la prisión de la Santé.

Hacía cinco días ya que el asesino de lord Beltham, detenido en el momento en que salía de casa de lady Beltham, su amiga, estaba en la cárcel.

Al principio, el prisionero había sufrido horriblemente para acostumbrarse a los rigores de la detención; había pasado crisis de abatimiento, a las que sucedían períodos de rabia; pero Gurn, por su temperamento voluntarioso y por su formidable fortaleza de carácter, había logrado dominarse.

En resumen, se beneficiaba del régimen de detenidos preventivamente y no tenía que estar en promiscuidad.

Durante las primeras cuarenta y ocho horas, el asesino había conseguido que le trajesen las comidas de fuera; eso duró mientras tuvo dinero; pero, poco a poco, su portamonedas se había vaciado, y Gurn tuvo que resignarse al régimen de la prisión.

Gurn, deseando hacer un poco de ejercicio, recorría sin parar el patio.

—¡Caramba! —exclamó de repente alguien detrás de él, cuya respiración sofocada llegaba hasta su oído—. ¡Caramba! Gurn, camina usted bastante de prisa. Yo, que venía a hacerle un poco de compañía, no puedo seguirle...

Gurn se volvió y vio el uniforme de un guardián de prisión: era Siegenthal, el carcelero nombrado para su división y especialmente encargado de su vigilancia.

—¡Palabra! Se diría que ha servido usted en los Cazadores de Infantería... ¡Je! Yo también he pertenecido a esa arma de escogidos... en otro tiempo...

Pero el carcelero se interrumpió y, de repente, observó:

—Al hecho, monsieur. ¿Ha sido usted militar también, Gurn? He oído decir que en el Transvaal ganó el grado de sargento en el campo de batalla.

Gurn movió la cabeza afirmativamente.

—Yo —concluyó papá Siegenthal, así le llamaban familiarmente en la prisión— no he sido otra cosa que cabo... He llevado siempre una vida honrada. ¿Es posible, Gurn, que un hombre como usted, que tiene aspecto formal, serio, un antiguo militar, haya podido cometer un crimen semejante?...

Gurn bajó los ojos sin responder; Siegenthal le puso la mano en el hombro, con aire de protección.

—Veamos —dijo paternalmente—: es una historia de mujer, ¿eh? Un crimen pasional, en un rapto de locura, ¿no es verdad?

Gurn alzó los hombros, sinceramente confesó:

—A fe mía, no, monsieur Siegenthal; es preciso que lo confiese. He matado

únicamente por cólera, por necesidad de dinero..., por robar...

Siegenthal miró a su prisionero con aire estupefacto; su rostro se oscureció. Decididamente, este hombre estaba muy degenerado, perdido...

Un reloj sonó. Con un tono imperioso, de mando, Siegenthal ordenó:

—¡Vamos, Gurn, es la hora! ¡Entremos!

Impasible, Gurn, deteniendo su paseo, tomó con su carcelero la dirección de la celda.

—Al hecho —anunció Siegenthal, mientras subía con Gurn los tres pisos que llevaban a la división, de la que dependía el prisionero—. Al hecho, no le he dicho que vamos a separarnos...

Gurn interrogó:

—¿Me cambian de prisión?

—No, soy yo quien se va. Figúrese que he sido nombrado carcelero-jefe en Posay; está firmado desde anteayer. He recibido la comunicación esta mañana; esta tarde marcho con permiso y dentro de ocho días me incorporaré a mi nuevo puesto.

—¿Está usted satisfecho de este cambio?

—A fe mía, más bien sí —replicó Siegenthal—. Hace mucho tiempo que esperaba este nombramiento. En fin, ha venido de golpe... ¡Oh! Estaré más tranquilo.

El prisionero y su carcelero habían llegado al tercer piso de la cárcel; con paso regular, militar, seguían un interminable pasillo, con innumerables celdas a uno y otro lado.

Delante de la puerta 127, se pararon los dos. El carcelero quitó el pestillo.

—¡Entre! —ordenó a Gurn, que obedeció.

Siegenthal se retiró.

Solo, en la celda, Gurn reflexionaba.

Gurn había confesado a monsieur Fuselier todo cuanto éste deseaba sobre el homicidio. Sí, él había matado a lord Beltham. Pero Gurn se defendía, débilmente por otra parte, de haber tenido intención de robarle.

—Fue a continuación de una discusión de intereses —decía— cuando, ofendido por el rico aristócrata inglés, se había dejado llevar de una cólera violenta hacia él, le había amenazado y, al defenderse, le había matado.

Una voz sonora resonó en el pasillo, un carcelero anunció:

—Celda ciento veintisiete, prepárese; le llaman del locutorio de los abogados.

Algunos segundos después la puerta de la celda 127 se abrió, dando acceso a un carcelero de aspecto jovial y acento gascón. Gurn lo había observado. Era el carcelero segundo de su división, un tal Nibet, que sin duda ascendería con motivo de la marcha de Siegenthal.

Gurn respondió refunfuñando y se puso de prisa la chaqueta. El asesino de lord Beltham no tenía que entrevistarse más que con su abogado, el célebre profesor Barberoux, una de las glorias del Foro, el especialista de las audiencias de lo criminal, del que Gurn había juzgado prudente asegurar su concurso, tanto más

cuanto que éste le había sido ofrecido a título completamente gratuito.

Gurn había contado todo a su defensor, al menos lo que había querido contarle.

No quería que el asunto hiciese ruido, sino al contrario. Cuanto más pudiese pasar inadvertido el proceso, mejor sería.

Gurn, sin decir ni una palabra, resignado, precedía por el pasillo al carcelero Nibet, encaminándose como antiguo concurrente que era ya, hacia la celda que la administración había hecho reservar para servir de locutorio a los abogados.

Mientras que recorría este breve camino, los albañiles que efectuaban trabajos en la prisión dejaron de trabajar para verle pasar; pero, contrariamente al temor que tenía Gurn, que no quería de ninguna manera ser conocido, los obreros no lo identificaron. Nibet empujó a Gurn al locutorio de los abogados, diciendo con tono muy respetuoso al personaje que se encontraba ya allí:

—No tendrá más que llamar, profesor, cuando haya terminado.

Gurn se vio de repente en presencia, no de su defensor, sino del joven secretario del abogado, monsieur Roger de Seras, pasante imberbe de una elegancia refinada, de una originalidad innegable.

Roger de Seras, al ver al cliente de su patrón, había acudido solícito. Saludó a Gurn con una sonrisa agradable y se adelantó como para darle la mano; después, estimando el gesto demasiado familiar, puso súbitamente semblante halagüeño...

Gurn, que había notado estos pequeños manejos, no se ofendió; al contrario, estaba dispuesto a reírse. Por otra parte, la visita no duraría mucho tiempo.

Monsieur Roger de Seras se excusó como hombre de mundo acostumbrado a las mejores maneras.

—Usted me perdonará —declaró con la voz aguda que atronaba cada lunes en la conferencia de los abogados—, usted me perdonará que no me quede más que unos instantes, pero estoy horriblemente ocupado en este momento. Además, dos señoras me esperan abajo, en mi coche... Se lo puedo confiar, son dos artistas de varietés: mesdemoiselles de Verneuil y Lucette de Langy. Figúrese que querían verle a toda costa. Monsieur Gurn, esto es lo que se llama celebridad.

Gurn movió la cabeza, medianamente halagado.

Roger de Seras continuó:

—Por complacerle, he hecho diligencia tras diligencia. Tal como usted me ve salgo de ver al director de la cárcel... ¡Pues bien: no hay nada que hacer, querido! Ha estado de una dureza... A eso tiende también la actitud de Fuselier. Este animal de juez quiere guardarle en el secreto más riguroso. Por otra parte, ¿sabe usted alguna cosa?

Gurn, silencioso, alzó los hombros con indiferencia.

Y para aligerar la visita que, a su modo de ver, se eternizaba, preguntó:

—¿No hay nada nuevo de mi asunto?

—Absolutamente nada, que yo sepa —respondió Roger de Seras.

Después, divertido de repente:

—Usted sabe; lady Beltham...

—¿Qué pasa? —preguntó Gurn.

—¡Pues bien: yo la conozco!... Yo estoy mucho con el mundo oficial y con la colonia extranjera. La he visto muchas veces, en los salones. Es una mujer encantadora lady Beltham.

Gurn, desconcertado, no sabía qué actitud tomar frente a un hombre, decididamente, cada vez más imbécil. Seguramente iba a poner en su sitio con una palabra al torpe charlatán; pero este, mientras que al fin se preparaba para marcharse, recordó, algo bruscamente:

—¡Ah! —dijo estallando de risa—. ¡Iba a olvidar lo más importante! Figúrese que Juve, ese animal de Juve, que está a un paso de convertirse en héroe... ha ido ayer, por la tarde, a hacer una investigación suplementaria en su domicilio de usted.

—¿Solo? —interrogó Gurn, interesado.

—Solo. Ahora bien: ¿le digo lo que ha descubierto en su casa, donde, sin embargo, va se había registrado bien; lo que él ha descubierto de sensacional en su casa, se entiende? Mire: le apuesto a que no lo adivina.

—¡Yo no apuesto nunca! —replicó Gurn.

El joven pasante, muy ufano por haber fijado un instante la atención del célebre cliente de su patrón, hizo una pausa, movió la cabeza y, pesando sus palabras, dijo:

—Ha descubierto, querido, en su biblioteca... un mapa Taride medio deshecho...

—¿Y qué? —preguntó Gurn, cuyo rostro se contrajo.

—Pues que —dijo el joven profesor, sin notar la fisonomía del asesino— eso pareció a los ojos de Juve de importancia considerable... Entre nosotros, le confieso que Juve, a fuerza de hacerse el astuto, acaba por parecer imbécil. ¿En qué puede modificar su caso el descubrimiento de ese mapa? A este propósito, no tiene que preocuparse nada. Estoy acostumbrado a los procesos criminales: existen las circunstancias atenuantes, puede estar seguro, pero...

Y pasando bruscamente de una idea a otra:

—¡Otra novedad! Vamos a oír a un nuevo testigo, para la instrucción...

Gurn puso ojos de asombro.

—¿Un nuevo testigo? —preguntó.

—¡Sí!... ¡Sí!..., un nuevo testigo que se llama..., espere... ¿Cómo se llama?... Dollon..., el mayordomo Dollon...

—No comprendo —murmuró Gurn, con la cabeza inclinada y los ojos mirando al cielo.

El pasante prosiguió:

—¡Espere! Le digo que hay un vínculo. El mayordomo Dollon es uno de los criados de una señora que se llama madame la baronesa de Vibray...

—¿Y qué?

—La baronesa de Vibray —continuó Roger de Seras— no es otra que la tutora de esa joven que se encontraba precisamente en casa de lady Beltham el día, la noche en

que usted..., usted..., en fin, mademoiselle Thérèse Auvernois...

—¿Y qué más? —continuó Gurn con tono indiferente.

—¿Qué más? —repitió el pasante—. ¡Caramba!, no sé... Mademoiselle Thérèse Auvernois ha sido colocada con lady Beltham por monsieur Etienne Rambert... Monsieur Etienne Rambert no es otro que el padre del joven que asesinó, el año pasado, a la marquesa de Langrune... Le cuento estas cosas sin sacar deducciones, pues no comprendo apenas por qué se ha hecho venir a nuestro proceso al mayordomo Dollon...

—¡Ni yo tampoco! —suspiró Gurn.

Durante algunos instantes los dos hombres se callaron.

Roger de Seras buscaba por todas partes los guantes que había perdido. Acabó por encontrarlos en el bolsillo de su chaqué.

—Querido —dijo—, le dejo. Cuando pienso que hace media hora que estamos hablando y que esas señoras me esperan...

Ya apretaba monsieur Roger de Seras el botón del timbre para que viniera a abrirle el carcelero. Gurn, bruscamente, detuvo su gesto.

—Dígame —dijo, con aire súbitamente interesado—, ¿cuándo viene ese hombre?

—¿Qué hombre?

—Ese... Dollon.

El pasante reflexionó un instante. Iba a hacer un gesto de ignorancia cuando, cambiando de opinión, respondió:

—¡Pardiez! ¡Soy un aturdido! Tengo en mi cartera la copia del telegrama que ha dirigido al juez.

—Enseñe..., enseñe —insistió Gurn.

Roger de Seras abrió su cartera, hojeó un expediente.

—Tome, aquí está...

Y pasó el telegrama a Gurn; éste lo leyó:

«Saldré de Verrieres mañana, doce de noviembre, por la tarde, en el tren de las siete y veinte. Llegaré a París a las cinco de la mañana...»

Gurn estaba, sin duda, suficientemente enterado; pareció no tener en cuenta el resto del texto...

El asesino de lord Beltham devolvió al abogado el documento sin decir una palabra.

Algunos instantes después, monsieur Roger de Seras se había reunido con sus lindas amigas y el prisionero se había reintegrado a su celda.

CÓMPLICE INESPERADO

Gurn, después de esta entrevista, iba y venía por su celda, presa de una agitación febril.

El pestillo que cerraba su calabozo se corrió. En la puerta entreabierta apareció el rostro jovial de Nibet, el nuevo carcelero.

—¡Eh, buenas tardes, Gurn! —exclamó—. Son las seis. El muchacho de la taberna de enfrente pregunta si va usted a comer.

—No —refunfuñó Gurn—. Tomaré lo corriente.

—¡Ah, ah! —prosiguió el carcelero—. Habrá que pensar, amigo, que los fondos andan escasos.

Impacientado, Gurn iba a decir al nuevo carcelero cómo le molestaba su presencia, pero éste entró furtivamente, acercándose al prisionero, y en voz baja, atrayendo la mano hacia la suya, murmuró:

—¡Toma! Coge esto...

Gurn, estupefacto, miró lo que el carcelero acababa de darle. Era un billete de banco.

Gurn iba a preguntar. El carcelero le hizo una señal para que se callara.

—Vuelvo dentro de un instante; el tiempo de encargarte una buena comida.

Solo de nuevo, Gurn respiró profundamente.

Se sentía aliviado de un gran peso...

Su amiga no le abandonaba; seguramente había sabido que él, Gurn, callando los lazos que les unían, la apartaba de una acusación atroz.

*

La puerta de la celda se abrió de nuevo.

—¡Bueno! —exclamó el carcelero, que traía en la mano una gran cesta de mimbre, conteniendo varios platos y una botella de vino—. ¡Bueno! Aquí tiene usted comida.

—A fe mía —reconoció el asesino de lord Beltham sonriendo—, tenía, después de todo, necesidad... y usted ha tenido una buena idea, monsieur Nibet, al insistir para que esta tarde mandara de nuevo a traer mi comida de fuera.

Nibet hizo un guiño significativo; supo agradecer por su tacto al prisionero.

Sin dejar de comer, Gurn hablaba con Nibet:

—¿Entonces es usted quien reemplaza a Siegenthal?

—Sí —respondió Nibet, quien, después de haber hecho algunos melindres y

asegurarse que nadie le veía, aceptaba de Gurn uno, después dos vasos de vino—. Hace mucho tiempo que había pedido la plaza. Tenía en mi expediente tres cartas de diputados de la oposición... Parece que es a éstos a quienes se hacen la mayor parte de los favores. ¡Pues bien!, a pesar de eso, ésta no llegaba nunca. Pero figúrese usted que, últimamente, me llamaron del Ministerio de Justicia; allí, un empleado me dijo que una persona de la embajada se interesaba por mí; me preguntó, yo le expliqué todo el asunto. Ahora bien: de repente, Siegenthal ha sido nombrado en Posay y yo le he sucedido.

Gurn movió la cabeza, aspirando el aire.

—¿Y... el dinero? —dijo.

Con el mismo tono, el carcelero explicó:

—Eso es más incomprensible; pero he comprendido que todo es lo mismo. Una señora me encontró en la calle la otra tarde: «¿Es usted Nibet?», me dijo ella. «Yo soy Nibet», le respondí. Hemos hablado en el borde de la acera. La calle estaba desierta. Después me puso en la mano billetes de banco, no algunos, sino un buen paquete..., y haciéndome comprender por suposiciones que ella se interesaba por mí... y por usted... y que si las cosas ocurrían como ella quería, habría aún más billetes azules bajo mano...

Gurn había observado al carcelero mientras hablaba.

El hombre, de labios gruesos y frente estrecha, encarnaba perfectamente el ser capaz de todos los apetitos. Y Gurn, juzgando inútil emplear otros rodeos, abordó claramente el asunto que le preocupaba:

—¡Yo me aburro aquí! —dijo, poniendo la mano familiarmente en el hombro del carcelero.

Éste levantó la cabeza, un poco inquieto.

—¡Caramba! No lo dudo, pero el tiempo pasa, las cosas se arreglan...

—Las cosas se arreglan cuando se las ayuda —declaró Gurn con tono imperativo—, y vamos a ayudarlas...

—Eso —dijo el carcelero— está por ver...

—Claro está que todo trabajo merece un salario y no es preciso que un carcelero arriesgue su plaza por la evasión de un prisionero.

—¡Caramba! —exclamó Nibet.

—¡No hay nada que temer, Nibet! No van a hacerse tonterías; pero, hablemos seriamente: ¿Debes encontrarte otra vez con la excelente señora que te dio el dinero?

...

Después de una vacilación, el carcelero declaró:

—Debo verla esta noche, a las once...

—¡Está bien! —continuó Gurn—. Le dirás que hacen falta diez mil francos...

—¿Diez? —empezó el carcelero, desconcertado.

—Diez mil —repitió Gurn—, y diez mil mañana por la mañana. Allí encima hay todavía mil quinientos francos míos; yo me iré mañana por la noche...

El carcelero parecía perplejo:

—¿Y si sospechan de mí?

—¡Imbécil! —dijo Gurn—. Tú te arreglarás para cometer una falta de servicio. No te quiero como cómplice. Escucha —continuó, persuasivo—, habrá además cinco mil francos para ti, y en el caso de que el asunto salga mal, no tendrás más que largarte a Inglaterra, donde tu vida estará asegurada hasta el fin de tus días.

—Tengo mujer y dos hijos...

Gurn comprendió.

—Tú y tu familia, naturalmente...

—Pero —vaciló aún el carcelero, pronto a rendirse—, ¿quién me garantiza...?

—La señora, te digo..., la señora. Toma, le darás esto.

Apresuradamente, Gurn arrancó una hoja de papel de su mamotreto y garabateó algunas líneas con lápiz:

—¡A fe mía, no digo no! —balbució el carcelero.

—Es preciso —continuó Gurn— que digas sí...

Los dos hombres se miraron fijamente, el carcelero pálido; después, al fin, declaró:

—Es sí...

*

El día siguiente era doce de noviembre. Gurn, después de haber dado su paseo diario, volvió pacíficamente a su celda.

Había pasado una noche muy agitada, preguntándose si el hombre habría podido combinar un plan de evasión simple y realizable.

Las esperanzas del asesino de lord Beltham no se vieron fallidas. Al despertar, apareció Nibet, la fisonomía misteriosa, la vista animada. Sacó de debajo de la blusa un paquetito que tendió a Gurn:

—¡Esconde eso en tu cama!...

Gurn obedeció...

La mañana pasó sin otras explicaciones. Gurn no pudo hablar a solas con Nibet.

Durante el paseo en el patio, solos entonces los dos hombres, pudieron discutir. Nibet explicó:

—Hace ya tres semanas que unos veinte albañiles trabajan en la cárcel para reparar el tejado y arreglar algunas celdas. La celda ciento veintinueve, al lado de la tuya, está desocupada. La ventana no tiene barrotes.

Por esta celda y por esta ventana, los albañiles suben al tejado. Vienen por la mañana, se van al mediodía, vuelven a la una y se van a las seis. El portero los conoce, pero no se fija cuando pasan, y posiblemente se podría salir con ellos. En el paquete que te he traído hay un pantalón y una chaqueta de obrero. No tendrás más que ponerte estas ropas... A las seis menos cuarto, los hombres que han subido al

tejado por la celda, descienden por las lumbreras de la guardilla; después suben por la escalera que conduce al archivo, pasan por delante del archivo, atraviesan los dos patios del edificio, y, por último, salen por la entrada principal. A las seis menos diez, yo te abriré, tú entrarás en la celda vecina, te deslizarás al tejado, teniendo cuidado de ocultarte detrás de las chimeneas hasta que los obreros hayan terminado su trabajo; tu espera durará, tal vez, dos o tres minutos; a los albañiles no les gusta hacer el tonto: se van puntualmente; tú saldrás con ellos... ¡No!, ¡atención!, los dejarás desfilar delante de ti y tú irás detrás, llevando una pala y un azadón sobre tu hombro, y ante el archivo, en el patio, en todos los sitios donde se te pueda notar, harás como que corres para alcanzarles; pero, bien entendido, les dejarás tomar siempre una delantera de algunos metros sobre ti... Cuando el portero de la cárcel vaya a cerrar la puerta, llamarás suavemente, pero con el aire más natural, y le dirás: «Atención, papá Morin, no quiero que me deje aquí encerrado. ¡Yo no soy de sus clientes! Déjeme reunirme con mis compañeros.» Le dirás eso u otra cosa... y, después, cuando estés fuera, ¡caramba!, muchacho, tú verás cómo te desenvuelves...

Nibet continuó:

—En el bolsillo derecho de la chaqueta, he puesto los billetes, diez billetes de cien, me habías pedido más, pero no he podido encontrar la moneda...

Gurn no insistió:

—¿A qué hora se descubrirá mi fuga?

El carcelero reflexionó:

—Yo estoy de guardia esta noche. Arregla tu almohada y tus ropas en la cama a fin de dar la sensación de estar acostado; así se admitirá que yo no he podido equivocarme... Dejo el servicio a las cinco. No hay nueva ronda antes de las ocho. Mi compañero es el que abrirá la jaula. En ese momento, tú ya estarás lejos.

Gurn movió la cabeza...

UN CRIMEN EXTRAÑO

Para estar algunos minutos más con su padre, a quien ellos amaban tiernamente, Elisabeth y Jacques Dollon decidieron acompañarle a la estación de Verrieres, donde él debía tomar el tren que le llevase a París.

Como habían llegado temprano a la estación, el anciano mayordomo hacía a sus hijos las últimas recomendaciones:

—Tú, mi pequeña Elisabeth, me vas a prometer no cansarte demasiado... Te prohíbo formalmente que te levantes temprano para ir a visitar a los pobres...

Y como la muchachita prometía ser razonable, el mayordomo se volvió hacia su hijo:

—Tú, mi pequeño Jacques, sabes lo que te he explicado en cuanto a las comisiones de las que yo te encargo durante mi ausencia. Pon mucha atención a las maniobras de las esclusas, que los jardineros descuidan fácilmente.

—Está entendido, papá.

—Por otra parte —prosiguió el mayordomo, si ocurre cualquier cosa en la propiedad, que sea importante o grave, me telegrafías, ¿comprendes?...

Entre un gran ruido de chatarra, y con el ronco jadeo de la máquina, el tren de París entró en la estación de Verrieres. El mayordomo abrazó a Jacques y Elisabeth; después, divisando un vagón de segunda clase, se dispuso a subir...

*

En el campanario de una aldea próxima, acababan de dar las tres.

Como si la tempestad que azotaba desde el comienzo de la velada, hubiese cobrado fuerza con más rabia, la lluvia golpeaba todavía más duro, el viento silbaba todavía más fuerte, curvando con sus violentas ráfagas los altos y débiles álamos que bordeaban la vía y cuya silueta, toda negra, indecisa, hacía en la sombra contornos fantásticos.

Sin embargo, a lo largo del terraplén de la línea del ferrocarril, un personaje avanzaba con una marcha regular, no pareciendo nada impresionado por el horror trágico de esta tempestad.

Era un hombre de alrededor de treinta años, bastante elegantemente vestido, con un gran abrigo impermeable, cuyo cuello, subido hasta las orejas, ocultaba la parte baja del rostro.

Luchando contra el viento que se metía en su amplio vestido, el desconocido iba caminando por los guijarros del balasto.

—¡Pésimo tiempo! —refunfuñó—. Hace años que no había visto una noche tan mala... Viento..., lluvia..., nada falta a la fiesta... ¡En fin!, no debo quejarme demasiado, puesto que esta ausencia total de luna servirá a mis proyectos.

A la luz de un relámpago, el desconocido se orientó rápidamente.

«No debo estar muy lejos del punto que he elegido», pensó.

Durante algunos minutos, el hombre caminó todavía; después, de repente, dio un suspiro de satisfacción:

—Esta vez sí que he llegado...

Comprobó que, a los dos lados de la vía, un ancho declive se erguía encajonando completamente la línea del tren que corría, de esta manera, al fondo de una zanja.

—Se está mejor aquí —dijo el hombre—. El viento pasa por encima de mi cabeza.

Se paró y puso cuidadosamente en el suelo un paquete bastante voluminoso; después, tras resoplar algunos minutos, comenzó a pasear de un lado a otro, tratando de luchar con el frío bastante intenso de la noche.

—Acaban de dar las tres —dijo—. Según el horario, no tengo nada que esperar antes de las tres y diez... ¡Bah!, es mejor llegar pronto que no tarde.

Contempló, al azar del paseo, el paquete que había dejado.

—Es más pesado de lo que pensaba y extraordinariamente molesto... ¡En fin, todo sea por Dios!

Reflexionó algunos minutos; después, hablándose a sí mismo, dijo:

—En suma, no tengo por qué inquietarme; aquí el balasto no tiene guijarros..., la hierba es espesa..., se puede correr y la vía es completamente recta. Veré desde lejos las dos linternas blancas del convoy...

Una sonrisa burlona crispaba los labios del personaje.

«De todas formas —pensaba—, ¿quién me hubiera dicho, en otro tiempo, cuando hacía el zascandil en América, que me sería tan útil haber aprendido a subir de esta manera al tren en marcha?»

Un ruido lejano, vago primeramente, le arrancó de su distracción.

—¡Atención!

En un segundo saltó junto al paquete, lo cogió, y, tras alcanzar un punto del terraplén, se acurrucó allí, escuchando, sin hacer un solo movimiento.

La línea férrea, en el sitio donde estaba acurrucado el misterioso personaje, presentaba un declive bastante pronunciado. Por la parte baja de la cuesta, en dirección hacia donde el desconocido miraba, el ruido que oyera un momento antes aumentaba, se hacía casi ensordecedor. Era el jadeo formidable, regular, poderoso, que hacen las locomotoras, mientras abordan una pendiente.

El hombre murmuró:

—Nada de equivocaciones, que mi estrella sea conmigo. He aquí el tren...

En lontananza, dos luces blancas parpadeantes se acercaban bastante rápidamente. Eran, sin duda, las linternas situadas en la delantera de una locomotora.

Mientras el tren avanzaba, el hombre, como para probar sus músculos y asegurarse de su flexibilidad, se agachaba y se levantaba.

—Ya estoy ágil de nuevo —dijo.

Con gran ruido, el convoy llegó a su altura.

Iba a una velocidad moderada, debido a la pendiente: alrededor de unos veinte kilómetros por hora.

Tan pronto como pasó la locomotora, el hombre, rápido como el rayo, ágil como un felino, se lanzó corriendo con todas sus fuerzas.

El tren, es claro, le adelantaba; sin embargo, envuelto en un remolino de aire, zarandeado, no perdía demasiado terreno y se mantenía casi a la altura de los vagones.

Ya le habían pasado el tónder, el furgón del equipaje y otros vagones de tercera clase; el desconocido, que continuaba corriendo hasta perder el aliento, vio llegar a su altura un coche de segunda clase.

La carrera vertiginosa que sostenía habría impedido a cualquier otro la menor reflexión; pero el individuo, muy ciertamente, era un atleta de primera categoría, pues desde que vio el coche de segunda clase, pareció tomar una decisión. Con un vigoroso esfuerzo, su mano agarró con fuerza el pasamanos de cobre, mientras que de un brinco saltaba sobre el estribo, donde por un prodigio de equilibrio, lograba mantenerse.

Una vez llegado a la cima de la cuesta, el tren activó su velocidad y, con gran ruido, reemprendió su carrera vertiginosa a través de la noche, a través de la tempestad, que a cada minuto parecía aumentar.

Pasaron unos segundos. El desconocido continuaba agarrado en su sitio.

Cuando hubo tomado aliento suficiente, se agachó, sentándose en el escalón más elevado y pegando el oído a la portezuela del pasillo del vagón.

—¡Nadie! —dijo—. Por otra parte, a esta hora, todo el mundo duerme... Sería una desgracia...

No acabó su pensamiento.

Arriesgando el todo por el todo, el desconocido se levantó, abrió la portezuela, teniendo cuidado, sin embargo, de que algún vaivén la hiciese crujir ruidosamente, y, algunos segundos después, se encontraba en el pasillo del coche de segunda clase.

—¡Uf! —dijo.

Se sacudió, entró algunos minutos, sin tomarse la pena de ocultarse, en el tocador próximo y se pasó el pañuelo mojado por la cara, toda ensuciada de carbón; después, con paso tranquilo y aire natural, salió del lavabo, llegó al pasillo, monologando a media voz, sin temer evidentemente que sus palabras fuesen oídas:

—¡Es pesado al fin! ¡No se puede dormir con compañeros de viaje de esta naturaleza!...

Sin dejar de hablar, seguía por los pasillos de los vagones. Cuando llegó casi a mitad del tren, el desconocido tuvo un sobresalto. En un departamento, tres viajeros

dormían.

El desconocido, aprovechando que la puerta estaba entreabierta, se deslizó al interior, sin hacer el menor ruido. Vio que el cuarto asiento estaba desocupado, y se sentó, poniendo el paquete a su lado y haciendo como que dormía.

Sin hacer el menor movimiento, esperó de esta manera más de un cuarto de hora; después, convencido que sus compañeros de viaje estaban completamente adormilados, introdujo delicadamente la mano derecha en el paquete que acababa de depositar en la banqueta junto a él. Durante un minuto pareció efectuar, en el interior del paquete, una maniobra, buscando tal vez alguna cosa; después, retirando la mano sin hacer ruido, pero sin precaución exagerada, dejó el departamento, del que cerró cuidadosamente la puerta.

Una vez llegado al pasillo, el misterioso viajero no pudo contener un suspiro de satisfacción. Sacando un cigarro del bolsillo, lo encendió.

—¡Uf! —repitió—. Hasta aquí las cosas marchan maravillosamente y puedo felicitar me de haber aprovechado lo más útilmente ese conjunto de circunstancias. Maldigo hace un momento a esta tempestad abominable, y me sirve de maravilla... Es evidente que con un tiempo como este, a nadie se le ocurrirá la idea de abrir las ventanillas...

Se paseaba de un lado a otro, comprobando a cada minuto la hora en su reloj.

«No tengo mucho tiempo —se dijo—. Importa que me apresure, o mi individuo perderá el tren.»

Como si este pensamiento fuese infinitamente agradable, el desconocido se puso a sonreír; después, extendiendo el brazo y apartando el cigarro para evitar que el humo le diese en la cara, se puso a respirar fuerte.

—Evidentemente —dijo—, hay un ligero olor nada más, pero hay que estar prevenido por si se dan cuenta...

Comprobó otra vez la hora en su reloj y añadió:

—¡Diablos! ¿Es que son frecuentes los casos de pesadillas en parecidas circunstancias?... Eso sería terrible.

Suspendió su marcha, escuchó otra vez.

Ningún ruido se oía en el interior del coche.

—¡Vamos! —dijo el personaje—. Hace veinte minutos que espero... ¡Operemos!

...

Con paso rápido alcanzó el departamento en el que se había sentado algunos minutos antes y, asegurándose con una furtiva ojeada que no había ningún viajero en el pasillo, abrió la puerta, entró y cerró. Esta vez, sin tomar precauciones, se adelantó hacia la portezuela exterior del vagón, de la que bajó el cristal.

Inclinando la cabeza para que así le diera el viento que penetraba en el departamento, el desconocido se volvió entonces y, a la luz vacilante de la lámpara del techo, casi tapada por la cortina, examinó a sus compañeros de viaje.

Los tres dormían profundamente.

El hombre lanzó una risotada.

—¡Pardiez! —monologó.

Atrajo hacia sí el paquete de mantas de su pertenencia y deslizó la mano dentro; después de alcanzar lo que él quería probablemente alcanzar, lo volvió a echar en la banqueta.

—¡Mejor que mejor! —dijo.

El desconocido, marchando entonces a través del vagón, se fijó en uno de los viajeros que se encontraba enfrente de él. Rápidamente introdujo la mano en el interior de su chaqueta, y, sacando una abultada cartera, cogió los papeles que contenía y, uno por uno, los comprobó.

Lanzó una exclamación.

—¡Vaya! ¡Lo que me temía!...

Cogió uno de los papeles, lo deslizó en el interior de su propia cartera, sacó de ésta otro trozo de papel y lo metió en la cartera de su víctima, en el lugar del documento sustraído; después de efectuada esta sustitución, volvió a colocar la cartera en su sitio, riéndose burlescamente otra vez.

El hombre que acababa de realizar este robo audaz consultó de nuevo su reloj y concluyó:

—¡Ya es tiempo!

Inclinándose por la portezuela, cuyo cristal había bajado, hizo funcionar el cerrojo de seguridad y abriendo de par en par la portezuela del departamento, cogió al viajero desvalijado por los hombros, le arrancó de la banqueta y, con toda su fuerza, lo envió a rodar a la vía.

En un segundo, y como si los minutos hubieran sido preciosos a partir de este instante, cogió de la red las maletas que pertenecían evidentemente a la víctima y los tiró también fuera.

Cuando hubo terminado su horrible trabajo, hizo aún un gesto de satisfacción.

—¡Muy bien!

Y cerrando la portezuela, pero dejando el cristal abierto, se apresuró, sin llevarse el paquete, a abandonar el departamento donde acababa de matar cobardemente, pero ¡con qué habilidad!

Los dos viajeros continuaban dormidos.

Algunos minutos después, el misterioso desconocido se había instalado en otro departamento de segunda clase, situado en cabeza del tren y al que había llegado siguiendo los pasillos que comunicaban entre sí los diferentes coches.

«¡Tengo suerte! —pensó, y se tendió a todo lo largo, en una posición cómoda para dormir—. ¡Tengo suerte! ¡Todo ha salido bien!»

Pero se estremeció violentamente: un tren venía en sentido inverso y, pasando a toda velocidad por la vía opuesta, le había causado una sorpresa desagradable. Se contuvo y prosiguió, sonriendo: «¡Pardiez! ¡Bien había dicho yo que el buen hombre no perdería su tren! Dentro de cinco minutos lo alcanzará; dentro de cinco minutos,

maletas, cadáver y toda la barahúnda serán aplastados, ¡lo que viene a pedir de boca!
...»

—¡Juvisy!... ¡Juvisy!... Dos minutos de parada...

Los empleados del tren corrían a lo largo del que acababa de parar, anunciando la estación, despertando en la madrugada (eran apenas las seis y media) a los viajeros aún dormidos. De un departamento de segunda clase, el desconocido saltó ágilmente al suelo y se dirigió hacia la salida de la estación. Tenía en la mano un pase de libre circulación que enseñó al empleado.

—Abonado —dijo.

Y rápidamente pasó.

En la calle, mientras se alejaba a grandes pasos en dirección del subterráneo que atravesaba la vía, pensaba: «Excelente idea la que tuve en otro tiempo de tomar una tarjeta de abono; eso no deja ninguna huella... Es mil veces menos peligroso que un billete, que la Policía siempre puede encontrar...»

Y, atravesando la carretera, se metió por un sendero que descendía hacia el Sena.

Sin tomar el terreno fangoso, el desconocido llegó pronto a un campo y fue a ocultarse en medio de una pequeña espesura de la orilla del río. Apenas hubo llegado, y cuando, después de inspeccionar los alrededores, se aseguró minuciosamente que nadie podía verle, se despojó de su gran abrigo, se quitó el pantalón, tiró la chaqueta, y, sacando de uno de los bolsillos del impermeable un paquete, cambió de vestimenta.

Cuando estuvo completamente dispuesto, el desconocido extendió cuidadosamente en el suelo el gabán cauchutado que llevaba algunos minutos antes y lo echó encima las piedras más grandes que pudo encontrar; después, plegando cuidadosamente la chaqueta, el pantalón y el sombrero que acababa de quitarse, hizo con el abrigo un sólido paquete, que ató con una cuerda muy fuerte.

«Ahora ya estoy completamente cambiado...»

Y, cogiendo el paquete que acababa de cerrar, lo balanceó entre los brazos y lo envió en medio del río, donde se hundió rápidamente por el lastre de las piedras.

Poco después, un albañil, llevando su traje ordinario de trabajo, se presentaba en la estación de Juvisy y pedía a la taquillera:

—¿Me hace el favor, madrecita, de un billete de tercera clase para obrero, ida y vuelta a París?

*

El ómnibus de París-Luchon acababa de atravesar las fortificaciones. La estación de Austerlitz no quedaba muy lejos.

De repente, cuando el convoy se acercaba a la estación de mercancías, y antes de llegar a la estación de viajeros, se detuvo lentamente. Sorprendidos, se inclinaron a las ventanillas. ¿Por qué esta parada?

—¿Un accidente, tal vez?

—¡Maldita compañía!

Mientras que cada uno buscaba así el motivo de esta parada, tres hombres estacionados en el borde de la vía se habían acercado al convoy y lo recorrían, examinando cuidadosamente cada portezuela.

Era un señor correctamente vestido y dos obreros del ferrocarril, que se apresuraban exageradamente a cada una de sus indicaciones.

—Mire, señor comisario —dijo, de pronto, uno de los factores—, mire. Aquí hay una portezuela cuyo pestillo de seguridad no está puesto o lo han levantado. Es el único, por otra parte, de todo el convoy...

El comisario, de una ojeada, comprobó la exactitud de la advertencia.

—En efecto —dijo.

Y, cogiendo la empuñadura, abrió el departamento, en el cual subió; dos viajeros se dedicaban a cerrar sus maletas. Ambos volvieron la cabeza con un mismo movimiento, asombrados de que alguien montase en un sitio semejante.

—Señores —comenzó el que había llegado—, ustedes excusarán mi visita en razón de mi cargo...

Y, entreabriendo su levita, dejó ver el paño de una banda tricolor.

—Soy el comisario especial de la estación de Austerlitz —dijo— y encargado de hacer una indagación muy minuciosa, relacionada con un cadáver encontrado en la vía, en los alrededores de Brétigny, como así se nos acaba de informar por telegrama, cadáver que probablemente se ha caído del tren en que ustedes se encuentran...

Los dos viajeros le miraron, estupefactos.

—¡Ah!, es horroroso —dijo uno—. Señor comisario, justamente esta noche, mientras el señor y yo dormíamos, uno de nuestros compañeros de viaje ha desaparecido... Yo lo he hecho notar, pero el señor me dijo que, sin duda, habría bajado durante nuestro sueño en una parada cualquiera...

El comisario, vivamente interesado, preguntó:

—¿Cuáles eran las señas de ese viajero?

—Bastante fácilmente identificable, señor comisario: patillas..., una corpulencia bastante fuerte; podía tener unos sesenta años...

El comisario de Policía interrumpió:

—¿No se extrañaría usted si se lo señalasen como encargado de hotel?

—No, eso parecía ser.

—Es el hombre del cual se ha encontrado el cadáver entonces... Pero —continuó el comisario— no sé si debo creer en un suicidio o en un crimen, señores; pues han descubierto en la vía varias maletas... Un suicida no hubiera tirado sus cosas... Un ladrón no hubiera tenido ningún interés en desembarazarse de ellas...

Uno de los viajeros, aquel que no había dicho todavía nada, interrumpió al comisario:

—Está usted equivocado, señor. Todo no ha sido lanzado a la vía...

Y designó con la mano un paquete de mantas depositado sobre la banqueta.

—Yo creía que esto pertenecía al señor —señaló al otro viajero—, pero acaba de decirme él mismo que este paquete no es de él...

El comisario rápidamente desató las correas.

Retrocedió, estupefacto.

—¡Caramba! —dijo—. Una botella de ácido carbónico..., de ácido carbónico licuado... ¿Qué quiere decir esto?

Mientras pensaba, aturdido, preguntó:

—¿Este paquete era del *maître d'hôtel* desaparecido?...

Los dos viajeros dijeron «no» con la cabeza.

—No creo —explicó uno de ellos—; yo hubiese notado esta manta escocesa, ciertamente; pero nada he visto.

—¿Habrá ocupado un sitio en este departamento un cuarto viajero?

—No —respondió uno de los interlocutores—. Hemos viajado solos...

Pero el segundo viajero movió la cabeza.

—Es raro —dijo—. No estoy seguro; pero me pregunto, en efecto, si esta noche, mientras dormíamos, no se habrá introducido alguien en nuestro departamento. Yo he tenido una vaga sensación...

Por un instante el comisario permaneció silencioso.

—Han tenido ustedes, creo yo, mucha suerte de escapar, señores, al golpe de ese asesino... No veo todavía muy bien cómo ha matado, pero adivino que ha dado pruebas de una audacia inverosímil... Además...

El comisario se asomó a la ventanilla y gritó a un factor:

—¡Haga usted que detengan el convoy!

TRES ACCIDENTES SORPRENDENTES

Al final de la noche del 12 al 13 de noviembre, Nibet dejó su servicio. Había vuelto a su casa a las cinco de la mañana y se había acostado al instante, ya que no debía volver a la cárcel hasta el mediodía.

De ordinario, el carcelero, después de una noche en blanco, dormía con sueño profundo; pero este día, después de media hora de sopor, se despertó y no pudo volver a cerrar un ojo.

Nibet estaba inquieto por las consecuencias que iba a tener la evasión de Gurn, a la cual tan claramente había colaborado.

No pudiendo dormir, Nibet se levantó. Eran las once y media. Seguramente, a esta hora se sabía en la cárcel que Gurn se había escapado. El carcelero de día habría ido la primera vez hacia las siete, para ordenarle que se levantara. Tal vez no se hubiese apercibido de nada en ese momento; pero, una hora después, al llevar la sopa a los prisioneros, habría visto que la celda estaba vacía, y entonces...

Cuando bajaba de su pequeño apartamento de la calle de la Glaciere y se acercaba a la cárcel, Nibet, en el momento en que no estaba más que a algunos cientos de metros de la Santé, vio venir en su dirección al equipo de albañiles que se iban a comer.

Nibet atravesó la acera, fue hacia ellos, esperando que al encontrarle le diesen alguna noticia. Pero los obreros pasaron por su lado, callados. Algunos le dirigieron con el gesto un saludo indiferente. Ninguno le habló de lo que esperaba. Nibet concibió cierta alarma.

«¿Es que la consigna será ya sospechar de mí?...»

Pero cambió de opinión:

«¡Qué bestia soy! Es evidente que ni los compañeros, ni la dirección, van a dar a conocer a los albañiles la evasión de Gurn.»

Nibet, al pasar ante el portero, notó que le palpitaba el corazón.

¿Qué iría a decirle el tío Morin?

El tío Morin estaba muy ocupado tratando de hacer marchar el horno de la cocina, que no funcionaba y cuyo humo se esparcía por la habitación en lugar de salir por la chimenea. La silueta desabrida del tío Morin apareció en un claro, y cuando Nibet le dio los buenos días, el conserje le respondió con un saludo distraído sin comentarios.

«¡Cáspita!», pensó Nibet.

Atravesó el patio de honor, al extremo del cual daban las oficinas del archivo.

Por las ventanas del exterior, Nibet vio a los empleados. Muy pocos estaban trabajando, la mayor parte leían los periódicos, nadie parecía preocupado.

Nibet se presentó al portero de servicio de los carceleros y pasó sin decir palabra.

En este momento el cómplice de Gurn estaba de tal manera enervado, inquieto, que por poco hubiera cogido a todos los colegas que veía aquí y allá, sin estar ocupados, y les habría interrogado.

¿Cómo la fuga de un prisionero tan importante como el asesino de lord Beltham no causaba ninguna emoción?

Nibet, sin embargo, para no despertar sospechas, tuvo bastante serenidad para subir despacio, como de ordinario.

Con paso en apariencia tranquilo y cadencioso, llegó en el momento en que daban las doce del día. Nibet era de una exactitud militar, ni antes ni después.

—Colas —dijo, interpelando a su colega—, aquí estoy ya. Puedes irte.

—Está bien —respondió el carcelero—. Hasta luego, entonces. Ya no volveré hasta las seis de la tarde.

Colas se alejaba.

—¿Nada nuevo? —preguntó Nibet con un tono que trataba que fuese lo más indiferente posible.

Colas respondió con toda naturalidad:

—Nada.

Y se marchó.

Dos segundos después, Nibet, no pudiendo aguantar más, fue rápidamente, a despecho de toda prudencia, a la celda de Gurn y la abrió.

Nibet no pudo contener un grito de estupefacción.

Gurn estaba allí, sentado al pie de su cama.

El asesino de lord Beltham, con las piernas cruzadas y un carnet sobre las rodillas, tomaba notas con la más escrupulosa atención; apenas si pareció darse cuenta de la irrupción de Nibet en su celda.

—¡Vamos! —murmuró este, desconcertado del todo—. ¡Vamos! ¿Estás entonces aquí?

Gurn levantó la cabeza, teniendo cuidado de adoptar un aire enigmático. Respondió:

—Aquí estoy.

Nibet, pálido, tuvo que apoyarse en la pared para no desfallecer.

Gurn, que le miraba, tomó al fin la palabra y le tranquilizó con una sonrisa.

—No hace falta que te sorprendas ni que tengas ese aspecto tan abatido; yo estoy aquí..., eso no tiene ninguna importancia. Supongamos que no hayamos dicho nada ayer, ¡y eso es todo!...

—¡Vamos! Entonces, ¿no te has ido? —repitió Nibet.

—No —confirmó Gurn—, y, puesto que eso te interesa tanto, te diré que he tenido miedo, en el último momento, de arriesgarme a la aventura...

Nibet, con su mirada perspicaz, había inventariado la celda en todos los escondrijos. Vio, debajo del lavabo, el paquetito de ropa que la víspera llevara al prisionero. Nibet estimó que era preciso, ante todo, hacer desaparecer esos

comprometedores objetos cuya presencia en la celda de Gurn aparecería singularmente sospechosa, si por casualidad se descubrían.

Gurn le dejó hacer; pero Nibet, que se estaba apoderando del paquete, ocultándolo rápidamente bajo su chaqueta, lanzó un grito de asombro... Una fría humedad pasaba a través del papel que envolvía los vestidos. Tocándolos con la mano, Nibet pudo apreciar que estaban mojados bajo su frágil envoltura.

—¡Gurn —reprochó Nibet—, tú has dado el golpe! Estos vestidos están mojados; seguramente has estado fuera esta noche, si no los trastos estarían intactos...

Gurn dedicó una simpática mirada al carcelero y, sonriéndole, declaró:

—¡No demasiado mal! No demasiado mal razonado, para un simple carcelero.

Como Nibet iba a proseguir su encuesta, Gurn, previendo sus preguntas, le confesó, de repente:

—¡Pues bien! Sí; intenté salir y fui hasta el archivo anoche. Pero, en el último momento, tuve mucho miedo. Entonces subí al tejado; solo que, cuando llegué a la celda ciento veintinueve, me fue imposible alcanzar la mía, pues, como sabes, la puerta de la ciento veintinueve está cerrada por un pestillo exterior. Para evitar una sorpresa, volví a subir al tejado, y he pasado allí la noche. Después, al amanecer, en el momento en que las rondas son más raras y los carceleros están más adormilados, aprovechando el desorden momentáneo creado por el retorno de los obreros, bajé del tejado en el momento en que éstos subían allí. Cuando me encontré en el piso de mi pasillo, aprovechando otra vez el momento en que no había nadie, lo recorrí y entré en mi celda...

Nibet, durante la explicación algo verosímil que le daba Gurn, reflexionaba.

En el fondo, era mejor que fuese así; pero también el carcelero se preguntaba cómo tomaría la cosa la gran dama misteriosa que pagaba tan bien.

Ingenuamente, Nibet confió sus inquietudes al prisionero.

Gurn estalló de risa; después, tranquilizando al instante a Nibet, declaró:

—No está todo terminado. El asunto, por el contrario, empieza. ¿Quién sabe si hemos querido simplemente probarte, darnos cuenta de tu capacidad?... Tranquilízate, Nibet; si Gurn está en la cárcel en este momento es porque tiene sus razones.

*

En el Palacio de Justicia, monsieur Fuselier se encontraba conferenciando con Juve.

—Se lo repito, señor juez —declaró este—, se lo repito: yo doy al descubrimiento de este mapa Taride una extrema importancia...

—¿De verdad?

Juve prosiguió:

—He aquí por qué: si no recuerdo mal, hace alrededor de un año, cuando yo me

ocupaba del asesinato de la marquesa de Langrune, en el castillo de Beaulieu, en el Lot, descubrí, registrando los alrededores, un trocito de mapa, de mapa Taride me parece, que representaba precisamente la región en la cual me encontraba. Llevé esta pieza al juez de instrucción encargado del asunto, monsieur De Presles. Este magistrado no creyó que debía dar importancia a este documento. Yo mismo lo estimé en aquel momento que no constituía para nosotros ningún nuevo elemento de prueba.

—¡En efecto! —concluyó monsieur Fuselier—. Encontrar en una región un mapa o un pedazo de mapa relativo a esa región, tiene poco interés.

Juve sonrió.

—Usted me da exactamente, monsieur Fuselier, el mismo razonamiento que me dio monsieur De Presles; sin embargo, le responderé lo mismo que le respondí a él; a saber, que si algún día se encontrara el otro trozo de mapa que viniera a completar este primer trozo, que si se averiguara el propietario de uno y otro de estos dos pedazos, habría allí un elemento bastante formal para permitir encadenar un razonamiento...

—¡Encadénele! —sugirió monsieur Fuselier.

—¡Oh! Es muy sencillo —dijo Juve—. El trozo de mapa número uno, encontrado en Beaulieu, pertenecía a X... Es asunto decidido. Yo no conocía a X..., pero encuentro en París, en casa de Gurn, el pedazo de mapa número dos, que pertenece a Gurn; si ocurre, como creo yo, que los dos trozos de mapa, yuxtapuestos el uno al otro, constituyen un todo, concluiré lógicamente que X..., que fue poseedor del pedazo número uno, no es otro que el poseedor del número dos; por consiguiente, que X... es Gurn.

—¿Cómo lo sabrá usted?

—Es para saberlo —observó Juve— por lo que hemos decidido que venga Dollon, el mayordomo de la difunta marquesa de Langrune. Si, por fortuna, posee aún ese pedazo de mapa, nada será más fácil que entregarse a la identificación que acabo de indicarle...

—¡Sea! —dijo monsieur Fuselier—. Pero si usted acierta, ¿le dará a eso una extrema importancia? De este simple hecho, ¿podrá deducir que Gurn y el asesino de la marquesa de Langrune no son más que uno?... Es muy atrevido...

Monsieur Fuselier quería tratar aún con Juve de otros casos cuya instrucción llevaban juntos, pero el escribano del magistrado, sin el menor escrúpulo, interrumpió la conversación.

—Señor juez —observó—, son las dos. Tiene usted que oír a varios acusados, y después, una serie de testigos...

—¡Justamente! —reconoció monsieur Fuselier.

El escribano había colocado ante el magistrado dos voluminosos informes y esperaba una seña para ir a la puerta que daba al pasillo y llamar a la gente convocada.

El primer informe llamó la atención de Juve. Había leído en la cubierta: «Asunto del Royal-Palace.»

—¿Nada nuevo —preguntó— de los robos de Rosen y Sonia Danidoff?

Y como el magistrado moviese negativamente la cabeza, Juve prosiguió:

—Va usted a interrogar a Muller, el guardián de noche, ¿verdad?

—Sí —replicó el magistrado.

—¡Pues bien! —insistió Juve—. ¿Quiere hacerme un favor? Interrogue a continuación a Gurn sobre el asunto Beltham...

—Perfectamente.

—Yo le pediría que, después, careara a los dos individuos en mi presencia...

Monsieur Fuselier miró a Juve con sorpresa. ¿Qué relación podían tener esos dos asuntos, tan desemejantes, tan diferentes?

Puede ser que Juve, con su manía de querer relacionar todos los dramas, fuese, esta vez, un poco demasiado lejos.

—¿Tiene usted alguna idea? —preguntó monsieur Fuselier.

—Tengo —sonrió Juve— una cicatriz debajo de la mano...

Y como el magistrado no comprendiese, Juve en dos palabras le puso al corriente.

—Sabemos que el misterioso autor del asunto del Palace, cuando cortó los hilos eléctricos en el cuarto de baño de Sonia Danidoff, se quemó bastante gravemente en la mano, a consecuencia de una chispa eléctrica; ahora bien: mientras yo buscaba, hace apenas algunas semanas, a un individuo que llevara una cicatriz en el sitio en que le acabo de indicar, me señalaron uno que vagabundeaba por las pocilgas. Hice seguir a ese hombre e iba a detenerle la noche misma del día en que la operación comenzó, cuando me di cuenta, no sin cierto asombro, que el hombre que me habían indicado que tenía en la palma de la mano una quemadura sospechosa, ¡no era otro que Gurn! Gurn, que se me escapó esa vez, fue cogido en seguida, y yo he visto que lleva, indiscutiblemente, en la palma de la mano derecha una cicatriz que se borra cada vez más. La herida fue solo superficial. ¿Comprenda ahora mi idea?

—La apruebo, tanto más cuanto que debo tener, en este momento, a los dos individuos aquí —exclamó monsieur Fuselier—. Voy, en primer lugar, hacer entrar a Muller. ¿Qué piensa usted?

Juve se inclinó.

—... En fin —insistía todavía el juez, acabando el interrogatorio del vigilante—, ¿persiste usted aún en no confesar? ¿Mantiene usted que esa orden, sorprendente, de dejar salir al muchacho pelirrojo, la dio usted con la mejor fe del mundo?

—¡Sí y sí, señor juez! —replicaba el vigilante—. Había allí precisamente esa noche uno nuevo entre el personal de los mozos encargados de los cuartos. Ahora bien: yo no le conocía aún. Cuando vi a ese desconocido..., le tomé por el camarero ajustado la víspera...

—No podemos acusarle más que de complicidad —continuó el juez—, pues la persona que tocó los aparatos eléctricos se quemó la mano; es excelente para su

defensa... Usted pretende, además, que si le presentaran al culpable, usted le reconocería.

—Sí, ciertamente, señor juez.

—¡Bien! —concluyó monsieur Fuselier.

Con una seña, el magistrado invitó al escribano a introducir otro personaje.

El escribano comprendió.

Gurn, entre dos guardias municipales, entró en la pieza, seguido del abogado pasante, monsieur Roger de Seras, que reemplazaba a su patrón.

Apenas había llegado Gurn a la ventana por donde entraba la luz, cuando monsieur Fuselier ordenó bruscamente:

—¡Muller, dese la vuelta! ¡Mire a ese hombre!

Muller obedeció.

El vigilante miró con azoramiento, y sin comprender, la cabeza enérgica, la silueta armoniosa y musculosa del asesino de lord Beltham.

—¿Reconoce usted a este hombre? —preguntó el magistrado, dirigiéndose a Muller.

—No, señor...

—Gurn —ordenó monsieur Fuselier—, abra la mano derecha, enséñela...

Después, dirigiéndose de nuevo a Muller, dijo:

—El individuo, con el que usted se está confrontando, parece haber estado herido, quemado en la palma de la mano, como así lo prueba la cicatriz. ¿No recuerda si este hombre se ha presentado ante usted, en un momento cualquiera, en el Royal-Palace?

Muller miró otra vez a Gurn con persistencia.

—A fe mía, señor —replicó—, tendría interés en reconocerlo; pero, sinceramente, no, no lo reconozco.

Monsieur Fuselier habló en voz baja con Juve; los dos hombres parecían estar de acuerdo. Su conversación no duró más que algunos momentos.

Monsieur Fuselier volvió a su escritorio; después, dirigiéndose al vigilante, declaró:

—Muller, la Justicia le agradece su franqueza. Le comunico que está usted en libertad provisional; sin embargo, queda a disposición de la Justicia.

—¡Oh, señor, señor! —exclamó el vigilante, cuyo rostro se alegró de repente.

Pero ante un gesto del magistrado, los municipales se lo llevaron.

Monsieur Fuselier se volvió hacia el otro acusado. El asunto Gurn le parecía mucho más grave, mucho más interesante.

—Gurn —comenzó el magistrado—, ¿podría decirme en qué ha empleado el tiempo durante la segunda quincena de diciembre del año último?

Gurn esbozó un gesto vago, sorprendido por la pregunta hecha a boca de jarro. Monsieur Fuselier, esperando tal vez un golpe teatral, iba a ordenar que introdujeran al mayordomo Dollon, cuando un golpe discreto dado en la puerta del despacho le interrumpió. El escribano fue a abrir. La silueta de un gendarme se perfiló en la

puerta entreabierta.

A la primera palabra que pronunció el militar, el escribano no pudo contener un grito de estupefacción; el anciano empleado se volvió al instante hacia el magistrado.

—¡Monsieur Fuselier!... ¡Monsieur Fuselier! —murmuró—. Escuche... Acaban de decirme...

Pero el gendarme había entrado. Llevando respetuosamente la mano al quepis, tendió al magistrado una carta. Monsieur Fuselier rasgó el sobre y leyó:

«A monsieur Germain Fuselier, juez encargado de la instrucción, en su despacho del Palacio de Justicia, París.

»El señor comisario especial de la estación de Brétigny tiene el honor de informar a usted que ha sido descubierto esta mañana a las ocho, por los agentes de reconocimiento, en la vía del ferrocarril, a cinco kilómetros de Brétigny, viniendo de Orleáns, el cadáver de un hombre que ha sido víctima, o bien de un accidente, o bien de un crimen, y que seguramente cayó del tren cuando se dirigía a París. El cadáver, mutilado por un tren que venía en sentido inverso, ha sido difícilmente identificado; sin embargo, los papeles recogidos al muerto han demostrado que se llamaba Dollon e iba a París a visitar a usted, como resulta de la convocatoria encontrada en el bolsillo.

»Nosotros hemos sido puestos muy tarde al corriente de los hechos más arriba delatados. Hemos sabido que los viajeros, que descendían del tren que llega a las cinco a la estación de Austerlitz, han sido interrogados y puestos después en libertad. Tal vez usted esté ya informado. Hemos creído, no obstante, después de haber registrado el cadáver, que debíamos tenerle al corriente de esta identificación, y es por lo que hemos pedido un gendarme a la gendarmería de Brétigny para encargarle la misión de que le haga llegar las noticias contenidas en esta carta.»

Monsieur Fuselier, que había palidecido de emoción por la lectura de esta extraordinaria misiva, la tendió a Juve.

Con prisa febril, éste se enteró del contenido antes de interrogar al gendarme:

—Dígame, gendarme, ¿sabe usted lo que se ha hecho? ¿Sabe si los papeles de ese hombre han sido identificados, conservados?...

El gendarme no sabía nada.

Juve, estrechando la mano del magistrado, murmuró:

—Salgo para Brétigny sin perder un segundo...

Durante toda la duración de este incidente, monsieur Roger de Seras no había entendido nada de lo que pasaba.

En cuanto a Gurn, su rostro había permanecido impenetrable, impassible.

LA AUDIENCIA DE LO CRIMINAL

Habiendo acabado su declaración el testigo anterior, el señor consejero de Astorg, que dirigía los debates, se volvió hacia el ujier de la audiencia y ordenó:

—¡Haga entrar a lady Beltham!

Mientras que el ujier, obedeciendo las órdenes del presidente, se levantaba y llegaba a la pequeña puerta, por donde penetrarían sucesivamente en el estrado cada uno de los testigos citados, un vivo movimiento de curiosidad se dibujaba entre los espectadores que habían acudido a esta sensacional audiencia.

Todas las personalidades conocidas del bulevar, todos los que se precian de pertenecer al «todo-París», habían intrigado para obtener una plaza en estos debates, por ver, en una palabra, juzgar al miserable Gurn, asesino de lord Beltham, antiguo embajador, personaje conocido, de alcurnia, cuya muerte había levantado, mas de dos años antes, viva emoción.

La atención sobreexcitada de los espectadores no había podido encontrar materia de sensacional ansiedad en las primeras formalidades del proceso.

El acta de acusación, leída por el escribano, había sido casi ininteligible. No relataba, por otra parte, más que hechos conocidos, publicados por la Prensa...

El interrogatorio del acusado, de ese Gurn que permanecía extrañamente impasible en el banco de la infamia, no había tenido un vivo interés.

Gurn, además, desde los primeros días de su encarcelamiento, había confesado la realidad del crimen que se le atribuía; se había reconocido culpable. No había tenido, pues, que añadir gran cosa a sus anteriores declaraciones ni a la insistencia que había puesto el presidente del tribunal para hacerle precisar ciertos detalles que permanecían misteriosos, en apariencia, en cuanto a su identidad, en cuanto a los motivos que le habían determinado a intentar después la peligrosa visita en el curso de la cual el inspector Juve había tenido la fortuna de aprehenderlo.

El testimonio de lady Beltham prometía en cambio ser cautivante.

Estaba ella, en efecto, muy seductora, envuelta en amplios vestidos de luto. Era una mujer joven, graciosa, muy pálida, simpática, hasta tal punto que el auditorio olvidaba las maledicencias para no ocuparse más que de la declaración que ella iba a hacer, de las respuestas que daría al presidente del tribunal de lo criminal.

El ujier condujo a lady Beltham hasta la barra semicircular situada en el centro del estrado, a la altura de la tribuna de los jurados, donde los testigos hacían su declaración.

—Haga el favor de quitarse los guantes, señora —dijo. Después, según la fórmula, preguntó—: ¿Jura decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad? ¿Hablar sin rencor y sin temor?

El ujier apuntó:

—Responda: «Lo juro.»

Con voz temblorosa, pero bellamente timbrada, lady Beltham, levantando la mano derecha, dijo:

—¡Lo juro!

El presidente, testigo de la emoción de la joven, suavizó en su favor el tono un poco rudo que usaba para dirigirse a los testigos:

—¡Tranquilícese, señora!... Siento estar obligado a someterla a este interrogatorio, pero el interés sagrado de la justicia lo exige... Veamos... usted es, ¿no es así?, lady Beltham, viuda de lord Beltham, de nacionalidad inglesa, que reside en París, en su hotel de Neuilly.

—Sí, señor presidente.

—¿Quiere usted volverse, señora, y decirme si reconoce al hombre que se encuentra en el banco de los acusados?

Lady Beltham obedeció al presidente y, lanzando una rápida mirada a Gurn, respondió:

—Sí, señor presidente. Conozco al acusado, se llama Gurn...

—Perfecto, señora. ¿Podría decirme, en primer lugar, de dónde lo conoce?

—Cuando mi marido, lord Beltham, estaba en el Transvaal, señor presidente, en la época de la guerra contra los boers, Gurn era sargento en el ejército regular. Fue, entonces, cuando nos encontramos.

—¿Le trató usted mucho en esa época?

—Vi muy poco a Gurn en el Transvaal, señor presidente. Los azares de la campaña hicieron que yo conozca su nombre; pero su mismo grado, la situación de mi marido, limitaban forzosamente las relaciones que yo podía tener con un simple sargento...

El presidente prosiguió:

—En efecto, Gurn era sargento... Y después de la guerra, señora, ¿volvió usted a ver al acusado?

—Inmediatamente después de la campaña, sí, señor presidente. Mi marido y yo regresamos a Inglaterra en el mismo paquebote que Gurn...

—¿Le trató a bordo?

—No, señor presidente. Nosotros éramos pasajeros de primera clase; él iba, creo, en segunda... Mi marido le vio por azar, le reconoció y por eso supo que él viajaba a bordo del mismo barco que nosotros...

El presidente del tribunal prosiguió:

—¿Son ésas todas las relaciones que tuvieron el acusado y su marido, señora?

—Son, en todo caso, las relaciones que yo he tenido con él. Sé, en cambio, que mi marido ha recurrido varias veces a los servicios de Gurn para encargarle que efectuase diversos trabajos, diversas comisiones...

—¡Muy bien! Volveremos sobre este asunto luego. En cambio, usted será tan

amable, señora, de Precisarame un detalle. Si en la calle hubiese usted encontrado al acusado, hace algunos meses, ¿le habría reconocido?

Lady Beltham vaciló un segundo, después contestó:

—Estoy segura, señor presidente, que no le hubiera reconocido, y la prueba está en que el día de su detención, antes que esta detención se hubiese efectuado, hablé con este hombre durante algunos minutos, sin ocurrírseme ni por un momento que la persona con quien estaba tratando fuese el Gurn que buscaba la Policía...

El presidente del tribunal prosiguió:

—Excúseme, señora, si le hago una pregunta un poco brutal y le recuerdo que antes ha jurado usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad... Veamos, ¿quería usted a su marido?

Lady Beltham reprimió un estremecimiento.

Se recogió algunos minutos, pareció buscar la respuesta que convenía dar, después:

—Lord Beltham tenía mucha más edad que yo, señor presidente...

Y como si se hubiera dado cuenta inmediatamente de la significación implícita de su declaración, la joven añadió:

—Tenía por él, sin embargo, la mayor estima y un afecto muy sincero.

Una sonrisa irónica se había dibujado en los labios del consejero Astorg, quien, con una mirada dirigida al banco de los jurados, parecía rogar a los miembros de ese tribunal que redoblasen la atención.

—¿Sabe usted —dijo a la testigo— por qué le hago esta pregunta?

—No, señor presidente.

—Se ha dicho, señora (es un rumor que ha corrido un poco por todas partes, en los salones), se ha dicho que el acusado había estado tal vez muy enamorado de usted..., que tal vez..., vamos, ¿es esto verdad?

Recalcando estas últimas palabras, el presidente del tribunal se había inclinado un poco hacia adelante y con mirada penetrante observaba a lady Beltham.

Ésta balbució:

—¡Es una calumnia, señor presidente!...

Gurn, que hasta entonces, y después de la apertura del debate, había observado una actitud impasible, se enderezó entonces y, cruzando los brazos, desafiando al presidente, protestó en voz alta:

—Señor, tengo por lady Beltham, y quiero declararlo aquí públicamente, el más profundo, el más firme de los respetos. Los que han proclamado ese rumor, del que usted acaba de precisar la maldad, han mentado. He matado a lord Beltham, lo he confesado, no me retracto; pero no he atentado a su honor, y entre lady Beltham y yo, yo, un humilde sargento, no ha habido jamás una palabra, una mirada, un gesto, que no haya podido ser sorprendido por lord Beltham...

Y cuando el presidente, volviéndose de repente hacia el acusado, insistía:

—Confiésenos, entonces, por qué ha asesinado a la víctima.

Gurn respondió:

—¡Pero si ya lo he dicho, señor presidente! ¡Y lady Beltham no puede estar mezclada en nada en este crimen!... Tenía muchos asuntos que aclarar con lord Beltham. Le rogué un día por teléfono que viniera a mi casa. Él vino. Tuvimos una discusión de intereses, se encolerizó. Yo respondí airadamente, perdí la conciencia de mis actos y le maté en un momento de locura...

Esta declaración caballeresca del acusado produjo una impresión simpática.

Los jurados, que la habían seguido desde el principio hasta el fin, no perdiendo ni una palabra de Gurn, se hubieran convencido de buena gana. Pero, habituado a perseguir una verdad minuciosa, el presidente de lo criminal se volvió hacia lady Beltham, insistiendo de nuevo:

—Usted me perdonará, señora, que no me atenga a esta simple declaración. Una relación cualquiera entre usted y el acusado, que un sentimiento delicado podría llevar a Gurn a ocultar, que un sentimiento del honor les incitaría a negar, cambiaría el aspecto de este proceso...

Volviéndose hacia el ujier, el presidente añadió:

—Haga el favor de llamar a madame Doulenques, antigua portera de Gurn, que ha testimoniado hace un momento...

La buena mujer se había compuesto para venir a declarar en este grave asunto.

Siguiendo al ujier que había ido a buscarla a la sala de testigos, donde, después de un primer interrogatorio y por orden del presidente se le había vuelto a llevar algunos minutos antes, entró en el estrado, y a requerimiento del presidente, se acercó a lady Beltham.

—Veamos, madame Doulenques —explicó el presidente—, usted nos ha dicho, hace algunos minutos, que monsieur Gurn, su inquilino, recibía a menudo la visita de una hermosa mujer, su querida. Nos ha dicho, asimismo, que si le presentamos a esa mujer ante su vista la reconocería con toda seguridad. ¿Quiere usted mirar a la señora? ¿No será ella?

Madame Doulenques, toda colorada de emoción, retorciendo entre las manos unos enormes guantes blancos que había comprado para el caso, miró a lady Beltham ávidamente.

¡Caramba! —dijo, después de algunos minutos de examen—. No sé demasiado yo si esta señora...

El presidente sonrió.

—Estaba usted tan segura, hace poco...

—Pero, señor juez —respondió la buena mujer—, es que en este momento no veo muy bien a la señora... con todos esos velos...

Sin esperar la invitación que iba a hacerle con toda seguridad el presidente, lady Beltham, con un gesto altivo, levantó su velo de viuda y dijo:

—¿Me reconoce ahora?

El tono desdeñoso con que habían sido pronunciadas estas palabras acabó de

turbar a madame Doulenques.

Después de haber mirado durante algunos minutos a lady Beltham, se volvió hacia el presidente.

—Señor juez —dijo—, es todo como he tenido el honor de decirle... No sé demasiado si esta señora... No podría jurarlo.

—Pero ¿lo cree usted? —preguntó el presidente.

Madame Doulenques protestó:

—Usted sabe, señor juez, que he jurado hace poco decir la verdad, nada más que la verdad... Por tanto, no puedo mentir... ¡Pues bien! Puede ser perfectamente ella; pero también puede ser que esta señora no sea ella.

—En otros términos —prosiguió el presidente con paciencia—, que le es imposible decidirse.

—Sí —continuó la portera—, así es. No sé, no puedo... La señora se parece a la hermosa dama..., tiene algo, ¿no es así?, como un aire de familia. Pero desde el momento en que no puedo reconocerla enteramente... ¡Es demasiado grave!...

Madame Doulenques habría eternizado con gusto su declaración; el presidente interrumpió su charlatanería:

—¡Está bien! Le doy las gracias... Los jurados determinarán.

Cuando madame Doulenques salió, el consejero se limitó a preguntar a lady Beltham:

—Veamos, ¿querría usted decirme ahora cuál es su opinión personal sobre la culpabilidad relativa de este individuo? Bien entendido que él ha confesado su crimen y que su respuesta debe recaer principalmente sobre los motivos que han podido provocar el homicidio...

Esta vez, lady Beltham ni aun se tomó tiempo para reflexionar:

—No sabría responder con precisión, señor presidente. No puedo tener más que una impresión, una impresión bastante vaga... Yo sé que mi marido era vivo, muy vivo, incluso violento... Sostenía siempre lo que él consideraba como su derecho... Si, como dice el acusado, hubo una discusión, no me asombraría que mi marido hubiera empleado argumento de naturaleza suficiente para provocar la cólera de Gurn.

—Así, señora —preguntó el presidente, dando a la declaración de lady Beltham un sesgo más claro—, según usted, ¿la versión del crimen dada por el acusado es perfectamente plausible?

Entonces, lady Beltham, con una voz que ella se esforzaba por asentar a fin de disimular su turbación, su emoción, respondió lentamente:

—¡Sí, señor presidente! Yo creo que las cosas han podido pasar así... Y además, es, me parece, la única manera que tengo para disculpar un poco el crimen de ese Gurn...

Sorprendido, el presidente levantó la voz:

—¿Desea usted disculparlo, señora?

Lady Beltham, con un movimiento instintivo, levantó la cabeza y, mirando al magistrado fijamente:

—Recuerdo —dijo— que en las leyes divinas está escrito que: ¡el perdón es el primer deber de los fieles!... Ciertamente, he llorado la muerte de mi marido, pero el castigo de su asesino no podrá borrar mis lágrimas. Debo perdonar, debo elevar mi espíritu por encima de las pruebas que le abruma. ¡Yo perdono!

En el banco de los acusados, Gurn, horriblemente pálido, miró a lady Beltham, y esta vez la emoción del miserable era tan visible, que se notó claramente en los bancos del jurado.

El presidente del tribunal, después de haber consultado con sus asesores, después de haber hecho a monsieur Barberoux la pregunta clásica: «Profesor, ¿no tiene usted que hacer ninguna pregunta al testigo?», dio las gracias a lady Beltham, la invitó a sentarse en la sala y después declaró:

—¡Se levanta la sesión!

EL VEREDICTO

En medio del murmullo de la sala, el ujier proclamó:

—¡El tribunal, señores! ¡Silencio!

Los magistrados volvieron a ocupar su sitio. El presidente, habiendo logrado con una sola mirada autoritaria que el auditorio guardase silencio, anunció:

—¡Continúa la audiencia!

Después añadió:

—Ujier, haga entrar al testigo Juve...

Hubo de nuevo en el auditorio, mientras que el ujier iba a buscar al célebre inspector de la Sûreté, un momento de viva emoción.

No había nadie en la concurrencia (de esta concurrencia especial) que no hubiera oído hablar de Juve, que no se hubiera apasionado con sus hazañas, que no lo considerara como un verdadero héroe.

Cierto que el tribunal de lo criminal daba este día a todos los estragados por el *snobismo* un espectáculo apasionadamente distinto de los habituales espectáculos teatrales.

Mientras que cada uno se inclinaba para divisarle mejor, Juve, yendo detrás del ujier, se adelantó hasta la barra de los testigos, muy sencillo, sin buscar de ninguna manera aprovecharse de su popularidad.

Juve parecía, al contrario, aburrido, inquieto, casi vacilante.

Ésta fue, al menos, la observación que hizo uno de los antiguos periodistas de la Prensa judicial, sentado en la tribuna reservada, según costumbre, a los redactores de los grandes diarios.

El inspector de la Sûreté acababa de prestar juramento. El presidente le preguntó amablemente:

—Usted, monsieur Juve, está muy acostumbrado a las audiencias. ¿Prefiere que le interroge o que le deje en libertad de hacer su declaración como usted crea más conveniente? No ignora su importancia, puesto que usted es, en cierto modo, el autor del proceso de hoy, habiendo permitido, por su gran habilidad, la detención del culpable, después de haber logrado el descubrimiento de su crimen...

Juve pareció tomar una decisión suprema:

—Señor presidente, puesto que su benevolencia me lo permite, haré, en primer lugar, mi declaración general. En seguida quedaré a sus órdenes para responder a sus preguntas particulares, como a las que la defensa pueda proponerme.

Durante algunos minutos, Juve se volvió hacia el banco de los acusados y fijó sus ojos extraordinariamente penetrantes en el rostro impassible de Gurn. Éste sostuvo la mirada sin vacilar. Juve alzó ligeramente los hombros; después, dando media vuelta,

miró a los jurados y empezó:

—Señores, he sido citado en este asunto como testigo de cargo, en razón del papel que he desempeñado en él, en razón de la detención que he efectuado, después de buscarle minuciosamente, de la persona del acusado. Nada os diré de estas pesquisas ni de esta detención. Os pido, en cambio, que me prestéis toda vuestra atención, pues si bien traigo pocas novedades en lo que se refiere al caso Gurn, haré revelaciones inesperadas por lo que afecta al acusado mismo, en lo que toca a su culpabilidad...

En la inmensa sala del tribunal de lo criminal podía oírse el latir de los corazones, de tal manera el exordio imprevisto de Juve, de Juve anunciando sensacionales revelaciones, había picado la curiosidad del público.

Juve, por otra parte, continuó:

—El primer punto, señores, sobre el cual deseo atraer vuestra atención, es el siguiente: no hay inverosimilitud ante la cual el hombre inteligente deba pararse, mientras que sea posible concebir una explicación, mientras que ningún obstáculo material cierto no transforme esta inverosimilitud en imposibilidad. Señores, la Policía ha permanecido impotente, la Justicia desarmada, ante un número de crímenes y de robos graves cometidos hace poco tiempo y que han quedado impunes. Os recuerdo sus nombres, os los voy a enumerar: asesinato de la marquesa de Langrune, perpetrado en el castillo de Beaulieu; robos a madame Van den Rosen y a la princesa Sonia Danidoff, realizados en el hotel Royal-Palace; asesinato, en fin, del mayordomo Dollon, antiguo servidor de la marquesa de Langrune, muerto cuando venía de los alrededores de Saint-Jaury, su residencia habitual, a París, en el momento en que un telegrama de monsieur Germain Fuselier, juez de instrucción de este caso, le había llamado al Palacio de Justicia; asesinato, en fin, de lord Beltham, anterior en fecha a los asuntos de los que os acabo de recordar brevemente su naturaleza, asesinato del cual juzgáis hoy al culpable, el acusado Gurn, aquí presente. Señores, los casos Beltham, Langrune, Van den Rosen, Danidoff, Dollon, todos estos casos, lo digo, lo afirmo, con una certeza absoluta, son imputables a una sola y misma persona, el individuo que ahí veis: ¡Gurn!...

Juve calmó con una señal imperceptible de la mano el murmullo apagado que subía de la sala donde el público anhelante no perdía ni una palabra.

—Os digo, señores, que Gurn es el único culpable de todos estos crímenes. ¿Os asombra mi declaración? Os traigo pruebas, pruebas que os deben convencer. Estoy persuadido, por otra parte, que habiendo publicado la Prensa muchas veces todos los detalles interesantes, relativos a estos misteriosos casos, es inútil que yo me extienda largamente sobre cada uno de ellos; seré breve y me esforzaré por ser claro... Señores, yo establezco en primer lugar esto: el asesino de la marquesa de Langrune, el ladrón de madame Van den Rosen y de Sonia Danidoff es una sola y única persona. Eso resulta, de una manera indiscutible, de los cálculos revelados en estos dos casos, medidos con el dinamómetro de fractura del doctor Bertillon, instrumento de una

precisión extrema y que prueba claramente que el mismo individuo ha operado en los dos casos. He aquí un primer punto establecido. Segundo: El hombre que robó a madame Van den Rosen y a Sonia Danidoff no es otro sino Gurn. Eso aparece de manera no menos contestable, puesto que ha quedado establecido, por una parte, que el culpable debió quemarse la mano con toda seguridad, y que Gurn lleva en la mano una cicatriz, lo que revela que él es el culpable. Esta cicatriz es poco visible ahora; yo afirmo que era muy clara cuando el tumulto que tuvo lugar en El Cerdo de San Antón, pocilga donde, en compañía del policía Lemaroy, disfrazado de músico ambulante y actualmente en tratamiento todavía como consecuencia de las heridas recibidas, yo intenté y fallé, además, la detención del dicho Gurn... Yo establezco de esta manera, señores, que los casos Langrune y Danidoff son obra de un solo hombre y que este hombre es Gurn... Prosigo y abordo un tercer punto: el asesinato de madame de Langrune fue cometido en condiciones raras. Las tenéis, seguramente, presentes en vuestro pensamiento. Os acordaréis que las pesquisas pudieron mostrar que el asesino vino probablemente de fuera del castillo, que abrió la puerta de entrada con una llave falsa, que penetró sin fractura, insisto sobre este punto, en la alcoba de la marquesa, la cual acudió a abrirle en cuanto supo por su nombre quién era, y que, en fin, si el robo hubiera sido el móvil del crimen, este robo hubiera permanecido misterioso. Señores, he establecido posteriormente, y si, como os lo voy a pedir luego, deciden la dilación del proceso para un suplemento de encuesta, os lo probaré; he establecido, por una parte, y eso fácilmente, gracias a las indagaciones en los bancos, dos hechos importantes: primero, la marquesa de Langrune tenía un billete de lotería premiado con el gordo, billete que le había enviado monsieur Etienne Rambert; este billete no se ha encontrado después, pero ha sido cobrado por un desconocido, que declaró, por otra parte, que este billete se lo había dado monsieur Rambert. Noto que, desde ese momento, monsieur Etienne Rambert parece gozar de una vida más holgada... En fin, segundo: he establecido, además, que si monsieur Etienne Rambert fingió subir, en la estación de Orsay, en un tren ómnibus, en un vagón de primera clase, era absolutamente cierto que no había viajado en ese tren entre las estaciones de Vierzon y de Limoges, porque, en ese momento, un viajero, monsieur G... A..., a quien será fácil citar si es necesario, visitó sucesivamente los diferentes departamentos de este vagón y no lo encontró. De eso, resulta que es verosímil, por no decir «cierto», que monsieur Etienne Rambert, después de haber montado en el tren ómnibus en Orsay para tener una coartada, bajó a contravía de este tren, volvió a montar en un expreso, que iba en la misma dirección, adelantando al tren ómnibus. Sabéis, por otra parte, que las investigaciones han probado que los trenes, al pararse a la entrada del túnel de Verrieres, próximo a Beaulieu, permiten que un individuo que haya bajado del expreso cometa el crimen y después (os recuerdo las huellas encontradas en el terraplén) vuelva a montar en el tren ómnibus que sigue al expreso, con tres horas y media de separación, para dejar de nuevo ese tren en la estación de Verrieres. El viajero que hizo eso, ese viajero, es el criminal. ¡Y

este criminal, es monsieur Etienne Rambert!... Como, por otra parte, acabamos de ver que el asesino de la marquesa de Langrune era Gurn, se deduce necesariamente que ¡monsieur Etienne Rambert es Gurn!...

Juve hizo una pausa y se aseguró que los jurados habían seguido sus deducciones y le habían comprendido bien; después, en medio de un gran silencio, prosiguió con voz sosegada:

—Hemos llegado de esta manera a identificar a Gurn con Rambert; después, a probar que Rambert-Gurn es culpable de los casos Beltham, Langrune, Van den Rosen-Danidoff... Queda la muerte del mayordomo Dollon... Señores, cuando Gurn fue arrestado bajo la simple inculpación del asesinato de lord Beltham, podéis imaginaros que su mayor temor fuese el de verse acusado de los delitos de los que os acabo de demostrar que es culpable. Yo estaba, en ese momento, a punto de llegar a descubrir la verdad. No la sabía aún. Un solo indicio podía darme indiscutiblemente el eslabón necesario para identificar a Gurn con Rambert e identificar al asesino de lord Beltham con el autor de los otros delitos. Este indicio que me hacía falta encontrar era hallar, como suponía, una huella común, o mejor todavía, un objeto que hubiera pertenecido al asesino de lord Beltham y olvidado en el lugar del crimen del que la marquesa de Langrune acababa de ser víctima. Este objeto, lo he encontrado. Es un pedazo de mapa descubierto en pleno campo, junto al castillo de Beaulieu, en el camino que Etienne Rambert tuvo que recorrer necesariamente al dejar la vía férrea, pedazo de mapa que está desgajado de un gran mapa Taride, y del que he encontrado la parte principal en casa de Gurn, lo que es suficiente para identificar, lo repito, a Gurn con Rambert... Señores, este fragmento de mapa descubierto en pleno campo había quedado en poder del mayordomo Dollon. Una convocatoria de monsieur Germain Fuselier llamó a este desgraciado a París. Un solo hombre podía tener interés en impedir que Dollon no viniese, este hombre era Gurn, o por mejor decir, Gurn-Rambert... y ustedes no ignoran que Dollon fue asesinado antes de comparecer ante monsieur Germain Fuselier. ¿Es necesario precisar que es Gurn-Rambert, quien lo mató?

Juve pronunció estas palabras con un tono tan seguro, con voz tan formalmente acusatoria, que parecía imposible poner en duda la verdad que quería proclamar.

Sin embargo, adivinó en la actitud de los jurados los síntomas de una sorpresa incrédula. Por otra parte, del auditorio subía un murmullo, que no era simpático. Juve comprendió cómo su atrevida tesis chocaba por su mismo atrevimiento; que lo difícil era convencer a aquellos que no habían seguido como él todos los detalles del caso.

—Señores —prosiguió—, yo sé que mis afirmaciones, en cuanto toca a los crímenes múltiples de este Gurn, deben sorprenderos. No me asusto de vuestra sorpresa. Hay además un nombre que yo debo añadir, tal vez, para hacer callar vuestros escrúpulos; tal vez, para haceros sentir la evidencia; quizá para probaros la importancia que doy a las deducciones que he tenido el honor de acabaros de exponer. He aquí esta última declaración: El hombre capaz de tomar sucesivamente

los aspectos de Gurn, de Etienne Rambert, del elegante del Royal-Palace; el hombre que ha sabido combinar y salir bien en condiciones inauditas de crímenes tan terribles, que ha unido la audacia con la ciencia, la imaginación del mal a la comedia de la respetabilidad; el hombre que ha sabido ser Proteo desconcertante, hasta ahora escapado de la persecución de la Policía, ese Gurn... no es Gurn como se le debe llamar: es, y no puede ser otro, que ¡Fantomas!...

El policía, agotado por la larga declaración, se interrumpió de repente, dejando las sílabas del trágico nombre resonar lúgubrementemente en la audiencia de lo criminal y después repetido por los asistentes, aumentado en un rumor de espanto:

—¡Fantomas! ¡Es Fantomas!

Durante algunos minutos, los magistrados, como los miembros del jurado, parecieron abstraerse en sus reflexiones; después, monsieur de Astorg tuvo un gesto de rebeldía; el presidente del tribunal protestó:

—Acaba usted de presentar, monsieur Juve, tales hechos, de formular tal acusación, de dirigir contra el acusado de hoy, contra ese Gurn, una acusación tan terrible, que no dudo que el señor procurador de la República, si vuestras hipótesis pareciesen solamente discutibles, pidiera una ampliación de investigación que el tribunal, con mucho gusto, ordenaría. Pero esto no es así. Le voy a hacer tres objeciones...

—¡Le escucho! —respondió Juve fríamente.

—¿Cree usted, en primer lugar, monsieur Juve, que un hombre puede desfigurarse el rostro tan hábilmente como usted pretende? Monsieur Etienne Rambert es un personaje de sesenta años; Gurn tiene treinta y cinco... Monsieur Etienne Rambert es un viejo de ademanes lentos; el hombre que robó a la princesa Sonia Danidoff era un buen mozo, muy ágil, muy listo...

—He previsto esta primera objeción, señor presidente, al decir que Gurn era Fantomas... No hay nada imposible para Fantomas...

El presidente del tribunal hizo un gesto vago:

—¡Admitámoslo! —dijo—. Pero ¿qué responde usted a esto? Usted acusa a la persona de Etienne Rambert de la muerte de madame de Langrune. ¿No sabe usted que el hijo de Etienne Rambert, Charles Rambert, el asesino verdadero de la marquesa según la opinión comúnmente aceptada, según la opinión verosímil, se mató a causa de los remordimientos? Si Etienne Rambert fuese el culpable, Charles Rambert no se hubiese, pues, suicidado...

La voz de Juve temblaba un poco mientras respondía:

—Tendría usted razón, señor presidente, si no hubiera que añadir esto, esto ahora y siempre: que Etienne Rambert es Gurn..., es Fantomas... ¿No es lógico admitir que Fantomas haya podido enloquecer a este muchacho? ¿Sostener que él había cometido el crimen en un momento de sonambulismo? ¿Persuadirle, obligarle, al fin, al suicidio? ¿Ignora usted el poder de la sugestión?...

El presidente hizo el mismo gesto de duda...

—¡Admitámoslo aún! —dijo—. Pero yo os aguardo, monsieur Juve, en dos hechos indiscutibles. Usted acusa a Etienne Rambert de ser Gurn; ahora bien: Etienne Rambert murió en el naufragio del *Lancaster*. Usted acusa a Gurn de haber matado a Dollon; ahora bien; Gurn, en el momento de la muerte del mayordomo, estaba preso e incomunicado en la cárcel de la Santé.

El policía, esta vez, hizo un gesto desolado.

—Señor presidente, si he esperado hasta este día para hacer la declaración que usted acaba de escuchar, es porque no tenía evidentemente pruebas absolutas, sino solamente un conjunto de certezas. He hablado en esta audiencia, porque me era imposible callar por más tiempo... Si me faltan explicaciones de detalles, estoy seguro de tenerlas cualquier día... Todo se sabe... Por otra parte, yo contesto a los dos hechos que usted me cita... Dice usted que monsieur Rambert ha muerto en el naufragio del *Lancaster*. ¿Qué lo prueba? ¿Han encontrado el cadáver? ¡No!... ¿Han establecido de manera cierta su presencia en ese barco? Todavía no.

—Está la lista de pasajeros...

—Sí, señor presidente, hay eso, pero no hay *más* que eso. ¿Es difícil «figurar» en una lista semejante? ¡Es infantil!... Además, ¿qué se sabe de este naufragio?... ¿Cómo lo explican?... ¡Es incomprensible!... Ese navío ha estallado... ¿Por qué? Se ignora. Creo perfectamente en un Fantomas capaz de arreglarse para provocar la explosión de un paquebote, para matar voluntariamente ciento cincuenta individuos, si tal drama, haciéndole pasar por muerto, hace desaparecer también una de sus personalidades, una personalidad del género de la de Etienne Rambert; es decir, terriblemente comprometedor también.

El presidente del tribunal juzgó con una palabra la teoría del policía:

—¡Es una novela! —dijo—. ¿Y qué contesta usted en cuanto a lo del asesinato de Dollon? ¿Me permitirá usted añadir en seguida que ese trozo de mapa, que según usted llevó a la muerte a ese desgraciado, se encontró en su bolsillo, y que ese trozo de mapa no corresponde en absoluto a la desgarradura del mapa que cogió en el domicilio de Gurn?

Juve sonrió de nuevo.

—Hay dos cuestiones en su pregunta, señor presidente —dijo—. ¿Por qué el trozo de mapa encontrado en la cartera de Dollon no se yuxtapone sobre el mapa encontrado en el domicilio de Gurn? ¡Oh!, la explicación es muy sencilla, créame... Si Gurn, a quien yo acuso de haber matado a Dollon, se hubiera contentado con robar el verdadero trozo del mapa, hubiera firmado su crimen de cierta manera. ¡Pero él es más hábil!... Ha tenido la habilidad de coger el pedazo comprometedor y poner otro pedazo de mapa: el que se ha encontrado en lugar del verdadero... He ahí todo...

—Sí —continuó el presidente—, esto aún es posible; pero, se lo repito, Gurn estaba encarcelado.

Juve, esta vez, levantó los brazos como señal de incomprensión.

—¡Evidentemente!..., ¡evidentemente! —respondió—. Yo juraría que es él quien

lo ha matado; pero todavía no estoy en condiciones de explicar cómo ha podido hacerlo, puesto que estaba en el calabozo de la Santé...

Se hizo el silencio. Juve se guardó de añadir una palabra. Una sonrisa irónica crispaba su boca. El presidente reflexionó.

—¿No tiene usted más que añadir? —preguntó.

—Nada —respondió Juve—, fuera de esto: que todo es posible en Fantomas...

El presidente se volvió hacia el acusado:

—Gurn —dijo—, ¿no tiene usted ninguna revelación que hacer? El jurado se la tendrá en cuenta...

Gurn se levantó.

—No comprendo nada —dijo— de lo que ese policía acaba de imaginarse.

El presidente se volvió hacia Juve:

—¿Propone usted que se amplíe la investigación?

—Sí, señor presidente.

El consejero interrogó al procurador:

—Señor abogado general, ¿desea usted tomar requerimientos en esta causa?

—De ningún modo —respondió el magistrado—. Las afirmaciones del testigo son demasiado vagas...

—Está bien. Entonces, el tribunal va a deliberar en seguida.

Los magistrados se agruparon alrededor del presidente; después, tras una corta discusión, volvieron a su sitio.

Monsieur de Astorg declaró:

«El tribunal,

»Considerando la declaración del testigo Juve;

»Considerando que no se basa más que en suposiciones, Resuelve:

»No haber lugar a que se amplíe la investigación...»

Casi al instante, el presidente, volviéndose hacia el procurador, declaró:

—Señor procurador general, tiene usted la palabra para informar.

El magistrado comenzó entonces un interminable discurso muy severo, donde revelaba la monstruosa bestialidad de Gurn, asesinando a lora Beltham a martillazos..., pero no hizo, durante su larga acusación, ninguna alusión a los nuevos hechos que había señalado el policía.

Asimismo, monsieur Barberoux, tomando la palabra a su vez para defender al acusado, no recogió ninguno de los cargos acumulados por Juve...

Las geniales teorías del inspector habían sido tan inesperadas, tan sorprendentes, que ninguno las admitía...

La emoción producida tanto por el informe fiscal como por el de la defensa, llegó al límite cuando, habiendo cerrado el debate tras una frase de Gurn respondiendo al presidente: «No tengo nada que añadir a lo manifestado por mi defensor», el

magistrado levantó la sesión para la decisión suprema del jurado.

Mientras los guardias se llevaban al asesino a una sala contigua, Juve, que había escuchado la denegación de su petición de ampliación de investigación sin manifestar el menor asombro, se acercó a la tribuna de la Prensa y divisó a un joven periodista, muy pálido, que no le quitaba ojo de encima.

—Ven, Fandor, tenemos un cuarto de hora para pasearnos...

Cuando estuvieron en el pasillo, Juve, golpeando familiarmente la espalda del joven, le preguntó:

—Bueno, querido, ¿qué dices tú de esto?

Jérôme Fandor parecía desolado.

—¿Acusa usted a mi padre? —dijo—. Usted acusa a Etienne Rambert de ser Gurn... ¡Ah! ¡Me parece que sueño!...

Juve gruñó:

—Pero, mi querido muchacho, comprende una cosa: Yo no acuso a tu padre, a tu verdadero padre; acuso al que se hace pasar por tu padre... ¡Veamos! Reflexiona... Si lo que afirmo es exacto, es decir, si el Etienne Rambert que ha matado a la marquesa de Langrune es Gurn, como Gurn tiene treinta y cinco años, es seguro que Gurn no es tu padre...; es, sencillamente, que se hace pasar por tal...

—Pero —prosiguió Fandor—, ¿dónde está entonces mi verdadero padre?

—Eso... —dijo el policía— no lo sé... Es una investigación que haremos un día u otro. Ten en cuenta que estos asuntos no han acabado, no han hecho más que empezar...

—Sin embargo —dijo Fandor—, el tribunal le ha rechazado la ampliación de investigación.

—¡Pardiez! —replicó Juve—. Ya lo esperaba...; no tenía bastantes pruebas para convencer a los magistrados..., además, el hecho más interesante que iba a decir, he debido callármelo...

—¿Cuál?

—Pues que tú, Charles Rambert, no estás muerto.

—¡Es verdad!... ¿Por qué lo ha ocultado?

—¡Ah! —prosiguió dolorosamente Juve—. He ocultado eso, amigo, que yo no soy rico y solo tengo mi cargo... Si hubiese confesado que conocía, e hacía mucho tiempo, la existencia de Charles Rambert, que pasaba por muerto; si hubiese confesado que sabía que Charles Rambert había sido, sucesivamente, Jeanne y Paul, que sabía esto y no decía nada, me hubieran dejado cesante seguramente... y, no menos seguro, que a ti te hubieran cogido... Eso es lo que yo no quería.

*

En medio de un silencio impresionante, el presidente del jurado acababa de levantarse. Muy pálido, pero con voz segura, pronunció las palabras definitivas:

—«Ante Dios y ante los hombres; por mi honor y por mi conciencia; por mayoría de votos, la respuesta del jurado es «Sí» a todas las preguntas propuestas.»

Después se volvió a sentar...

No había mencionado ninguna circunstancia atenuante.

Como una agonía, las palabras del veredicto fatal resonaron en el silencio de la audiencia de lo criminal.

Los rostros de todos los asistentes habían palidecido. Era evidente que las deliberaciones del tribunal no iban a durar apenas más que algunos segundos...

En efecto, los magistrados volvieron pronto a sus sitios, que habían dejado para entrar en la sala de consejos, después de la lectura del veredicto.

El presidente ordenó:

—Guardias, vuelvan a traer al acusado.

Y cuando dos guardias municipales introdujeron al miserable, el presidente preguntó aún:

—¿Tiene usted algo que alegar sobre la aplicación de la pena?

—¡Nada! —respondió Gurn.

Con voz rápida, saltándose las palabras, el presidente leyó la sentencia.

Ésta parecía horriblemente larga, incomprensible; después, la voz del magistrado amainó, de repente. Llegó a las palabras fatales... En medio de un silencio, proclamó, al fin:

—«Se condena al acusado a la pena de muerte.»

Inmediatamente después de haber acabado la lectura de la sentencia, ordenó muy de prisa: Guardias, llévense al condenado...

EN EL CAMERINO DEL ACTOR

—... Sí, señora baronesa; he dado orden de que no entre nadie... Dese cuenta, en noche de estreno, monsieur Valgrand habría tenido demasiada gente.

Mientras prohibía el acceso al camerino del artista, delante del cual se agolpaban numerosas personas, Chariot, el viejo criado, vacilaba, reflexionaba, y, poco a poco, se dejaba invadir.

En verdad, la calidad de los visitantes le impresionaba. Eran también los íntimos de su amo. Sin duda, en su favor se podía hacer una excepción a la regla. Y, dejándoles entrar, Chariot se excusaba:

—Pero la consigna no rige para usted, señora baronesa..., ni para estos señores y para estas damas...

Después, volviendo a su primera idea, murmuró levantando los brazos al cielo:

—¡Es que Valgrand tiene un papel agobiante!...

—¡Este buen amigo! —exclamó la baronesa de Vibray, que acababa por fin de entrar en el camerino y sonreía con el aire triunfal de un general que conquista una plaza fuerte—. No queríamos, sin embargo, dejar el teatro sin estrecharle la mano.

Un joven alto, con monóculo, declaró con convicción:

—¡Ha estado notable!

—¿Verdad que sí, señor conde? —aprobó Chariot.

El conde de Baral dijo al criado:

—¡Anúncienos!

Sin embargo, Chariot, después de un instante de sorpresa, explicaba con volubilidad:

—Pero no está ahí... ¿Cómo no lo sabe?...

Y Chariot proseguía:

—Figúrese usted que, al terminar el espectáculo, el señor ministro de Instrucción Pública le ha llamado para felicitarle. ¡Ah! Es un gran honor; es la segunda vez que le pasa esto a monsieur Valgrand...

—¿El ministro le recibe en este momento? —interrogó con una mueca divertida la condesa Marcelline de Baral.

Y Chariot, sinceramente emocionado, replicó:

—Sí, señora condesa; el ministro. ¡El mismo en persona!

Entre tanto, la condesa de Baral parecía hipnotizada por las fotografías que adornaban la pared; leía: «Al admirable Valgrand, una buena compañera...»

—Venga a ver, querida baronesa —llamó, dirigiéndose a madame Vibray—. Está firmado por Sarah Bernhardt... Y este... ¡Oh!...

La baronesa de Vibray acudió:

—¿Qué es?

Después de leerlo, reventó de risa.

«Te abrazo, amor mío»...

Mientras tanto, la coronela Holbord prosiguió el inventario de las dedicatorias.

—¡Y esta! —advirtió.

«En Buenos Aires, en New York, en Melbourne, oigo en todas partes alabar el genio de mi amigo Valgrand...»

Después, tratando de reconocer a la artista que representaba la fotografía, repetía la coronela:

—Buenos Aires... Melbourne... ¿Quién es, pues, esta trotamundos?

—No puede ser más que una socia de la Comedia Francesa.

El coronel Holbord llamó a su mujer:

—Simone... Simone..., escucha lo que me cuenta nuestro amigo Baral. Es excesivamente curioso...

La joven se acercó.

Por ella, el conde volvió a empezar:

—Sí, señora, usted llegó demasiado recientemente del Congo para estar al corriente de todos los acontecimientos parisinos, y para haber notado, por tanto, este detalle. Figúrese usted que Valgrand, en la comedia que acaba de crear esta noche, ha copiado exactamente la cabeza de Gurn, el asesino de lord Beltham.

—¿Gurn? —interrogó madame Holbord, a la cual este nombre no decía nada.

—¡Cómo! —exclamó la baronesa de Vibray, ¿no sabe usted? Pero si no se ha hablado más que del asunto Gurn-Beltham durante toda la última estación...

—¡Ah!, sí —dijo la coronela—. Creo haber leído eso, en efecto. ¿No se escapó el asesino?

—Exacto —interrumpió el conde de Baral—, y se le buscó durante largos meses; la Policía, como de costumbre, desesperaba de encontrarlo, cuando un día, o mejor una noche, se le descubrió, se le detuvo... ¿Y dónde?... Dígamelo...

La baronesa de Vibray, deseosa de meter baza, dijo a su amiga:

—¡En casa de lady Beltham!... ¡Sí!... ¡En su propio hotel en Neuilly!...

—¡No es posible! —exclamó Simone Holbord.

Después, compasiva:

—¡Desgraciada! ¡Ha debido sentir una emoción!...

La condesa de Baral hizo notar:

—Lady Beltham es una mujer admirable de valor, de dignidad, de caridad cristiana. Adoraba a su marido. ¡Pues bien!, a pesar de eso, ha solicitado calurosamente el perdón para el asesino... sin obtenerlo, por otra parte...

Distraída de nuevo, Simone Holbord, atraída por otras cosas que observaba en el camerino, respondió evasivamente:

—¡Es horroroso!

Había visto encima del escritorio un correo voluminoso; indiscretamente, la joven

examinaba uno de los sobres:

—¡Oh!, ¡cuántas cartas! —exclamó—. Es divertido... Nada más que cartas de mujeres... Debe recibir muchas declaraciones Valgrand...

Mientras, el coronel Holbord, conversando, en un ángulo del camerino, con el conde de Baral, murmuraba:

—Lo que usted me cuenta me interesa prodigiosamente... Pero, entonces, ¿qué pasó?...

—Es muy sencillo —replicó el conde—. Ese miserable Gurn, al dejar a lady Beltham, fue reconocido por la Policía, aprehendido y llevado a la cárcel. El proceso se celebró ante la audiencia de lo criminal, esta primavera última, hace alrededor de un mes y medio. Todo París asistió; naturalmente, yo estaba. Es un bruto ese Gurn..., pero un bruto extraño, difícil de definir; juró haber matado a lord Beltham a continuación de una discusión de intereses... para robarle, en suma... Ahora bien: se tuvo la impresión muy clara de que mentía..., para mí, al menos...

El coronel interrumpió:

—Pero entonces, ¿por qué cometió ese crimen?

El conde de Baral hizo un gesto vago, después, bajando la voz:

—No se sabe —sugirió—. Política, nihilismo, o, tal vez, amor. Una coincidencia, un hecho, hay, al menos, que tener en cuenta. Cuando lady Beltham volvió del Transvaal, hace alrededor de tres años, después de la guerra, en el curso de la cual, por otra parte, ella desempeñó un papel admirable, cuidando a los heridos y asistiendo a los enfermos, se encontraba precisamente en el mismo navío que llevaba a Gurn a Inglaterra. Gurn tuvo su hora de popularidad por su heroica conducta en el campo de batalla; alistado voluntario desde el principio de las operaciones, volvió con el grado de suboficial..., la medalla... Gurn y lady Beltham, ¿se encontraron?, ¿se conocieron? Lo cierto es que la actitud de lady Beltham durante el proceso se ha prestado, si no a las maledicencias, al menos a los comentarios... Lady Beltham ha tenido extraños desfallecimientos en presencia del asesino, desfallecimientos que se han interpretado diversamente. Unos, han sugerido que lady Beltham se había vuelto medio loca por el dolor de haber perdido a su marido. Otros, han insinuado, al contrario, que si ella estaba loca... era por alguien, por ese vulgar criminal. ¿Mártir o cómplice? Sí, se ha llegado a decir que lady Beltham había concedido a Gurn secretos favores.

El coronel Holbord clamó:

—¡Quiá! Esa gran dama, tan austera, tan piadosa...

El conde de Baral esbozó un gesto vago.

—Se dicen tantas cosas...

Después, abordando otro tema, continuó:

—Lo cierto es que todo el tiempo, querido, el caso no ha dejado de hacer ruido, la condena a muerte ha sido muy aplaudida y la causa era tan parisiense, que nuestro amigo Valgrand, sabiendo que él iba pronto a crear el papel del asesino en la *Huella*

sangrienta, de la que acabamos de aplaudir el estreno esta noche, ha seguido minuciosamente las diversas fases del proceso Gurn, ha estudiado al hombre en detalle, se ha identificado literalmente con él... ¡Ah!, la idea fue buena. ¡Y usted ha visto el éxito de emoción cuando él apareció en escena!...

—Sí —reconoció el coronel—, es verdad, la sala exclamó: «¡Oh! ¡Oh!» Yo mismo me he preguntado por qué...

—Intente, pues —aconsejó el conde de Baral—, encontrar en una revista cualquiera el retrato de ese Gurn para comparar... ¡Ah! Creo que está aquí Valgrand...

Desde el fondo del pasillo, Valgrand se anunciaba, cantando porfiadamente un estribillo de ópera. El excelente trágico, cuyos cambios de fisonomía hacían vibrar a salas enteras, tenía un carácter de una alegría loca y decía frecuentemente a modo de broma que su felicidad sería representar las farsas más inverosímiles.

La baronesa de Vibray fue hacia Valgrand con las manos tendidas calurosamente.

Valgrand respondió al apretón y se esforzaba por entrar en su camerino. La baronesa de Vibray le adelantó y le dijo:

—Déjeme presentarle, monsieur Valgrand —exclamó.

Después, designando a las jóvenes que, con aire curioso, le miraban, murmuró:

—Condesa Marcelline de Baral... Madame Holbord...

Mientras, Valgrand, muy hombre de mundo, se inclinaba:

—Señoras, señores...

El actor declaró:

—Excúsenme, señoras, por haberlas hecho esperar, pero estaba hablando con el ministro...

—¡Le felicito sinceramente! —dijo el coronel Holbord Valgrand continuó—: El ministro ha estado encantador..., de una benevolencia extraordinaria...

Y, dirigiéndose a la baronesa de Vibray:

—Me ha hecho el honor, mi querida amiga, de ofrecerme un cigarrillo..., una reliquia...

—¡Oh! Enséñenosla, señor —exclamó, muy divertida, madame Simone Holbord.

Valgrand accedió a su deseo. Después, llamando a su criado, dijo:

—Chariot... Chariot..., colocarás este cigarrillo en la cajita de los regalos preciosos...

Chariot se acercó y, con compunción, exclamó:

—Está muy llena ya, monsieur Valgrand...

La baronesa de Vibray se interpuso:

—Nosotros no le molestaremos más tiempo, mi buen amigo; debe estar usted muy cansado.

Valgrand se pasó la mano por la frente:

—Extenuado...

Después, levantando la cabeza y mirando a los que le rodeaban, preguntó:

—¿Qué les ha parecido?

Los calificativos elogiosos, los epítetos más lisonjeros salieron espontáneamente de todas las bocas:

—¡Perfecto!... ¡Admirable!... ¡Magnífico!...

—¿Francamente? —interrogó Valgrand, engallándose.

Muy sincero, el coronel declaró:

—Ha alcanzado usted la cúspide del arte...

—¡No! ¡Veamos!..., ¿sinceramente? —insistía el actor—. Dígamelo, como amigo... ¿Estuve bien?...

Entusiasmada, la baronesa de Vibray cortó la palabra a todos:

—Estuvo notable, y yo me he convencido que es imposible estar mejor...

Los admiradores de Valgrand, agrupados alrededor de él, aprobaban.

—¿Ustedes creen? —pedía aún el artista.

Y como adquiriese la certeza de que los elogios eran sinceros:

—¡Ah! —exclamó—. Es que he trabajado..., he hecho el mayor esfuerzo... Créanme, cuando se ha empezado a ensayar (pueden preguntárselo a Chariot), la pieza no existía...

—¡No existía! —repetía como un eco Chariot.

—No existía —proseguía Valgrand— ni siquiera mi papel... Era insignificante..., vulgar... Entonces llamé al autor aparte y le dije: «Frantz, amigo, he aquí lo que es preciso hacer... ¿La tirada del abogado? Inútil... ¿Qué hago yo mientras él habla?... Yo mismo lo diré, la defensa..., mi defensa... y hará efecto...» ¿Y la escena de la cárcel?... ¡Imagínense que había metido allí un pastor!... Dije a Frantz: «Suprime el pastor, amigo... ¿Qué diré yo mientras él predica?... Nada... Es infantil... Yo predicaré en su lugar... Me predicaré a mí mismo... He ahí todo...» En resumen, que no es por envanecerme..., pero yo he hecho todo..., y es un éxito..., ¿eh?...

—¡Un triunfo! —dijo Simone Holbord.

—¡Y grande! —dijo la baronesa de Vibray.

Pero Valgrand, que acababa de mirarse complacido en un espejo, interrumpió:

—¿Y mi cabeza, coronel? ¿Sabe usted la historia de mi cabeza?

—Pues... —murmuró este, indeciso.

Valgrand le cortó la palabra:

—Naturalmente..., parece que no se hablaba más que de eso en la sala... Estoy bastante parecido a Gurn... ¿Qué cree usted?

Después, dirigiéndose al conde de Baral:

—¡Vamos! Usted, que lo ha visto de cerca en el proceso.

—¡Es sorprendente! —reconoció el joven.

—¿Francamente? —insistía Valgrand, que añadió—: Eso me era, por otra parte, fácil; yo sé su talla..., su tipo..., su silueta...

—Parece —aseguró el coronel— que es su viva imagen...

Valgrand quería precisión en los elogios:

—¡Sean sinceros! —pedía.

Y como el conde de Baral afirmase:

—Usted es exactamente él y no hay más que decir.

El actor prosiguió, halagado:

—Usted sabe que no busco los elogios.

Después, mientras se acariciaba maquinalmente el rostro, una idea nueva le vino.

—Y mi barba —exclamó— es verdadera. ¿Saben ustedes que me la he dejado crecer expresamente?...

—¡Ah!, es asombroso —sonrió Marcelline de Baral...

Pero la baronesa de Vibray, audaz, suplicó:

—Diga, Valgrand, ¿podría dármele para un medallón?

Valgrand, confundido, quedó un instante sin responder; pero recobrando en seguida el ánimo, con un aire de profunda tristeza, se excusó:

—¡Ay! Todavía no, señora. Estoy desolado, pero un poco más tarde... ¡Mire, en la centésima representación!

—¡Oh!, yo también querré —dijo Simone Holbord.

Y Valgrand, muy digno, respondió:

—¡Os inscribiré, señora!

Mientras, el conde de Baral había mirado furtivamente el reloj.

—Amigos..., amigos..., se hace horriblemente tarde..., y nuestro gran artista debe caerse de sueño.

Hubo todavía en el umbral de la puerta del camerino, a la entrada del pasillo, algunos minutos de conversación viva, animada. Se cambiaron apretones de manos, adioses, protestas de la más sincera amistad se cruzaron con los más entusiastas bravos.

Después los visitantes se alejaron.

Valgrand, al fin solo, había vuelto a su camerino, del que cerró la puerta con cerrojo; después el artista fue a la butaca, confortable, baja, colocada ante la mesa de maquillaje, y se dejó caer pesadamente.

¡CITA DE AMOR!

—¡Diantre! —exclamó Valgrand, estirándose, un instante después y lanzando una ojeada hacia donde estaba su criado, que le preparaba el vestido de calle—. ¡Diantre! Aunque se esté completamente extenuado, la vista de joyas tan exquisitas como esas deliciosas mujeres despiertan a un muerto.

Alzando los hombros, Chariot gruñó:

—Monsieur Valgrand, ¿no va usted a ser nunca serio?...

—¡Ah, caramba, no! —exclamó el artista—. ¡Espero que no seré nunca serio! Mira, amigo mío, si hay aquí abajo una cosa de la que no se cansa uno nunca, es de las mujeres, esos incomparables arco iris que vienen a iluminar nuestro valle de lágrimas...

—Está usted muy poético esta noche, monsieur Valgrand.

El artista continuó:

—Yo estoy enamorado, ¿ves tú?, enamorado de ninguna y de todas, enamorado del amor. ¡Ah!, ¡el amor!

El popular actor esbozó un gesto grandilocuente que significaba a sus ojos muchas cosas; pero, de repente, ordenó:

—¡Desnúdame!...

Chariot, acercándose a su amo, preguntó, llevándole un paquete de cartas:

—¿Leerá el correo?

—Distribúyemelo como siempre —dijo.

Después miró los sobres unos tras otros, notando, divertido:

—Tinta violeta, cifras, coronas...

Tomó una carta y se dispuso a abrirla.

—Mira, Chariot —propuso el artista, decididamente de buen humor—, ¿apuestas a que es una declaración?

—¡Pardiez! —refunfuñó el criado con tono brusco—. No recibe más que de esta clase y facturas...

—Bueno —insistió Valgrand—; ¿apuestas?

Chariot consintió:

—Si usted quiere, apuesto que es una factura..., para que gane usted...

—Entonces, hecho —exclamó Valgrand—. Escucha.

El trágico se puso a leer:

—«Artista admirable, flor apenas abierta...» ¿Tú oyes, Chariot?

Admirado, Chariot reconoció:

—Ésa no será la primera...

—Ni la última —añadió Valgrand, que continuó examinando el correo—. ¿Y

esta? —prosiguió—. Adjunta fotografía..., ruega que se la devuelva si la persona no gusta... ¡Ah!

Valgrand se tumbó para reírse a sus anchas.

—Dame el cuello postizo, Chariot.

Después, viendo otra carta:

—¿Apuestas que este sobre malva contiene la confesión de una víctima de mi fatal belleza?

—¡Sí, monsieur Valgrand!

—He ganado otra vez... ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué exigente! —y declamó el texto—: «Si usted promete ser discreto..., fiel..., no lo sentirá...» ¿Se siente nunca? —prosiguió el actor con un matiz de amargura—. Aun cuando no se cumplan esas promesas.

—¡Juramento de amor! —exclamó Chariot.

—¡Juramento de borracho! —concluyó, rotundo. Valgrand—. Por cierto, dame de beber, me muero de sed...

—¿Un buen *whisky* con soda? —propuso el criado.

El artista, levantándose de la butaca, se acercó al velador sobre el cual Chariot, de la manera más natural, había dispuesto dos vasos, que llenó con equidad.

—Muy bien —exclamó el artista—. Vas a trincar conmigo, mi compañero, mi fiel, mi inseparable...

—¡Ah!, monsieur Valgrand —exclamó el criado, todo emocionado—. Es usted una buena persona.

Y, levantando su vaso con un gesto teatral, dijo:

—¡Por sus triunfos!

—¡Oye! —prosiguió Valgrand después de una pausa—. ¿Crees que he estado bien esta noche?

—Sí, lo creo.

—¿Francamente?

—Se lo dije —insistió Chariot— durante el segundo entreacto a la camarera de mademoiselle Bienvenu... No hay un artista que le llegue a la suela del zapato a monsieur Valgrand...

—¡Sé sincero, Chariot!... ¡Sé sincero!...

Chariot, levantando la mano con gesto de juramento, dijo:

—Lo juro sobre la cabeza de mi pobre madre muerta, monsieur Valgrand, y usted sabe cuánto me acuerdo de ella.

Los dos hombres dejaron, de repente, de hablar... Un golpe discreto acababa de sonar en la puerta.

El rostro del artista se oscureció. ¿Iba a ser molestado por algún inoportuno?

La curiosidad, no obstante, le hizo ordenar a Chariot:

—¡Ve a ver!

El criado, en el umbral de la puerta apenas entreabierta, reprendió con dureza al indiscreto que venía a molestarles.

—¡Siempre lo mismo! —gruñó—. Insistir de esta manera por una carta. ¿Cómo? ¿Que le han dicho que es urgente?... ¡Oh! Siempre es urgente...

Chariot cerró la puerta con humor y, volviéndose hacia Valgrand, le tendió un sobre.

—Una señora ha venido a traer esta carta...

—¡Hum! —dijo Valgrand—. De luto.

Después, siempre infantil, continuó:

—Dime, Chariot, ¿apuestas?...

Chariot reflexionó:

—De luto —hizo notar él también—. Entonces apuesto que es una declaración. Cuento con hacerle ganar todavía, pues preveo que es más bien una petición de socorro.

Descuidadamente en primer lugar, atentamente a continuación, Valgrand leía la carta. Había mirado la firma; después, volviendo al principio, continuaba, cortando el texto con sus exclamaciones:

—¡Oh!... ¡Ah!... ¡Caramba!... ¡Mañana!... Escucha esto, viejo: «Sé que para interpretar el papel del criminal, esta noche, en la *Huella sangrienta*, ha llegado usted a tomar el aspecto y la fisonomía de Gurn, el asesino de lord Beltham... Le espero, vestido así, esta noche, a las dos en punto de la mañana, en el número veintidós de la calle Messier... Ocúltese y venga. Le amo, le quiero...» ¡Diantre! —prosiguió Valgrand.

—¿Y está firmada? —interrogó el criado.

—Está firmada...

Valgrand, de repente, se interrumpió.

—Eso, amigo, no lo sabrás —y el actor añadió—: Hay una posdata. «Guarde el mayor secreto, quémela en cuanto la haya leído...»

—¡Eso se comprende! —murmuró Chariot.

—Esto es cosa hecha —concluyó Valgrand con una sonrisa irónica, mientras que en lugar de romper la carta la metía cuidadosamente en la cartera—. ¡Bueno! —preguntó el actor a Chariot—. ¿Qué piensas tú de esto?

—¿Yo? —replicó el criado—. Yo voy a continuar quitándole el vestido...

—¡Gran estúpido! —exclamó, riendo, Valgrand—. ¿No has comprendido, entonces?... Dame en seguida el vestido infame, la corbata oscura...

—¿Qué es lo que pretende? —interrogó Chariot, inquieto—. No irá..., creo yo.

—¿Cómo que no? —respondió Valgrand—. ¿Podría, acaso, vacilar?... ¿Sabes tú que en toda mi carrera amorosa no he tenido jamás una ocasión tan extraordinaria?

El artista prosiguió:

—Chariot, cree en mi experiencia. Esas cosas no se inventan; además, conozco a la..., la persona..., la he visto con frecuencia..., sí, cuando asistía al proceso..., y, caramba, es una mujer...

—¡Pchs! —murmuró el criado.

Pero, entusiasmado, Valgrand continuó:

—Piensa que es la mujer más deseable que existe en el mundo..., su extraña belleza..., su extraña distinción..., el encanto que se desprende de todo su ser...

—¡Una chiflada! —interrumpió Chariot.

—¡Una enamorada! —corrigió el artista.

—Se embala usted como un colegial...

—Tanto mejor para mí... Mira, estaba muerto de cansancio y ahora estoy resucitado. Vamos, rápido, animal..., mi sombrero..., la hora pasa. Dime: ¿dónde es?

...

—¿Qué? —preguntó Chariot, pasmado.

—¿Qué? —repitió, impaciente, Valgrand—. Esa calle... Messier. Busca en el plano... El vaporizador...

Valgrand, cada vez más agitado, iba y venía por la habitación, mientras Chariot, precipitadamente, daba vueltas a las páginas del *Boletín Mundial*..., pronunciando las sílabas a medida que seguía el orden alfabético.

—J..., K..., L..., M..., Ma..., Me... ¡Ah! ¡Monsieur Valgrand! —exclamó, emocionado, sorprendido.

—¿Qué? —interrogó el actor.

—Monsieur Valgrand —balbució el criado—. Es la calle..., la calle... de la... cárcel.

—¿Quieres burlarte de mí? ¿Una prisión?

Pero Chariot, cada vez más turbado, prosiguió:

—De la prisión de la Santé..., de la cárcel de los condenados a muerte..., de la cárcel de Gurn...

Gallardamente, inclinando el sombrero sobre la oreja, Valgrand interrogó:

—¿Tengo una cita en la cárcel?

—No precisamente allí..., pero no lejos..., enfrente.

—¿Enfrente de la cárcel? —exclamó Valgrand completamente alegre—. Mira, viejo camarada, tengo el presentimiento de que voy a pasar una noche inolvidable...

—¡Yo, no! —observó el criado.

—Es igual —prosiguió el artista—. ¿Crees tú que son viciosas las mujeres de hoy?...

Y como el buen Chariot interrogase con la mirada a su patrón, éste continuó explicando:

—Muchacho, la elección misma del lugar de la cita, el deseo de verme con los vestidos de Gurn..., es la prueba de un refinamiento...; yo diría casi de un sadismo inaudito... Piensa en ello, ¿eh?... ¿No ves tú? Ella y yo, el sosias de Gurn..., de Gurn, el asesino...; mientras que el verdadero Gurn, en su calabozo, muy cerca de nosotros... Aprisa, la capa..., el bastón...

Chariot vacilaba en obedecer.

—Monsieur Valgrand —suspiró, intentando un supremo esfuerzo—. Es

absurdo... Un hombre como usted...

—¡Un hombre como yo! —gritó Valgrand en el colmo del entusiasmo—. Un hombre como yo pierde la cabeza, si es preciso, ante semejante cita.

Y mientras que Chariot, aturdido por la rápida partida de su patrón, se esforzaba aún por detenerle, reprochándole a media voz su falta de seriedad, Valgrand, alejándose, exclamó:

—Espero que no seré nunca serio... ¡Hasta la vista!

Cuando quedó solo en el camerino, Chariot, acostumbrado, sin embargo, a esta clase de calaveradas, pues Valgrand era seguramente el calavera más encarnizado, el más audaz que se podía imaginar, refunfuñó:

—¡Qué lástima! ¡Tan gran artista! ¡Las mujeres le volverán tonto! Pensar que no ha cogido los guantes ni el pañuelo del cuello...

Un golpe dado en la puerta interrumpió a Chariot.

Maquinalmente, el criado respondió:

—¡Entre!...

El conserje del teatro apareció.

—¡Ah!, ¿es usted, monsieur Jean?...

—¿Se puede apagar? —interrogó el recién llegado—. ¿Se ha marchado monsieur Valgrand?

—Sí —dijo distraídamente el criado—. Se ha marchado.

—¡Buena velada, eh! —comenzó el conserje.

El criado, preocupado, respondió:

—¡Buena velada!

Pero monsieur Jean insistió:

—¿Ha leído usted la última edición del *Capitale*?... ¿La de las once? Se habla de nosotros...

—¿Ya?

—¡Ah! —dijo Jean—. Los periódicos no pierden tiempo. Está hecho a la americana... Un gran éxito, dice el redactor.

—Enséñemelo —pidió el criado, quien, recorriendo el diario, aprobó—: Sí, es verdad... Esta creación es el más hermoso triunfo de monsieur Valgrand...

Después, feliz de informar al conserje, Chariot le dijo:

—¿Sabe usted que el ministro de Instrucción Pública le ha felicitado hace unos momentos?

Monsieur Jean interrumpió, vejado:

—¡Claro que lo sé!... Sería desesperante si el conserje del teatro ignorase lo que pasa en su casa...

Chariot continuó leyendo.

—Muy justo este pasaje. Escuche: «Monsieur Valgrand ha realizado el gran

esfuerzo de hacer simpático a un monstruo...»

Pero, muy emocionado de repente, el criado se interrumpió:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Esto no es posible!...

Con la voz temblorosa, Chariot señaló una columna del periódico.

—¡Lea, monsieur Jean! ¡Lea!...

El conserje, por encima del hombro del criado, recorrió el pasaje indicado.

—¿Y qué?... ¿No es algo del caso Gurn?...

—Sí, lo ejecutan el dieciocho por la mañana... Y es hoy ya —observó Chariot, estremeciéndose—. Ya estamos a dieciocho... Dentro de un rato, pues...

Con indiferencia, monsieur Jean asintió:

—Puede ser..., en efecto...

El conserje prosiguió, mirando al criado, que se había puesto completamente pálido:

—¿Está usted enfermo, monsieur Chariot?

Este, dominándose, haciendo un esfuerzo de voluntad, explicó:

—¡No!... ¡Nada! El cansancio. Puede usted ir a apagar, monsieur Jean. Dentro de cinco minutos me habré marchado del teatro...

Monsieur Jean se fue. Recomendó:

—Entonces, cierre la puerta al marcharse, por si yo estuviese ya acostado.

—Comprendido... Comprendido —dijo el criado.

Cuando se quedó solo, Chariot se sentó en el brazo de una butaca.

—¡Qué aventura! —murmuró—. Decididamente, monsieur Valgrand no es serio... Le traerá un día disgustos... ¡Ah!, no me gusta el asunto de esta noche... ¿Qué necesidad tenía de ir?... ¿Que le quiere esa mujer?... Yo no soy más que un viejo estúpido; pero sé lo que sé... Se han contado ya tantas cosas sobre este asunto misterioso, extraño, oscuro...

Chariot se calló algunos instantes. De repente, musitó entre dientes:

—Si yo me atreviese, iría a merodear por allí... ¡Ah! Caramba, se pondría furioso... Sin embargo, si fuese un golpe preparado..., una falsa carta, una acechanza...

El viejo criado iba y venía por la habitación, al azar, a grandes pasos desordenados.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía, oprimiéndose la cabeza—. ¡Vamos, calma!..., ¡es idiota!...; pero esa cita..., esa calle..., ese «vis a vis»..., y Gurn, a quien van a guillotinar dentro de un instante...

Chariot esta vez había tomado su decisión.

De prisa, se puso la chaqueta, se cubrió con el sombrero y apagó una a una las lámparas eléctricas que iluminaban el elegante camerino de su patrón.

«Tanto peor —se dijo—. Yo voy allí. Si veo cualquier cosa sospechosa, si al cabo de media hora no he visto a monsieur Valgrand salir de esa casa, ¡pues bien!...»

Y dando la última vuelta de llave a la puerta del camerino, Chariot confirmó:

«Decididamente, voy allí... ¡Estaré más tranquilo!»

LA HORRIBLE TRAICIÓN

Muy emocionada, nerviosa, sin poder estarse quieta, y, sin embargo, parándose a cada paso; escuchando, reanudando después al instante la marcha, presa de una agitación febril, lady Beltham iba y venía en el silencio de la noche.

La gran dama, más pálida aún que de ordinario, con los ojos brillantes de un extraño fulgor, comprimía a cada movimiento su pecho con toda la fuerza de las manos, como si su corazón, que latía muy fuerte, hubiera querido escaparse.

—No vendrá —murmuró, retorciéndose las manos con un gesto de atroz inquietud—. ¿O sí?

De repente exclamó:

—He oído algo. ¡Es él!...

Lady Beltham atravesó, sobre la punta de los pies, la habitación donde se encontraba, fue al fondo, entreabrió una puerta, escuchó algunos segundos y volvió.

—¡No!... ¡Nada!...

En la calle de Messier, en el número 22, se encuentra una casucha de un piso que, desde hacía algunas semanas, estaba desocupada. El propietario, un viñador del campo y que no venía a París sino en raras ocasiones, conseguía alquilar cada vez menos este miserable inmueble, abierto a todos los vientos, húmedo, sucio, amenazando ruina, y que habría sido preciso, para hacerlo habitable, reconstruirlo de arriba abajo.

Ahora bien: hacía alrededor de un mes que el propietario del 22 de la calle de Messier se encontró sorprendido de recibir un contrato de arrendamiento firmado con el nombre vago de Durand, pero se sorprendió más aún al encontrarse en la carta tres billetes de cien francos, importe de un año adelantado de alquiler, y, muy feliz con esta ganga, se apresuró a remitir a ese Durand los recibos, celebrando no haber restaurado la casucha, como había tenido intención de hacerlo, trabajo que hubiera sido inútil, puesto que, en adelante y por un año, tenía un inquilino y una póliza.

Envío la llave a la dirección que se le indicó y no se preocupó de más.

En la habitación principal del primer piso, ya abuhardillado y que amueblaban miserablemente un viejo canapé usado, una butaca en el mismo estado, algunas sillas de paja y una mesa de madera blanca, lady Beltham se había instalado, esta noche del 18 de octubre; era allí donde la gran dama esperaba ansiosa.

Sobre la mesa estaba dispuesta una tetera en la que el agua, gracias a una estufilla, se conservaba hirviendo; algunas tazas, y pastelitos. Un quinqué de alcohol alumbraba mediocrementemente este interior miserable.

Lady Beltham, que había vuelto al centro de la habitación, se fue, de repente, al lado opuesto de la puerta que daba a la escalera; entreabrió entonces un gabinetito

oscuro, murmuró un «¡Chist!», que acentuó con un ademán, como dirigiéndose a una persona que estuviese oculta en este recinto, y volvió para dejarse caer en el canapé.

Lady Beltham se cogía la cabeza entre las manos, oprimiendo las sienes que latían con fuerza; parecía hacer esfuerzos para coordinar sus pensamientos; pero, incapaz de estarse quieta, se levantaba, andaba, hablando:

—No, nadie aún... ¡Oh!, diez años de mi vida por... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Está, pues, todo perdido?... Horrible noche de locura..., de sollozos...

Mirando a su alrededor, la viuda de lord Beltham, con la mirada angustiada, proseguía:

—¡Y este lugar siniestro!...

En el miserable salón, ya tan pobremente iluminado, la luz disminuía. Lady Beltham se acercó a la mesa, miró la lámpara y levantó un poco la mecha. De repente se paró.

—¡Un ruido! —dijo con un dedo sobre los labios—. ¿Será él?

Lady Beltham corrió a la puerta con los nervios en tensión.

Pasos vacilantes se acentuaban cada vez más.

—¡Pasos de hombre! —murmuró lady Beltham.

Se oía, en efecto, tropezar en la escalera, subir lentamente. De pronto, el ruido se precisó.

No había duda ya.

Lady Beltham retrocedió vivamente, fue hasta el canapé, se dejó caer en él y, volviendo la espalda a la entrada, con el rostro oculto entre sus manos, balbució:

—¡Valgrand!

A la salida del teatro, el artista, al que la extraña llamada recibida al final del espectáculo había determinado acudir a la misteriosa cita, se hizo conducir hasta el jardín de Luxemburgo. De allí, sosegadamente, había venido a pie.

Valgrand era hombre apasionado por la aventura. Las calaveradas amorosas siempre le habían salido bien; un poco hastiado, por consecuencia, lograba la mayor satisfacción cuando se le proponía una nueva fórmula, cuando se trataba de un asunto inédito.

Con toda seguridad, la mujer que le había suplicado que viniera, en esta sombría noche de otoño, a este barrio perdido, lejos de todos y con los vestidos del trágico personaje que acababa de encarnar con tanta verdad, no debía de ser una mujer corriente. Además, existía, sobre todo esto, el hecho de que, si le pedían a él, Valgrand, que acudiese a una cita de amor bajo la forma de Gurn, no era una mujer cualquiera la que hacía esta petición, sino precisamente la única mujer a la cual el asesino debía inspirarle un indecible horror: lady Beltham, viuda de la víctima.

«Hay mujeres —se había dicho Valgrand— a las que les gusta que las peguen; otras quieren que se las espante. En fin, veremos.»

Valgrand entró lentamente en la habitación, cuidando los efectos como buen cómico que era. Con gesto teatral tiró la capa y el sombrero sobre la butaca, dio algunos pasos y, aproximándose a lady Beltham, que permanecía inmóvil, con el rostro oculto entre las manos, declaró, con voz grave:

—Soy yo.

Lady Beltham, como sorprendida, lanzó un «¡Ah!» apagado y pareció querer ocultarse más aún.

«¡Caramba! —pensó Valgrand—. Tiene aspecto verdaderamente turbado. ¿Qué puedo decirle? Veamos...»

Pero lady Beltham, que parecía hacer un esfuerzo sobrehumano, se enderezó.

—Gracias —balbució—. Gracias por haber venido.

Valgrand esbozó una mueca.

—Verdaderamente, señora —declaró—, no es usted la que debe darme las gracias; por el contrario, yo le agradezco que me haya llamado... Créame que hubiera venido antes, si los retrasos habituales que lleva consigo un estreno, las visitas numerosas que le siguen... Pero —se interrumpió, viendo que lady Beltham tiritaba—, ¿tiene usted frío?

—Tengo frío, en efecto —suspiró con voz apenas perceptible la viuda de lord Beltham.

Valgrand se levantó, mirando con rápida ojeada el miserable apartamento en el cual se encontraba.

«Será preciso que esclarezca este misterio», pensó Valgrand, cuando fue a comprobar si la ventana estaba bien cerrada.

Mientras que se preocupaba de este detalle, lady Beltham se levantó a su vez.

—A falta de algo mejor, aquí tengo una cosa que le reconfortará, monsieur Valgrand. ¿Un poco de té?

Con mano temblorosa, como si la taza que le tendía pesase de una manera formidable, lady Beltham se acercó a su huésped.

Valgrand aceptó.

—¡El té no me espanta, señora!

Y, a su vez, se acercó a la bandeja, cogiendo el azucarero lleno de azúcar.

Lady Beltham detuvo el movimiento de Valgrand, que le iba a servir.

—Yo bebo siempre el té sin azúcar —observó, mientras que Valgrand, esbozando una ligera mueca, murmuraba—: Os admiro, pero no os imito.

Y el artista, sin cumplidos, echó en su taza una tercera parte del azucarero.

Lady Beltham, sin decir una palabra, le miraba con mirada hosca.

Mientras ambos bebían se hizo un silencio. Lady Beltham estaba recostada en el canapé; Valgrand, no lejos de ella, se sentó en una silla.

Mientras bebían, el artista pensaba:

«Sí que tenemos una conversación poco animada. ¿Es que esta gran dama me intimida hasta el punto de volverme estúpido como un colegial?»

Valgrand levantó la vista hacia lady Beltham. Esta, inmóvil, tenía la mirada perdida en el infinito.

«Lo que hace falta es ser psicólogo; veamos..., esta hermosa mujer no está por mí, Valgrand, puesto que me ha hecho venir con el aspecto de Gurn. Es preciso, pues, que yo me coloque en el lugar de ese buen mozo. ¡Hum! Pero, entonces, ¿cuál es la actitud que hay que observar?... ¿Es preciso ser sentimental?... ¿Simular brutalidad?... ¿Adular su manía de mujer apóstol?... ¿Hacer de pecador arrepentido?... ¡A fe mía, que no lo sé! Salga lo que salga... ¡Vamos!...

Valgrand se había levantado.

Como en el teatro, moderando los efectos desde el principio, matizando la voz para luego dejarla libre y graduando la tonalidad, Valgrand empezó:

—Ante su llamada, señora, Gurn, el prisionero, rompe las cadenas, fuerza la puerta de un calabozo, derriba los muros de la prisión, triunfa de los obstáculos más formidables, y viene a usted, viene...

Valgrand se acercó un paso.

—¡No!... ¡No!... ¡Cállese!... ¡Cállese!... —murmuró lady Beltham, parándole con un gesto.

«¡Me equivoco! —pensó Valgrand—. Vayamos por otro lado.»

Y con el tono de una lección aprendida, declamó:

—Su tutelar bondad, ¿se ha vuelto, pues, hacia el culpable a quien es preciso arrancar del pecado? Se le llama la gran señora..., tan buena..., tan cerca de Dios...

—¡Nada de eso!... ¡Nada de eso! —suplicó lady Beltham.

La gran señora estaba soberbia en su emoción, todo su cuerpo temblaba.

Valgrand, a quien esta actitud edificaba un poco, resolvió: «Ya veo lo que es esto. Es preciso violentar las cosas.»

Duramente, con ademán brusco y poniendo su mano en el brazo de lady Beltham, gritó:

—Entonces, ¿no me reconoces? ¡Soy Gurn..., el asesino!... ¡Quiero tomarte!... ¡Estrecharte entre mis brazos!...

Valgrand iba a unir el gesto a la palabra; lady Beltham, espantada, se desasíó, gimiendo:

—¡No!..., ¡no!... Está loco..., está...

Pero Valgrand continuó, con la voz vibrante de pasión:

—Quiero aplastarte contra mi corazón...

Hizo todo lo posible para acercarse a lady Beltham; pero esta, con una energía desesperada, le rechazó.

—¡Atrás, bruto!... —gritó.

Valgrand retrocedió, permaneciendo desconcertado en medio de la habitación; lady Beltham fue a apoyarse contra la pared más alejada, desfalleciendo casi.

«¡Ah!, decididamente —pensó el artista, muy confundido—, estoy muy mal en este papel...»

Empleando un tono meloso, amable, dijo suavemente:

—Escúcheme, señora...

Lady Beltham, fingiendo haber superado su emoción, se acercó ante esa llamada.

—Perdón, señor, perdón —balbució.

Valgrand, con tono cada vez más suave, prosiguió:

—Soy Valgrand, el artista Valgrand, usted lo sabe... Excúseme por haber entrado en su casa de esta manera; pero tiene un poco de culpa este billete...

—¿Este billete? —interrogó lady Beltham—. ¡Ah!..., sí..., perdón...

Valgrand continuaba haciendo esfuerzos como si buscara las palabras:

—Usted ha presumido de sus fuerzas..., ahora me encuentra tal vez demasiado parecido...

El artista se interrumpió, frotándose maquinalmente los ojos.

«Es curioso —pensaba—: me parece que tengo muchas más ganas de irme a acostar que de hacerle la corte a esta señora...»

Resistiendo, sin embargo, prosiguió:

—Le amo desde el día que la vi por primera vez..., le amo con un amor...

Lady Beltham, desde hacía algunos instantes, miraba a Valgrand con más calma, con mirada menos adusta.

Valgrand lo había notado... y apreciado su actitud.

«Esta vez hemos acertado.»

El antiguo hombre de experiencia, el experto en escenas líricas, iba a darse todo entero. Hizo un violento esfuerzo para vencer la malhadada somnolencia que le invadía.

Lográndolo en cierta medida, exclamó:

—¿Me callaré cuando el cielo, generoso al fin, va a realizar mi más querido deseo, atender a mis más ardientes votos?... ¿Cuando, ardiendo de amor, me pongo de rodillas ante usted?

Valgrand se dejó deslizar en tierra... Lady Beltham se enderezó. Escuchó.

Dieron las cuatro en un reloj lejano.

—¡Oh, no puedo más!..., ¡no puedo más! —balbució—. ¡Escuche, las cuatro! ¡Ah, pero no!..., ¡no!... ¡Es demasiado!... ¡Demasiado para mí!

La joven, completamente alocada, iba y venía por la habitación, con ademanes de animal cogido en una trampa... Se acercó a Valgrand y, como poseída de inmensa misericordia, exclamó:

—¡Márchese, señor!... ¡Si cree en Dios, márchese!... Cuanto antes, mejor...

Valgrand se levantó con dificultad; se puso en pie. Sentía la cabeza pesada; experimentaba, sobre todo, un invencible deseo de callarse, de quedarse donde estaba...

Tanto por galantería como por necesidad de inmovilizarse, murmuró, no sin cierta oportunidad:

—No creo más que en un solo Dios, señora..., el Dios del amor, que me ordena

quedarme.

En vano se esforzaba lady Beltham para que se fuera el actor; en vano le gritaba, atemorizada, llena de angustia:

—¡Pero huya, desgraciado! Es demasiado horrible...

—¡Me quedo! —declaró Valgrand, dejándose caer pesadamente en el canapé al lado de lady Beltham, a la cual, maquinalmente, se esforzaba en coger por el talle.

—¡Escuche! —balbució ella, desasiéndose—. En nombre del cielo, es preciso... Y, sin embargo, no se lo puedo decir... ¡Oh!, es atroz...

—¡Me quedo! —repetía Valgrand, que cada vez más postrado por su extraordinaria somnolencia, parecía no tener más que un deseo: dormir.

Lady Beltham cesó de hablar, mirando al artista, hundido al lado de ella. De repente, ella aguzó el oído. Un ligero ruido. Venía de la escalera. Lady Beltham se levantó rápidamente; después, cayendo de rodillas en el suelo, exclamó:

—¡Ahí están!

De repente, Valgrand, a pesar de su tremendo deseo de dormir, tuvo un sobresalto. Dos pesadas manos acababan de ponerse en sus hombros. Después le llevaron hacia atrás los brazos; las muñecas quedaron atadas detrás de la espalda.

—¡En nombre de Dios! —exclamó, estupefacto, volviéndose con rápido movimiento.

Se encontró ante dos individuos con rostros de antiguos militares, con uniformes oscuros sobre los cuales resaltaba el brillo de los botones metálicos.

Iba a hablar, pero uno de estos hombres le tapó la boca con la mano.

—¡Chis! —dijo.

—¿Qué significa esto? —interrogó penosamente Valgrand, que hacía terribles esfuerzos para no caerse.

Los hombres arrastraban suavemente al actor.

—¡Vamos! —murmuró uno de ellos—. Ya es hora.

—¿Quieren dejarme? —balbució Valgrand—. ¿Con qué derecho...?

El primero de los hombres prosiguió:

—No seas terco... ¡Ven!...

Mientras que el segundo proseguía:

—Lo sabes bien, mi pobre Gurn... Es inútil resistir... Nada en el mundo podría...

Débilmente, Valgrand, aturdido, protestaba sin embargo:

—No comprendo lo que ustedes me dicen.

Uno de los hombres se impacientaba:

—¿Quieres dejarme hablar al fin?... Sabes que hemos arriesgado mucho por haberte dejado salir de la cárcel y conducido aquí, mientras que los jefes te creían hablando con el capellán...

—Claro que la señora —prosiguió el otro— nos ha pagado bien por dejarte pasar una hora aquí, mano a mano con ella; pero ha pasado hora y media, y como hay que estar allí...

Valgrand, haciendo esfuerzos sobrehumanos para permanecer despierto, comenzaba confusamente a comprender. Había reconocido los uniformes, se daba cuenta de que los hombres que le vigilaban eran guardianes de la cárcel.

—¿Qué es lo que me cuentan ustedes? —comenzó.

—Antes de venir —le reprochó el primer guardián— juraste que te conducirías juiciosamente con nosotros y que vendrías cuando te lo dijéramos. Por consiguiente, es preciso mantener tu promesa... ¡Vamos! No remolonees, Gurn.

Los dos individuos le arrastraban... Valgrand, desconcertado y terriblemente inquieto, juró, con la boca pastosa y la pronunciación difícil:

—¡Maldita sea, maldita sea! Estos imbéciles me toman por Gurn... ¡Pero yo no soy Gurn!...

Valgrand lanzó una mirada desesperada, atónita, hacia lady Beltham, que, muda de emoción durante toda esta extraña escena, había permanecido de rodillas en un rincón de la habitación, con las manos juntas...

—¡Señora! —balbució—, ¡dícales que yo...!

Pero lady Beltham permaneció silenciosa.

Los guardianes le arrastraban...

Valgrand hizo un supremo esfuerzo. Volviendo al centro de la habitación, a pesar de la voluntad de los carceleros, gritó:

—¡Yo no soy Gurn!... ¡Soy Valgrand..., el actor Valgrand! ¡Todo el mundo me conoce! Ustedes lo saben, pero..., pero regístrenme...

Con un gesto de la cabeza, designó el lado izquierdo de su vestido.

—¡Ahí!..., mi cartera..., con mi nombre dentro..., la carta..., la prueba de la emboscada..., la carta de esta mujer...

—Mire a ver, Nibet —aconsejó el primer carcelero, mientras gritaba al oído de Valgrand—: ¡Más bajo! ¡En nombre de Dios! ¿Te has propuesto que nos sorprendan?

Nibet se encogió de hombros; con gesto rápido había palpado el vestido del hombre y se había dado cuenta de que en el bolsillo no había ninguna cartera.

—Y ahora, ¿qué? —prosiguió, dirigiéndose a su compañero—. ¿Hemos traído a Gurn aquí? ¿Sí?... Entonces, es preciso volver a llevar a Gurn a la cárcel... Lo sabes lo mismo que yo... ¡Andando!...

Valgrand, cada vez más aterrado por la invencible somnolencia que le agobiaba, gastado por el violento esfuerzo que acababa de hacer para protestar, no resistía más, se dejaba llevar.

Mientras que le arrastraban por la escalera sombría y abandonaba la casa, tartamudeaba, con voz cada vez más vacilante:

—¡Yo no soy Gurn!... ¡Yo no soy Gurn!...

Lady Beltham escuchó algunos instantes aún; después, convencida de que nadie podía haberse dado cuenta de la prodigiosa aventura que acababa de ocurrir, entró en la habitación, sofocada, rota de emoción. Lady Beltham se tumbó de nuevo en el canapé, trató de deshacer el cuello, dio algunos suspiros y se desmayó.

Por el lado opuesto a la escalera se entreabrió una puerta. Lentamente, sin ruido, Gurn salió de la oscuridad y se acercó a lady Beltham.

El asesino se precipitó a los pies de su amante, cubriendo de besos su rostro inmóvil, estrechando sus manos inertes.

—¡Maud! —exclamó—. ¡Maud!

Lady Beltham no respondió.

Gurn iba y venía por la habitación, buscando algo para reanimarla; pero, poco a poco, lady Beltham, por sí misma, volvía a la vida. Dio un débil gemido; su amante acudió.

—Gurn —imploraba, poniendo su mano en el cuello del miserable—, Gurn... ¡Ah!... ¿Eres tú?... Ven cerca de mí, muy cerca... Estréchame en tus brazos... Ves, era superior a mis fuerzas... He estado a punto de comprometer todo, de decir todo... ¡No podía más!... ¡Oh!, ¡qué espantosos instantes!...

Bruscamente, lady Beltham se enderezó, el rostro angustiado.

—¡Escucha! —dijo—. ¡Aún se le oye!

Gurn protestó con una caricia:

—¡No! —aseguró—. ¡No!... Adorada mía, no pienses más en esas cosas.

Lady Beltham, con los ojos fijos, la mirada perdida en sus recuerdos, prosiguió con tono extraño:

—Cómo decía: «¡No soy Gurn!... ¡No soy Gurn!...» ¡Con tal de que no se den cuenta, gran Dios!

Gurn, muy inquieto también por la espantosa sustitución que había combinado de acuerdo con su amante, sugirió con aplomo, tratando de convencerse:

—A los carceleros se les ha pagado espléndidamente. Ellos negarán, por otra parte...

Después, muy bajo, interrogó a lady Beltham:

—¿Bebió el... narcótico?

Lady Beltham movió la cabeza afirmativamente.

—Sí..., el doral hará su efecto..., obraba ya..., tan fulminante..., tan rápido..., que he creído por un instante que iba a caer a mis pies.

—¡Maud! —exclamó Gurn, respirando profundamente—. ¡Maud, estamos salvados!

Y como la joven esbozase un gesto de inquietud, prosiguió:

—¡Querida mía!... ¡Alma mía!...

La consoló con un beso. Después, continuó:

—Veamos..., tan pronto como llegue el día, una vez que la multitud de transeúntes sea lo bastante numerosa para poder mezclarnos con ellos, saldremos de aquí, ¿no es así? Escucha: mientras estabas con el otro... he quemado mis ropas de prisionero... Éstas me cambian... y tengo necesidad para salir de aquí...

Gurn, mientras pronunciaba estas palabras, había visto la capa olvidada por Valgrand.

—¡Vaya! —prosiguió, envolviéndose en la capa—. Pasaré bien disimulado bajo su..., bajo esta capa...

—Partamos —aceptó lady Beltham, intentando un esfuerzo supremo para arrancarse del canapé en el que ella yacía medio extendida.

Pero Gurn objetó:

—Un instante...

Después, señalando su rostro, dijo:

—Hace falta que me quite esta barba..., estos bigotes...

Ya el asesino de lord Beltham, sacando unas tijeras de su bolsillo, iba hacia un espejo, cuando un ruido de pasos muy claro, muy acentuado; ruido de alguien que subía la escalera, tropezando regularmente con los peldaños de madera, le detuvo en seco.

Gurn palideció horriblemente, mientras que lady Beltham, recobrando toda su presencia de ánimo, su vigor, su audacia, ante la proximidad del peligro, corrió hacia la puerta que daba a la escalera.

Aquella se abrió...

Lady Beltham, a pesar de sus esfuerzos, no pudo impedir que girase sobre sus goznes.

Gurn, que no había tenido tiempo de volver a su escondite, se había dejado caer en la única butaca de la habitación, bajando sobre su rostro el sombrero de Valgrand, con el que se había cubierto, y levantando el cuello de la capa del artista, que se había echado un momento antes sobre sus hombros.

Ante lady Beltham, que retrocedía, alguien que se adelantaba se presentó:

—Que la señora me excuse; yo le pido perdón a la señora...

El hombre que entraba así parecía tímido, vacilante.

—¿Qué quiere usted? ¿Quién es usted? —interrogó con voz débil lady Beltham.

—¡Ah! —replicó el individuo—. Yo soy...

Pero, al ver a Gurn en el fondo de la habitación, y señalándole, dijo:

—Monsieur Valgrand me conoce bien... Soy yo... Chariot..., su criado..., el que viste a monsieur Valgrand en el teatro... Yo venía... por nada... o, al menos... Tenga...

Chariot sacó de su bolsillo un pequeño paquete rectangular.

—Monsieur Valgrand ha salido tan precipitadamente del teatro que ha olvidado la cartera... y yo venía a traérsela...

Mientras que Chariot se esforzaba en acercarse al asesino de lord Beltham, a quien tomaba por su amo, la joven, angustiada hasta el más alto punto, se interpuso.

Chariot, engañándose sobre las intenciones de lady Beltham, se excusó:

—Yo venía también..., pero... eso no vale la pena...

Después, dirigiéndose a lady Beltham a media voz:

—No dice nada... ¿Está enfadado?... ¿Porque he venido?... Puede ser... Sin embargo, no es por curiosidad ni por agraviarla, mi bella señora... No es preciso que

se conmueva..., pero ¿le dirá usted que no se enfade demasiado después con su viejo Chariot?

Desfalleciendo, no pudiendo soportar más la punzante charlatanería de este hombre, lady Beltham suplicó:

—¡Márchese!... ¡Márchese!... ¡Por favor!...

—Me voy —prosiguió Chariot—. Siento haberle molestado..., pero tenía que explicarle...

Y como Chariot no obtenía ninguna respuesta, el incorregible hablador prosiguió:

—Son todas las circunstancias: la calle..., la casa enfrente... de esta prisión, pero quizá no sepa usted...

Chariot, tomando el silencio horrorizado de lady Beltham por una autorización para continuar sus explicaciones, se había sentado familiarmente en una esquina de la mesa; el buen hombre temblaba, estaba muy emocionado por lo que iba a decir.

—¿Está usted enterada —prosiguió— de la ejecución de Gurn..., el asesino de..., de ese rico señor inglés? Pues bien: yo vi en el periódico, ayer..., al menos esta noche..., que dentro de dos horas apenas..., que era para esta mañana... Entonces...

Lady Beltham esbozó una mueca.

—No se enfade. Entonces me preocupé... Primero pensé en seguirle..., quedarme abajo, esperar que monsieur Valgrand saliese; pero me perdí en el barrio..., sucio barrio..., y acabo de llegar ahora... He encontrado la puerta abierta... Ignorando si estaba todavía aquí o se había marchado ya..., me he permitido subir; pero ahora me voy tranquilo..., puesto que él está ahí..., monsieur Valgrand..., muy tranquilo con usted, señora... Perdóneme...

Chariot, al fin, se levantó.

Pasando por detrás de Gurn, lanzó una última apelación:

—Monsieur Valgrand, ¿me perdonará usted?

Después, al no obtener respuesta, solicitó ingenuamente el apoyo de lady Beltham.

—¿No es verdad, señora, que usted le dirá...? Y eso se le pasará..., porque no es mala persona... Él me comprenderá... Se hace uno a ideas como esta... Sin embargo, me voy tranquilo..., muy tranquilo..., puesto que le he visto... Muy tranquilo...

A pequeños pasos, curvando la espalda, Chariot se alejó. Al pasar ante la ventana, lanzó una mirada fuera y se paró en seco, fascinado...

El día, en este momento, comenzaba a puntear, tamizando, a lo lejos, el débil fulgor de los faroles...

Se divisaba, a través del cristal, una especie de terraplén, en la esquina del bulevar Arago, que limitaba con el gran muro de la cárcel de la Santé.

Este lugar, ordinariamente desierto, se estaba poblando. Una multitud indefinible bullía agitada detrás de minúsculas barreras apresuradamente erigidas...

Chariot, no pudiendo apartar la mirada de la ventana, levantó una mano temblorosa, y, como si comprendiera de repente, murmuró:

—¡Ah, Dios mío! Allí debe ser eso... ¡Es allí donde han levantado el cadalso!... ¡Sí! —prosiguió, pegando sus ojos al cristal—. Veo cosas..., planchas..., montantes. Es la guillotina, la cuchilla... Van a eje...

Chariot acabó su frase con un grito doloroso; un ruido sordo retumbó al instante...

Chariot, sorprendido por detrás, acababa de caer al suelo, como un bulto, mientras lady Beltham retrocedía aterrada, mordiéndose los puños, para no gritar de terror.

Gurn acababa de herir al criado.

Aprovechando que el buen servidor del artista permanecía inmóvil, hipnotizado por el siniestro espectáculo que se preparaba fuera, Gurn había sacado de su bolsillo un cuchillo y, saltando con el arma abierta, la había clavado hasta la guarnición en la nuca del infortunado Chariot.

Aterrada, lady Beltham miró a la víctima. Gurn, bruscamente, cogió a lady Beltham por el brazo.

—¡Ven!... ¡Huyamos! —murmuró.

EN EL CADALSO

Todavía estaba oscuro...

En el aire vivo del amanecer, bajo el cielo centelleante de estrellas, el soplo de una brisa suave pasaba, de cuando en cuando, curvando las ramas de los árboles, agitando las hojas...

Se preparaba un hermoso día.

En las aceras, invadiendo las calzadas, la numerosa multitud se apretujaba.

El bulevar de Montparnasse, el bulevar Saint-Michel, el bulevar de Port-Royal, el bulevar Saint-Jacques, el bulevar Arago, sobre todo, estaban negros de gente...

Cada uno marchaba con paso vivo, dirigiéndose hacia un objetivo común.

Y la barahúnda estaba compuesta de grupos alegres... Se cantaba. Se difundían refranes populares y, por todas partes, los restaurantes abiertos, las tabernas iluminadas; las tiendas, las tabernuchas de techo bajo y aspecto siniestro, rebosantes.

El pueblo de París, esa noche, se paseaba por allí...

¿El pueblo?

¡No!

Los transeúntes que a esa hora avanzada no estaban en la cama pertenecían en verdad a una clase especial. Eran ricos o espantosamente miserables; representaban los dos extremos de la población parisiense. Eran, o los clientes de bares de noche, o los pobres bribones sin hogar ni casa que erraban durante todo el año, lastimosos, a través de la ciudad.

Y estaban también falsos obreros, con la cara iluminada por la excitación mala del alcohol, desocupados de todas clases, mendigos, y hasta jóvenes, gente muy joven, con el pelo engomado y botines finos, cuya mirada resplandeciente, cuya actitud, decía su profesión crapulosa.

Hacia la medianoche, ante una gran desgracia imprevista, la multitud se había desparramado un poco por todas partes, tanto la de los cuchitriles de Belleville, de Halles, de Montrouge, como la de la Abbaye de Thélème, como en Rabelais, como en Monico...

Era cierto, definitivo; el procurador de la República había hecho las requisitorias necesarias. La guillotina iba a extender sus brazos sangrientos sobre el horizonte de la ciudad... Gurn, el asesino de lord Beltham, sufriría, con las primeras luces del día, el castigo supremo, expiaría el horror de su crimen.

Y, desde que fue conocida la noticia, se estaban organizando para ir, como se va a una fiesta, a ver caer la cabeza del miserable.

En Montmartre, se requisaban los coches particulares y los taxis pedían primas. Las mujeres, con vestidos claros y adornadas con joyas, se metían en los coches que

partían a toda velocidad hacia la cárcel de la Santé, hacia el lugar de la ejecución...

En los arrabales, los cabarets se vaciaban, igualmente, de consumidores, y estos, unos calle arriba, otros calle abajo, escoltados por muchachas a pelo, de cabareteras, con la canción en los labios, gastando bromas picarescas, subían a pie, para ver el espectáculo sangriento, hacia el bulevar Arago.

De toda esta multitud populachera se desprendía un vago olor que era el olor tan característico que se nota en las ferias de los campos, en la fiesta de Neuilly, como en el mercado de pescados, como en el mercado de jamones. Era una atmósfera de placer la que reinaba alrededor de la cárcel de la Santé, mientras que comprimidos, apretados los unos contra los otros, los paseantes descorchaban las botellas de vino, cortaban los salchichones, y cenaban al aire libre.

Una preocupación constante dominaba, por otra parte, las conversaciones.

Esta gente había venido al espectáculo. Hablaban del espectáculo.

Los miserables se preguntaban entre ellos, con su jerga característica:

—¿Ganduleará?

Los elegantes, permanecían todavía en sus coches, bromeando entre ellos:

—¿Tendrá usted miedo, hermosa?

—¿Yo? ¡De ningún modo!

—¡Vamos! Usted se hace la insensible.

—¡Pardiez! ¡No tengo corazón! ¡Sabe que se lo he entregado a usted!

Aquí, la alegría se atemperaba a la curiosidad por el gesto que tendría el condenado; allá, se hablaba con discreción animando a cada uno.

¡Oh!, la multitud se divertía. ¡Iban a cortar la cabeza a Gurn!

Metiéndose a través de la barahúnda, François Bonbonne, patrón de El Cerdo de San Antonio, marchaba en cabeza de un grupo.

El tabernero, medio achispado por las circunstancias, llamaba a su gente:

—¡Ven aquí, Billy Tom! ¡Agárrate de mi chaqueta para no perderte! ¿Ves dónde está Geoffroy la *Barrique*?

—Viene con Bouzille...

—¡Vaya! Tal vez Bouzille haya querido pasar por allí con su tren..., ¡no! ¿Crees tú que se habrá molestado?... Hay tanto populacho por ahí...

Billy Tom alzó los hombros:

—No hay igualdad —respondió—, pues, al fin, a éste no le falta séquito.

Dos hombres se adelantaron en ese momento al patrón de la taberna del Mercado.

—¡Ven! —sopló uno.

Y cuando el otro le siguió, Juve explicó:

—¿No los has reconocido?

—No —dijo Fandor...

Juve, rápidamente, le nombró los transeúntes con quien se acababan de cruzar. Acabó diciendo:

—Tú comprenderás que no quiero ser reconocido —y como Jérôme Fandor le

dirigiese una sonrisa de inteligencia, Juve prosiguió—: ¡Es gracioso, siempre lo mismo! Son siempre los futuros clientes de la guillotina, los apaches, los canallas, los que tienden a venir a ver las ejecuciones.

El policía, que atravesaba con dificultad las filas apretadas de la multitud, puso una mano en el hombro del periodista.

—¡Espera! —dijo—. Vamos con tiempo. Aquí solo está el servicio de orden... Si queremos pasar y evitar los empujones, es preciso que nos hagamos reconocer en seguida... Toma tu pase...

Jérôme Fandor cogió el pequeño cartón que Juve le tendía, y que había obtenido especialmente para él Preguntó:

—¿Cómo vamos a hacer?

Juve sonrió.

—Aquí están los municipales —dijo—. Veo el resplandor de los sables. Pongámonos al abrigo, detrás de los puestos de periódicos, y dejémosles rechazar a la multitud. Nosotros pasaremos después...

Juve acababa de prever la maniobra que, en efecto, el comandante del escuadrón mandó efectuar.

Graves, imponentes, maravillosamente montados en soberbios animales, los guardias municipales acababan de aparecer en el bulevar Arago a la altura de la cárcel de la Santé, justo en el sitio donde se encontraban el policía y el periodista. Se dio una breve orden... Los guardias, desplegándose en abanico y marchando bota con bota, rechazaron a la multitud hacia el extremo de la avenida.

Se levantó un gran murmullo, y se dieron muchos empujones:

—No se va a ver nada, ¡maldita sea!

—¡Esto es vergonzoso!...

—¡Hace dos horas que uno guarda un sitio, y de pronto, lo pierde!...

—Entonces, ¿qué?, ¿es que no se puede ver la guillotina?

Juve y Fandor, provistos de un pase especial expedido por la Sûreté a muy raros privilegiados y autorizados a permanecer en el recinto donde iba a funcionar la guillotina, habían podido franquear fácilmente el triple cordón del servicio de orden. Se encontraban, ahora, en el centro de una amplia faja del bulevar Arago, enteramente limpio, enteramente vacío de curiosos, bordeado por un lado por los muros de la cárcel de la Santé y por el otro por las altas murallas de un convento.

En este espacio libre, solo una docena de individuos con levita negra y sombrero de copa, se paseaban de un lado a otro, afectando una perfecta indiferencia, pero emocionados a pesar de todo.

Juve le dijo a Fandor quiénes eran:

—Los inspectores jefes de la Sûreté, mis colegas; a continuación tus compañeros..., ¿los reconoces?..., ¿eh?... Los jefes de redacción de todos los grandes diarios de la ciudad... ¿Sabes que tienes una gran suerte, pequeño, por haber sido, tan joven, debutante en *La Capitale*, elegido para representar a tu periódico en

esta lúgubre ceremonia?

Jérôme Fandor hizo una mueca.

—Le confieso, Juve —respondió—, que he venido aquí porque quiero ver, como usted, caer la cabeza de Gurn, de ese Gurn del que usted me ha probado que era Fantomas. Quiero estar seguro de su muerte. Pero si no se hubiera tratado de la ejecución de ese miserable, ejecución que solo puede tranquilizar a la sociedad, hubiera declinado seguramente el honor de hacer este reportaje.

—¿Estás emocionado?

—¡Sí! /

Juve bajó la cabeza para confesar:

—¡Pues bien!..., ¡yo también, Fandor!...

—¿Usted, Juve?

—Sí, yo.

Y el policía añadió:

—Date cuenta: hace más de cinco años que lucho contra Fantomas; hace más de cinco años que creo en su existencia, a pesar de todos los sarcasmos, de todas las burlas. Hace más de cinco años que deseo la muerte de ese miserable, pues solo la muerte puede detener sus crímenes...

Juve hizo una pausa. Como Fandor no respondía nada, prosiguió:

—Además..., sufro también porque, si he llegado a esta certidumbre de que Gurn era Fantomas y he logrado hacer que lo comprendan todas las personas inteligentes que han tenido a bien estudiar mis informes de buena fe, no he llegado a establecer, sin embargo, que se trata de Fantomas, desde el punto de vista judicial. Para Deibler, para el procurador, para la opinión, en fin, es Gurn «solamente» a quien van a decapitar...

El policía se interrumpió; del bulevar Arago, de allá abajo donde el público había sido rechazado, subían bravos, aplausos, clamores de gozo...

Fandor se estremeció.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Juve explicó:

—¡Ah! Bien se ve que no eres, como yo, un antiguo espectador de todas las ejecuciones... Ese clamor, Fandor, es el clamor con que la multitud saluda siempre la llegada del ejecutor de la justicia: la guillotina.

¡Juve no se había equivocado!

Al trote de un viejo caballo blanco, un pesado carruaje, un furgón pintado de negro, herméticamente cerrado, avanzaba a buena velocidad, escoltado por cuatro gendarmes a caballo con el sable desenvainado.

El coche se paró a algunos metros de Juve y de Fandor; los gendarmes se alejaron... Detrás del furgón se había adelantado una especie de *cupé* miserable, de donde ahora bajaban tres individuos, vestidos de negro y que Juve nombró a su compañero:

—Monsieur Paris y sus ayudantes; Deibler y los suyos...

El joven no pudo contener un estremecimiento, Tuve prosiguió:

—El furgón que ves, contiene los postes siniestros, la cuchilla. En media hora, Deibler y sus ayudantes habrán terminado de montarlo. Dentro de una hora, como máximo, Fantomas habrá dejado de existir.

Mientras que el policía hablaba, el verdugo había dado rápidamente algunos pasos para encontrarse con el oficial, comandante en jefe del servicio de orden. Cambió con él algunas palabras y pareció aprobar las disposiciones tomadas. Después, tras saludar a otra persona, el comisario de policía del barrio, se volvió hacia sus ayudantes y, con una voz muy tranquila, muy cerca de Fandor, ordenó:

—¡Vamos, muchachos! ¡Manos a la obra!

Deibler, al volverse, vio a Juve y vino hacia él.

—¡Buenos días! —dijo, estrechándole la mano...

Después, como si se tratase de la cosa más natural:

—Excúseme, pero estamos un poco retrasados.

Uno por uno, los ayudantes retiraron del furgón grandes cofres de tela gris, que parecían muy pesados y que depositaron en el suelo con infinitas precauciones.

—¡Mira! —dijo Juve—. Ahí están los postes de la máquina; hay que tener cuidado de no torcerlos. La guillotina es un instrumento de precisión.

Habiendo acabado de descargar el furgón, los ayudantes se despojaron de las levitas, se arremangaron y, bajo la dirección del verdugo, enderezaron la máquina.

Sobre el suelo, que acababan de barrer cuidadosamente para apartar las arenillas susceptibles de destruir el equilibrio de la carpintería, desarrollaron los montantes rojos del cadalso. Las maderas del entarimado se encajaban unas con otras, unidas por fuertes ligaduras de cobre, que mantenía un cerrojo de seguridad. Los ayudantes sondearon las ranuras siniestras, a lo largo de las cuales debía resbalar la cuchilla, en los agujeros dispuestos en el centro del entarimado...

La guillotina, ahora, enderezaba sus brazos espantosos hacia el cielo.

Juve hizo notar a Fandor la rapidez del montaje:

—¿Ves? —decía—. No hace falta mucho tiempo para preparar el instrumento. Deibler no tiene más que instalar la báscula; después, la media luna, comprobar la cuchilla y todo estará dispuesto...

Como si hubiese escuchado las explicaciones de Juve, Deibler, en efecto, se puso él mismo a hacerlo.

Comprobó por medio de un nivel de agua la horizontalidad perfecta de la guillotina, después dispuso las dos planchas en forma de escote que constituyen la media luna donde se pone el cuello del condenado, se acercó a la báscula, comprobó que corría libremente y, con una orden imperativa, pidió:

—La cuchilla...

Deibler, apoyado familiarmente contra la guillotina, encajó la cuchilla en la ranura de los dos montantes de madera, después, haciendo jugar el mecanismo, izó el

cuchillo, que relucía singularmente, miró el conjunto del instrumento y, volviéndose a los ayudantes, ordenó:

—El heno...

Una gavilla de paja fue colocada en la media luna. Deibler se acercó al instrumento y apretó el resorte. Como un relámpago, el cuchillo cayó a lo largo de los montantes y cortó la gavilla de heno...

La experiencia tuvo éxito. Terminado el ensayo, se podía pensar en el drama verdadero.

Juve, que durante todo el tiempo en que se había montado la guillotina, había permanecido al lado de Fandor, mordisqueando nerviosamente cigarrillos, explicó al joven:

—Todo está preparado ya. Deibler no tiene más que volver a ponerse la levita para ir a que le entreguen a Fantomas.

Los ayudantes, en efecto, acababan de disponer a lo largo de la máquina fatal, los dos cestos llenos de salvado, de los cuales uno recoge del otro lado de la media luna la cabeza lívida del decapitado, y el otro el cuerpo del condenado cuando se desprende de la báscula...

El verdugo, cuando se puso su ropaje, tuvo el gesto instintivo de frotarse las manos. Después, a grandes pasos, se dirigió hacia un grupo de personajes que habían llegado durante el montaje de la máquina en *cupés* particulares, estacionados ahora ante la entrada de la cárcel.

—Señores —declaró Deibler—, dentro de un cuarto de hora será de día. Podemos proceder a despertar al reo.

Con un gesto, se consultaron los personajes.

—¿No está aquí monsieur Germain Fuselier, juez de instrucción del caso? —preguntó un hombrecillo, monsieur Havard, jefe de la Sûreté, que debía entregar, conforme a la ley, al condenado para ponerlo en manos de Deibler.

—¡No! Monsieur Germain se ha excusado; está enfermo...

El verdugo, al oír la declaración, se sonrió. Sabía que monsieur Germain Fuselier, el íntegro magistrado instructor, era enemigo de la pena de muerte.

—Señor procurador —insistió—, ya es hora.

—¡Vamos! —respondió el magistrado.

Lentamente, unos tras otros, estos personajes entraron en la cárcel.

Estaban allí el procurador general, el procurador de la República, su sustituto, el director de la Santé. Después venían detrás de esos altos funcionarios monsieur Havard, Deibler y sus ayudantes.

Por los pasillos de la cárcel, el grupo subió hasta el primer piso, hacia las celdas reservadas a los condenados a muerte.

El carcelero Nibet se adelantó con un manojito de llaves en la mano...

Deibler, sin ninguna emoción, miró al procurador de la República:

—¿Está dispuesto, señor? —preguntó.

Y como este, muy pálido, hiciese un gesto afirmativo con la cabeza, el director de la Santé avisó al carcelero:

—¡Abra la celda! —ordenó.

Sin ruido, Nibet hizo girar los goznes de la cerradura, empujó la puerta...

El procurador se adelantó. Esperaba encontrar al condenado dormido, tener un minuto de respiro, antes de anunciar la fatal nueva...

Retrocedió... El hombre estaba despierto, completamente vestido, sentado sobre el borde de la cama, la mirada extraviada, hosca, embrutecida...

—¡Gurn! —declaró el procurador—. ¡Tenga valor! Su indulto ha sido denegado...

El condenado, sin embargo, no se había movido; parecía no haber comprendido. Su actitud era la de un hombre dormido de pie...

El procurador, sorprendido de esta impasibilidad, repetía:

—¡Tenga valor!... ¡Valor!...

Un rictus crispó el rostro del condenado; sus labios se movieron, pareció hacer un violento esfuerzo para hablar:

—Yo no soy... —dijo.

Pero ya Deibler se había aproximado y, poniéndole la mano en el hombro, cortó rápidamente el horrible minuto:

—¡Vamos! ¡Venga!

El capellán de la cárcel se adelantó a su vez.

—¡Rece, hermano mío! —dijo—. ¡Recójase! ¿Quiere oír misa?...

Al contacto de la mano del verdugo, el prisionero se había estremecido. Después se había levantado con gesto de autómatas, con los ojos dilatados, el rostro como burlón... Oyó la pregunta del capellán, dio dos pasos hacia él:

—Yo no...

Havard se interpuso:

—No, señor capellán, no vale la pena. Es la hora...

Deibler aprobó:

—¡Vamos de prisa! Podemos empezar, ya es de día...

El procurador de la República tartamudeó aún:

—¡Valor!... ¡Valor!...

Ya Deibler había cogido al hombre por un brazo. Un carcelero le sostenía por el otro lado. Le condujeron al archivo para hacerle el último arreglo...

En la pequeña habitación, iluminada por una lámpara vacilante, donde apenas se veía, había sido preparada una silla, cerca de una mesa. El verdugo y su ayudante hicieron sentar al condenado.

—¡Apresurémonos! —repetía Deibler.

Acababa de coger unas largas tijeras...

El procurador general todavía preguntaba al condenado:

—¿Quiere usted un vaso de ron? ¿Quiere usted cigarrillos? ¿Tiene usted que

hacer algún encargo?

El profesor Barberoux, que no había subido a despertar al desgraciado, lívido de emoción, se acercó a su vez:

—Gurn —dijo—. ¿Puedo hacer alguna cosa por usted? ¿Tiene usted alguna última voluntad?

El condenado intentó casi levantarse de la silla, un ronco gemido se escapó de su garganta...

—Yo... Yo... —dijo...

Y cayó hacia atrás, desfallecido, postrado...

El médico de la cárcel, que estaba junto al cortejo, llevó aparte al sustituto del procurador:

—¡Es abominable! —dijo—. ¿No lo ve? Este hombre no ha dicho una sola palabra desde el momento en que se ha despertado. Está de algún modo sumido en un embotamiento, en un sueño estupefacto... Hay, por otra parte, una palabra técnica para calificar este estado... Este individuo está en inhibición..., vive..., y sin embargo, es ya un cadáver... Es, en todo caso, un ser completamente inconsciente, incapaz de tener un pensamiento preciso, de pronunciar una frase con sentido... Raramente he visto un atontamiento semejante...

Deibler, con un gesto, apartó a los que se apretaban alrededor de él:

—Firme la salida en el registro, monsieur Havard —dijo.

Y mientras que el jefe de la Sûreté ponía una firma vacilante al final del acta en la que se hacía la entrega de Gurn al verdugo, Deibler, con un amplio tijeretazo, escotó la camisa del prisionero, cortó un mechón de pelo que estaba sobre la nuca...

Durante este tiempo, un ayudante ató con una cuerda las muñecas del que iba a morir.

—¡Vamos! ¡Vamos! Es la hora legal...

Dos ayudantes cogieron al miserable por los hombros y le enderezaron...

Tuvo un estertor profundo, ininteligible, abominable:

—Yo no...

Nadie le escuchaba. Le arrastraron.

Fuera, las primeras luces rosadas de la aurora despertaron a los pájaros, que revoloteaban delicadamente sobre la cuchilla centelleante...

Eran las cinco y diez.

La multitud, cada vez más numerosa, se aplastaba detrás del cordón de las tropas que la mantenía, no sin gran dificultad, a gran distancia de la trágica máquina.

El equipo de El Cerdo de San Antón era particularmente agresivo, alborotador.

Bouzille, encaramado sobre los hombros de Geoffroy la *Barrique*, arengaba a los vecinos. En cuanto al tío François Bonbonne, sugería a los soldados:

—¡Dejadnos pasar, guardias! No os hagáis los valientes... y esta tarde podréis venir a tomar un vaso a la taberna...

Pero los soldados, impasibles, ejecutaban las consignas, no dejando estacionar en

los accesos de la guillotina más que a los raros privilegiados, provistos de un pase especial...

De repente subió un rumor.

Los gendarmes de a caballo, que estaban estacionados frente a la guillotina, acababan de sacar, obedeciendo una orden, los sables. Con movimiento nervioso, Fandor cogió el brazo de Juve...

El policía estaba muy pálido.

—¡Metámonos allí! —dijo, y condujo a Fandor justo detrás de la guillotina, al lado donde la cabeza cortada debía rodar al cesto—. Veremos a ese miserable bajar del coche, veremos cómo lo atan a la báscula, ponerle sobre la media luna...

Y Juve, como si tuviera necesidad de hablar para aturdirse, añadió aún:

—Es el mejor sitio para ver todo; ahí estaba yo cuando se guillotina a Peugeot, hace ya mucho tiempo; ahí estaba cuando se ejecutó al parricida Duchemin, el quince de agosto de mil novecientos nueve...

Pero el policía se calló. Por la puerta principal de la prisión de la Santé, un coche, el coche siniestro, salía.

Las cabezas se descubrieron. Los ojos miraron fijamente... De repente un gran silencio invadió el bulevar...

Al galope de los caballos, el coche acababa de pasar al periodista y al policía. Un frenazo lo inmovilizó justo enfrente de ellos, al otro lado de la guillotina, al pie mismo del cadalso...

Rápidamente, monsieur Deibler saltó del pescante. Abrió el tablero posterior del furgón que, al bajarse, formaba escalera...

Lívido, descompuesto, el capellán salía de espaldas, ocultando la visión del cadalso al condenado, a quien los ayudantes bajaban del coche...

Fandor, temblando, exclamó sordamente:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Pero todo se hizo rápidamente...

Los ayudantes cogieron al condenado y lo colocaron en la báscula.

Juve, al ver al miserable, dijo:

—Este hombre es valiente, ni siquiera ha palidecido. Habitualmente, los condenados están lívidos...

En un periquete, los ayudantes del verdugo ataron al hombre a la plancha... Después, ésta basculó... Con las dos manos, Deibler cogió la cabeza por las orejas y con fuerza la colocó en la media luna...

El resorte que se aprieta...

El resplandor de la cuchilla que cae...

Un chorro de sangre...

Un rumor sordo escapado de miles de pechos.

La cabeza del condenado acababa de caer en el cesto de heno.

Pero Juve, de repente, rechazando a Fandor, se había lanzado hacia el cadalso...

empujó a los ayudantes, metió la mano en el heno que chorreaba sangre, cogió por los cabellos la cabeza cortada... y la miró un segundo...

Asustados de este escándalo, los ayudantes se precipitaron hacia el policía...

—¡Está usted loco!

—¡Váyase de ahí!

Fandor veía que Juve titubeaba, parecía pronto a desfallecer...

Corrió hacia él...

—¡Dios mío! —dijo con voz angustiada.

Juve, con palabras entrecortadas, jadeante, explicó:

—No es Gurn el que acaba de morir... La cabeza del condenado no ha palidecido ¡porque estaba pintada!..., ¡maquillada!... ¡como la de un actor!... ¡Ah, maldición! ... ¡Fantomas se ha escapado! ¡Fantomas está libre! ¡Ha hecho guillotinar a un inocente en su lugar! ¡Fantomas! ¡Te digo que Fantomas está vivo!...

FIN DE «FANTOMAS»



MARCEL ALLAIN (1885 – 1969) fue un periodista y escritor francés, reconocido principalmente por la co-creación junto a Pierre Souvestre, del personaje Fantomas.

Tras estudiar derecho se dedicó al periodismo y trabajó como asistente de Souvestre, que ya era conocido en los círculos literarios. En 1909, ambos publican su primera novela, *Le Rour* donde ya aparece el juez de instrucción Germain Fuselier, que se convertiría en un personaje recurrente de la serie *Fantomas*.

En Febrero 1911, Allain y Souvestre se embarcan en la serie de Fantomas, a petición del editor Arthème Fayard, que quería crear una nueva revista *pulp*, obteniendo un éxito inmediato y duradero.

Tas la muerte de Souvestre, en Febrero de 1914, Allain continuó la saga de Fantomas en solitario y lanzó también otras series, como *Tigris*, *Fatala*, y *Miss Téria and Férocias*, pero ninguna obtuvo tanta popularidad como *Fantomas*.

En 1926, se casó con la novia de Souvestre, Henriette Kistler. A lo largo de su prolífica carrera, Allain escribió más de 400 novelas.



PIERRE SOUVESTRE (Plomelin, Finisterre (Bretaña), 1 de junio de 1874 - París, 25 de febrero de 1914) fue un abogado, periodista, escritor y organizador de carreras de coches francés. Es principalmente recordado hoy en día por la creación junto a Marcel Allain del villano y criminal de ficción Fantômas.

También fue un hombre de negocios, muy interesado por los automóviles. Es representante del Automóvil Club de Francia y trabaja en el periódico *L'Auto*. Escribe libros técnicos, como un diccionario Inglés-francés de automóviles (1910) y en 1907 el libro de referencia *Histoire de l'automobile*.

En 1909, siendo ya era una figura reconocida en los círculos literarios, colabora con Allain en su primera novela *Le Rour*, donde aparece el juez de instrucción Germain Fuselier, que se convertiría en un personaje recurrente de la serie *Fantomas*.

En Febrero 1911, Allain y Souvestre se embarcan en la serie de Fantomas, a petición del editor Arthème Fayard, que quería crear una nueva revista *pulp*, obteniendo un éxito inmediato y duradero.

Juntos, escribirían una serie más, de espionaje, *Naz-en-l'air*.

Souvestre murió de una congestión pulmonar, a los 39 años. Después de su muerte, Allain continuó con la saga de *Fantômas*.